

GORE VIDAL

DULUTH

Traducción: Adolfo Martín

A Richard Poirier

I

¡Duluth! La ames o la aborrezcas, nunca puedes abandonarla ni perderla. Estas palabras —en policromo y brillante neón— resplandecen en lo alto de la torre del «Centro de Comunicaciones McKinley», el punto más elevado del ajetreado distrito comercial de la Duluth actual.

Si, como frecuentemente se ha dicho, toda sociedad tiene la Duluth que merece, los Estados Unidos de América han alcanzado, en la penúltima década del siglo xx, el máximo posible en este aspecto.

Desde las filas de palmeras a orillas del lánguido lago de Duluth hasta las elegantes mansiones y jardines de Garfield Heights y las altas torres de obsidiana del «Centro McKinley», dos millones de seres humanos existen en una ciudad-dínamo en la que su no ser encuentra acogida en un hermoso cementerio conocido como Lincoln Groves.

Todos los apetitos encuentran el modo de ser satisfechos en Duluth. Desde ocasionales aventuras sexuales a orillas del lago hasta cálidas e intensas relaciones en los *barrios* étnicos que se extienden al borde del refulgente desierto, hay algo —si no alguien— para todo el mundo. Hay también juego en el rancho «El Dandy», al final de Gilder Road, flanqueada de burdeles, así como arribismo social y bridge subastado en numerosos clubes privados, de los que el más exclusivo es «El Eucalipto», situado en una elevada colina que domina el Bosque de Duluth, en cuyo verdequeante centro hay un pantano conocido de los entomófilos del mundo entero como un macrocosmos único de vida insectil, vermiforme y de otro tipo. La orgullosa pretensión de Duluth de ser la capital mundial de los insectos no es pura jactancia.

Por tanto, no es extraño que Beryl Hoover, nacida y criada en Tulsa, experimente al fin la sensación de estar en casa cuando se deja caer lánguidamente, junto a Edna Herridge, en el interior de la sólida furgoneta que lleva en su polvorienta puerta el letrero «Agencia de Fincas Herridge».

—Mrs. Hoover... —empieza Edna, poniendo en marcha el motor.

—Beryl...

—Beryl... Edna.

—¿Edna?

—Soy Miss *Edna* Herridge.

—Ah, sí. Tenía la cabeza en otra parte.

La cabeza de Beryl, en efecto, está en otra parte. A través del

escarchado cristal de la ventanilla del coche —es febrero, y, aunque sólo es mediodía, las luces de la aurora boreal llenan todo el firmamento meridional como los dedos largos y fríos de alguna gran metáfora—, acaba de ver cómo varios blancos, valiéndose de una cuerda pasada por la rama de un árbol, levantan lentamente del helado suelo a un negro. Mientras los blancos tiran todos a una de la cuerda, el negro abandona lentamente la tierra hacia cualquier vida futura que el Supremo Autor pueda estar escribiendo para él.

—Creo que están linchando a un negro, Edna.

—Te encantará Duluth, estoy segura. —Edna aumenta las revoluciones del motor—. Aquí tenemos relaciones raciales excelentes, como puedes ver. Y numerosos restaurantes de la *nouvelle cuisine*.

Edna tuerce por Main Street, cuya superficie brilla a consecuencia de la reciente nevada que ha convertido a Duluth en un invernal país de las maravillas en el que los coches patinan, se rompen pelvis y fémures sobre las aceras resbaladizas por el hielo, y el hermano de Edna, el alcalde, apela una vez más al buen humor como sustitutivo de las máquinas quitanieves que el Ayuntamiento es incapaz de suministrar. Y, ciertamente, obtiene buen humor.

—Tú eres de Tulsa, claro. —Edna se salta su tercer semáforo en rojo; luego, patina sobre dos ruedas en la esquina de Garfield y Main—. Esta es Garfield Avenue. El paseo de la gente bien de Duluth. Las casas cuestan desde los cien mil dólares hasta el millón redondo. Las casas mejores cuestan más.

—Para mí, el cielo *no* es el límite —replica Beryl, con una carcajada.

Pero claro que lo es. Beryl está divorciada y dispone de mucho dinero, gracias a Mr. Hoover y su riqueza en petróleo; esposo del que ha sabido deshacerse limpiamente según se rumorea en Duluth, donde la apariencia y el valor nominal son moneda universal aplicable a todo.

De figura atractiva, Beryl siente predilección por el color negro, incluso cuando va a su oficina de Tulsa, donde lleva personalmente los libros de contabilidad. De vez en cuando, se la puede ver con un «Pink Lady» en la mano en uno u otro de los casinos de Tulsa. A los *croupiers* les resulta una mujer un tanto misteriosa, porque nunca juega.

Beryl es libre..., salvo por lo que se refiere a su hijo Clive, a quien adora, pese a que tiene una nariz que parece una patata cocida aplastada. Beryl es culpable de esa nariz, porque Clive la heredó de ella, aunque un año *antes* del nacimiento de Clive el mejor especialista en rinoplastia de Century City, Los Angeles, sustituyó la

patata cocida de Beryl por una diminuta *pomme soufflée* que causó sensación en Tulsa y la causará también en Duluth, *si* Clive no aparece por la ciudad con su antigua nariz y lo echa todo a perder. «Primero, debe someterse a una intervención de cirugía plástica», piensa.

—Este no es lugar para Clive —murmura, mientras la furgoneta se desliza a lo largo de una amplia avenida flanqueada por graciosos robles cuyo helado musgo español semeja...

—¿Decías, Beryl?

—¿Qué...? Oh, decía que éste es realmente un lugar magnífico donde vivir.

Beryl tiende la vista hacia el resplandeciente distrito comercial. En lo alto de la torre del «Centro de Comunicaciones McKinley», el enorme letrero de neón proclama: «¡Duluth! La ames o la aborrezcas, nunca puedes abandonarla ni perderla.» Beryl frunce el ceño.

—¿Qué significa ese letrero? ¿Lo de no poder abandonar ni perder Duluth?

—No lo sé realmente —responde Edna, con tono evasivo—. Siempre ha estado ahí —añade.

—¿Tú crees que es verdad?

Como tantas personas prácticas, a Beryl le gusta hacer preguntas.

—Tendrás que preguntárselo a mi hermano. El es el alcalde de Duluth. Y un perfecto sinvergüenza.

Edna hace girar el coche para salir de Garfield Avenue.

—¡Aquí está la agradable casa número uno!

Lanza la furgoneta por entre un par de seudoclásicos plintos paladianos y contra un enorme ventisquero, donde se detiene bruscamente.

—Estamos enterradas vivas —dice Beryl, captando la situación—. En un ventisquero.

—«La primavera —canta Edna, siempre de buen humor— se retrasará un poco este año.»

En ese instante, las dos mujeres comprenden que se van a hacer grandes amigas en los próximos días, mientras esperan el deshielo de primavera.

—Se rumorea —dice Edna, para mantener la conversación— que anoche te vieron en el rancho «El Dandy».

—Sí —responde Beryl—. Es uno de los mejores casinos donde jamás he tomado un «Pink Lady». Yo, personalmente, no juego, pero me encanta la sensación de dramatismo que se experimenta cuando se gana o se pierde una fortuna con el simple gesto de volver una carta o lanzar unos dados.

—Supongo que estás enterada de que nadie sabe quién es realmente el dueño del rancho «El Dandy» —dice Edna, a la vez que abre la ventanilla y hunde luego un dedo en la nieve, que forma un muro compacto—. Pero *El Dandy*, como todo el mundo sabe, es el número uno entre bastidores aquí, en Duluth.

—En Tulsa —replica Beryl— se le conoce como «el fuego fatuo».

—A veces creo que sé quién, si no exactamente qué, es —dice Edna, un tanto juguetonamente, dadas las circunstancias.

—¿Sí? —pregunta Beryl, interesada—. Entonces, dime su nombre.

II

El capitán Eddie Thurow, del Departamento de Policía de Duluth — conocido por todo el mundo como DPD—, está desconcertado. Se halla sentado a su mesa, sujetando el teléfono junto al oído con su hombro artrítico, postura que le resulta dolorosa, pero el capitán Eddie es partidario decidido de la autenticidad y, dado que así es como lo hace el jefe de Policía de la nueva serie televisiva «Duluth», así es como lo va a hacer él. El discurso del capitán Eddie sobre modelos de actuación dirigido a los alumnos que se graduaban en la escuela superior de Huey Long versó sobre modelos de actuación..., y sobre muchas más cosas también. Es todo un tipo el capitán Eddie, todo el mundo está de acuerdo. De hecho, muchas personas piensan que sería un alcalde estupendo. Da la casualidad de que él es una de esas muchas personas.

Enfrente del capitán Eddie hay un mapa del Gran Duluth, que muestra el serpenteante río Colorado que desagua en el lago Erie, flanqueado de palmeras, así como los primigenios bosques y el reluciente desierto henchido de espejismos que comienza justo al este de la ciudad. En el punto en que el río Colorado corta el desierto aparece hincada una chincheta roja. Es el lugar donde la nave espacial aterrizó el día de Navidad. Ahora es febrero y la nave espacial continúa todavía allí. Para sorpresa general, nadie —ni nada— ha salido de la nave. Peor aún, nadie ha podido penetrar en su interior, ni tan siquiera establecer contacto por radio con los forasteros extraterrestres que se encuentran en ella. La cosa permanece allí, en el desierto, a poca distancia al este de la étnica Kennedy Avenue, donde comienzan los *barrios*.

—Vamos a ver si he entendido bien. —La voz del capitán Eddie es profunda. El jefe de Policía que aparece en «Duluth» no puede pronunciar las erres. El capitán Eddie, sí; y lo hace—. ¿Me dice que el FBI no, repito, no enviará un equipo para decidir lo que se hace con esta nave espacial llena de inmigrantes ilegales?

Mientras escucha la voz de Washington, el capitán Eddie mira de reojo con el mismo gesto con que el conocido actor Ed Asner lo hace en la Televisión.

En la silla situada frente al capitán Eddie, se halla sentado el teniente *Chico* Jones, de Homicidios. Es negro. Ligeramente negro, dicen algunos. Pero no *Chico*. El prefiere la palabra «moreno» a la palabra «negro». *Chico* es un poco anticuado. No sólo tiene problemas conyugales, sino también problemas económicos. No puede hacer frente a los pagos de su hipoteca, debido a los elevados intereses. Para conseguir llegar a final de mes, *Chico*, como la mayoría de los miembros del DPD, vende llaveros, recuerdos turísticos de Duluth y, bajo cuerda, polvo de ángel. Pero la competencia es dura. Nunca consigue llegar hasta el final... excepto con su compañera, la diosa rubia, espectacularmente bella y de ojos azules, teniente Darlene Ecks, de Homicidios.

Mientras patrullan al azar por Duluth, los dos son buenos el uno para el otro, según coinciden ambos. Por lo menos una vez a la semana, Darlene esposa a *Chico* al volante de su coche policial y lo ultraja verbalmente. A él le gusta esto. También le gusta cuando ella sorprende a trabajadores mexicanos ilegales en las cocinas de los mejores restaurantes de Duluth y los hace desnudarse para registrarlos, al tiempo que grita su propia versión de «Dame una pata de cerdo y una botella de ginebra», que es «¡Dame un trozo de quimbombó y un par de ciruelas!» Darlene tiene un gran sentido del humor. Su sueño es abrir un día una *boutique* al otro lado de la frontera, en México, a fin de que *Chico* pueda visitarla los domingos. Hace un año que son amantes. La mujer de *Chico* sospecha la verdad. Pero no está segura.

El capitán Eddie cuelga de golpe el teléfono.

—¡No hay cáscaras! —gruñe a *Chico*—. Dicen que es asunto nuestro. Nuestra nave espacial.

—En ese caso, ¿por qué no olvidarnos de ella, capitán Eddie?

Chico tiene ideas, hasta el capitán Eddie se ve obligado a reconocerlo.

—¿Quieres decir...?

—Quiero decir...

—¿Quieres decir que...?

—Quiero decir que...

—¿Nos *olvidamos* de ella?

El capitán Eddie parece sumirse en profunda reflexión. Luego, se levanta, se acerca al mapa y, con la uña del pulgar, desclava la chincheta roja.

—Buena idea, *Chico*. ¿Qué tal Darlene?

—Cazando inmigrantes.

El capitán Eddie mira la chincheta roja que tiene en la mano.

—Lo único que debemos temer ahora —dice, lenta y pensativamente— es a Wayne Alexander, del *Duluth Blade*.

—*Duluth Switch-Blade* —resopla despectivamente *Chico*.

Al DPD no le gustan las numerosas denuncias de brutalidad policial que Wayne Alexander ha escrito a lo largo de los años para el único periódico de la ciudad, que, ciertamente, es leído sólo por sus anuncios breves y por los de ventas de grandes almacenes. Pero es que nadie ha leído gran cosa de nada en Duluth desde el día en que «KDLM-TV» hizo su irrupción como la filial y nao capitana de «ABC» para la zona de los Grandes Lagos y Tijuana. De la noche a la mañana, el *Noticiario de las seis*, emitido por la torre del «Centro de Comunicaciones McKinley», logró una audiencia tan colosal que el *Blade* ha tenido que replegarse.

El equipo de periodistas del *Noticiario de las seis* se compone de una mujer oriental, un hombre occidental y un polinesio parapléjico, y tiene un éxito enorme en la zona del Gran Duluth, especialmente en deportes, terreno en el que Leo Lookaloney goza de gran popularidad no sólo como entrevistador en los vestuarios de los «Tigres» de Duluth, sino también como ocasional organizador de partidos benéficos. Estas tres personas presiden un programa de incendios urbanos, conflagraciones y holocaustos que superan todo lo conocido en el resto del país. Que muchos de los incendios son secretamente provocados por el equipo del noticiario es un secreto a voces en Duluth, donde no sólo pueden los agradecidos propietarios cobrar el seguro, sino también aparecer el capitán Eddie Thurow en el programa matutino por lo menos una vez al mes, durante tres minutos, para comentar las investigaciones de su departamento con respecto a los incendios.

Al pensar en Wayne Alexander, el capitán Eddie experimenta un acceso de irritación. Vuelve a poner la chincheta en el mapa, más o menos donde estaba originariamente.

Poco sospechan el capitán Eddie y *Chico* la extraordinaria sucesión de acontecimientos que ha puesto en marcha el capitán Eddie al quitar —aunque haya sido por un momento— del mapa del Gran Duluth la chincheta que representa a la nave procedente del espacio exterior.

III

Dentro del ventisquero, en Garfield Heights, Beryl y Edna están haciendo excelentes migas.

—Siempre supe que algún día vendría aquí, a Duluth.

Beryl se enjuga delicadamente la cara con un «Kleenex». El aire está empezando a enrarecerse en el interior de la furgoneta, debido a la intensa conversación de las dos mujeres. Han consumido ya varios miles de centímetros cúbicos de oxígeno, y, sin embargo, ninguna de ellas ha ido realmente mucho más allá de la fase previa de conocimiento.

—Estoy segura de que te encontraremos la mansión adecuada, Beryl.

Edna tiene la convicción de haber encontrado lo que los corredores de fincas llaman «un completo».

—Nada que no sea elegante...

—Elegante es el apellido de soltera de Edna Herridge...

—Una vista de vuestro glorioso lago...

—Hecho.

—Vuestras palmeras, vuestros cerezos en la sierra, sobre los bosques de Duluth...

—Por no mencionar el magnífico pantano que es un macrocosmos de vida insectil superior, la nave espacial color cereza...

—¿La *qué*?

Beryl no ha contado con que una nave espacial forme parte del paisaje divisado desde su mansión en Garfield Heights. No está segura de que le guste la idea. Y lo dice.

—Oh, es de una tonalidad acerezada encantadora. Estoy segura de que te gustará, Beryl. A todos nos gusta aquí.

Edna miente ligeramente. Después de todo, es agente de fincas.

—Bueno, espero que sí. —Beryl se muestra dubitativa—. ¿Qué aspecto tiene?

—Pues es redonda. Y, como he dicho, tirando a roja. Más parece la cabeza de una chincheta que ninguna otra cosa.

—Quizás un enrejado la ocultase.

—Hasta el momento no ha salido nada de ella.

—¿Qué hay dentro?

—Extranjeros, supongo.

—¿Mexicanos?

—Haitianos. Marineros. Estamos siendo destruidos desde dentro,

Beryl. Tú serás republicana, ¿verdad?

—En Tulsa no hay rojos, Edna.

—Pero ya no estás en Tulsa.

Edna se está volviendo recelosa. Sería el colmo verse atrapada en un ventisquero, en las selectas Garfield Heights, con una comunista de Oklahoma.

Beryl suelta una tintineante carcajada.

—No. Estoy en Duluth. Soy soltera y, si se me permite decirlo, atractiva.

—Como para comerte —replica Edna, con sinceridad.

Desde la muerte de Mr. Herridge, el tiránico padre de Edna, no ha pasado un solo día sin que ésta pensara en ingresar en el círculo sáfico de Duluth. Pero antes quiere perder seis kilos y, por el momento, esos seis kilos continúan aferrándose como lapas a su menuda figura.

—Me encanta tu nariz —declara Edna.

Beryl ensancha inadvertidamente las aletas de la nariz, en un efecto similar al de una *pomme soufflée* recuperando el aliento.

—Sí —dice vagamente. Luego, adopta un tono resuelto—. Edna, deseo ser sincera contigo. Y también quiero tu ayuda. Para el año que viene por estas fechas, me propongo ser la dirigente social de Duluth.

Hay una larga pausa, mientras las dos mujeres respiran entrecortadamente en la furgoneta, casi privada ya de aire. La blanca nieve se aplasta contra las ventanillas a ambos lados. Todo el mundo sabe en Duluth que, desde la primera helada de noviembre, el invierno será largo. Pregunta: «¿Resistirán las mujeres hasta el primer deshielo?»

—¿Dirigente social? —jadea Edna.

—¡Y árbitro! —exclama Beryl, con voz entrecortada—. Me propongo remplazar a Mrs. Bellamy Craig II con mi propio palco en la ópera. Y hacerme socio vitalicio del «Club Eucalipto».

—Debo pensar primero en el problema —responde Edna—. Estás pidiendo la luna, ¿sabes?

Y Edna se derrumba sobre el volante. El aire se ha consumido por completo, a excepción de un minúsculo centímetro cúbico de oxígeno, que Beryl utiliza para repetir el mágico nombre de la primera dama de Duluth.

—Mrs. Bellamy Craig II. ¡Allá voy!

Pero Beryl no va a ir a ninguna parte en Duluth porque el Supremo Borrador está ahora borrándola de Duluth. Ha cumplido bravamente su función, que es la de exposición, algo que ella detesta. «Pero a nosotros no nos toca elegir» es su lema, mientras pasa a otra

historia. Casi ha preparado el camino para Clive...

Mientras el borrador destruye el último fragmento de su identidad, Beryl Hoover comprende que ha sido asesinada por *El Dandy*, que intentará matar a su amado Clive. Debe advertirle. Pero, ¿cómo? Está ya en un libro diferente, *Duque bribón*, de Rosemary Klein Kantor.

IV

Wayne Alexander sube con pasos decididos los helados escalones de la mansión de los Craig, en lo alto de Garfield Heights.

El nuevo mayordomo inglés introduce a Wayne en la palaciega sala de estar del hogar de los Craig, donde colgaduras de color avena aparecen atravesadas por doradas hebras y el suelo se halla cubierto de lado a lado por mullidas alfombras, todo lo cual contribuye no sólo a dar un aire de auténtica elegancia, sino también a suministrar una evidente sensación de comodidad.

—¿A quién debo anunciar? —pregunta el nuevo mayordomo inglés. Wayne le dice su apellido y el nuevo mayordomo inglés se aleja. Mientras permanece de pie, mirando por el amplio ventanal, Wayne puede ver, más allá de las negras torres del centro de Duluth, el arenoso desierto sobre el que, como un lunar color cereza, se halla posada la nave espacial.

Luego, Wayne siente que dos poderosos brazos le enlazan desde atrás.

—Querida —dice, y se vuelve con los labios fruncidos para un primer beso. Pero, cuando ve de quién se trata, lanza un grito terrible.

En lugar de Chloris encuentra, para su horror, el barbudo rostro de Bellamy Craig II, que tiene también fruncidos los labios, listos para su primer beso. Cuando los dos abren los ojos y se ven, cuatro labios pierden su fruncimiento, y cuatro ojos, su brillo amoroso.

—¡Craig!

—¡Wayne!

—Por amor de Dios, Craig, ¿quién creías que era? Quiero decir que llevo puesto un traje de hombre —dice Wayne, mirándose para cerciorarse de que es eso lo que lleva, como así es, en efecto.

—Evelyn, en realidad. Teníamos una cita. Lo siento, muchacho. Un

estúpido error. Podría pasarle a cualquiera. A Chloris no le importará. El nuestro es un matrimonio abierto, como sabes. Toma un «Lark» de esta pitillera «Tiffany». Anda, te lo encenderé con mi «Dunhill». ¿Un «Asti Spumante»? ¿Cerveza? ¿«Byrrh»? ¿«Canada Dry» quizá?

Bellamy es un excelente anfitrión que nunca exagera la nota. Pero es que el buen gusto es soberano en Garfield Heights. O, como dicen en el *patois* francés local, *bon ton*, expresión que rima con cierta deliciosa sopa china. Wayne le tranquiliza.

—No te preocupes, Bellamy. He venido a charlar con Chloris.

—Lo sé.

Ahora que han acabado los asuntos importantes, pasan a cuestiones intrascendentes.

—¿Cómo crees que les irá a los «Dodgers»? —pregunta Wayne.

—Tienen un buen equipo. Pero esa defensa...

—Sí.

Hay una pausa. Durante esta pausa, una escritora como Rosemary Klein Kantor empezaría a pulsar en la consola de su procesador de palabras, que se halla conectado con un banco de memoria que contiene diez mil novelas populares. Rosemary sólo utiliza tipos familiares. Tomaría a Bellamy, por ejemplo, de un viejo *best-seller* clásico como *El caballero Adverse*. Bellamy Craig II tiene una mandíbula débil, que se halla enteramente oculta por una barba teñida de negro para sustituir a la dorada tonalidad que originariamente le reservó la Madre Naturaleza. Bellamy es calvo, con un cráneo lleno de interesantes prominencias, especialmente sobre las orejas. Bellamy tiene ojos azules y le funcionan perfectamente los brazos y las piernas, ya que carece de defectos en sus miembros. La madre de Bellamy fue, durante los años cuarenta y cincuenta, posadera bohemia en Key West, Florida. Más tarde, fundó el primer teatro-restaurante de Duluth, la base de la fortuna de los Craig. Fue allí donde sufrió el ataque que la paralizó totalmente la noche del estreno de *La jaula del pájaro*, de Arthur Laurents. Ahora está en el piso de arriba de la mansión de los Craig. Reconoce a todos los que la visitan, aunque nadie lo hace en realidad.

Wayne Alexander es alto y gordo como Giacometti. (Rosemary recurre también a las películas para sus personajes: *su* Wayne sería como el difunto Dan Duryea en *La loba*). Tiene los ojos castaños, porque ha visto mucho. En realidad, lo ha visto todo. Antes de entrar en el *Duluth Blade*, estuvo en Nam, o Vietnam, como él prefiere llamarlo. Fue «sorchí», o soldado, como siempre dice. Perdió la oreja derecha en un oscuro combate. Se niega a

explicar cómo, cuándo ni por qué.

Pero la pausa ha sido rota por Bellamy, que cambia de conversación.

—¿Qué crees que hay en la nave espacial?

—Ni idea —contesta Wayne—. Podría estar vacía.

—Tendría gracia, ¿verdad?

—He estado haciendo un reportaje sobre el programa espacial. Creo que saben exactamente de dónde es, pero no quieren decírnoslo.

—¿Por qué, Wayne?

Durante esta nueva pausa, Mrs. Bellamy Craig II —de soltera Duluth des Bois y descendiente directa del fundador francés de la ciudad— entra en la estancia, gritando.

V

Los *barrios* empiezan justamente enfrente de la Kennedy Avenue. Kilómetro tras kilómetro de chabolas de papel y madera chapada dan albergue —si ésa es la palabra— a casi un millón de inmigrantes mexicanos, legales e ilegales. Todas las noches los *barrios* rebosan de música de mariachis y alegres risas porque los inmigrantes ilegales aman y realzan la vida, ya que sus más profundos sentimientos están en la superficie, mientras que sus sentimientos más superficiales se hallan ocultos en lo hondo..., a diferencia de los fríos «anglos» de Garfield Heights, que no pueden relacionarse unos con otros sin utilizar como intermediario a un sesudo psiquiatra que romperá el hielo por ellos para que papá pueda finalmente besar a su hijo. Si en algún lugar de la Tierra existen realmente personas reales, personas realmente cordiales y cariñosas, ésas son el millón, aproximadamente, de chicanos que viven en los *barrios* situados frente a la étnica Kennedy Avenue, en la parte este de Duluth.

Pero en los *barrios* hay también mucha cólera, gran parte de ella específicamente dirigida contra la teniente Darlene Ecks. De hecho, en estos mismos momentos, diez de sus víctimas se hallan reunidas en el fondo de un tabuco donde, en su parte delantera, mujeres de envejecidos rostros aztecas están planchando tacos, doblando enchiladas, cosiendo tortillas a la luz de una sola lámpara

de petróleo. A veces, una de las mujeres empieza a entonar una aguda y extraña melodía cantada por primera vez muchos siglos atrás por los antiguos sumacs.

En la habitación trasera, las víctimas masculinas se hallan sentadas en cucullas, formando círculo, con sus sombreros de ala ancha echados sobre los ojos. Todos son jóvenes, vitales, soñolientos. Están planeando su venganza.

—Tres veces me ha desnudado para registrarme —dice Manuel—. Tres veces ha dicho...

Los diez imitan, todos a una, el rugido de Darlene: «Dame un trozo de quimbombó y un par de ciruelas.» Se estremecen... al unísono.

—Debe morir —dice Armando.

—Es macho lo que el macho hace —dice su antiguo líder Manuel, al tiempo que saca un cuchillo del cinturón.

Pero es Benito, el más joven, quien pregunta:

—Muchachos, ¿qué es quimbombó?

Se lo explican.

—¿Qué son ciruelas?

Se lo dicen.

Benito, a quien no le habían importado tanto las dos horas de registro desnudo en el lavabo de señoras de la terminal de los autobuses Greyhound, enrojece de cólera y de turbación.

—¡Caramba! Debe morir —dice, en español.

Pero es que todos están hablando en español, ya que son mexicanos.

VI

Beryl y Edna han exhalado hace tiempo su último suspiro en el interior de la furgoneta cuando finalmente las rescata el equipo de salvamento del capitán Eddie Thurow. Ha querido la suerte que el teniente *Chico* Jones esté al frente de este salvamento concreto. Mientras los cuerpos de las dos mujeres son extraídos del coche y depositados en sendas camillas, *Chico* se descubre bajo los copos de nieve que están cayendo. Los demás le imitan.

—Han pasado a mejor vida —declara *Chico*.

En realidad, Edna ha pasado a *Duluth*, la popular serie de televisión que se está rodando en «Universal Studios» para «ABC» en la que

desempeñará el papel de hermana alcohólica de un juez, mientras que Beryl ha sido agregada a una de las arlequinescas novelas de Rosemary Klein Kantor, ambientada en Regency Hyatt England.

Pero *Chico* —que es todo corazón, además de todo hombre— no puede saberlo. Como tampoco sabremos nunca *nosotros* qué habría podido pasar si Beryl Hoover se hubiera enfrentado a Chloris Craig y luchado mano a mano con ella por la supremacía social en Duluth. Ese sueño ha terminado para Beryl. Y también su secreto imperio, que Clive —que se encuentra en peligro de muerte— heredará.

Solemnemente, el equipo de rescate transporta los dos cuerpos, espolvoreados ahora de nieve como un par de rosquillas Mayflower, entre aquellos dos plintos que están sólo a un tiro de piedra de la mansión de Bellamy Craig II.

VII

Como la mayor parte de las leyes absolutas, la ley ficticia de la unicidad absoluta es relativa. Aunque todo personaje en cualquier ficción —como en cualquier vida o no ficción— es absolutamente único (aun cuando no pueda uno distinguir un personaje de otro), la realidad del asunto es más compleja.

Cuando un personaje ficticio muere o desaparece de un relato, no tardará en reaparecer en un nuevo relato, ya que existen numerosos personajes —y argumentos— disponibles en cualquier momento dado. Corolario de la relativa ley ficticia de la unicidad absoluta es el *efecto de simultaneidad*, que es a la ficción lo que la ley de Miriam Heisenberg es a la física. Significa que cualquier personaje puede aparecer, simultáneamente, en tantas ficciones como requiera el azar. Este corolario resulta un tanto turbador, y sólo debemos reparar en él para apuntar, de pasada, que cada lector, como cada escritor, se encuentra, desde diferentes ángulos y en momentos diferentes, en un número finito de relatos distintos en los que es siempre el mismo y, sin embargo, siempre diferente. Llamamos a esto *aprés* postestructuralismo. Los numerosos estudios que en la actualidad se están realizando sobre el *efecto de simultaneidad* demuestran vívidamente ¡como si la demostración fuese necesaria! que, aunque la lengua inglesa pueda declinar y

degenerar, los estudios ingleses son más complejos y gratificantes que nunca.

La ley de la unicidad absoluta requiere —excepto en los casos en que no— la pérdida total de memoria por parte del personaje que ha muerto o ha hecho sólo una breve aparición en un relato de ficción. Naturalmente, cuando la redacción del libro ha terminado, todos los personajes que están vivos al final quedan disponibles para que otros autores los hagan entrar de nuevo, por así decirlo. A veces, se denomina a esto plagio, pero ésa es una palabra muy dura cuando se tienen en cuenta las limitaciones existentes en lo que se refiere a personajes y a tramas argumentales. En definitiva, el plagio es simplemente —en palabras de la propia Rosemary Klein Kantor— *creación por otros medios*.

Los personajes que aparecen en cualquier libro determinado —aunque abandonados por su autor cuando pone el *finis a su opus*— continuarán recorriendo sus pasos para cualquiera que acierte a leer el libro. De ahí la prueba —o una prueba— del *efecto de simultaneidad*. Una vez que esta concreta ficción verdadera o verdad ficticia sea concluida por el presente autor (capaz de exponer a Duluth a vista de gusano, como si dijéramos, queda advertido el lector), los Bellamy Craig II, Darlene Ecks, capitán Eddie, todo el grupo viviente (por ahora) se desplazará a nuevas misiones, desconocidas para ellos y para él. Le olvidarán. El no los reconocerá..., excepto en los casos de plagio manifiesto en que la ley civil escudriña la verdad de un texto ficticio con una minuciosidad desconocida incluso en la atareada Yale.

En este instante —en plena composición—, todos los personajes están a mano, excepto los dos que acaban de morir. Debido a una anomalía en la ley de la unicidad absoluta, Edna Herridge recuerda aún, de vez en cuando, que fue en otro tiempo agente de fincas en un Duluth completamente distinto de la serie *Duluth*, con un hermano que es el alcalde. Por el contrario, Beryl ha olvidado totalmente su anterior existencia en estas páginas, por la excelente razón de que la parte de *Duque bribón* en que aparece por primera vez fue escrita *antes* de la breve aparición y desaparición en nuestro Duluth. Más tarde, al ir pergeñando Rosemary nuevas entregas, Beryl Hoover recordará *Duluth...* y algún asunto excitante e inconcluso que afecta a Clive. En ese momento —todavía en el futuro— Beryl tratará de encontrar una forma de advertir a Clive de que *El Dandy* intentará matarle del mismo modo que *El Dandy* la mató a ella.

VIII

—Hola, Wayne —grita Chloris Craig.

Sencillamente, es hermosa. Luego, se detiene al ver a su marido, Bellamy, junto a su amante, Wayne. Chloris intenta fruncir el ceño, pero los cirujanos plásticos que crearon su incomparable belleza le habían cortado diestramente los músculos del entrecejo.

—Ahora me iba, Chloris —dice Bellamy, en tono de excusa.

—Lo supongo —responde Chloris.

Los dos hombres se estrechan la mano. Se marcha el marido. El amante se queda. Así ha sido siempre en los altos círculos de Duluth.

Wayne coge a Chloris en sus delgados brazos. La tira sobre el sofá cubierto con sábanas «Porthault». Se desgarran mutuamente la ropa. Hacen el amor entre los jirones de la mejor tela de «Valentino». No importa. Chloris es rica.

Finalmente, apaciguado y saciado su deseo, fuman «Larks» mientras la luna nueva se eleva tras la ventana y la aurora boreal resplandece en el firmamento meridional, sobre Tijuana.

Suavemente, Wayne traza un círculo en el lugar donde antes estaba el ombligo de Chloris. Cuando el último equipo de cirujanos plásticos practicó el último pliegue en su abdomen, los cirujanos, por error, eliminaron su ombligo. Ahora, cuando lleva bikini, Chloris tiene que acordarse siempre de pintarse un ombligo... utilizando «Aurora Rosa» de Elizabeth Arden. Pero, como Chloris no tiene ningún secreto para Wayne, excepto los que tiene, nunca se pone un ombligo para él.

Chloris deja vagar su mano, apreciativamente, sobre los túrgidos poderes de Wayne. Los prefiere tumescentes, desde luego. Pero túrgido también está bien, porque Wayne túrgido es mejor que Bellamy tumescente.

—¿Lo has traído, Wayne?

—Sí, Chloris. Está ahí. En la cartera «Gucci» que hay en esa rinconera «Swedish Knole».

—¿Cuánto me has traído esta vez?

—El matrimonio con Henry James. Eso está hecho.

—Estupendo. ¿Puede él interponer demanda?

—No. Lo que he escrito es de buen gusto. También he descrito *Mamá usaba mallas*. La película entera. Porque fue allí donde conoció a Herbert Hoover, en el plato...

—¡Y se enamoraron perdidamente! —suspira Chloris—. ¡Dios, cómo adoro a esa mujer! ¡Y qué libro voy a hacer de su maravillosa vida!

Además de ser la primera anfitriona de Duluth, Chloris Craig, bajo el nombre de «Chloris Craig», es conocida por los lectores en todas partes como una autora de máximas ventas. De hecho, toda persona a quien le gusta leer lee tarde o temprano «Chloris Craig». Esto se debe a que *penetra en sus personajes*, según Virginia Kirkus, la única mujer que ha leído todos los libros jamás escritos y que, por eso, es raramente vista en reuniones literarias ni, incluso, en las que habitualmente organiza Frank E. Campbell para los veteranos.

Pero Chloris tiene un secreto. Dos secretos, en realidad..., salvo que Wayne está en uno de ellos. El primer secreto es que Wayne Alexander le escribe los libros, secreto que él conoce, naturalmente, ya que es difícil no saber cuándo ha escrito uno un libro para alguien. El segundo secreto —que él *no* conoce, pero que está empezando a sospechar— es que Chloris nunca ha leído un libro de «Chloris Craig», ni tampoco un libro de ninguna otra persona. Chloris sólo puede leer palabras de cuatro letras, siempre que estén impresas en caracteres suficientemente grandes. Por eso es por lo que se hizo escritora. Para compensar, como diría —y, en efecto, dice— el doctor Mengers, su otorrinolaringólogo.

Pero Chloris realiza abundante investigación, si se trata de un tema vivo o ha conocido a muchas personas que aún estén vivas. Tiene un magnetófono («Sony») que maneja con maravillosa precisión. El programa especial de «KDLM-TV» sobre «Chloris Craig» hizo que más de un ama de casa de Duluth se apresurase a comprar un magnetófono y tratara de utilizarlo como lo hacía Chloris en la Televisión. Pero ninguna lo ha conseguido nunca, porque «el talento es innato; el genio es divino», como la propia Chloris decía al final del programa cuando podía grabar, borrar, volver a grabar, tanto hacia delante como hacia atrás, simultáneamente, en el mismo disco, un millar de palabras seleccionadas por Wayne.

—¿Por qué fue asesinada Betty Grable, Wayne?

Este es un viejo diálogo entre los amantes que se remonta a su primera cita a bordo del *Paraíso Persa*, en el río Colorado, aquel fascinador verano de hacía una década. Una mirada a Wayne, y Chloris había sentido su túrgida virilidad a través de los pantalones de pana, mientras que él se había estremecido al pensar en su ardoroso triángulo bajo el tul que llevaba sobre el bikini. Ella quería fama literaria. El ansiaba dinero. Ella, su túrgida virilidad; él, su triángulo. Ella, el nombre del asesino de Betty Grable; él, el motivo.

Desde Eloísa y Abelardo Schroeder de Winona, nunca ha existido una pareja tan exquisitamente armonizada.

—Después de conocer a Herbert Hoover, Betty Grable se enamoró de él. Pero eso les pasaba a la mayoría de las mujeres. Según me cuentan las mujeres, él era así.

—Yo he visto sus fotografías, Wayne. Y puedo creerlo. Ese maravilloso cuello almidonado. Ya no los hacen así.

—Mira, según voy relacionando los acontecimientos que condujeron al asesinato en 1973, empieza a emerger una pauta. De hecho, cuanto más estudio este libro tuyo que estoy escribiendo, más claro se vuelve todo. Primero, ¿estaba Betty Grable absolutamente segura de que Herbert Hoover era en realidad Herbert Hoover?

—No te entiendo —replica Chloris, sin rodeos.

—¿Era realmente Herbert Hoover el amor de su vida?

—Sin duda alguna, Wayne, el último mensaje garrapeado con el lápiz de labios sobre la superficie de cristal de la mesa, aquellas dos palabras, «Hoover, amor», sólo podían significar una cosa...

Gracias a la constante manipulación de Chloris, la sangre de Wayne está afluyendo rápidamente desde su cabeza para llenar ese tubo del que ella no puede saciarse. Pero Wayne está ahora ansioso por contarle lo que ha averiguado antes de que, como tan a menudo sucede cuando hacen el amor, se desmaye mientras otorga —y recibe— el éxtasis. Wayne está ahora librando una carrera con su propia sangre. Wayne puede sentir el torrente carmesí empezando a refluir de su cerebro como refluye el agua de una bañera de mármol de Carrara. Cuando todo empieza a volverse negro, monta sobre ella.

Chloris lanza un grito. El exclama:

—El Hoover con lápiz de labios no era...

Dentro del fulgurante magenta de su triángulo hierve y se agita la tumescencia púrpura de Wayne. El éxtasis —y la inconsciencia— está —o están— cerca.

—¿Quién...?

Aunque ella está ahora ronroneando de éxtasis, su mente no cesa de intentar captar información.

—Era..., era...

Wayne alcanza el orgasmo. Chloris grita. Wayne se desmaya. Chloris se duerme.

A través de la ventana, las estrellas empiezan a llenar, una a una, tímidamente, el negroazulado firmamento, cuidando siempre de esquivar los dardos de luz de la aurora boreal que convierte de noche a Duluth en un tan singular país de las maravillas.

IX

Mientras la *crème de la crème* retoza y se solaza en Garfield Heights, la teniente Darlene Ecks, disfrazada de virgen y llevando lo que parecen ser todas sus joyas y accesorios en un bolso, pasea por los *barrios*, frente a la Kennedy Avenue.

De pronto, un joven violador en potencia se sitúa tras ella, le rodea el cuello con un fuerte brazo y la arrastra al interior de una desierta chabola en cuyas paredes los agentes del Federal Bureau of Investigation han pintado una y otra vez «Viva Castro» para dar la impresión de que es Castro quien se encuentra detrás de todos los desórdenes que se producen en los *barrios*, cuando, en realidad, es el propio FBI el que instiga la mayor parte de los disturbios.

—¡Gringa! —gruñe el joven inmigrante mexicano.

Le arranca el bolso de su flácida mano. Lo vacía en el suelo. Primero, el botín. Luego, la violación. Este orden de acontecimientos resulta su perdición. Mientras examina el botín, Darlene se despoja de su atuendo de virgen —un vestido blanco y negro de punto coronado por un gracioso sombrerito— para revelar el atractivo cuerpo de Ecks embutido en su uniforme azul del Departamento de Policía de Duluth, diseñado años atrás por Mainbocher, pero que nunca pasa de moda, como nunca pasarán de moda las cosas de buen gusto.

Darlene apunta luego con una pistola al confiado violador, que está sonriendo beatíficamente ante el pequeño televisor en color que ella ha metido en el bolso, junto con otros seductores artículos.

—Muy bien, muchacho. Arriba las manos. Estás detenido.

Los ojos del violador en potencia se entornan al ver lo que ha tomado por una indefensa virgen transformado ante él en un teniente de la Policía con una pistola en la mano. Deja caer el bolso al suelo.

—¡Oh! —exclama. Y levanta las manos.

Darlene está encantada con su captura. Es un tipo favorito de presa. Fino y viril bigote. Negros ojos de amante latino. Cabellos grasientos y poblados. Lleva dos abrigos. Los inmigrantes ilegales aborrecen los inviernos de Duluth, tan diferentes del benigno clima de México, a sólo dieciséis kilómetros de distancia al otro lado de la frontera.

—Muy bien, muchacho, desnúdate para que te registre.

—¿Qué? —No la ha entendido. Pero es que su inglés no está a la altura de la forma de expresarse de Darlene.

—¡Fuera! —exclama Darlene, señalando los dos raídos y afilados zapatos que llevan todos los inmigrantes ilegales.

—¿Qué? —Incomprensión total.

Expertamente, Darlene le derriba al suelo y le quita uno de los puntiagudos zapatos. Luego, le indica con un gesto que complete la tarea. Acucillado en el suelo de la chabola, se quita el otro zapato y, luego, lentamente, cuatro pares de calcetines que dejan al descubierto un callo en cada dedo meñique, algo que todos los inmigrantes ilegales tienen como consecuencia de los zapatos demasiado ajustados que les gusta llevar. A la vista de aquellos callos, Darlene comienza su ascenso al séptimo cielo.

X

Wayne se ha marchado. Chloris continúa tendida en su cama redonda, mirando el aparato de televisión instalado en el techo. Utiliza distraídamente su vibrador. Wayne no la ha satisfecho realmente. Se lo dijo así cuando él terminó. Malhumorado, él se marchó sin decirle quién mató a Betty Grable. Chloris piensa que le está tomando el pelo desde el principio.

Mientras cambia a *Duluth*, Chloris se pregunta cómo perdería Wayne su oreja derecha. Luego, su atención queda prendida en *Duluth*. Un actor que siempre le ha gustado —¿es Lorne Greene?— se está mostrando seguro y cordial en el papel de un juez llamado Claypoole. Se halla ahora en su despacho de juez, ataviado con una toga negra y con un pequeño martillo en la mano. El martillo le recuerda a Chloris que todavía tiene el vibrador en la mano izquierda. Acelera sus vibraciones. «Así está mejor», piensa.

Una actriz cuyo aire le resulta familiar aparece en la pantalla. Chloris frunce el ceño. «La conozco», piensa.

La actriz está rogando al juez que sea benévolo con su hijo, que es también sobrino de él.

El juez se muestra inflexible:

—Lo siento, hermana. Pero sabes tan bien como yo que la ley es la ley. Y si la haces plegarse en este sentido o en el otro..., bueno, no quedaría mucha justicia, ¿verdad?

A Chloris no le agrada oír en televisión esta clase de desvaríos comunistas..., ni tampoco en la vida real. Empieza a pensar si sería

mejor cambiar de programa. Pero la cámara enfoca entonces la cara de la mujer de aire familiar.

—¡Yo conozco a esa mujer! —exclama Chloris, en voz alta.

—Claro que la conoces —dice la mujer, hablando directamente a Chloris, tendida en las sábanas «Porthault» de su cama redonda.

—Claro que conozco ¿a quién? —pregunta el juez, con el aire desconcertado de un actor a quien han dado un pie equivocado.

—Claro que me conoces. Soy Edna Herridge, agente de fincas.

—¡Edna! ¡Dios mío! Siento no haber ido al funeral.

—Las flores eran preciosas...

—¿Qué flores?

El juez..., no es Lorne, y Raymond Burr está muerto, piensa Chloris, aunque eso no tiene ninguna importancia en televisión, donde casi todos los que aparecen están muertos, incluida Edna Herridge.

—Me dirigía a tu casa con una cliente, una tal Beryl Hoover...

«Ese nombre —piensa Chloris—, ¡ese nombre mágico!»

—¿Alguna relación con Herbert?

—Cuando nos metimos en un ventisquero y morimos.

—Un hombre murió por causa de tu hijo... en un ventisquero, ¿no?

El actor que hace el papel de juez se está esforzando por llevar de nuevo el programa a sus derroteros adecuados.

—Luego, fui traspasada a este serial. Beryl estaba deseando conocerte. Deberías buscarla. Se rumorea que está en la nueva novela de *tu* Rosemary Klein Kantor. No nuestra. Bueno, adiós.

Edna vuelve al argumento de *Duluth*, consciente de que si dice una frase más que no figure en el guión tendrá que habérselas con el sindicato de actores.

—Es mi hijo —dice Edna, llorando—. Es *tu* sobrino. Algún día será un gran médico...

El actor que hace de juez parece aliviado al oír de nuevo una frase del guión.

—Cuando me pongo esta toga... —declara gravemente.

Chloris vuelve a prestar atención. La trama está empezando a espesarse. Chloris se promete mentalmente buscar la última novela de Rosemary Klein Kantor. Está un poco desconcertada por la alusión a «*tu* Rosemary Klein Kantor. No nuestra». Sin duda, no habrá dos Klein Kantor, se dice. Pero, naturalmente, gracias al *efecto de simultaneidad*, existe la Klein Kantor creadora de la serie «Duluth», que se ve en *Duluth* pero hecha en otro continuum o ficción alternativa, y por eso, su Klein Kantor creadora es totalmente diferente de nuestra Klein Kantor, que acaba de publicar una entrega de una novela titulada *Duque bribón* en el último número de *Redbook*, revista femenina recientemente hecha resurgir por las

enemigas de la Enmienda de la Igualdad de Derechos, entre las que se cuenta Chloris.

En principio, a Chloris le gusta la idea de los relatos de desesperado valor, en *Regency Hyatt England*, de Rosemary Klein Kantor, y, aunque ella no sabe leer y detesta que se lea, salvo cuando el libro es suyo, nada le gusta más que oír hablar de libros. Debe conseguir que Wayne le hable acerca de *Duque bribón...* y de Beryl Hoover, que quizás estén relacionadas de alguna manera con el oscuro misterio existente en el corazón de la historia de Betty Grable.

XI

Mientras tanto, en la chabola del *barrio*, Darlene ha llegado a la parte del registro que más le gusta. De hecho, sus *shorts* están empezando a humedecerse de excitación. Siempre lleva *shorts* de hombre en el trabajo porque le hacen sentirse más autoritaria.

El joven inmigrante ilegal no viste ahora más que un par de sucios calzoncillos un número más grandes de lo que necesita su delgado cuerpo. Sólo uno de los tres botones originarios subsiste en la parte delantera, y ese botón cuelga de una fina hebra de hilo. Con el frío, el joven está empezando a ponerse azul, color que a Darlene le gusta en sus inmigrantes ilegales. Observa con satisfacción que las piernas, sorprendentemente robustas, están temblando, mientras al este y al oeste del lampiño pecho dos oscuros pezones se han reducido de tamaño hasta no distinguirse casi de las ondulaciones de la carne de gallina circundante. El sonido del castañeteo de los dientes del inmigrante ilegal es música para los oídos de Darlene.

—¡Bájate los calzoncillos, muchacho!

—¿Qué?

Esta es su única palabra de inglés mientras permanece en pie, con las manos en los costados y dilatados por el terror sus estrechos ojos aztecas.

Con el dedo índice, Darlene da un golpecito al botón, que separa del último hilo de algún olvidado verano mexicano. El inmigrante contiene una exclamación. Los calzoncillos se abren, pero no caen, sostenidos por los musculosos muslos. Queda al descubierto una negra y espesa mata de vello pubiano. Con un grito de júbilo,

Darlene baja los calzoncillos hasta los callos del inmigrante. Este lanza un grito. De vergüenza. Ella lanza un grito. De sorpresa. La mata está desierta. No hay quimbombó. No hay ciruelas.

Modestamente, el joven intenta taparse nada con las manos.

—¡No, muchacho!

Darlene le aparta las manos y se queda mirando la negra y desierta mata de vello.

—¿Qué eres —gruñe—, alguna especie de transexual?

—¿Qué? —gorgotea el inmigrante.

—Uno de los dos se está perdiendo la gracia del registro —dice Darlene—. Y no es la teniente Ecks, de Homicidios.

Darlene coge un cesto y se sienta de modo que la zona de más interés para ella queda ahora a la altura de sus ojos. Luego, lenta y cuidadosamente, va subiendo los dedos a lo largo del trémulo y palpitante muslo izquierdo hasta el punto en que las robustas piernas se unen al delgado torso. ¡Victoria! Ocultas en la espesura, hay dos ciruelas diminutas, apartadas de la vista por el terror y el frío.

—O sea que las tenías —dice ella, apretando las ciruelas una contra otra.

Luego, saca un peine del bolsillo de su uniforme Mainbocher y, cuidadosamente, separa por la mitad el vello pubiano. Mientras lo peina a ambos lados de la divisoria central, se ve recompensada por un privilegiado primer plano de lo que resulta ser el más verde —bueno, más azulado, admite— quimbombó que ha encontrado jamás.

—Para ser un violador, muchacho, eres poca cosa.

—¿Qué?

Impulsivamente, Darlene empuja el quimbombó dentro del inmigrante, que lanza un chillido.

—¡Ahora lo ves! —grita—. ¡Ahora no lo ves!

Poco imagina Darlene Ecks que en este momento de su mayor triunfo hasta la fecha acaba de crear al implacable jefe de lo que pronto será conocido en todo el mundo como Sociedad de Terroristas Aztecas, cuyo grito «¡El fuego esta vez!» desmoralizará y desestabilizará al Gran Duluth.

Sin embargo, paradójicamente, Darlene desea, en el fondo, ser amada y protegida. Si *Chico* no estuviese tan totalmente casado —y no fuese tan verdaderamente negro—, podría haber sido la respuesta a sus oraciones. Pero lo está y lo es.

Como compensación, la vida cotidiana de Darlene se reduce a estos registros, mezclados con ensueños. Le gustan las fascinantes novelas románticas en que hombres poderosos y dominantes,

ataviados con capas, salvan de terribles destinos a pudorosas heroínas. A Darlene le encantan especialmente las novelas de Klein Kantor. De hecho, es tan intensa la necesidad de belleza y de ternura que siente Darlene que, con el descenso de los calzoncillos de un inmigrante, puede transportarse a sí misma al mundo de *Regency Hyatt England* y recrearse en las fantasías de su autora favorita.

XII

Mr. y Mrs. Bellamy Craig II son el blanco de todas las miradas cuando toman asiento en el palco real —su palco— de la Opera de Duluth. Es la primera noche de la nueva temporada. La ópera está cantada en italiano, lo cual no facilita las cosas. Pero su posición social impone a los Craig presidir la función inaugural. Bellamy lleva en los oídos unos tapones especiales que le aíslan de todos los sonidos. Dado que, como a la mayoría de los duluthianos acomodados, le enseñaron ya desde niño a leer en los labios, puede conversar con su esposa sin oír una sola nota de la música.

—Creo —dice Chloris, por hablar de algo antes de la obertura— que está aquí *todo el mundo* y que somos el blanco de todas las miradas.

—Eso se debe a nuestra posición social.

—Sí —admite Chloris.

Cuando marido y mujer se ponen a hablar de menudencias, estas rozan lo minúsculo, o lo baladí, como dicen en la vecina Nueva Orleáns, «La Ciudad del Creciente», cuya hija predilecta se encuentra en estos momentos llamando con los nudillos a la puerta del palco de los Craig.

—¿Quién es?

—Bien ¿qué? —pregunta Bellamy.

—¡Oh, tú y tus estúpidos tapones! ¡Quítatelos! Hay alguien a la puerta de nuestro palco real.

Chloris se pone en pie. Se extiende un murmullo por el público. Todos los ojos —algunos ayudados artificialmente con prismáticos y gemelos— se concentran ahora en la indiscutida líder social de Duluth, suntuosamente ataviada con una creación en terciopelo escarlata de «Christian Dior», que logró pasar de contrabando por

la aduana cosiendo sobre la etiqueta de «Dior» una etiqueta de «Saks Fifth Avenue». Es astuta Chloris Craig. No tiene un pelo de tonta, como dicen las clases trabajadoras del este de Duluth.

Con gesto no muy distinto del de la Estatua de la Libertad levantando en lo alto su vibrador —y Chloris en sus buenos días (y éste es uno) se parece a la dama situada en la boca del puerto de Nueva York—, Chloris abre la puerta del palco real. De pie en el umbral, hay una mujer de pequeña estatura y enorme nariz de papagayo. Aunque no va especialmente arreglada, posee un aire de intensidad que a Chloris le resulta turbador. Junto a la pequeña y nariguda mujer, se halla un joven menudo, pero bien formado y acicalado, con una nariz que parece una patata. Nunca había visto Chloris dos narices tan enormes en su palco al mismo tiempo.

—Soy —dice la mujer— Rosemary Klein Kantor. Y levanta su bastón de marfil en un gesto como de bendición.

Y, encima, es coja, piensa Chloris, consternada.

—¿La novelista? —El *savoir dire* de Chloris nunca la abandona.

—La misma. Vivo en Nueva Orleáns. Al otro lado de la carretera de Duluth. La vi una vez, cuando estaba usted firmando libros en «Tess Grager's». Visitaba la Ciudad del Creciente en su calidad de «Chloris Craig».

—Cierto —dice Chloris—. Creo que, esta noche estoy aquí en mi otra calidad, como Mrs. Bellamy Craig II...

—El arbitro social de Duluth. Sí. La habría reconocido en cualquier parte por sus fotografías en *Town and Country* y *Women's Wear Daily*.

—Conmigo —Rosemary se vuelve hacia el exquisito, aunque narigudo joven— está Clive Hoover.

—¿Hoover?—Chloris se pone súbitamente alerta—. Conozco el nombre.

—Es un honor, Mrs. Craig —Clive besa la poderosa mano de Chloris, musculosa a consecuencia de una década de uso del vibrador—. Mi madre la tiene en muy alta estima —dice.

Evidentemente, un degenerado sexual, decide Chloris. Siempre puede darse cuenta. Si no es decorador de interiores, es analista de computadoras.

—Su madre, sí... —El *savoir dire* de Chloris se ve sometido a dura prueba—. ¿Qué tal está?

—Ha pasado al otro lado.

—¿Qué?

—Ha cruzado el río luminoso.

—¿Cruzado...?

—Caído de la percha.

—¿Percha?

—Beryl Hoover está más muerta que un bacalao —dice Rosemary, con la aspereza que ha hecho que su lengua sea generalmente temida en la Ciudad del Creciente..., tan diferente de la forma en que habitualmente escribe, para delicia de la teniente Darlene Ecks, admiradora entusiástica suya.

Rosemary Klein Kantor es reina del romance al estilo de Arlequín. Es también heredera reconocida —además de plagiaria— de la difunta Georgette Heyer. Se dice que, en los comienzos de su larga carrera, Rosemary fue famosa corresponsal durante la Segunda Guerra Mundial y ganadora del premio Wurlitzer al periodismo creador, un pulpo en un cubo de plástico que adorna la repisa de la chimenea en su estudio del elegante Audubon Park, de Nueva Orleáns. Gracias a la astuta forma de Rosemary de farfullar Wurlitzer, la palabra ha acabado convirtiéndose, con el paso de los años, en Pulitzer. Como consecuencia, Rosemary es famosa. Y se propone seguir siéndolo. Una leyenda viviente.

Durante esta conversación, Bellamy ha permanecido mirando extasiado al escenario como si escuchara la música, que no ha empezado aún. Se mantiene de espaldas a los recién llegados. No le gusta su aspecto.

—Mi madre murió en un ventisquero de Garfield Avenue...

—¡Con Edna Herridge! Sí, lo sé. Conocía ligeramente a Edna. Ahora trabaja en *Duluth*. Haciendo el papel de hermana del juez.

Les toca ahora a Clive y Rosemary sentirse desconcertados. Chloris comprende demasiado tarde que ha dicho no sólo demasiado, sino también demasiado poco. Evidentemente, Edna no quiere que el hijo de Beryl sepa que ella —Edna— está en una serie de televisión que no ha encontrado aún sus «piernas», como dicen en los círculos televisivos. Chloris conoce la sensación. Cuando Wayne escribió el primer «Chloris Craig», ella se había ido a París con un maletín lleno exclusivamente de los objetos de aseo indispensables y de etiquetas de «Saks Fifth Avenue». Cuando le llegó la noticia del gran éxito obtenido por *Nelson Eddy, un fuego en la laringe*, casi se desgasta los dedos cosiendo etiquetas «Saks». Triunfalmente, regresó a Duluth con un baúl.

—Vengan a sentarse con nosotros —les invita Chloris, comprendiendo que, con este amable gesto por su parte, Rosemary y Clive alcanzarán conjuntamente una posición social de primera fila en Duluth..., el sueño de la madre de Clive, aunque Chloris no puede saberlo, pero Clive puede saberlo y lo sabe.

—No tengo inconveniente —dice Rosemary, sentándose regiamente junto a Bellamy, que le dirige una sonrisa.

De pronto, Chloris desea que la nariz de Rosemary fuese más pequeña. Se vuelve hacia Clive..., su nariz pide también a gritos una intervención quirúrgica. «¿Qué he hecho?», se pregunta Chloris, sintiéndose desmayar, consciente de que el teatro entero no habla de otra cosa más que de las extraordinarias narices que Mrs. Bellamy Craig II ha invitado a su palco real.

Afortunadamente, la ópera acaba de comenzar, lo que hace que las narices pierdan su definición en la penumbra del arco del proscenio. Bellamy cierra los ojos y duerme el sueño de los justos mientras Chloris se devana los sesos. ¿Qué fue lo que le dijo Edna Herridge sobre la madre de Clive, Beryl? ¿Aparte de que está ahora en una de las creaciones de Rosemary? Pero, ¿cuál? Tendré que preguntárselo a Edna la próxima vez que la encuentre en *Duluth*. A menos que lo sepa Rosemary.

Chloris debe actuar muy cuidadosamente con Rosemary. Chloris sabe lo inescrutable que puede ser el proceso creador.

XIII

El capitán Eddie está ahora en la nave espacial. Con él se encuentran su fiel ayudante el teniente *Chico* Jones y dos científicos de la Universidad de Duluth.

—Es una suerte para nosotros que nadie se acerque nunca a la nave espacial —declara en voz baja el capitán Eddie.

Pero no necesita bajar la voz, porque tiene razón. Nadie se acerca nunca a menos de un kilómetro de la nave. En general, a la gente no le gusta. Ciertamente, no le gusta al capitán Eddie. Pero tiene un trabajo que hacer.

Chico ha apoyado una larga escala contra un costado de la nave, y él y los dos científicos, provistos de sus aparatos, siguen por la escala al capitán Eddie hasta la parte superior de la nave.

La vista que se divisa desde allí no es nada sensacional. Las torres de Duluth se alzan a un lado, y al otro se extiende el desierto. La carretera 99 está a más de un kilómetro de distancia, abarrotada de tráfico, como siempre. A lo lejos, al Norte, los Grandes Lagos semejan alargadas y poco profundas escudillas. Al Sur, la perpetua bruma que se eleva de las refinerías de petróleo y de los ricos quimbombós permanece suspendida, como siempre, sobre Nueva

Orleáns, la Ciudad del Creciente.

—En un día despejado —dice el capitán Eddie, tratando de dar una nota de cordialidad—, se puede ver desde aquí el océano Pacífico.

—No, no se puede —replica uno de los científicos, con arrogancia. Está caminando cuidadosamente por la pegajosa superficie de la nave espacial, con un analizador en la mano. Tiene la vista fija en los instrumentos del analizador.

—¿Por qué es tan pegajosa esta cosa? —pregunta el capitán Eddie.

—Porque está hecha con material que no es de aquí —responde el segundo científico, una buena persona en conjunto.

—¿Inmigrante ilegal? —pregunta automáticamente *Chico*, con la esperanza de que no sea en absoluto ilegal, ya que las cárceles de Duluth se encuentran atestadas.

Las expediciones de la teniente Darlene Ecks están proporcionando tantos inmigrantes ilegales que nadie sabe ya qué hacer con ellos.

El científico hace caso omiso de *Chico*. |

El capitán Eddie suspira. Casi ha decidido presentarse a las elecciones para alcalde contra el alcalde Herridge. Más que ninguna otra cosa, el capitán Eddie desea viajar en la limusina del alcalde, con televisor y bar en el asiento trasero. También quiere poder. Lo mismo que su media naranja, Mrs. Thurow. El capitán Eddie aprecia mucho a esa mujer.

—Bueno —dice el científico, sosteniendo su aparato—, están pasando muchas cosas ahí dentro.

—¿Como qué?

—Como... Bueno, parece una fiesta. Alguien está tocando un acordeón, *creo*. No sé qué melodía es, porque tengo muy mal oído. No me cabe en la cabeza por qué los científicos no podemos saltar a conclusiones, pero siempre podemos aventurar educadas suposiciones.

—Entiendo —admite el capitán Eddie, que no entiende nada en absoluto.

«¿Qué pintan —piensa—, gentes del espacio exterior dando una fiesta en el desierto de Duluth, frente a la Kennedy Avenue? ¿Por qué no podían hacer eso en su propio planeta?»

—¿Qué aspecto tienen? —pregunta.

—¿Cómo diablos voy a saber qué aspecto tienen?

Este científico es un hombre irascible. Pero su compañero contesta:

—El hecho es que, con el analizador, sólo podemos obtener una forma *general*. Y los ritmos del pulso, naturalmente, y los ciclos respiratorios. Yo diría —añade, con aire pensativo— que probablemente tienen aspecto de ciempiés.

—Eso *no* es una suposición educada —observa el científico irascible—. Y tú lo sabes.

—Bueno, yo recibo unas señales de ciempiés en mi analizador...

—Doctor Guy, ¿podemos establecer comunicación con ellos? —El capitán Eddie está empezando a desesperarse—. ¿No puede pedirles que se vayan? Después de todo, están infringiendo todas las ordenanzas municipales. Y me están poniendo en ridículo.

—Además —añade *Chico*—, si aquí, el jefe, puede hacer que se vayan, habrá dado un gran paso para derrotar a Herridge en las elecciones.

—Bueno, yo no diría eso...

El capitán Eddie parece turbado. No quiere que se difunda el hecho de que podría participar en la campaña electoral. Pero los científicos no se preocupan de eso. No están escuchando. El doctor Guy se encuentra ahora arrodillado, con un martillo en la mano. Golpea dos veces con él la parte superior de la nave, cosa nada fácil a causa de la pegajosa superficie.

—¿Quién está ahí? —pregunta.

Un horrible sonido llega desde el interior de la nave espacial. Los cuatro hombres se quedan petrificados. Jamás habían oído un sonido semejante. Sus rostros se vuelven mortalmente pálidos. No se atreven a moverse. *No pueden moverse*. El sonido se eleva y desciende. Luego, cesa por completo.

—Creo —dice el doctor Guy, con voz temblorosa— que no lo intentaré otra vez.

—Será mejor que no lo haga —aconseja el capitán Eddie, realmente estremecido—. Este asunto corresponde a la Fuerza Aérea. No es cosa mía, yo me lavo las manos.

Pero la roja viscosidad se adhiere a sus manos y sus ropas mientras bajan apresuradamente la escala, y los cuatro saben que tardarán muchas horas en lavarse, con petróleo y trementina, cuando lleguen a casa.

—Apuesto a que hay comunistas ahí dentro —opina *Chico*.

XIV

Chloris y Wayne se hallan sentados en el barco *Paraíso Persa*, mientras contemplan cómo los patinadores se deslizan sobre el río

helado.

—¿Tú dirías, Wayne, que en *Mamá usaba mallas* las piernas de Betty Grable eran demasiado delgadas?

—Depende de la forma en que fuese fotografiada. En *Coney Island* tenía unos remos soberbios.

—Pero a mí me pareció que la pantorrilla izquierda era demasiado delgada en la escena de *Boardwalk*.

—Creo que ya sé quién mató a Betty —afirma Wayne, en tono levemente burlón.

—¡Oh, Wayne! —Chloris nunca se ha sentido más próxima a Wayne que ahora—. Sabía que lo soltarías. ¿Quién lo hizo?

—En primer lugar, como tú siempre has sospechado, fue un crimen pasional.

—Me encantan los crímenes pasionales —dice Chloris, y es cierto.

—Sí. —Lenta, enloquecedoramente, Wayne apura el resto de su plato mientras esquivo el llameante sable de un complicado postre llevado en alto, como un vibrador de la Libertad, por un inmigrante legal no violado aún por la teniente Darlene Ecks.

—¡Wayne! ¡Soy toda oídos!

Pensativamente, Wayne bebe su «Cold Duck». Luego anuncia:

—Clyde Tolson.

Es todo lo que dice. Pero sus ojos brillan de triunfo.

—¿Quién coño es Clyde Olsen? —pregunta Chloris.

—Tolson. Con «T». ¿Recuerdas la más grande historia de amor jamás contada?

—Si *jamás* fue contada... —Chloris está en ascuas.

—Pero fue cuchicheada. Cuchicheada, nena. Clyde Tolson era el amante y asociado de J. Edgar Hoover, el director del Federal Bureau of Investigation.

—¿Hoover? —Chloris frunce el ceño—. Ese nombre está apareciendo continuamente. ¿Por qué?

—Verás, así es como he reconstruido lo que sucedió. Oh, me faltan una o dos piezas del rompecabezas, pero las esenciales están ahí.

—Adelante, Wayne. Esto es realmente interesante.

—Gracias. Bueno, pues Betty conoce a Herbert.

—Herbert ¿qué?

—Herbert Hoover.

—Oh, sí. Estúpida de mí. Siempre lo olvido. El cuello almidonado. Sí. Sigue, Wayne. ¡Tantos Hoover!

—Entran en relaciones. Relaciones platónicas. Y las viven intensamente. Vegas. Fairbanks. Waikiki. Anchorage. Palm Springs. Juneau. La tira. Dondequiera que fulguraban las luces y se vivía a lo grande, allí estaban Betty y Herbert.

—¡Dios! ¡Cómo se lo pasaban nuestros antepasados!

—Sí. Pero había un pequeño detalle que Betty nunca pudo controlar.

—¿Cómo lograr que le fotografiasen la pierna izquierda de modo que no pareciese demasiado delgada?

—Bueno, ése es *otro* pequeño detalle. Pero el gran detalle, el que le costó la vida... ¿Quién es esa tipa que te está haciendo señas?

Chloris levanta la vista. Rosemary Klein Kantor y Clive Hoover — otra vez ese nombre, piensa Chloris— se están acercando para saludarla.

—¡Oh, vaya! —murmura Chloris—. ¡Hola, Rosemary! ¡Hola, Clive!

—les saluda afablemente. Después de todo, les dejó sentarse en su palco real de la Opera—. Este es Wayne Alexander. Vamos a terminar las presentaciones, y, luego, os largáis los dos.

Pero los recién llegados no hacen tal cosa, porque creen que Chloris está, simplemente, bromeando.

—Yo tomaré un coñac —pide Rosemary, al tiempo que se sienta.

—Yo tomaré un licor digestivo —solicita Clive al camarero. Se vuelve hacia Chloris—. El testamento de mamá ha sido homologado. Heredaré cien millones de dólares que ella pudo obtener de papá tres años antes de su muerte.

—Me gustas, Clive —afirma Chloris, con toda sinceridad—. Mucho. Vas a ser una excelente contribución a la sociedad de Duluth.

—Yo había esperado ganarlo para Ciudad del Creciente, al otro lado de la carretera —Rosemary dirige a Chloris una sonrisa ligeramente desafiante.

«Va a ser una lucha a muerte», piensa Chloris. Pero vencerá. Siempre vence.

—Le he encontrado a Clive una mansión en Audubon Park —declara Rosemary, en tono acerado—, nuestro elegante distrito residencial...

—Que no tiene nada comparable a las vistas que disfruta nuestra Garfield Heights, el lugar donde —y Chloris exhibió ante las narices de Clive, por así decirlo, su baza decisiva— tu angelical madre proyectaba comprarse una mansión.

—Eso es realmente cierto, Mrs. Craig —y Clive la mira... apasionadamente.

—Chloris para ti.

—Chloris...

—Mira, Chloris... —empieza Rosemary.

—Mrs. Craig para usted, Miss Klein Kantor. Hasta que nos conozcamos una a otra lo bastante como para tutearnos.

—Hay muy poco que yo no conozca acerca de usted, cariño —

silabea Rosemary, que no es persona que se arredre por esta clase de cosas.

«Una pelea de gatos», piensa Wayne.

«Magnífico estilo», piensa Clive, dividido entre la inteligencia de Rosemary y la posición social y las tetas de Chloris.

«Mala bruja», piensa Chloris, recurriendo a su encanto personal.

—Clive será más feliz aquí, en Duluth, donde tenemos tradición. Vida agradable. Inteligencia —señala a Wayne, que parece muy sesudo, como realmente es—. Y sede de numerosos organismos oficiales, tanto estatales como federales.

—Incluyendo —remacha Rosemary—, los servicios de Aduanas, si no me falla la memoria.

Chloris queda estupefacta. ¿Cómo podría esta mujer saber lo de sus etiquetas? Por una vez, ninguna frase feliz acude a sus labios. Se ve abandonada por su propio *savoir dire*.

—Siempre he observado que ustedes, los de Duluth, el Grial, como si dijéramos, de mi difunta madre Beryl, tienen una distinción que no se encuentra en otras partes, y debo confesar, con toda sinceridad, que yo soy igual que mi madre en todos los aspectos, salvo en uno. —¡Pero...!

Rosemary se ruboriza. Por realista que pueda ser, como conviene al autor de *Hiroshima, línea cero*, ganadora del premio Wurlitzer, sigue siendo la autora de novelas románticas estilo *Arlequín*. El pene no podría aparecer en una de sus novelas —salvo como innominada e indefinida parte de la genérica aura masculina de uno de sus intercambiables y audaces héroes— más de lo que podría jamás llegar a encontrar albergue, siquiera temporal, entre sus propios y finos labios.

Clive fija una fría mirada en Rosemary.

—Me refiero a mi nariz, Miss Klein Kantor. La de Beryl fue cambiada. La mía, no. Su sueño era que me la cambiara *antes* de que ella se estableciese socialmente en Garfield Heights.

Chloris está empezando a sentirse incómoda con toda esta conversación sobre narices. Se empolva la punta de la suya.

—Cuando me llegó la noticia de la muerte de Beryl, en aquel ventisquero al pie de Garfield Heights, yo estaba, lo confieso aquí, entre nosotros, en la clínica rinológica del doctor Jaspes, en Long Beach, donde iba a cambiar mi nariz de patata aplastada por una *pomme soufflée* como la de mamá. Pero la mañana en que debía someterme al bisturí, llegó la noticia de que Beryl estaba con Nínive y Tiro. Me apresuré a ir a Tulsa, donde debía ser enterrada Beryl. Imaginen mi sorpresa y mi excitación al ver en el entierro a Rosemary Klein Kantor, desconocida personalmente para mí, pero

conocida por su fama por todo el mundo. Fue entonces... —Clive hace una pausa— Continúa tú, querida —y se vuelve a Rosemary.

—El triste día de la muerte de Beryl Hoover... —continúa Rosemary, tal como se le ha pedido.

—¡Ese nombre! —susurra Chloris para sus adentros, ya que los otros rara vez escuchan a nadie.

—...yo iba por la mitad del capítulo III de *Condesa Mara*, que se desarrolla en los Alpes suizos, en la clínica de un famoso cirujano estético, cuando, de pronto, entró Beryl en el libro, como paciente. Beryl se encontró inmediatamente en su elemento. Asegura haber sido amiga de mi heroína, la condesa Mara, cosa que dudo...

—A veces, mamá dice..., decía..., *dice* que conoce a personas de la nobleza, cuando no es verdad —confiesa Clive.

—Lo sabremos en el capítulo cuarto —murmura Rosemary, en tono un tanto sombrío—. Pero, mientras estaba fijándola en la página como hago con todos mis personajes, con estro y magia, *percibí* el ventisquero. Sin embargo, no fue muy comunicativa en cuanto al momento concreto de su muerte.

—Madre es..., era..., es científica cristiana. La muerte no es lo suyo.

—De todas formas, me dijo que, debido a una especie de recurso de ficción que nosotros, los plagiarios, quiero decir, los escritores... ¡Vaya un lapsus! —Rosemary se está aturrullando—. Mientras yo la escribía, ella recordaba aún su vida aquí, en *Duluth*. Quería que transmitiese un mensaje urgente a su hijo Clive. ¿Qué?, le pregunté. Mas para entonces estaba ya totalmente integrada en *Condesa Mara*. Intrigada, llamé a todas las funerarias de Tulsa y encontré la que se iba a hacer cargo de ella. Y, como Nueva Orleáns está a un paso de Tulsa, llegué justo a tiempo para asistir a las exequias de mi nuevo personaje, lleno de vida, si así puedo decirlo, en la página, pero...

—Más muerta que un bacalao en... —dice Wayne, queriendo aportar su contribución al diálogo.

—...la vida irreal —completa incorrectamente Clive, según acostumbra, la frase de Wayne—. Pero me emociona saber que mamá lo está haciendo tan bien en *Condesa Mara*...

—¿Pero cuál era el mensaje urgente? —pregunta Chloris, siempre práctica.

Rosemary frunce el ceño.

—No lo sé. Beryl ya no es autónoma. Está también fuera de *Duluth* para siempre.

—No creo que eso sea posible —dice Wayne, que al menos una vez al día se lee a sí mismo en voz alta el lema que figura en lo alto de la torre «McKinley». Nadie sabe quién lo puso allí. Nadie sabe

qué significa exactamente. Y a nadie le importa un bledo, excepto a Wayne. El está seguro de que se trata de alguna especie de clave que será descifrada con el tiempo.

—Quizá Beryl esté sólo esperando su oportunidad —declara Chloris, esperando que el mensaje de Beryl, si llega a ser comunicado, no reducirá en absoluto los cien millones de dólares de Clive.

—O —dice Rosemary— acaso se disponga a hacer una segunda aparición en el serial que estoy escribiendo para *Redbook*.

—¿*Duque bribón*? —Chloris nunca olvida un título. También recuerda a Edna diciéndole en la Televisión que la madre de Clive está en *Duque bribón*.

—Sí. Mis personajes duplican e, incluso, triplican con frecuencia sus papeles. De hecho, en *Duque bribón* hay un personaje llamado Beryl, no Hoover, y, si *ella* es la madre de Clive, existe todavía la posibilidad de que este mensaje urgente...

—Dígame —ronronea Chloris, cambiando de tema—, ¿cómo usted, con esa nariz... insólitamente grande, incluso... *enorme*, puede saber lo suficiente acerca de la cirugía plástica en los altos círculos sociales como para describir en *Condesa Mara* la vida y milagros de un cirujano rinoplástico? ¿Trabaja guiándose *enteramente* de la imaginación? Algo que no se ha hecho aquí, en *Duluth*.

Aunque pequeña, Rosemary se yergue tanto que su barbilla no descansa ya en el borde de la copa.

—Mrs. Craig, yo también me he sometido a la rinoplastia.

—¡Está bromeando! —exclama Chloris, divertida.

—Yo nací en una vieja familia rabínica. Desdichadamente, nací también con una nariz diminuta y respingona no muy diferente de ese ridículo muñón que usted lleva...

—¡Miss Klein Kantor! —Chloris está ahora furiosa—. Este ridículo muñón, como usted lo llama...

—...es un modelo que se puso de moda a finales de los sesenta. Mi propia *schnozzola*, espléndidamente conformada y dilatada, tardó dos años en completarse. El hueso, el tendón y el cartílago de mi talón de Aquiles izquierdo suministraron el material de esta magnífica nariz. Por eso es por lo que cojeo un poco. ¡Pero valía la pena, se lo digo yo! Ahora hago honor a mis antepasados, sin falsedades como tantas aquí, en *Duluth*.

—Pero seguramente, Rosemary —interviene Clive, que considera ahora a la autora como su madre provisional—, *tu* nariz es tan falsa como todas las otras. Quiero decir que, aunque fue aumentada, en vez de reducida, sigue sin ser la nariz con que naciste, ¿no?

—Sí. Pero es la nariz que *debía* haber tenido. Y ahora tengo...

—¿Una esencia platónica de nariz? —pregunta Wayne.

Rosemary enrojece.

—Yo soy sexualmente pura, Mr. Alexander. Todas mis relaciones son platónicas.

—Creo —decide Chloris, poniéndose en pie— que hemos agotado el tema de las narices. Me alegro de que Beryl Hoover, tu madre, querido Clive, esté en *su* libro, Miss Klein Kantor. De hecho, ahora recuerdo que eso fue lo que Edna Herridge me dijo en *Duluth*. Así que *¡bonne chance!* Vamos, Clive, te llevaré a mi club de bridge...

—¡No será «El Eucalipto»!

—Sí, Clive. «El Eucalipto», el último y definitivo refugio de la *élite*.

Chloris se lleva a Clive fuera de la habitación. Clive se siente alborozado en grado sumo. Nunca ha soñado en llegar tan alto socialmente. Rosemary, por el contrario, parece irritada al pensar en la nueva pareja de Duluth mientras Wayne se queda al margen. Sin que este heterogéneo cuarteto lo sepa, todas y cada una de las palabras que han pronunciado han sido grabadas por el PDP. Más tarde, Darlene y *Chico* escucharán las cintas, esperando capturar a un conocido traficante de drogas que opera en esa mesa concreta del *Paraíso Persa*.

Como era de prever, *Chico* se aburre mortalmente con toda esta palabrería de la alta sociedad, pero Darlene se siente emocionada al escuchar a su autora favorita y enterarse de que la mujer que estaba en el ventisquero con Edna Herridge se halla ahora en *Duque bribón*, que Darlene acaba de empezar a leer, ya que aparece por entregas mensuales en *Redbook*, una revista para las mujeres románticas que ejercen una profesión.

XV

La teniente Darlene Ecks, de Homicidios, está caminando por la alta y oscilante pasarela del «Regency Hyatt Hotel» de Duluth. Darlene siente miedo de las alturas. Además, tiene presente el reciente derrumbamiento de una pasarela de hotel en la cercana Atlanta, Georgia, durante un concierto de Duke Ellington.

Darlene procura no mirar al suelo del vestíbulo, allá abajo, muy abajo, pero, naturalmente, no puede mirar otra cosa. Intenta pensar en su misión: Se están vendiendo drogas en el «Lunar Bar», al final

de la pasarela. Darlene —vestida, no de uniforme, sino con llamativo atuendo de chica B— tiene que establecer contacto con el camarero. Luego, la detención. Será un triunfo si lo consigue... y si no se cae muerta de miedo en la pasarela.

A mitad de camino, Darlene hace lo que acostumbra a hacer siempre que está asustada. Se retira a la ficción novelesca. Evoca la última entrega de *Duque bribón*, ambientada en los tiempos de *Regency-Hyatt*, su período favorito.

Radiante con su diadema, Darlene entra en la sala de baile. Resplandece la luz de los candelabros de cristal. Todos los ojos están fijos en ella. Lleva un vestido de blanquísimo encaje con una larga cola.

—¡Lady Darlene! —anuncia el mayordomo.

Darlene —con el cuello erguido y, sin embargo, arqueado como el de un cisne— avanza por la sala en dirección al príncipe regente. El levanta su monóculo. Ella le hace una profunda reverencia.

—¡Vaya, Sir Hugh, es maravilloso!

—¿Me concedéis este baile, Lady Darlene? Soy el conde de Grantford.

—Desde luego, conde. Yo soy Lady Darlene.

—Lo sé.

—¿Lo sabéis?

—Sí.

—¿Cómo?

El diálogo de Rosemary Klein Kantor sigue de esta manera página tras página, y Darlene saborea cada una de sus palabras. Mientras evolucionan, bailando, por la pista, Darlene se siente en la gloria hasta que distingue una cara familiar, una cara que no debería estar allí, pero que está entre la multitud. Una mujer de negro. Alta. Ceñuda. Evidentemente, una Mala Persona. Pero *¿quién es?* se pregunta Darlene, haciendo a la vez una pequeña mueca que no pasa inadvertida al duque.

—Observo que la habéis visto, Lady Darlene.

—¿Oh? ¿Me ha delatado la mueca?

—Vuestro rostro es como una lámina de cristal a través del cual resplandece la inocencia de vuestra alma.

—Sois encantador, conde. Pero ¿quién es esa mujer de negro?

—Es Beryl, marquesa de Skye.

—Oh, la madre de Clive Hoover. O lo fue hasta el accidente. Parece... siniestra —Darlene se estremece ligeramente.

—Lady Skye es espía de Napoleón Bonaparte.

—¿De...? Oh, sí. Ese. Conozco el nombre —dice Darlene, con una deslumbrante sonrisa.

Pero está un poco disgustada porque, cuando se pasa a una novela, espera encontrar solamente gente que *no* conozca. Después de todo, ya es bastante mala la vida real.

Como Darlene está ya en el «Lunar Bar», puede entrar en *Duque bribón* —y salir de la pasarela— con una sensación de alivio. Decididamente, no le gusta Beryl.

A través de la vidriera del «Lunar Bar» —semejante a la portilla de una nave espacial—, se contempla una espectacular vista de los rosados cerezos que bordean la fila de bajas colinas que señalan el comienzo de los bosques de Duluth. Corren los primeros días de marzo. La primavera llega adelantada a Duluth. El verano, por el contrario, se retrasa. Se piensa que el pulverizado de los frascos de aerosol ha alterado el clima, y Wayne Alexander ha escrito un contundente informe sobre el tema que está publicando ahora el *Blade*. Por el contrario el *Noticiero de las seis*, de «KDLM-TV», ha huido del tema como de la peste porque los pulverizadores de laca para el pelo son unos excelentes anunciantes, aunque se hallan oficialmente prohibidos desde hace unos años. «KDLM-TV» siempre sabe de qué lado del pan está untada la mantequilla.

Hay dos camareros. Uno es alto y negro. El otro es alto y blanco. Ambos llevan chaqueta roja decorada con imágenes de la Luna. Una docena de pirujas se hallan sentadas a la barra o en las mesas «lunares» de fórmica, y bastantes hombres —muchos de ellos de fuera de la ciudad— vagan por la sala, dedicados a elegir a las chicas. Darlene encuentra sórdido todo esto. Pero sabe que, sórdido o no, no hay nada que ella ni nadie del DPD puedan hacer para poner fin a la inmoralidad en el «Lunar Bar» ni en cualquier otro sitio, porque todo el mundo paga al alcalde Herridge, lo que disgusta al capitán Eddie, que se ve impotente cuando llega el momento de enfrentarse a los amigos del alcalde. Da la casualidad de que el *Noticiero de las seis* está emitiéndose mientras Darlene toma asiento ante la barra y pide un «Brandy Alexander» al camarero alto y negro. El alcalde Herridge está siendo entrevistado en el Ayuntamiento por Leo Lookaloney, que últimamente se viene dedicando menos a los deportes y más a las entrevistas políticas, para disgusto de sus numerosos admiradores. Leo dice:

—La Fuerza Aérea cree que la nave espacial puede ser un arma secreta rusa.

—Yo no lo creo —replica el alcalde, apagando el gran cigarro puro que siempre fuma, excepto cuando hay una cámara cerca, ya que es malo para la imagen de un político corrupto que se le vea fumando un cigarro puro como si fuese un político corrupto. El alcalde Herridge es un hombre enérgico, de voz melíflua—. Dos

científicos de la Universidad de Duluth examinaron la nave el pasado mes de febrero, y uno de ellos, un tal doctor Guy, dijo que procede de otro mundo.

—¿De cuál?

—No supo decirlo —oh, el alcalde es cortés, piensa Darlene—. Quiero decir que no hay en ella ningún letrado que diga qué es ni qué hay dentro, lo que significa que, sea donde fuere, no tienen ninguna ley de drogas y alimentos no adulterados que indicaría un tipo de gobierno autoritario o quizás, incluso, totalitario.

—¿Está usted diciendo que la nave espacial es comestible?

—El doctor Guy pensaba que podría serlo. Todavía están examinando ese material rojo de que está construida.

—Comprendo.

—Sí.

—Se rumorea que el capitán Eddie Thurow...

—Sí, el equipo —murmura Darlene a su «Brandy Alexander»...

—...del DPD, se propone presentarse contra usted para la Alcaldía.

—Si lo hace, le derrotaré de manera aplastante.

En este momento, el camarero alto y negro cambia de emisora para poner un programa sobre caballos.

Darlene observa atentamente al camarero. El es el supuesto traficante de drogas. Su rostro tiene el color de caoba clara, y va peinado al estilo afro. Es muy atractivo y de nariz chata. Básicamente, Darlene no tiene nada en contra de la mezcla de razas. Después de todo, ella lleva años manteniendo relaciones con *Chico*. Pero un policía uniéndose con otro policía —que es, en realidad, todo lo que Darlene es, pese a sus románticos ensueños— no resulta nada tan trascendental. Además, sabe demasiado acerca de *Chico*, sus esperanzas, sus temores, su mujer, sus hijos, su colección de sellos y su afición a los ritos de esclavitud en el amor y a la cerveza «Heineken». Son ya como hermano y hermana. No hay misterio. No hay éxtasis.

—¿En qué puedo servirle, señorita?

El supuesto traficante de drogas tiene unos modales ligeramente desenfadados. Es todo un dandy.

—Me dedico a los deportes de invierno. —Es la frase en clave.

—¿Sí? Pero ahora es primavera. ¿Ha visto los cerezos en flor?

—A mí me gusta la nieve.

El camarero le dedica una larga mirada. Luego, con un movimiento de cabeza, le indica que vaya a la despensa, que está junto al lavabo de señoras. Con el corazón latiéndole a ritmo acelerado, Darlene entra negligentemente en la despensa, que resulta ser un pequeño recinto sin ventanas, con una fregadera y estantes llenos

de vasos y cajas de cola de dieta.

Darlene se ve reflejada en el pequeño espejo adosado a la parte interior de la puerta, junto al que cuelga el peine de acero que el camarero utiliza para ordenar su afro. Darlene decide que nunca ha estado tan bella. Sus pálidos ojos azules brillan con un ansia de aventura. Las mejillas rebosan buena salud. A los veintisiete años, Darlene Ecks se siente satisfecha de sí misma.

Se abre la puerta. Entra el camarero. Luego, cierra con llave la puerta. Le guiña el ojo.

—Bueno, nena, ¿cuánto quieres?

—Un gramo.

—Te costará uno y medio —anuncia el camarero, extrayendo con una cuchara un gramo de cocaína de una lata abierta de cola de dicta que, según puede ver Darlene, está llena hasta el borde de blanquísima cocaína peruana.

—Y a ti te va a costar de cinco a diez años en chirona, con posibilidad de salir por buena conducta a los veinte meses.

Darlene ha sacado del bolso su fiel revólver.

Aunque se ha quedado boquiabierto, el camarero no deja caer la preciosa cocaína. Se la queda mirando, en silencio.

—Soy la teniente Darlene Ecks, de Homicidios... Y, a veces, de la Sección de Narcóticos. Tu compinche ha cantado, *Big John*.

Este es el nombre por el que sus socios conocen al camarero.

—Ese hijo de puta —masculla *Big John*.

Luego, vuelve a dejar en la lata de cola la cucharada de cocaína.

—¿Qué más tienes ahí, *Big John*?

—Nada.

—Nada, señora. —Darlene es inflexible en lo que se refiere a buenos modales.

—Señora —repite el camarero, dirigiéndole una mirada asesina.

—No te creo, *Big John*. Así que vamos a echar un vistazo a todas las latas abiertas.

Mientras *Big John* le va mostrando cada una de las latas abiertas para que las examine, ella juguetea distraídamente con las esposas, que dentro de unos momentos le pondrá en las muñecas..., el prólogo favorito de *Chico*. Pero de alguna manera, algo —¿un pajarito?— le dice que *Big John* no es partidario de estas variantes. Al menos, no en su lado pasivo.

Una vez que Darlene se ha cerciorado de que las diversas latas están realmente vacías, decide entregarse a su diversión preferida. En el fondo, sabe que está rebasando los límites de su autoridad, tal como muy expresamente se halla determinado por el DPD, pero, en casos muy especiales, un teniente tiene derecho a distender la

vieja regla si parece apropiado hacerlo. Hasta ahora, Darlene solamente ha practicado el «registro total» con varones pertenecientes al grupo del quimbombó y las ciruelas. Como consecuencia, está aburriéndose ya un poco de la monotonía de estos tipos, ya que el callo de un inmigrante es idéntico al de otro. Pero *Big John* es alto y negro... o de reluciente caoba. También es decididamente atractivo. «Sí —piensa—, el que nada arriesga nada gana».

—Bueno, *Big John*, despelleja.

—¿Qué significa eso..., señora?

«Evidentemente, no ha crecido en una plantación —piensa ella—, ni ha servido en ningún momento en *Mandinga*, de Kyle Onstott.»

—Significa que te vas a someter a un registro total. Supongo que sabes lo que es eso, porque, según tus antecedentes, ya has estado detenido.

—Porque fui denunciado falsamente...

—Bueno, pues esta vez no hay denuncia falsa que valga. Te he cogido con la mercancía. Así que empieza a desnudarte.

—Que empiece *¿qué?* —*Big John* no es de comprensión tan rápida como había creído al principio.

—¡Quítate esa maldita ropa para que yo pueda ver la droga que has escondido en tu persona!

—No llevo nada encima, ¡se lo juro!

Mientras él suda, a Darlene se le humedecen las bragas de seda que lleva..., sólo utiliza los *shorts* cuando viste el uniforme Mainboche que nunca pasa de moda.

—Lo veremos. Así que empieza con la chaqueta.

—¡Oh, mierda!

Pero hace lo que le dice. Luego, lentamente, se quita la corbata de lazo, y comienza después a desabrocharse la blanca camisa. Al primer vislumbre de las suaves y relucientes curvas de caoba de su pecho, Darlene reflexiona: «¡Y pensar que estuve casi decidida a estudiar contabilidad en la escuela superior!».

XVI

Beryl se siente un tanto desconcertada ante la poco refinada rubia —Lady Darlene— que le mira fijamente en el baile de Bessborough

en honor del príncipe regente.

Aunque ya no lleva luto por su difunto marido, Beryl, marquesa de Skye, sigue vistiendo de negro porque el negro le va bien a su piel color camelia. El negro armoniza también con su humor habitual. Y también el negro le resulta más fácil a Rosemary Klein Kantor, ya que, sorprendentemente para una autora de libros de gran venta, no entiende nada de vestidos.

«¿Será la nueva amante del príncipe regente?», se pregunta Beryl cuando Darlene pasa a su lado susurrando:

—Beryl Hoover, ¿qué estás haciendo aquí?

La marquesa de Skye hace caso omiso de la pregunta. Por el momento, y a efectos de esta ficción verdadera —o falsa verdad—, nuestra Beryl continúa tan muerta como el proverbial bacalao. Más tarde, desde luego, cuando salga de *Condesa Mara* para entrar en *Duque bribón*, recordará —a su debido tiempo— quién era y el peligro en que se encuentra su hijo Clive.

Por el contrario, Edna Herridge se halla en un caso muy distinto. En la actualidad, vive en el «Montecito Hotel» de Hollywood, donde se hospedan los mejores actores de Nueva York —ella es ahora de Nueva York, está divorciada y tiene dos hijos—, y trabaja en *Duluth*, una serie que está comenzando a conocer el éxito. A Edna le agrada el director. Edna necesita dinero. Edna detesta tener que realizar el viaje hasta los «Universal Studios», en Burbank, pero no tiene opción, porque es allí donde se está rodando la serie. Como Edna no tiene ninguna percepción profunda, teme un fatal accidente.

Hacia la mitad del cuarto episodio —y no se revela con ello ningún secreto, ya que cuando esta página se lea *Duluth* habrá sido cancelada—, Edna va a estrellarse en una furgoneta «Santini» y morirá instantáneamente. Quedará entonces excluida de *Duluth*, la serie.

Edna ha tenido últimamente una racha de mala suerte con los coches, como ella sería la primera en decir si pudiese recordarlo. Pero, cuando choque con esa furgoneta, será absorbida una vez más en un continuum en el que prevalece la ley relativa de la unicidad absoluta, y se la verá aparecer entonces en toda clase de textos, desde un compendioso Michener hasta un amenazador relato de Gass.

Pero en *este* momento, Edna recuerda que ha tenido otra vida. O una vida paralela..., no está muy segura. Le asombra ver a Chloris en la cama con un vibrador. En cierto modo, Chloris no es la clase de mujer que Edna —un tanto mojigata en *Duluth*, aunque una alcohólica secreta y matrona alegre en *Duluth*— habría creído

capaz de masturbarse. Pero Edna consigue conservar la serenidad cuando mira a través del receptor de televisión a Chloris, que la mira a su vez, demasiado sorprendida para desconectar el vibrador. Después de su charla, Edna intenta llamar por teléfono al alcalde Herridge en *Duluth*, sólo para descubrir que la ciudad de Duluth de su nueva ficción verdadera no es su vieja Duluth... y *nuestra* única Duluth, que nunca se puede abandonar ni perder. Edna se siente en cierto modo aliviada. Pero también se halla acosada cada vez que se encuentra en el ambiente de *Duluth* por la idea de que alguien de su vida antigua o paralela podría emerger súbitamente de las lentes de la cámara. ¿Debería someterse a psicoanálisis? A decir verdad, Edna Herridge teme ahora por su juicio.

Por el contrario, la marquesa de Skye—para quien el nombre de Hoover no significa todavía nada— está disfrutando mucho con la trama de *Duque bribón*. Pero es que apenas si hay un solo personaje vivo o muerto que no disfrute estando —al menos durante las primeras páginas— en un libro de Klein Kantor.

«Como un hálito del más puro ozono», dirá el capitán Eddie cuando haga *su* aparición como Napoleón Bonaparte en *Duque bribón*. Pero eso sucede varias páginas más adelante.

XVII

Mientras tanto, el capitán Eddie Thurow ha presentado su candidatura.

—Cierto, muchachos, ¡voy a participar en la elección!

Dice esto a los representantes de los medios de comunicación reunidos en la sala de banquetes de la «Ramada Inn». Suenan unos corteses aplausos, como no podía ser menos, ya que el capitán Eddie es el primer jefe de Policía en veinte años que no ha sido acusado, por lo menos una vez, de actos de corrupción. En Duluth, eso es toda una marca.

El periodista occidental —un hombre— de «KDLM-TV» acerca el micrófono a la boca del capitán Eddie.

—Capitán Eddie, ¿prevé una dura competición entre usted y el alcalde en las próximas primarias?

—Bueno, yo siempre me presento con miedo. —El capitán Eddie sonríe.

Al fondo de la sala, *Chico* levanta el pulgar en gesto de triunfo.

—Pero el hecho es —insiste Wayne Alexander— que usted nunca se ha presentado antes.

—Nunca lo he negado —responde el capitán Eddie, sin inmutarse.

—¿Abrirá usted nuevamente las bibliotecas y los salones de masaje si resulta elegido? —pregunta el periodista occidental.

—Los que deban abrirse serán abiertos. Actuaré sobre la base de examinar individualmente cada caso.

—¿Incrementará usted la dotación de policías para combatir la ola de crimen provocada por inmigrantes ilegales en el distrito de la Kennedy Avenue?

—Esa es mi firme intención. Necesitamos ley y orden. Necesitamos más Policía. Más cárceles. Y —el capitán Eddie hace una dramática pausa— más ejecuciones públicas como las que hicieron famosos por toda Minnesota e, incluso, en la vecina Louisiana, a nuestros antepasados de Duluth.

Estalla un griterío de entusiasmo en la sala de banquetes. Este es un discurso de los que llevan a la victoria. Sólo Wayne Alexander, liberal y aguafiestas profesional, suelta una risotada de desprecio. Pero nadie repara en ello,

—¿Qué va a hacer con esa nave espacial? —grita Wayne entre el tumulto.

—Si soy elegido alcalde, me ocuparé de que sea llevada al otro lado de la frontera, a México... —comienzan de nuevo los aplausos—, donde constituirá una atracción turística tan importante que nuestros vecinos mexicanos le darán las gracias a su Tío Sam mientras pagan los intereses del dinero que recibieron en préstamo del «First Duluth National Bank».

Realmente, el capitán Eddie ha entrado con buen pie en la campaña electoral.

A un tiro de piedra de la «Ramada Inn», una docena de vecinos de México se hallan sentados en la estancia trasera de una chabola del barrio, en cuya habitación delantera sus estoicas mujeres están plegando interminablemente enchiladas, planchando tortillas, cosiendo tortillas.

Cuando Darlene Ecks presionó el miembro viril de Pablo dentro del cuerpo de éste, el hierro, como dicen en Puerto Vallarta, entró en su alma.

—Quiero matarla —dice Pablo a la recién formada «Sociedad de Terroristas Aztecas».

Como un solo terrorista, los otros asienten con la cabeza, y sus inexpresivos rostros aztecas se contorsionan en una mueca de odio compartido hacia Darlene Ecks.

Como parte de la iniciación de cada terrorista en la «Sociedad», se ha colocado sobre un sarape usado un retrato de Darlene vestida con su siempre elegante uniforme Mainbocher. Luego, uno a uno, los humillados jóvenes escupen sobre la fotografía, mientras que Pablo se dedica a defecar sobre la odiada imagen.

Una vez que el original de la fotografía sea capturado, los terroristas aztecas se proponen violarla en grupo, mutilarla y matarla.

Mientras discuten las terribles cosas que le van a hacer a Darlene, sus quimbombós se van acalorando y sus ciruelas se tornan tensas. Está en juego su sentimiento de machos. Para cada terrorista azteca, su quimbombó es una serpiente emplumada, siempre presta a servir y ser servida por los oscuros dioses de la sangre. Pero, desde Yucatán hasta Tijuana, no es ningún secreto que el profeta del hombre macho no es otro que D. Herbert Lawrence, autor de *Kangaroo*, la biblia de todo inmigrante ilegal en todas partes.

XVIII

El club de bridge y backgammon de «El Eucalipto» está ubicado en una vieja mansión de Garfield Heights, sobre los bosques de Duluth. El estado de ánimo imperante en «El Eucalipto» es muy diferente del que reina en la chabola del *barrio*.

Chloris y Clive están congeniando muy bien. Juegan al backgammon en la selecta y bien surtida biblioteca del club, anteriormente hogar de una vieja familia criolla de Duluth ya extinguida. Pero la *crème de la crème* de los todavía activos miembros de la sociedad de Duluth suele pasar muchas tardes y noches felices ante las mesas de bridge, backgammon y ferrocarril, así como ante la fila de máquinas tragaperras que el alcalde Herridge regaló al club —ilegalmente— tras una redada practicada en un garito. El único juego *legal* en Duluth tiene lugar en el rancho «El Dandy», cerca de Lincoln Groves. El rancho es el mayor casino del mundo, así como el más misterioso, ya que nadie sabe quién es *El Dandy*. El —o su servicio— telefonea sus pedidos al *maître d'hôtel*, que nunca le ha echado la vista encima. Fue un infortunio para Beryl Hoover descubrir su identidad.

En «El Eucalipto», sirvientes negros, de librea, de la cercana Nueva

Orleáns, se tambalean llevando bandejas de julepes de menta y «Doctor Pepper», las dos bebidas favoritas de los miembros del club. La perpetua embriaguez de los sirvientes negros es proverbial en Garfield Heights.

Chloris acaba de ganarle a Clive ocho mil dólares al backgammon, y está de muy buen humor.

—Quisiera haber conocido a Beryl, tu madre.

—Habríais sido buenas amigas —asiente Clive, aunque sabe que no es cierto.

—De todos modos, Beryl se ha ido ya. Para siempre. Pero el lugar que ella soñó para sí misma aquí, en Duluth..., sí, en Garfield Heights. Ese lugar puede ser tuyo.

—¡Oh, Chloris!

Impulsivamente, Clive coge la enorme mano de ella en la suya diminuta. Consciente de que uno de los embriagados sirvientes de librea está observando este gesto potencialmente comprometedor —en su posición social, Chloris debe estar por encima de toda sospecha, como el palacio de César—, Chloris retira la mano y dice al sirviente, en francés, la lengua del *vieux carré* de Nueva Orleáns, así como de todas las familias de la vieja guardia de Duluth, no en vano Chloris era de soltera una Duluth des Bois:

—*Portez-moi un Docteur Peppé.*

El sirviente de librea obedece con presteza.

—¡Debe de ser maravilloso tener un total *savoir faire* además de un *savoir dire*! —exclama Clive.

«¿Está enamorado? —se pregunta—. ¿Lo está ella?»

«¿Lo estoy?», se pregunta a sí misma Chloris, empezando ya a pensar un poco en francés. Ultimamente, Wayne Alexander ha sido para ella más un mecanógrafo con vibrador que un verdadero amante. Después de todo, Chloris tiene ya treinta o cuarenta años, según el dentista que la examine, mientras que Clive sólo cuenta veinticinco y es pequeño, pero perfectamente formado, un John McEnroe de bolsillo. Chloris es una entusiasta del tenis, y le encanta el actual y malhumorado campeón, a excepción de la nariz..., la de Clive, no la de McEnroe, aunque tampoco le gusta mucho la de John. Decide abordar con tacto el asunto.

—Sobre tu nariz... —empieza, con mucho tacto.

—Mi ¿qué?

Chloris recuerda de pronto los cien millones de dólares.

—Sobre tu ropa —rectifica suavemente Chloris. Se ocupará del tema a su debido tiempo—. El sastre de Bellamy es excelente.

—Mamá siempre me compraba la ropa en el departamento juvenil de «Bon Marché», en Canal Street.

Chloris siente como si una mano helada se posara en su corazón.

—Clive —dice, y él deja la taza del backgammon al oír su nombre.

—¿Sí?

—¿Era tu madre imperiosa, posesiva, dominante en su amor hacia ti?

Clive asiente con la cabeza.

—Eso describe bastante bien a Beryl.

—¿Era tu padre débil, pasivo y estaba mucho tiempo ausente de casa?

—¿Antes de morir, quieres decir?

—Sí. Naturalmente, *después* de morir estaría mucho fuera de casa.

—Bueno, sí. Eso también describe a papá, no sólo antes de morir, sino también hace tres años, cuando mamá le sacó los cien millones durante el divorcio.

—Comprendo.

Chloris bebe lentamente su «Doctor Pepper». La elegante biblioteca, con la crepitante chimenea, las cortinas de terciopelo, las antigüedades y los distinguidos concurrentes ha perdido de pronto para ella toda su calidez y seguridad. Una sombra perceptible, incluso para el intuitivo Clive, cruza ahora su rostro, que hace sólo un instante se mostraba resplandeciente. Chloris empieza a ver a Wayne desde una nueva perspectiva. Aunque últimamente está resultando un poco pelma, tienen que terminar el libro de Betty Grable... y los buenos ratos en la cama... y...

—Chloris —hay un tono apremiante en la voz de Clive.

—¿Hmmmh?

—Sé lo que estás pensando. Estás pensando que soy una especie de marica. Un hijo de mamá. Inmaduro. Incapaz de responder a un cálido y maduro amor *heterosexual*. Confiésalo. ¿No es eso lo que estás pensando?

Chloris asiente lentamente.

—Me has quitado las palabras de la boca.

—Bien, sólo quiero que sepas que me gustan las mujeres hasta el final.

—¿Hasta el final, Clive? —brillan ahora los ojos de Chloris.

—Absoluta y totalmente.

—¿Por qué he dudado de ti?

—Por Beryl, supongo. Las ropas de la sección juvenil. Pero, con una nariz como la mía, habrías debido saber desde el principio que soy todo un hombre.

—¡Clive, querido!

Chloris está enamorada, por primera vez. «Absolutamente la primera vez —piensa—. Pero ¿quién las cuenta?»

—Prométeme una cosa, Clive.

—Te prometeré la luna, Beryl..., quiero decir, Chloris.

—Tan joven y tan sabio... —levanta la voz—: *Encore, serviteur noir en livrée, un Docteur Peppé.*

Chloris es feliz. Y también Clive. El sirviente negro está desconcertado.

XIX

Beryl, marquesa de Skye, no tiene aún ningún recuerdo de *Duluth*, de su hijo Clive ni del ventisquero final. Se halla ahora totalmente inmersa en la fiesta del capítulo IV de *Duque bribón*. Todo el Londres elegante está allí, incluido el tosco pero atractivo príncipe regente, conocido por sus íntimos como Reggie.

Es la hora del té. Hombres elegantes, con gorgueras y relucientes collares de órdenes nobiliarias en torno al cuello, toman té y ríen con —pero nunca de— Reggie. Mujeres espléndidas, tocadas con diademas, se hallan sentadas en la vasta sala, disfrutando del crepitante fuego y de su animada conversación. Comen pastel de chocolate y pastas en abundancia.

Beryl finge participar en la alegre hora del té del palacio de Blenheim, pero, en realidad, está vigilando a Lady Darlene, una mala pécora si Beryl ha visto alguna vez una. Además, y éste es el secreto temor de Beryl, Lady Darlene muy bien podría ser una contraespía.

Peor aún, mientras cazaba carroña en el parque, Lady Darlene se había insinuado inequívocamente a Reggie. «Demasiado vergonzoso», piensa Beryl, que siempre ha tenido debilidad por el heredero del trono. Desde que quedó viuda, él se ha acostumbrado a confiarle sus esperanzas y sus sueños. Quiere reconquistar Francia. «Después de todo, es realmente nuestra, ¿sabe?», le dijo durante el desayuno en la primera entrega, que puso en marcha la trama.

—¡Debéis hacerlo, Sire! —había dicho ella.

Poco sospecha él que es agente de Napoleón Bonaparte, papel que pronto será representado por el capitán Eddie Thurow.

—Quiero decir que para qué es un regente, ¿eh? Para conquistar. Recuperar París, ¿eh?

—¡Oh, sí, Sire! —había contestado ella.

Tal como actúan los personajes, Beryl, marquesa de Skye, no es una de las protagonistas de Rosemary Klein Kantor, pero Beryl tiene sus aficiones, y en este momento concreto se propone expulsar a Lady Darlene no sólo del palacio de Blenheim, sino también de la sociedad de la *Regency Hyatt*.

La noche anterior, a la hora de acostarse, Beryl había observado que el paje de hacha que, con su antorcha, había iluminado para Darlene el camino a lo largo de la majestuosa escalinata, había sido un joven negro de color caoba, alto y atractivo. Un joven negro, de una clase que rara vez aparece en este tipo de novelas, ya que se desarrolla en la *Regency Hyatt England*. Pero, desde la derogación de la enmienda de igualdad de derechos, Rosemary ha estado integrando desesperadamente sus libros, relacionando a todos los hombres y mujeres étnicos que puede.

«¿Es sólo mi imaginación —se pregunta ahora Beryl—, que Darlene y el atezado joven se quedaron charlando un momento más de lo que era estrictamente necesario mientras ella permanecía en pie a la parpadeante luz de su enorme antorcha, frente a la maciza puerta de roble del dormitorio de Darlene, al final del largo corredor situado en el piso alto del palacio de Blenheim?»

De pronto, Darlene se levanta del lugar que ocupa junto a la chimenea; mira furtivamente a su alrededor y, luego, sale de la estancia.

«¡Una cita!» Beryl sonrío, con los labios apretados. Este es el momento de sorprenderla con las manos en la masa. Como todos los ojos se hallan fijos en el príncipe regente, que nunca se ha mostrado más ingenioso, Beryl puede escabullirse del salón sin ser vista.

Justo en el momento en que Beryl llega al largo corredor, Darlene cierra la puerta de su dormitorio. De puntillas, Beryl se dirige apresuradamente hacia la maciza puerta de madera de roble, en la que cuelga un curioso cartel que dice: «Despensa.» «¿Qué pinta aquí una despensa —se pregunta una desconcertada Beryl—, entre los cuidadosamente adjudicados dormitorios de la nobleza?» Pero, en ese instante, Beryl oye unas pisadas. Tiene el tiempo justo para ocultarse detrás del tapiz más próximo, antes de que aparezca en escena el atezado paje de hacha, brillantes los malévolos ojos y entreabiertos de lascivia los húmedos labios.

Sosteniendo en una mano la refulgente antorcha, abre con la otra la puerta que lleva el letrero de «Despensa».

XX

A la teniente Darlene Ecks, de Homicidios, le está resultando difícil mantener la serenidad en la despensa del «Lunar Bar», en el Duluth Hyatt. *Big John* tiene también sus problemas, entre los que predomina el miedo, seguido, como siempre, por la lujuria.

Big John está ahora completamente desnudo. Darlene no ha visto nunca nadie como él —los finos músculos bellamente delineados, la línea pélvica de Marte, las largas piernas de watusi, el almizclado sudor corriéndole por los costados desde las axilas, modestamente decorados con lo que parecen ser negros alambres—, tiene las manos cruzadas tras la nuca, de modo que ella puede contemplar su vista frontal en todo su esplendor africano.

Con su habitual habilidad teatral, Darlene finge una falta de interés que se supone basada en el desinterés por los poderosos órganos genitales que cuelgan hasta la mitad de los vigorosos muslos. Pero no puede por menos de advertir que la más mínima variación nerviosa de peso los hace oscilar pendularmente de derecha a izquierda en un medio arco, consecuencia del superior tamaño y peso de la ciruela izquierda... «¡Ciruela!», exclama para sus adentros, preguntándose cómo —¿y por qué?— ha perdido tanto tiempo en el terreno del olé y el quimbombó.

Más parece una pelota de béisbol. No, de tenis, decide, mientras deja que el enorme escroto repose suavemente en la palma de su mano izquierda, en tanto que la derecha continúa sosteniendo la fiel pistola que siempre lleva.

—¡Un movimiento en falso, y te quedas sin ellos! —dice Darlene, levantando la pesada masa en su búsqueda de drogas, como racionaliza —absolutamente por primera vez— su lascivia por completo despierta, tan diferente del simple cosquilleo conseguido por la humillación del orgullo de macho del clásico portaciruelas latino del Tercer Mundo, forma bastante agradable de pasar el rato, pero nada serio.

Darlene sostiene en alto las pelotas de tenis de *Big John*..., salvo que las pelotas de tenis no son oblongas. No, decide, más parecen... Se devana los sesos. ¡*Aguacates!* ¡Eso es! Ha encontrado el símil exacto. Darlene siempre ha preferido los símiles a las metáforas, resultado del primer y único año en la Universidad de Duluth, donde por poco elige contabilidad.

Dos aguacates, uno más grande que otro, en una cálida, grande y húmeda bolsa de gamuza negra..., está ahora tratando de expresar

verbalmente la realidad que desborda de su mano. Observa también, de paso —aunque no es que se proponga ir a ninguna parte por el momento— que la bolsa es demasiado grande para su contenido. ¿Se deberá al calor que hace en la despensa? Las ciruelas siempre se encogen y tensan en su experta mano. Quizá *Big John* toma drogas. Pero el terror siempre tiende a minimizar la túrgida virilidad. Y él está aterrorizado..., a juzgar por el sudor.

Darlene levanta y oprime la pesada carga contra el liso vientre de *Big John* hasta un punto que resulta ser una simple patilla al sur del prominente ombligo, revelando el reluciente perineo, punteado de negros y fuertes pelos... otros tantos cactus en el desierto, compara mentalmente, al tiempo que observa, con más irritación que tristeza, que no hay en esa zona superprotegida ningún paquete oculto de droga dura.

—¿Por qué...? —la voz de *Big John* carece ahora de aliento suficiente para completar una frase.

«¿Qué es lo que realmente teme? —se pregunta ella—. ¿Qué está tratando de decirle?»

—¿Sí? —Darlene le dirige una persuasiva sonrisa y, simultáneamente, hace rodar el aguacate grande contra el pequeño. Esto es algo, ha descubierto, que los muchachos detestan realmente.

Big John contiene un grito.

—¡Oú!

Darlene decide que incluso al tacto parecen aguacates, una superficie suave sobre un interior duro como la piedra. Darlene ha pensado con frecuencia que sería divertido abrir uno de estos sacos y extraer su contenido para echarle un vistazo. Pero, aunque el DPD se muestra permisivo por lo que se refiere a matar negros y tercermundistas sin previo aviso, abrir un escroto está terminantemente prohibido. No es la primera vez que Darlene comprende lo sexista que es el DPD. Es un mundo masculino, después de todo, aunque preciso es decir que, en este momento concreto, *no* es un mundo de *Big John*. Le estruja con fuerza. El contiene el aliento.

—¿Sí?

Darlene deja caer el pesado saco, que queda oscilando de un lado a otro entre las delgadas piernas, mientras el *membrum virile* —cuando está de servicio, Darlene siempre tiene cuidado de llamar a las cosas por su nombre técnico— se balancea como un péndulo. Sin sangre, el *membrum* debe de pesar una libra. Darlene observa que es negro como el escroto..., en acusado contraste con el resto del cuerpo, de color caoba pálido, de *Big John*.

Luego, lentamente, la virilidad de *Big John* se pone de manifiesto. Darlene contiene una exclamación ante lo que ve elevarse hacia el techo de la despensa. Después de todo, ella es una mujer. Después de todo, él es más que todo un hombre. De hecho, *Big John*, erecto, es algo completamente distinto. «¿Será esto —Darlene está ahora pensando con más rapidez que lo ha hecho nunca— *amor?*» El amor que nunca ha conocido. *Chico* es grande, ciertamente, en lo que se refiere al amor, pero *Big John* supera a todo cuanto jamás ha visto en las detalladas páginas centrales de esas revistas familiares que a veces hojea distraídamente, siempre en busca de aparatos eléctricos con los que amueblar su nidito, justamente detrás del «McKinley Center».

Se miran uno a otro. Hombre. Mujer. Darlene sabe en el fondo de su corazón que la distancia más corta entre dos puntos sigue siendo una línea recta..., una línea recta increíblemente larga y gruesa.

Beryl, marquesa de Skye, acciona el picaporte de la maciza puerta de roble de la «Despensa». Sonríe maliciosamente. El paje de hacha ha olvidado cerrar la puerta con llave. Abre la puerta. A la media luz, que es la luz de la hora del té en el palacio de Blenheim, Beryl ve algo que nadie ha visto jamás en una novela de Klein Kantor. Aunque la autora cultiva siempre el romance, nada se muestra nunca con detalle, porque, como Rosemary sabe muy bien, la imaginación del lector es inferior que la suya propia, debido a toda la televisión que el lector medio de romances ha absorbido desde su nacimiento.

Beryl contiene una exclamación. Pero la pareja que se encuentra en la cama está ajena a todo lo que no sea su ilícita pasión..., por no hablar de la relación interracial, penada con la muerte por empalamiento de las dos partes en la *Regency Hyatt England*.

Las blancas y bien torneadas piernas de Lady Darlene están firmemente enlazadas en torno a la curtida y flexible espalda del paje de hacha —alias *Big John* en Duluth—, que martillea sobre ella con la rapidez de un colibrí gigante que acabara de encontrar una magnolia blanca.

Beryl queda petrificada por un instante. Jamás ha visto tan prominente virilidad..., no obstante lo borroso que aparece a consecuencia de la rapidez con que el paje de hacha la despliega. Napoleón Bonaparte no puede compararse a él. Aunque Beryl lleva siendo la apasionada amante del «Pequeño Cabo» desde hace más de un año (así como su espía número uno que le ayudará en la

inminente invasión de Inglaterra..., corre el fatídico año de 1814), se ve obligada a reconocer, en lo más profundo de su corazón, que, aun en su limitada experiencia con los nobles y la realeza —unos quinientos encuentros eróticos, según su propia y aproximada cuenta—, Napoleón es el más insignificante de todos, mientras que los otros cuatrocientos noventa y nueve, incluido el difunto marqués de Skye, aunque algo mejores que el «Pequeño Cabo», no admiten comparación con lo que esa zorra de Darlene ha conseguido agenciarse.

«Se lo dire a Emma, Lady Hamilton —se dice Beryl, mientras se escabulle, aunque de mala gana, de la habitación—. Emma, que es mi amiga personal —piensa—, sabrá qué hacer. ¡Inglaterra debe ser limpiada de esta amenaza! Preferiblemente, por empalamiento.» Los amantes de la despensa no han hecho más caso de la salida de Beryl que de su entrada. Pero luego el efecto de simultaneidad de este caso ficticio quedó bloqueado por un súbito cambio de humor de Rosemary mientras recorre su camino hacia el objetivo final de todo creador, el Efecto Comunal de Kozinski, perfeccionado en los primeros años de la Central Intelligence Agency en Langley, Virginia.

XXI

Edna Herridge —compañera de muerte de Beryl hace unas páginas— está almorzando en el «Bistro Garden», de Beverly Hills, con Rosemary Klein Kantor. Aunque en carácter *esta* Rosemary es idéntica en casi todos los aspectos a *nuestra* Rosemary, no vive en Nueva Orleáns, la Ciudad del Creciente, sino en Beverly Hills, donde, en lugar de escribir relatos románticos, como *Duque bribón* y *Condesa Mara*, es la creadora de numerosas series de Televisión. En la actualidad es productora-autora de *Duluth*.

Esta Rosemary y esta Edna se conocen desde hace años. Trabajaron juntas en la Edad de Oro de la Televisión, unos treinta años antes, lo que significa que cada una de ellas es, como dirían los franceses, de cierta edad. Pero ninguna de las dos aparenta más de treinta años, gracias a la magia de cierto cirujano de Sao Paulo, Brasil.

El personaje de Edna, en *Duluth*, se llama Hilda Ransome, la

hermana viuda del juez. Cuando no está en *Duluth*, Edna es la conocida actriz de carácter Joanna Witt. Para evitar confusiones, continuaremos pensando en ella, como ella misma hace de vez en cuando (y de ahí las jaquecas), como Edna Herridge.

El «Bistro Garden» está abarrotado de gentes bellas y no tan bellas de Beverly Hills. «Abunda el buen gusto», observa Rosemary, mientras encarga un vino suave. Luego, se vuelve hacia Edna:

—Estás causando verdadera impresión entre los espectadores, Joanna.

—¡Oh, Rosemary! Tú sabes, como lo sé yo también, que son tus palabras, tus celestialmente mágicas palabras, lo que hace que América deje cuanto esté haciendo para mirarnos y *escucharnos* a los «duluthianos» —Edna se vuelve hacia el camarero—. Por favor, la ensalada, sin jamón, queso ni lechuga.

El camarero conoce los gustos de Edna y sonríe.

Rosemary encarga el *confit d'oie*. Como de costumbre, está a régimen.

E. G. Marshall, el conocido actor, pasa ante su mesa. El y las dos mujeres intercambian saludos. Los tres han trabajado juntos en diferentes ocasiones.

—¿A qué te dedicas? —pregunta Rosemary—. ¿Aparte de hacer esos lucrativos anuncios situados en la categoría de seis cifras?

—Estoy haciendo un *show* sobre Ezra Pound —responde Mr. Marshall.

—¡Oh, es una idea fabulosa! —exclama Rosemary.

Ha oído en alguna parte el nombre de Pound.

—¡Espero que haya *un* papel en él para mí! —declara nuestra Edna, su Joanna y Hilda de *Duluth*, al tiempo que dirige a Mr. Marshall una seductora sonrisa.

El actor se va a su mesa.

—Echo de menos la Televisión en directo —confiesa Rosemary, pensativamente—. ¿Te acuerdas de Florence Britton?

—Una de las más grandes directoras de todos los tiempos.

—Sí.

—Rosemary.

—Sí.

—¿Te has sometido a psicoanálisis?

—Va ya por los treinta y un años. Desde que escribí mi primer guión de *Peligro* para la «CBS».

—Te ha hecho mucho bien.

—Sí.

—¿Sigues yendo al mismo psicoanalista?

—¡Cielos, no! Murió antes de *Playhouse noventa*. Voy ya por mi

quinto psicoanalista —Rosemary mira a Edna..., es de notar que *esta* Rosemary ha conservado la deliciosa nariz respingada con que la Madre Naturaleza le ha obsequiado en uno de sus raros accesos de buen humor—. Tú tienes un problema. Lo he notado en los visionados. Hay veces en que pareces no estar en el guión.

—¡Oh, Dios! ¡Espero que eso no perjudique a la serie! —Edna está verdaderamente agitada.

—No, querida. Solemos cortar esos pequeños momentos. Pero existen esos lapsus.

—Necesito ayuda.

—El cielo es el límite en «Universal».

—¿Pagarán un psicoanalista?

—Santa Claus es el primer apellido de nuestro jefe Lou Wasserman.

—Lo sé. Ha sido una estupidez preguntarlo. Sigo pensando que soy otra persona. Agente de fincas en *Duluth*...

—¿Quién es el alcalde Herridge?

Edna está estupefacta.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—En la última toma grabada, tú te ponías a hablar de cómo no debe hacer lo que está planeando hacerle al capitán..., esto...

—¡Eddie Thurow! —se rompe el dique. Edna tiene alguien a quien revelárselo todo—. Sucede sólo cuando estoy ante la cámara. De pronto, veo a través de la lente, y puedo verlos allí, en *Duluth*, viéndome en «Duluth», y luego puedo hablar con ellos, y ellos pueden hablar conmigo.

—Es extraordinario —comenta Rosemary, toda oídos.

XXII

El alcalde Herridge es un hombre auténticamente familiar. Tiene una esposa plenamente dedicada a él y tres hijos en la escuela superior. Disfruta de una vida hogareña perfecta. Como todas las grandes figuras de la vida y la literatura, es muy doméstico..., Gargantúa, John F. Kennedy, Beowulf, todos eran excelentes hombres de familia, o, como Julio César, el orador, preguntó una vez: «Si no eres un buen marido y padre, ¿qué te queda en la vida?»

Pero, cuando se trata de política —excelente hombre de familia o no—, el alcalde Herridge es implacable. Se halla ahora sentado en su despacho, con los pies encima de la mesa, fumando su cigarro, mientras ve la televisión —y rumiando sus planes—, cuando he aquí que, de pronto, aparece en el televisor su hermana Edna.

El alcalde se pone en pie de un salto.

—¡Hermana!

—¡Oh, Dios mío, eres tú! —exclama entrecortadamente Edna.

—Claro que soy yo —contesta el joven que hace el papel de su hijo.

—Me presento a la reelección.

—¿Qué perspectivas tienes?

A Edna le alivia el hecho de que —excelente hombre de familia o no— su hermano no muestra especial interés en cómo ha podido salir de la cripta familiar en Lincoln Groves para pasar a la hora punta. Está cansada de explicar algo para lo que carece de explicación.

Mientras el hijo de Edna en *Duluth* desbarra acerca de una chica a la que ha dejado embarazada, Edna mira por encima de él al objetivo de la cámara, donde, con toda nitidez, ve a su hermano a través de la habitual nube de humo de su cigarro.

Como al alcalde Herridge le gusta llevar todo el peso de la conversación, Edna puede escucharle mientras espera el momento de dar la réplica en el diálogo con su hijo.

—El capitán Eddie ha decidido presentarse candidato. Bueno, si cree que va a derrotarme en Duluth, va aviado. ¡Edna, no te imaginas lo que tengo sobre él!

Edna mira inquisitivamente al alcalde Herridge. El entiende. Aunque excelente hombre de familia, no es tonto.

—¿No puedes hablar porque el otro actor se dará cuenta?

Edna sonríe y asiente, lo cual desconcierta a su hijo en la miniserie, que acaba de decir que se va a suicidar.

Por el contrario, más tarde, cuando vea las tomas rodadas, Rosemary exclamará:

—¡Santo Dios, es extraordinaria! ¡Mira cómo sonríe en vez de llorar! No he visto nada igual desde Kim Stanley en la Edad de Oro de la Televisión.

—¿Qué fue de Kim Stanley? —pregunta su coproductor.

—Creo que se dedica a enseñar.

—A mí me gustó en *El planeta de los simios*.

—Esa es Kim *Hunter* —rectifica Rosemary, con disgusto.

«Estos jóvenes no tienen sentido de la Historia», piensa.

El alcalde Herridge está ahora verdaderamente excitado.

—Brutalidad policial. Ahí es donde voy a cogerle. Brutalidad

calculada y *depravada*. Peor que Houston. El capitán Eddie tiene en sus fuerzas a esa sádica, la teniente Darlene Ecks, de Homicidios. Se dedica a actividades sadomasoquistas con esos inmigrantes que captura. Los maltrata. Se las hace pasar negras. Los *barrios* están a punto de estallar. Bueno, pues yo me encargaré de que estallen. Tengo sobre ello a Bill Toomey, de la Central Intelligence Agency. Cuando los *barrios* hayan desatado su ola de violencia, llamaré a la Guardia Nacional..., a la hora undécima. Luego, un par de bombas de neutrones, y ése es el final del Distrito Sexto, donde de todas maneras, no me votan. Ese es también el final del capitán Eddie.

—¿Pero es realmente culpa del capitán Eddie todo eso?

Cuando Rosemary oye esta frase en la sala de visionado, exclama:

—¡Ya está otra vez! Se ha metido en algún otro guión —se vuelve hacia el director—. Suprima eso.

Pero, naturalmente, la frase seguirá en pantalla cuando el alcalde Herridge contempla *Duluth*. Aunque millones de espectadores más oirán la frase, nadie reparará en ella, porque, aunque la Televisión es oída con frecuencia, nunca es escuchada.

—¡Claro que es culpa suya! De todos modos, gracias a la teniente Darlene Ecks, los *barrios* son ahora como yesca dispuesta a arder en cuanto se le aplique una cerilla. Cuando Bill Toomey encienda esa cerilla, el capitán Eddie, si sobrevive al desatado furor, se retirará a Boca Ratón, Florida. Y yo seré reelegido.

La escena de Edna ha terminado. Se desvanece de la pantalla. Distraídamente, el alcalde Herridge se pregunta qué estará haciendo Edna en *Duluth* cuando debería estar en el panteón familiar de Lincoln Groves.

La mayoría de los hombres, al ver viva en una miniserie a una hermana muerta, pensarían que se estaban volviendo locos, pero no así el alcalde Herridge. El piensa que «Universal TV» está loca por contratar a la difunta Edna Herridge. Riendo entre dientes, el alcalde estudia los últimos informes de sus agentes secretos en los *barrios* en que Darlene ha creado semejante caos. Sabe que Pablo acaba de ser elegido jefe de la «Sociedad de Terroristas Aztecas».

—Esta noche —canturrea—, se va a armar buena en la ciudad vieja.

XXIII

La propia Darlene se encuentra ahora sumida en un caos distinto al que jamás haya provocado... o tenido que soportar. En el transcurso de dos horas —parece que hayan sido dos segundos—, *Big John* la ha montado cinco veces y cada vez la ha servido plenamente. Darlene tiene un poco irritado su sonrosado triángulo, mientras que su mano derecha está paralizada tras las dos horas seguidas de absoluto éxtasis de sostener el revólver contra la cabeza de *Big John*. Darlene siempre es la policía profesional. Sin embargo, ahora es algo más. Algo completamente nuevo. Algo...

Mientras yacen uno junto a otro en la despensa —no el más cómodo de los nidos de amor, pero sí lo suficientemente amplia como para ensayar diversas variaciones a la postura del misionero, que es la que habitualmente elige la conservadora Darlene—, ésta comprende, clavando la vista en los ojos de su primer amante negro (*Chico* nunca contó realmente por causa de las esposas y de las escenas de esclavitud), que, al fin, es una mujer. Cálida y madura. Que ama y da. Y recibe. Al parecer, puede recibir mucho. «De hecho, puede recibir mucho más de *Big John* —decide—, tan pronto como vaya al baño.»

Darlene necesita desesperadamente orinar. Mientras apoya el revólver contra la sien de *Big John*, su voz suena de súbito cariñosa.

—Apártate de mí, bastardo negro —murmura.

El obedece con presteza. Darlene observa que los aguacates están todavía llenos. Listos para funcionar de nuevo. Intenta recordar el juramento del policía. Pero su cabeza está como envuelta en niebla. «Esto es lo que significa ser una verdadera mujer», piensa.

Mientras se acucilla sobre el desagüe, evacuando la vejiga, con el revólver apuntado contra la fuente del éxtasis final, Darlene está pensando intensamente. ¿*Big John* en chirona durante veinte años? Ni hablar. Pero ella es una policía. Cree en la ley y el orden. Sin embargo, le subleva pensar en esos túrgidos poderes privados durante veinte años de todo alivio que no sea el proporcionado por el folleto.

—¿Qué hacemos ahora? —está retornando el macho que hay en *Big John*.

Por un instante, Darlene se debate entre oprimir o no el gatillo. Después de todo, *ha* sido violada. Y tiene todo el derecho del mundo a volar la fuente de su humillación, por lo que, sin duda,

recibiría la medalla al valor cívico, mientras que a *Big John*, si sobrevivía a la pérdida de sus túrgidos poderes, ya no le importaría tanto ir a chirona.

Pero, mientras piensa en la solución final, Darlene Ecks sabe que no puede separarse del resto de *Big John* que ella ha llegado a amar. «Más importante —piensa, mientras baja del desagüe—, él no sólo ha conseguido calmar la lascivia de toda una vida, despertándola al mismo tiempo, sino que ha hecho también de mí la mujer que siempre soñé que podría ser algún día, absolutamente de su propio gusto.»

—Ponte la ropa —dice, contemplando con tristeza cómo va quedando rápidamente cubierto todo lo que, durante dos horas, ha sido suyo.

Darlene baja su revólver.

—Coge esas esposas —ordena—, y pónmelas.

El no necesita que se lo diga dos veces. En un abrir y cerrar los ojos, Darlene queda esposada. Se siente sorprendida al ver lo mucho que le agrada.

—Muy bien, *Big John*. La historia será la siguiente. Yo te sorprendí traficando con droga. Tú me arrebataste el revólver. Me rasgaste la ropa. Me violaste. Luego, te diste el bote.

Big John la mira. Su aire vuelve a ser dominante, con su chaqueta roja que lleva en la espalda el anagrama del «Lunar Bar». Incluso se ha puesto la corbata de lazo.

—Sí —dice, y le centellean los malignos ojos.

Ella espera. ¿Qué...?

—¿Seguro que no ha entrado nadie mientras yo te estaba complaciendo?—pregunta *Big John*.

A Darlene no le gusta la forma en que él da por sentado que su mullido triángulo está recibiendo más placer que el que da, pero no es más que un presuntuoso negro.

—No te preocupes —replica Darlene, con tanta aspereza como puede hacerlo una mujer que está esposada.

—Pero yo juraría que, mientras estaba bombeando, esa mujer entró por la puerta...

—La puerta está cerrada con llave. Lo que has visto ha sido como producido por el ácido...

—Oh, sí. Salvo que yo no tomo ácido.

—Pero traficas con él. De todos modos, sólo era esa zorra de Beryl, marquesa de Skye, que es espía de Napoleón.

Aunque Darlene va sólo por la mitad del serial de Rosemary en *Redbook*, ese pasaje lo ha terminado.

—¿Qué?

—Lárgate, *Big John*.

Darlene intenta parecer enérgica. Pero le tiembla la voz. Luego, cuando él la besa dulcemente en los labios, se deshace en lágrimas. Pasivamente, permite que sus poderosas manos la amordacen con sus propias y excitantes bragas. Cierra los ojos un instante. Cuando los abre, él se ha ido. ¿Para siempre? No puede soportar la idea. Solloza convulsivamente. En silencio, a causa de la mordaza.

De pronto, los ojos de Darlene se vuelven completamente secos. Y redondos. Y vidriosos. Acaba de recordar algo. Le asalta el pánico. *Debe* coger sus accesorios. De prisa. Pero no puede moverse. No puede pedir socorro. ¿Y quién sabe cuando entrará en la despensa el otro camarero en busca de cocaína o de cola de dieta?

Darlene está aterrorizada porque, aquella mañana, Darlene, que nunca toma la píldora, se ha olvidado de ponerse el diafragma.

Sólo la espuma puede salvarme ahora, piensa desesperadamente. Pero tiene que ser pronto, porque está segura de que nota ya lo que debe de ser todo un galón de sustancia de *Big John* abalanzándose a través de la oscuridad hacia ese par de óvulos dorados que nunca, más que una sola vez, han sido llevados a la vida completa, por la esencia del hombre, con, por así decirlo, un beso.

XXIV

El capitán Eddie ha decidido manejar todo el asunto con dignidad. Quiere también hacer las paces con Wayne Alexander y el *Duluth Blade*, cuyo apoyo editorial está ahora buscando. Como el alcalde Herridge tiene de su parte a «KDLM-TV», el capitán Eddie ha invitado solamente a los medios de comunicación escrita a su despacho, donde se dispone a conceder a la teniente Darlene Ecks la medalla al valor cívico que otorga el Departamento.

El teniente *Chico* Jones es el único otro oficial presente en el despacho. Al capitán Eddie no le gusta enseñar sus cartas. El resto del Departamento de Policía de Duluth se enterará por la Prensa y la Radio de que Darlene ha sido condecorada. Entonces afluirán las felicitaciones del Departamento. Al capitán Eddie le gusta hacer todo de la forma más complicada posible. Es su costumbre.

Darlene ocupa su puesto ante la mesa junto a la que, medalla en

mano, se halla el capitán Eddie. Sabe perfectamente que nunca ha tenido mejor aspecto. «La violación te sienta de maravillas», le había dicho uno de sus colegas —una mujer— horas antes, con cierta mordacidad, le había parecido a Darlene.

Huelga decir que Darlene está esperando el comienzo de su próxima regla con más interés del habitual. Si *Big John* la ha dejado embarazada, se comerá su siempre elegante uniforme Mainbocher. También se suicidará, ya que es católica romana y no puede abortar, puesto que el aborto es peor que la contracepción o el suicidio, en palabras de su eminencia el obispo O'Malley, de Duluth, que debería saberlo. Por otra parte, si tiene el niño —sin padre—, ¿quién cambiará los pañales y actuará de modelo? Bajo el frío exterior que presenta a las cámaras de los medios de comunicación, Darlene es una mujer turbada aunque alerta.

El capitán Eddie pronuncia un pequeño discurso. Darlene manifiesta:

—No hice más que cumplir con mi deber, eso es todo. Unas veces se gana, otras se pierde. Para eso estamos todos en este Departamento.

El capitán Eddie le impone la medalla. Luego, se adelanta Wayne Alexander.

—Teniente Ecks, ha dado usted muestras de un gran valor. Y ha manifestado mucho coraje al continuar así, como si nada hubiera sucedido.

—¿Y qué cree *usted* que sucedió? —Darlene se muestra irritada, y suspicaz.

—Oficialmente, ha sido usted violada por un hombre negro...

—Era más bien de color caoba claro. Y no me gusta lo que usted ha dicho de ser violada.

—Bueno, eso es lo que decía el informe del hospital. Que usted fue violada.

Se podría oír caer un alfiler en el despacho del jefe de Policía. Hasta ahora, el DPD ha practicado por encima de todo el juego del eufemismo.

Darlene enrojece.

—No sé qué quiere decir —balbucea—. Sólo estaba siguiendo el ONP.

—¿Qué es el O.N.P.? —Wayne es un incansable cazador de noticias.

—O.N.P. significa Orden Normal de Procedimiento —responde Darlene.

—Lo sé —replica Wayne—, pero ¿qué es el procedimiento cuando ha capturado usted a un traficante de drogas o un inmigrante ilegal

que trafica en drogas o, quizás, uno que sólo es inmigrante e ilegal? Darlene mira al capitán Eddie. Pero al jefe le ha comido la lengua el gato. Como también él ha visto algunos de los informes que el alcalde Herridge ha estado acumulando, sabe que, si confiesa saber lo que ha estado haciendo Darlene, él también será culpable. Sin embargo, el capitán Eddie siempre ha respaldado a Darlene porque sabe, como todo el mundo, que la única forma de conseguir que un inmigrante ilegal cruce de nuevo el río Grande y se vuelva a su casa es hostigarle y hacerle la vida imposible. Y Darlene no tiene rival en eso.

Por otra parte, el capitán Eddie no ha visto aún el informe secreto del FBI que describe el baño de sangre que habrá de anegar a todos los gringos y que está siendo organizado por Pablo González, cuyo juvenil *membrum virile* introdujo una vez Darlene dentro de él, donde permaneció durante unos segundos, convirtiéndole, a todos los efectos, durante esos segundos, en una mujer. Pablo no olvidará ni perdonará ese insulto total a su serpiente emplumada, por no hablar de los oscuros dioses de la sangre. Según el FBI, Pablo se ha lanzado a la clandestinidad en los *barrios*. La «Sociedad de Terroristas Aztecas» está ahora reuniendo dinamita y navajas. También está importando barriles de agua de Ciudad de México, que se propone verter en el depósito de Duluth. Fuera de eso, el FBI no sabe nada. Pablo parece haberse esfumado, y se ignora la fecha del ataque a los gringos.

El FBI ha sugerido, extraoficialmente, al alcalde Herridge, que Darlene sea retirada por algún tiempo del servicio, dada de baja por enfermedad, por ejemplo, ya que no sólo está verdaderamente enferma, sino que es también la cerilla que encenderá la seca yesca que es el odio existente en los *barrios*. Pero el alcalde Herridge se ha negado, porque, naturalmente, quiere un baño de sangre. Quiere ser reelegido por encima —si es necesario— de los ensangrentados cuerpos de todo el DPD. Aún excelente hombre de familia, el alcalde Herridge tiene sus facetas oscuras. Pero el confiado capitán Eddie ignora todo esto, lo mismo que Darlene, en la ceremonia de imposición de la medalla.

Después del discurso del capitán Eddie, en que resume la función del policía, Wayne pregunta:

—¿Qué hay de la nave espacial?

—Nada nuevo. Continúa allí. En el desierto.

Distraídamente, el capitán Eddie retira la chincheta roja. La sostiene reflexivamente en la mano.

—¿Ninguna noticia? —pregunta Wayne, en tono incisivo.

—Ninguna noticia —responde serenamente el capitán Eddie.

—Gracias, señor jefe de Policía —termina Wayne, utilizando la vieja frase que pone fin a todas las conferencias de Prensa con el jefe de Policía de Duluth. Luego, se va.

—¡Maldito bastardo! —masculla Darlene.

—Quizá debieras aflojar la presión sobre los inmigrantes ilegales —aconseja el capitán Eddie, poniendo la chincheta roja, no en el lugar del desierto señalado en el mapa en que realmente está la nave espacial, sino en los bosques de Duluth. El capitán Eddie no es muy cuidadoso con los detalles, nunca lo ha sido.

—Lo haré, jefe, se lo prometo. —Darlene lo dice en serio. Cuando una chica ha cenado, por así decirlo, chuleta de cerdo con ñames, la sola vista de quimbombó y ciruelas le da náuseas—. ¿Alguna noticia de *Big John*, mi violador?

—Anoche fue visto en los *barrios* —responde *Chico*.

Darlene está sorprendida... y un poco inquieta. La hostilidad entre negros y morenos es una constante en Duluth, y lo seguirá siendo aunque triunfe el alcalde Herridge.

Después de todo, si los dos grupos votasen juntos en una elección, vencerían al Hombre..., como son conocidos los blancos entre los negros.

Pero no va a suceder tal cosa, porque Herridge se propone desencadenar una guerra de razas..., una pequeña y manejable guerra de razas.

—Sí, es curioso —comenta *Chico*—. He visto sus antecedentes.

—¿Qué edad tiene? —pregunta Darlene.

A sus veintisiete años, no quiere ser más vieja que el hombre a quien ama.

—Veintisiete años —responde *Chico*, recurriendo a su memoria fotográfica.

—¿Casado?

—No. Pero tiene tres amigas fijas.

—¿Blancas?

—Negras.

—¡Oh! —Darlene oculta su satisfacción. Es bien sabido que a los negros les gustan las diosas rubias.

—También tiene... —*Chico* se interrumpe, azorado.

—¿Purgaciones?

El subconsciente de Darlene ha aflorado ahora a la superficie, y emerge el pensamiento que desde —y durante— aquellas dos horas de éxtasis en la despensa del «Lunar Bar» ha logrado mantener reprimido, evocando no sólo la sífilis, sino también el temido herpes, el permanente tormento de la mitad de las integrantes del DPD.

—Bueno, quizás. El informe no lo dice.

El capitán Eddie se ha acercado ahora a la ventana, no queriendo inmiscuirse en las vidas privadas de sus subordinados, uno de los cuales luce ahora la recién concedida medalla al valor cívico.

—Di una mancha en el hospital. Pero, a veces, eso no siempre demuestra..., quiero decir que en la prueba Wassermann todo está bien, pero aún hay mucha sangre fuera y...

—Estás desvariando, Darlene —dice *Chico*—. Lo que te iba a decir es que *Big John*, como le llaman en el mundo de la droga, es el padre reconocido de veinte hijos, por los que pasa a las tres madres una generosa pensión para alojamiento, ropa, comida y escuela. ¡Una verdadera madre ese *Big John*!

—Un verdadero padre —murmura Darlene, y puede sentir cómo uno de los dorados óvulos de su interior empieza a resplandecer con una nueva —¿e indeseada?— vida.

Darlene está sentada en la silla en que el capitán Eddie somete a interrogatorio a los sospechosos. La sangre seca a lo largo de los años ha dado una rica tonalidad de berenjena a la superficie de chapa de nogal.

—También tiene una cadena de establecimientos de limpieza en seco.

—¿«Acme Cleaners»?

—La misma.

—Hay uno cerca de mi casa. Siempre me limpian allí mis uniformes Mainbocher. Tienen mucho cuidado con las fibras.

Una pregunta empieza a formarse lentamente en el cerebro de Darlene.

—Si *Big John* es el dueño de «Acme»...

—Sí, tu violador es rico. —*Chico* está claramente, clara y oscuramente, celoso.

—Entonces, ¿por qué es..., era camarero en el «Lunar Bar»?

—Es el más grande centro suministrador de drogas de la ciudad. Y *Big John* tiene que cuidar de una familia muy numerosa.

—¿Y «Acme»...?

—No hay mejor lugar, salvo un casino de Las Vegas o un estudio de Hollywood, para limpiar dinero sospechoso que un servicio de limpieza.

—Comprendo —dice Darlene.

Es ahora una mujer cambiada. Nunca volverá a sus actividades de registro total. Ha encontrado su hombre. Pero debe compartirlo —si se libra de la cárcel— con tres mujeres negras y veinte hijos. Y eso es mucho más de lo que la teniente Darlene Ecks esperaba cuando por primera vez sostuvo, tan distraída, tan frívola, tan

despreciativamente, aquellos aguacates en su delicada y femenina mano.

Darlene se echa a llorar, y ni *Chico* ni el capitán Eddie saben por qué..., ni cómo consolarla.

XXV

Hace un caluroso día de junio y Chloris y Clive cabalgan juntos por los bosques de Duluth, rumorosos, como siempre en esta época del año, de cantos de pájaros y gritos de cocodrilos y sus víctimas. Naturalmente, Chloris y Clive van armados hasta los dientes con sus costosas («Huntsman Ltd.» de Londres) ropas de montar. Acaban de visitar los cimientos que se están colocando del palacio cuya construcción ha encargado Clive al mundialmente famoso arquitecto Philip Jackson y que se elevará en lo alto de Garfield Heights. Costará veinte millones de dólares.

Construida de una amplia diversidad de costosos mármoles, piedras semipreciosas y mosaicos bizantinos, la casa, cuando se termine, contendrá un dormitorio, una sala de estar con bar y un pórtico del período minoico (1500 a. de JC) recién descubierto en Thera, en el mar Egeo, y transportado de contrabando a Duluth, como tantas cosas preciosas en la actualidad.

—No quiero comedor ni cocina —dice Clive—, ya que me gusta comer fuera.

—Oh, eres tan juicioso, cariño —dice Chloris, que está profundamente enamorada, pese a que *podría* haber una diferencia de edad de un cuarto de siglo si alguien la contase..., y nadie se atrevería a hacerlo fuera de la alta sociedad de Duluth.

—Quiero decir que, si quiero tomar algo, siempre puedo mandar a buscarlo y luego comerlo en mi pórtico... o logia, que es el nombre correcto, creo.

—A mí me gusta logia mucho más que pórtico.

—¡Chloris!

—¡Clive!

Rebosantes de amor, cabalgan por entre el rumoroso y verde bosque.

—Tampoco quiero una habitación para invitados —declara Clive, volviendo al tema de la nueva casa.

—¿Porque no quieres un invitado a pasar la noche? —ríe Chloris, insinuándose.

—¡Vaya manera de insinuarte, granujilla! No, te quiero toda para mí.

En *mi* habitación. *Mi* cama. ¡*Mía!* Divórciate de Bellamy. Cásate conmigo.

—¡Oh, vamos! —Chloris frunce el ceño.

Clive ha estado insistiendo en ello desde el comienzo de su relación amorosa aquella tarde en «El Eucalipto».

—Después de todo, tenemos un matrimonio abierto —explica una vez más.

—Pues yo quiero que lo cierres. Contigo y conmigo dentro.

El ardor del muchacho la excita. Se pregunta cómo pudo haberle desagradado jamás su enorme y aplastada nariz.

No obstante, Mrs. Bellamy Craig II es una institución, no sólo en Duluth, sino incluso en lugares tan lejanos como Georgetown y Sausalito. ¿Podría Mrs. Clive Hoover —el nombre le hace pensar, culpablemente, en Wayne Alexander y en la quizás interrumpida para siempre biografía de Betty Grable— ocupar el lugar de Mrs. B. C. II? ¿Sonaría bien? ¿*Estaría* bien? A Bellamy no le importaría. Pero si él tomara otra esposa, entonces ésta sería...

Pese al calor de este día de junio, Chloris se estremece. Es como si alguien hubiera empezado a bailar sobre su tumba.

—¡Mira! —indica Clive.

Chloris levanta la vista, y allí delante, en un claro en que antaño se levantaba una casa de té japonesa, hay algo enorme, rojo y redondo. Algo completamente fuera de lugar. Pero familiar. Chloris se devana los sesos para situarlo. Mientras tanto, Clive dice:

—¡Es otra de esas naves espaciales! ¡Es una invasión!

Pero entonces aparece *Chico* Jones. Ha estado examinando la nave, llevando en la mano un *walkie-talkie*, por medio del cual habla con el capitán Eddie, en la Comisaría.

—No —dice, en respuesta a la exclamación de Clive—. No es otra nave espacial. Es la misma.

Chloris y Clive traban sus caballos. Luego, ajustándose sus ropas de montar, se reúnen con *Chico* junto a la nave espacial, tan viscosa y de aspecto tan desagradable como siempre.

—¿Cuándo se ha trasladado aquí? —pregunta Chloris.

—No hace mucho —responde *Chico*, vagamente.

Pero está empezando a sospechar cuándo se trasladó exactamente. Dentro de un minuto, el capitán Eddie lo sabrá con seguridad y se lo dirá a *Chico*.

La voz del capitán Eddie surge, crepitante, del *walkie-talkie*.

—¿Coinciden tu actual posición con la anteriormente sugerida por esta Central?

—Sí, jefe. Hasta el último parámetro —contesta *Chico*.

—Quédate ahí —ordena el capitán Eddie.

Mientras los tres permanecen allí, la nave espacial se eleva lentamente en el aire.

Luego, desaparece. No se produce sonido alguno de motores. El objeto se aleja, simplemente.

—Sería curioso saber sobre qué principio funciona —observa Clive, que siempre ha tenido inclinación a la ingeniería, desalentada por su madre, Beryl, en su constante búsqueda de una posición social más y más elevada.

XXVI

El príncipe regente lleva a Beryl, marquesa de Skye, hacia la glorieta de la rosaleda de Windsor. Es la clase de día encapotado que habría pintado Mondrian.

—Beryl, eres como una gelatina para mí, ¿sabes?

—¡Oh, Sire! —El rápido ingenio de Beryl le ha buscado ya un lugar *sans pareil* en la corte de la Regencia.

El príncipe regente ríe estrepitosamente ante esta ocurrencia.

—Me haces reír. Me haces llorar. No sé qué haría yo si alguna vez me abandonases.

—Sire, no puedo subir más arriba —miente Beryl.

El príncipe regente, agitado por convulsivas carcajadas, se sienta en un banco junto a una estatua en mármol de la reina Victoria. Hace sentarse a Beryl a su lado.

—Creo que debo decirte que voy a invadir Francia *antes* de que Napoleón Bonaparte invada Inglaterra.

—¡No!

—¡Sí!

Beryl entorna los ojos. Esto es algo muy interesante para una espía.

—¿Habéis... trazado un plan?

—Está todo aquí —y el príncipe regente saca un papel del bolsillo.

—¿Por escrito?

—¡Sí, deliciosa granujilla!

Beryl sabe ahora que, por amor a Napoleón y a Francia, debe apoderarse de esa hoja de papel.

XXVII

Mientras tanto, en Duluth, el capitán Eddie comprende ahora el principio que hizo a la nave espacial desplazarse desde el desierto hasta los bosques de Duluth. Mas, para estar completamente seguro, ha consultado su libro de Física de la escuela superior, donde encuentra que, según el corolario menor de Punchon a la ley de la gravedad, cuando una nave espacial (macro) se halla representada por un objeto (micro) en un mapa *exacto* del lugar en que la gravedad lo mantiene cuando no actúa una fuerza de propulsión, el *macro* se moverá en su plano exactamente igual que como se mueva el *micro* en su plano representativo. Pero, debido a la ley de la coincidencia ficticia, no ocurre también lo contrario: Aunque el *macro* se mueva, el *micro* no puede moverse, retenido, como si dijéramos, por la gravedad de la que queda liberado el *macro* bajo la propulsión. Naturalmente, el capitán Eddie había aprendido todo esto en la escuela, pero le parece buena idea consultar de nuevo los viejos libros, sólo para confirmar su corazonada.

Tras asegurarse por *Chico* a través del *walkie-talkie* de que la nave espacial está realmente en los bosques de Duluth, donde, inadvertidamente, había clavado la chincheta roja, el capitán Eddie desclava la chincheta roja y la mantiene unos instantes en el aire. ¿Dónde la colocará ahora? Si el mapa mostrase algo más que la zona del Gran Duluth, la hincaría en medio del océano Pacífico, a unos treinta kilómetros al norte. Pero se halla limitado al Gran Duluth. El desierto que se extiende ante la Kennedy Avenue parece el lugar lógico para situarla. Después de todo, ahí es donde los monstruosos ciempiés —que es como el capitán Eddie se representa la tripulación de la nave, a consecuencia del informe del doctor Guy— la situaron en el primer momento.

Pero entonces, llevado de una súbita inspiración, el capitán Eddie hincó la chincheta roja en el ángulo del lago Erie donde confluye el río Colorado, al borde del distrito quinto, donde viven los negros.

—¡Ahí! —dice el capitán Eddie—. Ahora quizá se ahoguen esos ciempiés.

XXVIII

Ha sido un largo almuerzo en el «Bistro Garden». Por dos veces le ha pedido Edna al camarero que se lleve la ensalada. La primera vez, para eliminar las briznas de queso. La segunda, para retirar la lechuga.

—Siempre has sido muy exigente con la comida —dice admirativamente Rosemary. Le gusta que una actriz tenga temperamento.

E. G. Marshall ha terminado su almuerzo y, al pasar junto a su mesa, dice:

—Hasta luego.

—No dejaré de ver su *show* —declara Edna, con un destello en los ojos.

Una vez que Mr. Marshall se ha ido, Edna se encara con Rosemary.

—No tengo suficientes frases en mis escenas con el juez.

Rosemary suspira. Ya ha oído todo esto antes. Le da su respuesta de siempre:

—Como sabes, para mis protagonistas yo escribo una relación de dos a uno por página de diálogo. Primera página: el juez tiene dos frases, por una tú. Segunda página: tú tienes dos frases, por una él. Edna ya ha oído antes todo *esto*.

—Sí, cariño. Pero hay una cosa que se llama *número de palabras*. Mis frases siempre están cortadas. Tengo el doble de puntos suspensivos que él. El pronuncia un largo parlamento. Luego, yo digo «quieres decir punto punto».

—Pero eso no son sólo dos puntos; son dos puntos más *un signo de interrogación*, lo cual te da muchas más oportunidades de demostrar tus dotes de actriz.

—No me vengas con gaitas, Rosemary —replica Edna—. Técnicamente, tengo una frase, sí. Pero son sólo dos piojosas palabras, más dos piojosos puntos, y, en cuanto a mostrar mis dotes de actriz con uno de tus signos de interrogación... —Edna se interrumpe—. ¡Dios mío! Está sucediendo otra vez.

Edna mira fijamente a una pareja que está siendo conducida a una mesa mejor que la suya por Kurt, el creador del «Bistro Garden».

—¿Qué está sucediendo?

Rosemary solamente ve un elegante joven, vestido por «Armani», de nariz ancha y aplastada, y una mujer mayor que él, vestida por «Valentino».

—Es Mrs. Bellamy Craig II, la cúspide social de *Duluth*. Es decir, la

verdadera Duluth. Donde yo estaba antes. Ella es una de las que veo en la lente de la cámara. Pero ahora... ¡no hay lente! Está aquí. ¡Eso significa que puedo volver a vender fincas en *Duluth*!

—¿Y renunciar a tu carrera? —Rosemary está horrorizada—. Tienes un contrato con «Universal», encanto. Estás comprometida a trece episodios de *Duluth*...

—Basta —dice Edna, dirigiéndose apresuradamente hacia la mesa mejor que ocupan Chloris y Clive.

Rosemary está alarmada. Resultará muy dificultoso excluir de *Duluth*, en este punto de la serie, a Joanna Witt, actriz ganadora del «Premio Emmy». Pero decide sombríamente que, si tiene que hacerlo, lo hará. No en vano es Rosemary Klein Kantor, reina de la Televisión. Es implacable cuando se trata de algo que afecte su arte.

Clive y Chloris acaban de llegar en el reactor privado que Clive acaba de comprar como medio para protegerse de los impuestos: no sólo se obtiene una cantidad enorme de depreciación y desgravación con un reactor, además de poder deducir los sueldos de la tripulación, que luego devolverá en parte, sino que se puede ganar también unos dólares adicionales alquilando el reactor a personas con dinero que fundir.

Chloris lleva varios días con ganas de saborear la ensalada del «Bistro Garden». Como Clive está enamorado, el cielo es el límite por lo que se refiere a Chloris. El día anterior a su cabalgata por los bosques de Duluth, almorzaron en el «Bistro Garden». Luego, tras asistir a las ventas de primavera en el elegante establecimiento de Ted Lapidus, regresaron a *Duluth* en reactor, haciendo uso de la misma anómala curva ficticia que está trastornando a la pobre Edna.

Edna está empezando ahora a ver doble, ya que está en dos relatos a la vez. Pero no se arredra.

—¡Querida Chloris! Soy yo.

—¿Qué ocurre? —pregunta Clive, percibiendo el desconcierto de Chloris.

—Es aquí la estrella de Televisión Joanna Witt —explica Chloris a Clive—, pero cuando está en *Duluth*, la serie de Televisión, es a veces, no sé por qué, la difunta Edna Herridge, agente de fincas, o eso dice ella. Hola, Edna, ¿o debo llamarte Miss Witt?

Pero la ahora doble exposición es demasiado para Edna, que se desploma, desmayada, al suelo. Rosemary Klein Kantor y dos camareros acuden apresuradamente hacia ella.

—Lo siento —dice Rosemary—. Pero Miss Witt no se encuentra bien hoy.

—Muy extraño —susurra Clive a Chloris.

En sus tiempos, ha vivido en las West Hollywood Hills más de lo que a Chloris le gustaría saber. Por fortuna, ninguno de los dos reconoce a esta Rosemary Klein Kantor, ni ella les reconoce a ellos, ya que la clásica ley ficticia se mantiene absolutamente firme en este caso, debido, en gran parte, a su pequeña nariz.

XXIX

El alcalde Herridge entra en la cocina de su modesto pero confortable hogar. Su hija y sus dos hijos, que están almorzando —han regresado a casa para el comienzo de sus vacaciones estivales—, se ponen en pie de un salto con gritos de «¡bésame, papá!», y él besa cariñosamente a los tres chiquillos, mientras Mrs. Herridge permanece junto al fogón, revolviendo su sopa de arroz con legumbres amorosamente preparada. Asoma a sus ojos una lágrima de alegría mientras contempla la enternecedora escena. Está casada con un ganador, y lo sabe. Pero lo mejor de todo es que ella y el ganador han engendrado tres chicos estupendos. Mientras que todos los demás críos de Duluth han sido enviados al campamento de verano o a la escuela de recuperación, los pequeños Herridge van a permanecer en casa para estar con sus amantes padres. «Soy una mujer afortunada —piensa, mientras mueve la sopa—. Y soy la primera dama de Duluth.»

Pero su feliz vida familiar se ve bruscamente interrumpida por la llegada de Bill Toomey, el brazo derecho del alcalde. Aunque es domingo por la mañana —hora de ir a la iglesia—, el quehacer de la ciudad no cesa.

—¿Puedo hablarle en privado, señoría? Buenos días, Mrs. Herridge. Buenos días, chicos.

—¡Buenos días, Bill Toomey! —responde a coro la feliz familia, siempre contenta de ver al brazo derecho de papá, aunque eso significa que papá no irá con ellos a la iglesia, donde se suma entusiásticamente al canto de los himnos. Son luteranos.

El alcalde Herridge —cuyo extraño nombre de pila era Alcalde hasta que lo abandonó después de su elección como alcalde a fin de evitar redundancias— y Bill Toomey entran en el despacho del alcalde.

—¿Qué ocurre, Bill? —el alcalde enciende uno de sus largos cigarros puros.

—La nave espacial.

—¡Esa jodida cosa otra vez! ¿Qué pasa ahora?

—Ha vuelto a moverse.

—¿De los bosques de Duluth?

—Sí. Ahora está en el lago Erie, a unos metros de la orilla.

—¿*Debajo del agua*?

Por un momento, el alcalde Herridge se siente esperanzado. En cierto modo, él y su gran rival, el capitán Eddie, se parecen bastante.

—No. Está flotando sobre el agua. Los pescadores se han puesto furiosos.

—De todos modos, nunca me votan a mí. ¿Qué hace el jefe?

—Parece como si se hubiera tragado un canario. Por lo visto, esta mañana predijo que la nave espacial acabaría en el lago Erie.

—Eso sólo puede significar una cosa. Está conchabado con esos comunistas que se hallan dentro de la nave espacial. ¡Bill, ésa es nuestra estrategia!

El alcalde Herridge está realmente excitado. Como todos los políticos, sólo piensa en las elecciones. Hace tiempo que ha decidido que, para sus fines, la nave espacial está llena de comunistas rusos, y le ha complacido mucho el hecho de que al menos uno de los numerosos presidentes de los Estados Unidos haya convenido en público que, probablemente, ése es el caso.

—Llama a «KDLM-TV». Apareceré mañana por la noche en el *Noticiero de las seis*. Como se trata de una situación de emergencia, diles que quiero todo el espacio de noventa segundos entre el clásico incendio en el centro de la ciudad y los lugares de peligro para los niños.

—Al instante, jefe. Délo por hecho.

—Pero no quiero que esté Leo Lookaloney en la entrevista.

—Considérelo excluido. Otra cosa, señoría, ¿tiene un segundo?

—Bueno, *debería* reunirme con mi mujer y los chicos en la iglesia...

—al alcalde Herridge se le llenan de lágrimas los ojos, como siempre que piensa en su familia y en la intimidad que les une—.

¿Un segundo para qué, Bill?

—Operación «Chile con carne».

Este es el nombre en clave del plan para inflamar los *barrios* y destruir al capitán Eddie.

—Sí, tengo un segundo —dice el alcalde Herridge, mientras apaga su cigarro en el cenicero de bronce que el sindicato de taxistas le regaló el verano pasado—. Adelante, Bill.

XXX

Darlene ha abordado la tarea de visitar los establecimientos «Acme». Pero ninguno de los empleados —todos negros— le dice ni la hora.

—¿*Big John*? ¿Quién es ése, encanto? —fue la respuesta más larga y menos mordaz que ha podido obtener de un empleado de «Acme» en el distrito McKinley.

Desconsoladamente, Darlene cruza la concurrida McKinley Avenue, con sus elegantes tiendas y establecimientos cinematográficos. Hace un radiante día de verano. Supuestamente, está investigando un asesinato cometido en el «McKinley Plaza Hotel», pero su corazón no está en ese particular asesinato. A decir verdad, el corazón de Darlene está sólo en un punto. Está enamorada. Enamorada de pies a cabeza. No ha realizado ni un solo registro total desde que encontró el perfecto amor en la despensa del «Lunar Bar».

Aunque Darlene ha perdido todo interés en los inmigrantes ilegales, éstos no han perdido todo interés por ella. De noche, Pablo se mueve por los *barrios*, inflamando a los ya acalorados inmigrantes. En los cuartos traseros de todas las chabolas pueden verse, clavadas en la pared, fotos de Darlene cubiertas de escupitajos... ¡y peor! Las mujeres inmigrantes ilegales están empezando a mosquearse. «¿Quién es esa bella gringa rubia que está haciendo salir la bestia del macho que hay en sus hombres?», cuchichean entre ellas mientras planchan sus tacos. «¿Qué puede significar todo esto?», preguntan, mientras cosen sus tortillas. «¿Qué extraño poder ejerce sobre sus hombres?», cavilan, doblando con expertos dedos sus tortillas. Todas ellas darían cualquier cosa por poder despertar tanta excitación en sus hombres, pues ¿no es el odio, como dicen en los *barrios* y en ningún sitio más, algo muy próximo al amor?

Ignorante de los peligros que le acechan mientras cruza la McKinley Avenue y entra en los *barrios*, Darlene se adentra, caminando como en un sueño —un sueño de amor— en lo que los duluthianos llaman Pequeño Yucatán.

Negros e inescrutables ojos de obsidiana negra tallados en rostros mayas o aztecas reconocen inmediatamente a la teniente Darlene Ecks, de Homicidios, cuya obtención de la medalla al valor cívico no ha quedado sin reseña en la Prensa local en lengua castellana. Mientras Darlene, con una aturdida sonrisa en sus húmedos labios,

se detiene ante un colorista mercadillo al aire libre en que las mujeres ataviadas con los llamativos vestidos negros de su tierra natal venden chiles, pimientos y frijoles, Pablo y dos cómplices se materializan tras el puesto de garbanzos.

Pablo susurra en español, que es el idioma en que hablan entre sí cuando están solos, ya que todos son inmigrantes ilegales:

—¡Ahí está! ¡Nuestra —añade—, para hacer con ella lo que queramos!

Una leve sonrisa cruza su rostro, y, sin embargo, por razones que no puede penetrar —¿no está el zapato definitivamente ya en el otro pie?—, puede sentir un cierto encogimiento de su quimbombó y una evidente contracción de sus aciruelados testículos. Advierte, avergonzado, que aún le tiene miedo a esta mujer y sabe que sólo hay una manera de exorcizar ese miedo. Lentamente, saca un largo cuchillo de debajo de su sarape.

—Ha llegado el momento, muchachos —murmura a sus dos cómplices.

La serpiente emplumada que Darlene introdujo dentro de él será ahora vengada, con sangre.

Mientras Darlene —sumida todavía en el aturdimiento del amor— penetra en un callejón que, aunque ella no lo sabe, carece de salida, tres jóvenes mexicanos la siguen.

Hacia la mitad de su recorrido por la desierta callejuela, Darlene se da cuenta de que no tiene salida por allí. Al volverse para regresar al mercadillo, ve tres figuras que le cierran el paso. Inmigrantes ilegales, comprende al instante. Aunque ha renunciado ya a los registros totales, no puede dominar lo que, a falta de mejor objetivo o estereotipo, podemos llamar una reacción pavloviana. Después de todo, ¿no ha sido una policía excelente durante seis años? Todavía tiene un deber que cumplir. Se dirige hacia ellos.

Pero, cuando ve tres cuchillos asestados hacia ella, tres sonrisas malignas y amenazadoras, se detiene en seco.

Darlene grita pidiendo socorro, pero no hay socorro para Darlene en los *barrios...*, sólo odio y muerte.

XXXI

Bill Toomey hace pasar al alcalde Herridge al interior del gimnasio de la escuela superior. Aunque está cerrado durante el verano, el

olor a calcetines sucios y marihuana es sofocante.

El alcalde Herridge se tapa la nariz con un pañuelo mientras entra en la pista de baloncesto. Luego, se detiene en seco, incapaz de dar crédito a sus ojos. Bill Toomey lo ha hecho otra vez.

Doce policías uniformados y doce policías uniformadas se hallan formados en línea ante él. Cada una de las doce mujeres es una réplica exacta de Darlene Ecks. Cada uno de los doce hombres parece el hermano gemelo de Darlene. Todos son rubios —algunos oxigenados, desde luego, pero el efecto es el mismo—, todos tienen los ojos azules. Los veinticuatro tienen el cutis sonrosado.

—¡Cristo! —exclama reverentemente el alcalde Herridge a través de su pañuelo—. ¿De dónde los ha sacado, Bill?

—FBI, CIA, DIA, DEA, agentes del Tesoro, agentes de la Oficina de Narcóticos..., cada agencia federal de espionaje ha podido aportar su doble de Darlene.

—¿Cómo vamos a impedir que el capitán Eddie lo averigüe?

—Muy sencillo. Si los cogen, la explicación que daremos es que se trata de agentes federales que investigan a los comunistas instalados dentro de la nave espacial. Pero no los cogerán, porque contamos con el factor sorpresa. En cuanto dé usted la señal, se pondrá en marcha la operación «Chile con carne». Los hombres desnudarán a las mujeres. Las mujeres, a los hombres. Para el anochecer, Duluth estará en llamas. Entonces, haremos intervenir a la Guardia Nacional. Arrasaremos los *barrios*. Y usted ganará la elección como candidato de la ley y el orden.

—Nadie sabe hacer las cosas como tú, Bill.

—No, es cierto —dice Bill, que conoce su valor—. Mientras tanto, estos tipos se están sometiendo a un adiestramiento intensivo en el desierto de Duluth.

Bill se vuelve y, con voz potente, dirige la palabra a los veinticuatro intensamente adiestrados dobles de Darlene.

—Hombres y mujeres de la brigada especial, tengo el honor y el placer de presentaros a su señoría el alcalde de Duluth, Alcalde Herridge.

El alcalde Herridge no está seguro de si Bill ha utilizado deliberadamente o no su nombre de pila, prohibido a todos los empleados municipales. Pero, si lo ha hecho, el alcalde le perdonará esta pequeña trasgresión, porque Bill Toomey ha realizado un buen trabajo.

—¡Amigos míos! —La voz de orador del alcalde de Herridge es como miel derramándose de una resplandeciente jarra «Steuben» «diseño original de Bernard X. Wolff».

Y sigue hablando en este estilo, naturalmente.

XXXII

Chloris está a solas con Wayne en su costoso pero elegante cuarto de estar desde el que se domina la ciudad. Varios camareros mexicanos instalan la mesa en el comedor, contiguo al cuarto de estar. Chloris da una pequeña fiesta íntima en honor de Rosemary Klein Kantor, que llega a la ciudad para pasar el fin de semana. Se rumorea que Rosemary proyecta trasladarse a Duluth. «El Eucalipto» se muestra dividido al respecto. Pero, en general, Chloris acoge con agrado la idea de tener otro autor famoso en la ciudad.

—Tendré alguien con quien hablar de literatura —dice Chloris a Wayne.

Chloris se siente un poco incómoda con Wayne, y es lógico. Después de todo, ha estado explotando, más o menos, a Wayne, a quien no le gusta ser explotado.

—Primero tienes que aprender a leer —replica Wayne, cuyas réplicas son mucho peores que las de la mayoría de la gente. Chloris da un respingo.

—Sabes cómo herirme, ¿verdad?

—Sí.

—En realidad —dice Chloris, con tono defensivo—, puedo leer muchas palabras *cortas*. Después de todo, en la escuela me enseñaron con el método audiovisual. Pero he tenido tantas cosas en que pensar desde que estuve en la escuela que ahora no recuerdo nada de lo que oía o veía, salvo, por alguna razón, las palabras de cuatro letras. No sólo puedo reconocer cualquier palabra de cuatro letras, también puedo leerla. De modo que no lo estoy haciendo tan mal, ¿verdad?

Malignamente, Wayne escribe en su bloque de notas, con grandes letras mayúsculas, G-A-T-O.

—¿Qué es esto? —pregunta, mostrándole el bloque.

—Me niego a ser examinada en mi propia casa.

Chloris está realmente irritada. Y no está muy segura de cuál es la palabra. La ha visto antes, naturalmente, muchas veces. También sabe que siempre le ha gustado la forma en que se curva la primera letra. Es una de sus letras favoritas, así como la última. Nunca le ha gustado la segunda letra, que a menudo le hace equivocarse. La tercera, en cambio, le deja indiferente.

—¿*Qué palabra es ésta?* —Wayne la mira intensamente.

—No utilices ese tono conmigo, Wayne.

—Utilizaré el tono que me dé la gana.

—Entonces, llamaré al mayordomo.

—Inténtalo.

—La palabra —dice Chloris, enarcando el labio superior en lo más parecido a un puchero que le permite su operación de cirugía plástica— es «gato».

—No —miente triunfalmente Wayne—, es «vaca», ¡que es lo que eres tú!

—¡No puedo creer que estemos riñendo así!

Chloris rompe a llorar. Está casi segura de que la palabra escrita en el bloque es «gato». Eso significa que, si Wayne le está mintiendo sobre «gato», es capaz de mentirle casi sobre cualquier otra cosa. Es extraño, reflexiona, que nadie conozca realmente a nadie en Duluth. Se suena cuidadosamente la nariz.

Wayne está ahora paseando de un lado a otro.

—¿Y si revelo al mundo que «Chloris Craig» no sólo no escribe los libros de «Chloris Craig», sino que ni siquiera puede leer esos libros ni ninguna otra cosa?

—Tú sabes que eso es chantaje, Wayne —dice Chloris, con frialdad.

—¿Y...?

—Podrías acabar en la cárcel.

—¿Te he pedido dinero?

—Todavía no.

—Entonces no se me puede acusar de nada.

—Pero puedo *decir* que me has pedido dinero. ¿Y quién creerá a Wayne Alexander contra la palabra de Mrs. Bellamy Craig II? Wayne detiene sus paseos.

—¿Qué ves en ese marica?

—¿*Qué* marica? —Chloris es ahora dueña completa de sí misma. Tiene nervios de acero.

—Clive Hoover.

—Oh, ¿Clive? Es simpático. Me divierte. Eso es todo. Somos amigos. Jugamos al backgammon en el club «El Eucalipto», donde ningún periodista ha puesto jamás los pies.

—¿Niegas que estás liada con él?

—Bueno, es marica. Por lo menos, eso dices *tú*, y deberías saberlo, trabajando en un *periódico*...

Clive Hoover, el tema de la conversación, entra en la habitación. Lleva un caftán de seda violeta y seis hileras de perlas. Un leve fruncimiento de cejas ensombrece por un instante el rostro de Chloris. Quizás haya algo de cierto en lo que dice Wayne. ¡Pero no! ¿Cómo podría serlo? Esas horas de pasión que han conocido juntos no podrían ser simuladas. Pero, entonces, ¿por qué le robó

Clive su vibrador? Está segura de que fue Clive quien se lo llevó la primera noche que pasaron juntos. Al principio, se sintió emocionada por el simbolismo del gesto. Pero ahora... Wayne Alexander ha triunfado en su misión. Ha sembrado en suelo fértil la semilla de la sospecha.

—¡Querida! —Clive besa a Chloris en la mejilla. Al hacerlo, le susurra al oído—: ¿Qué hace aquí ese tipo?

Como la mayoría de los hombres sordos de un oído, Wayne tiene una potencia auditiva poco común.

—Estoy aquí para hablar del nuevo libro de Chloris sobre el asesinato de Betty Grable.

—¡Oh! —Clive queda desconcertado.

No hubiera deseado que Wayne le oyese, porque su política ha sido estar a bien con él, ya que, después de todo, es un periodista que puede crear o destrozar una figura social, y, a decir verdad, Clive es, en el fondo, la misma clase de arribista social que era su difunta madre... y algo más, que también era ella.

—Sí, Wayne es mi inestimable investigador —dice Chloris.

—¿Quién es esa Betty Grable?

Clive es demasiado joven para recordar a Betty. Impacientemente, juguetea con sus perlas mientras se le habla largamente sobre la actriz fallecida.

—Bien —dice, cuando, finalmente, callan los otros—, ¿quién la mató?

—Yo lo sé —responde afectadamente Wayne—. De hecho, soy ahora el único que lo sabe.

—Bueno, ¿quién lo hizo? Después de todo, te estoy pagando como investigador —exclama Chloris, con insólita aspereza.

Pero en ese momento entra en la habitación Rosemary Klein Kantor, con pasos ligeramente renqueantes, ataviada con un vestido de tarde «Pucci» y una radiante sonrisa en los labios. La saludan efusivamente. Clive va por la mitad de la última entrega de *Duque bribón* en *Redbook* y ha reconocido a su madre, toscamente disfrazada de Beryl, marquesa de Skye. Se lo dice a la creadora.

—Oh, ¿ésa es tu madre? —Rosemary parece pensativa—. Sí, es posible. Como sabes, creía que había entrado en *Condesa Mara*, pero últimamente, mientras montaba ese suntuoso relato en mi procesador de palabras, he estado teniendo la sensación de que nunca encajaba realmente en ese libro, pese a tener hecha allí la reserva a su nombre. Y, desde luego, tienes razón. Se convirtió en la marquesa de Skye hacia la mitad de la segunda entrega. Me di cuenta de ello entonces. ¿Te ha enviado un mensaje desde la Inglaterra de la Regencia?

—Hasta el momento, no. Pero creo que sabe que la estoy leyendo, lo cual ya es algo.

—Bueno, no te echaré a perder la diversión diciéndote cómo termina la historia.

En realidad, Rosemary nunca sabe de antemano cómo terminarán sus historias, ni si terminarán siquiera. Como consecuencia, algunas de ellas nunca tienen fin, para consternación de aquéllos de sus personajes que quedan moviéndose en el limbo, sin poder desplazarse a nuevas misiones. En el banco de memoria del refinado procesador de palabras de Rosemary se hallan depositadas diez mil novelas históricas, y cuando Rosemary está sentada a sus mandos, robando hábilmente argumentos, personajes, frases, palabras, nadie —y menos ella— puede decir qué sucederá después.

Chloris ve sobre el sofá el bloque de notas de Wayne. Lo coge y enseña a Rosemary la palabra que él escribió.

—Querida, me he dejado arriba las gafas. ¿Qué palabra es ésta?

—«Gato» —contesta Rosemary, cuya destreza lectora está muy por encima de la media en Duluth.

—¡Cerdo! —Chloris se vuelve hacia Wayne, que se encoge.

—No, gato —insiste Rosemary—. Como entre las palomas. Qué caftán tan bonito —dice a Clive.

A Rosemary le gustan las personas muy ricas más aún de lo que le gustan las personas simplemente ricas.

—Gracias, Rosemary. Siempre he tenido afición por las cosas exóticas. Tejidos exquisitos. Joyas costosas.

Chloris trata de evitar los ojos de Wayne, pero no puede. Clive está ahora revoloteando por la habitación.

—Raros *objets d'art*. Bibelots. Obras maestras de la ebanistería. Eso es la esencia misma de mi ser. ¿Por qué, si no, iba a estar yo en Duluth?

—Políticamente —dice Rosemary, mientras toma asiento en una silla de respaldo recto y coloca luego su pierna lisiada sobre un exquisito escabel «Chippendale», para horror de Clive, que deja de revolotear, y de Chloris, que es demasiado educada como para decir nada, pero que fulmina con la mirada a Rosemary, la cual domina ahora, como lo hace siempre, la ocasión social—, siempre he rehusado renunciar a mis principios.

—¿Y cuáles son? —pregunta Wayne Alexander, recogiendo su bloque del sofá.

—Yo diría que la mayoría de mis lectores los conocen perfectamente.

Aunque nada le gusta más a Rosemary que repetirse, generalmente

prefiere hacerlo por propia iniciativa. Sin embargo, se muestra cortés con Wayne, porque también ella quiere estar en buenas relaciones con la Prensa.

No hay en la Ciudad del Creciente un sólo crítico de libros que no haya estado por lo menos una docena de veces en casa de Rosemary para tomar una de sus sopas de confección casera y escuchar sus extravagantes historias de los grandes días en que solamente ella en los Estados Unidos se mantenía frente a Hitler.

—Estaba sola, sí —asegura, balanceando la pierna a un lado y a otro y haciendo crujir ominosamente el escabel «Chippendale»—. Pero estoy acostumbrada a luchar sola. Yo no rehuyo ningún combate. Sabía que Hitler era algo perverso ya en 1929..., 1939 quiero decir. Y no es que —añade rápidamente— fuera yo entonces más alta que una de las azaleas de la plantación de mi madre en las proximidades de Baton Rouge... ¡Oh, el olor de aquellas azaleas! ¿Sabéis?, incluso ahora, su intensa fragancia trae a mi mente el recuerdo de aquellos felices días...

—Las azaleas no tienen olor —le rectifica Clive, que está empezando a aburrirse.

Se siente también preocupado por el escabel «Chippendale».

—Eso es lo que he dicho. —Como todos los grandes escritores y bien remunerados procesadores de palabras, Rosemary es una embustera rápida e ingeniosa—. Es el olor de las peonías lo que siempre me trae a la memoria a nuestra plantación en primavera...

—Las peonías no crecen en Louisiana —la enmienda de nuevo Clive, mostrándose realmente muy desagradable.

Ha decidido ya que Rosemary es una estúpida. También recuerda que su madre, Beryl, no permitía la presencia de una novela de Klein Kantor en su casa de Tulsa.

Ahora la pobre Beryl está atrapada en *Duque bribón*. Clive siente compasión por su difunta madre. Después de todo, le dejó un imperio.

—¡Aquellas peonías concretas eran cultivadas a costa de grandes gastos en nuestros vastos invernaderos! —replica Rosemary, haciendo derrumbarse el escabel bajo el peso de su pierna lisiada.

En la Ciudad del Creciente, Rosemary Klein Kantor es conocida por todo el mundo como «Nuestra Señora de las Moscas».

XXXIII

Chico Jones y su compañero están circulando en su coche-patrulla por la Kennedy Avenue. Al cruzar la franja de desierto donde primero aterrizó la nave espacial, *Chico* dice:

—Me pregunto qué habrá dentro de esa cosa.

—¿La nave espacial?

—Sí. No creo que sean ciempiés.

—No —contesta su compañero, que está suscrito a *Popular Mechanics*—. ¿Cómo iba a poder conducir un ciempiés una cosa como ésa?

—Tampoco parece rusa realmente —medita *Chico*.

—Bueno, es roja... y pegajosa.

—Eso es verdad. El jefe tiene que ir a sacarla de alguna manera del lago Erie.

—Sí. Los pescadores dicen que ha espantado a todos los salmones.

En ese momento, un coche robado se pone en marcha delante del coche patrulla y acelera hacia la carretera 99, que atraviesa el desierto en este punto, camino de Pittsburgh.

—¡Sigue a ese coche! —ordena *Chico*.

Con un estridente rechinar de neumáticos, toman la cerrada curva que comunica la Kennedy Avenue con la carretera 99. En cuestión de segundos, el conductor del coche robado los deja atrás.

—Está bien —dice malhumoradamente *Chico*—, volvamos a la ciudad.

Poco sospecha *Chico* que Darlene se encuentra en un almacén abandonado situado en el borde de los *barrios*.

Darlene está asustada, realmente asustada. Esto no puede estar sucediendo, piensa. Todo es un sueño. Pero no es un sueño.

Las propias esposas de Darlene esposan ahora sus manos... de forma tan diferente a cuando fueron *amorosamente* esposadas por *Big John*. Es como si el «Lunar Bar» fuese otro mundo, reflexiona, mientras Pablo y sus dos cómplices utilizan sus largos cuchillos para rasgarle el siempre elegante uniforme Mainbocher.

—¡Grita todo lo que quieras, gringa, nadie puede oírte! —vocifera Pablo—. Este almacén abandonado está a un millón de kilómetros de todas partes.

El inglés de Pablo ha mejorado mucho desde que asumió la jefatura de la «Sociedad de Terroristas Aztecas».

Darlene está ahora en calzoncillos y sostén. Los inmigrantes

ilegales se echan a reír al ver los calzoncillos.

—Alguna clase de degenerada —dice un cómplice al otro, en español.

—Esto podría muy bien explicar su perversa psicología que ha abocado a esos ataques claramente psicóticos, no hay otra palabra, a nuestra virilidad latina.

—Que pronto serán vengados y terminarán —asegura el otro cómplice.

Hablan un español excelente, piensa Darlene, que puede encargarse de una comida o detener a un asesino en español, pero a quien le cuesta hablar fluidamente en español, tanto como a ellos en inglés.

La ocasión en que Pablo González fue registrado, la única palabra inglesa que realmente pudo pronunciar fue «qué». Ahora ha aprendido muchas palabras más, que se dedica a utilizar sobre Darlene.

—Muy bien, gringa. ¡Vamos a ver esas tetas! —Le arranca el sostén. Ella contiene una exclamación. El contiene una exclamación—. ¡Madre de Dios! —se extasía—. ¡Qué grandes!

—Son la perfección misma —declara el primer cómplice, un musculoso joven cuyo nombre es Calderón González—. Pezones sonrosados —continúa embelesadamente Calderón—, de la clase que nunca vemos más que en las revistas de chicas que nos ha prohibido el cardenal primado de todo México.

—¿Y tú le obedeces? —pregunta el segundo cómplice, Jesús González..., los dos se apellidan González, pero no hay parentesco entre ellos; aun así, son como hermanos.

Jesús acaricia uno de los pechos de Darlene, mientras Pablo se deleita en el otro con hambrienta boca, como un cerdito agarrado a la ubre de su madre.

—Oh, claro que sí —dice Calderón, bajándole los calzoncillos a Darlene.

Los tres se quedan mirando, arrobados, el dorado terciopelo de su triángulo sedoso..., tan seco por el momento como el Valle de la Muerte. Decididamente, ésta no es la clase de escena de Darlene. Aunque es capaz de seguir de una forma general el errático rumbo de su conversación, no conoce el idioma lo bastante bien como para realizar ninguna contribución particular a lo que, básicamente, es ahora una discusión teológica.

—Sin embargo, —dice Calderón, ensanchando el triángulo de Darlene hasta dejar plenamente al descubierto el primoroso clítoris—, yo creo que la intención del cardenal primado era no tanto prohibirnos las fotografías de *Playboy* cuanto...

—A mí me gusta *Hustler* —dice Jesús.

—Esa es vulgar. No, yo creo que, al publicar su bula, Su Eminencia estaba más preocupado por los valores humanísticos seculares expresados por el señor Hefner en el *texto* de Playboy que por fotos básicamente anodinas de pelos rubios.

—Hablando de pelos rubios —manifiesta Pablo, volviendo a su lengua natal—, hemos encontrado un mechón de lo mejorcito. Ábrele las piernas, Calderón.

Calderón —secreto admirador de la filosofía de *Playboy*, tan diferente de la de Tomás de Aquino— separa las piernas de Darlene. Esta se halla ahora demasiado aterrorizada para gritar. También siente un poco de curiosidad. Nunca ha visto un quimbombó erecto. ¿Le estará esperando una sorpresa? Observa con ojos atentos cómo tres pares de pantalones y calzoncillos caen sobre seis afilados zapatos, que, debido a la embarazosa ubicuidad de los callos, los inmigrantes ilegales nunca se quitan voluntariamente durante una violación ni aun durante una visita a domicilio.

El *membrum virile*, plenamente erecto, de Pablo mide siete centímetros y medio. Los otros dos quimbombós son un poco más grandes. Darlene observa que el prepucio de Calderón no se retrae ni en estado túrgido ni en estado tumescente, mientras que el *membrum* del exegeta del cardenal se inclina ligeramente a la izquierda. «Bueno, por lo menos —piensa filosóficamente Darlene— no voy a *sentir* gran cosa.»

Con una sonrisa en los labios y el quimbombó en la mano, Pablo se sitúa al borde del capaz tarro de miel de Darlene.

XXXIV

La fiesta que Chloris ofrece a Rosemary Klein Kantor no está siendo un éxito. En primer lugar, la invitada de honor no ha dejado de hablar desde que se rompió el escabel «Chippendale».

«Pero Clive, gracias a Dios —piensa Chloris—, ha dejado de revolotear y está ahora contemplando inexpresivamente la perspectiva del lago Erie, donde la nave espacial es perfectamente visible. Clive no puede decidir qué rojo es de peor gusto, si el de la nave espacial o el de la espectacular puesta de sol de la Madre Naturaleza.»

Cinco doncellas mexicanas —dirigidas por la ojinegra Carmencita, la *Pasionaria* de los *barrios*— atienden a todos los caprichos gastronómicos de dos docenas de los mejores matrimonios de la sociedad de Duluth, que han caído sobre el *buffet* como bíblicas langostas. Hasta Bellamy ha olvidado su dieta Jean Harris por el corazón de alce y el paté de cebolla que es el *sine qua non* de la cocina de Chloris.

Chloris advierte, sombríamente, que casi nadie se detiene durante mucho tiempo junto a la silla de Rosemary. Sólo Wayne no se ha separado de su lado. Ventea un tema para un reportaje, en alguna parte, de alguna manera.

Chloris se pregunta qué diablos ha podido pasarle a Rosemary. De ordinario, resulta una buena compañía, aunque un poco aburrida. Pero, en esta socialmente importante fiesta dada en su honor, ha mostrado de pronto su verdadero rostro. No sólo es una leyenda viva, es también una fabulista. Chloris no habría dado crédito a esta metamorfosis si no la hubiera presenciado.

—Yo estaba en Hiroshima cuando cayó la primera bomba atómica. Probablemente, recordarán ustedes el artículo que publiqué al día siguiente, *Hiroshima, línea cero, por Rosemary Klein Kantor*. Por entonces, yo estaba con Hearst. A Ernie Pyle no le gustó nada que yo le pisara la noticia.

—¿Pero no había muerto ya para entonces Ernie Pyle? —pregunta Wayne, que había seguido con bastante aprovechamiento el curso de historia del periodismo americano impartido en Rutgers, un curso muy breve, ciertamente.

—Eso es lo que he dicho —replica Rosemary, con irritación—. Si no hubiera estado muerto ¿cómo habría podido pisarle la noticia? Era Quentin Reynolds el que estaba lívido...

—Pero, seguramente, Mr. Reynolds estaba en Londres, ¿no?

—Quentin Reynolds estaba..., y está, donde yo digo que está..., o estaba. Yo podía resistir bebiendo con él hasta que él rodaba debajo de la mesa. ¿Por dónde iba? Hiroshima. Sí. Yo había sido lanzada en paracaídas sobre el Japón por el general Doolittle seis meses antes. Disfrazada, naturalmente. Mi japonés era fluido por aquel entonces... y mis facciones parecían sacadas de *Madame Butterfly*. Si se me permite decirlo, yo estaba preciosa con mi pagoda verde y azul y los alfileres prendidos en mis abundantes y lustrosos cabellos.

XXXV

Chico Jones y su colega circulan al azar por el borde de los *barrios*, impidiendo unos cuantos crímenes, provocando otros. Nunca sabe uno qué es lo que pone en movimiento cuando emprende una acción de cualquier clase, como suele decir *Chico* cuando está en talante meditabundo.

—Oye, ¿qué ha sido de ese negro que violó a Darlene? —pregunta su compañero.

—¡Maldito si lo sé! —responde *Chico*—. Estará escondido, supongo. Los de Narcóticos le andan buscando.

—Dicen que es el hombre más rico de la comunidad de color.

El compañero de *Chico* es blanco y muy sensible a la sensibilidad de éste con respecto a la palabra «negro», que *Chico* detesta, prefiriendo, como más descriptivo, el eufemismo «de color».

—Oh, ya lo creo que es rico. Pero es codicioso. De dinero. De mujeres. De poder.

—Me estás describiendo a mí —replica su compañero, con una sonrisa.

Y en ese preciso momento —en el borde mismo de los *barrios*— *Chico* oye un grito que le resulta familiar.

—¡Dios mío! —exclama—, ése es el grito de Darlene. ¡La han cogido!

—¿Dónde?

Encienden el reflector de su coche-patrulla. Delante de ellos, distinguen un almacén abandonado.

—Ese almacén abandonado —masculla sombríamente *Chico*—. Apuesto a que está ahí dentro.

Suena un segundo y aterrorizado grito. Pero éste es exactamente igual a una sirena de la Policía. La clase de grito que puede romperle los tímpanos a cualquier persona normal. Es el especial e inimitable grito de Darlene.

Chico pisa con fuerza el acelerador, y el coche choca contra la pared del almacén abandonado. Ligeramente aturdidos por el impacto, los dos policías saltan del destrozado coche-patrulla y, empuñando sus pistolas, buscan la forma de entrar en el almacén abandonado.

XXXVI

Dentro, las cosas han ido de mal en peor para Darlene. La parte de la violación ha sido fastidiosa, pero no tan mala. Durante uno o dos minutos, sintió como si la estuvieran apuñalando con unos cabos de lápiz. Como resultado, tiene los nervios de punta a consecuencia de la frustración y del terror. Pablo tardó dieciocho segundos en llegar al orgasmo, mientras que sus dos cómplices no duraron mucho más en la montura.

«Pero luego, seres insaciables —pensó ella—, insistieron en segundas partes.» Y esta vez Darlene fue obligada a cometer sodomía oral con los tres, lo que, dicho sea de paso, les llevó unos segundos más que la violación vaginal. «Tal vez sean pequeños, pero son viriles», piensa Darlene. Aún así, está empezando a enojarse. Pero hasta que el tercer violador —Jesús— se le sale de la boca, debido a la inclinación de su quimbombó, y sus hermosos cabellos rubios reciben de pronto todo el beneficio de su virilidad — ¡y esa misma mañana ha estado en la peluquería para hacerse un peinado Princesa de Gales!—, no piensa para sus adentros: *¡Esto es demasiado!*

Darlene está empezando a enfadarse realmente. «Bueno está lo bueno —decide—. Ya se han salido con la suya.» Pablo se ha vengado por la forma en que ella le empujó dentro del cuerpo su quimbombó. «Es hora de hacer las paces —decide—. Estrecharse la mano. Portarse deportivamente. Lo pasado, pasado.» Pero ellos no pueden saber que Darlene —su Némesis— es una mujer cambiada y ya no es una Némesis, sino una gatita.

Los tres jóvenes se suben los calzoncillos y los pantalones y se abrochan las vistosas hebillas de plata de sus cinturones.

—Y ahora —dice Pablo—, la diversión.

—¡No, no! —exclama Darlene, esforzándose por comportarse de manera deportiva. Comprende perfectamente el español de Pablo. El de Calderón es demasiado florido para ella—. Ya os habéis divertido, muchachos —dice—. Os habéis tirado a una buena gringa rubia, el sueño de todo joven robusto al sur de la frontera, así que... ¡jole! —exclama, para demostrar que no les guarda rencor. Por otra parte, no le gusta el aspecto de ese cuchillo en la mano de Pablo.

Pablo se agacha junto a ella. Levanta su bello pecho izquierdo. Delicadamente, le pincha el pezón con la punta del cuchillo. Brota una diminuta gota de sangre. Darlene lanza un chillido.

—¡Pervertido! —grita—. Yo creía que erais normales. Tres

violadores corrientes. Y ahora... ¡esto!

Calderón, en quien siempre ha confiado —¿por su tendencia espiritual y religiosa?—, le ha abierto las piernas y mira, bizqueando, el maltratado interior. Desearía que no le mirase así. Pero, cuando él apunta su cuchillo directamente al clítoris, Darlene lanza su grito de sirena de la Policía.

—¡Nadie puede oírte, cerda gringa! —ríe Pablo, como el degenerado que es—. Esto es un almacén *abandonado*.

Pero la voz de Darlene ha sido oída. Es siempre una voz sonora. Pero, ante el peligro de mutilación de su hermoso cuerpo, la voz es ahora más potente que la sirena reglamentaria del DPD.

Al considerar retrospectivamente el asunto, los «Terroristas Aztecas» convendrán en que su error fundamental fue no haberla amordazado. Pero eso fue decisión de Pablo. Como perverso y cerdo sexista macho, quiere refocilarse en sus gritos y peticiones de clemencia mientras se dedica a mutilarla. En lugar de ello, se ve obligado a escuchar una sirena de la Policía brotándole de la garganta. Al principio, se limita a soltar una risita. Pero cuando le parece que van a estallarle los tímpanos, suelta el pecho izquierdo de Darlene como si fuera un tamal caliente. Incluso el frío Calderón se ve obligado a taparse los oídos con las manos. El sonido es verdaderamente ensordecedor..., aterrador también.

Justo en el momento más oportuno para Darlene —que se está quedando sin aliento—, *Chico* y su colega hacen irrupción en el almacén abandonado.

—¡Alto! —grita *Chico*.

Dispara contra Pablo..., dispara a matar, que es la actuación normal para el DPD cuando trata con inmigrantes ilegales y otros tipos de tez oscura. Pero *Chico* falla por casi un metro. Nunca ha podido acertar a la puerta de un granero, suele bromear. Pero es cierto. No puede.

Darlene vuelve a gritar, sabiendo la fuerza que tienen sus gritos cuando se propone desmoralizar.

Los tres muchachos sueltan sus cuchillos y saltan por la ventana más próxima, perseguidos *por Chico* y su compañero. Al saltar los dos policías por la ventana, *Chico*, que es propenso a los accidentes, se tuerce un tobillo.

—¡Síguelos tú! —grita.

Y su compañero obedece, dejando a *Chico* sobre lo que resulta ser un montón de neumáticos en la oscuridad. Le cuesta mucho tiempo y esfuerzo bajar de los neumáticos.

En el interior del almacén abandonado, Darlene está realmente furiosa. «Aquí estoy yo —piensa—, una diosa rubia, violada por

mexicanos, y ese idiota de *Chico* viene y se lía a pegar tiros sin preguntarme siquiera "¿Estás bien?" ni quitarme estas esposas.» Darlene rechina los dientes. Hasta el momento, éste no ha sido su día.

De pronto, Darlene ve una rata. Le está mirando con sus vivos ojillos. A Darlene no le gustan las ratas. De hecho, le desagrada toda la familia de los roedores, incluida la tan apreciada por muchos de las ardillas. Con la rapidez del rayo, Darlene cruza sus largas y hermosas piernas. Después de todo lo que ha estado pasando entre esas piernas durante la última hora no querría que esta rata trataba de conseguir también su bocado.

Lentamente, la rata se acerca a ella, con los ojos relucientes como brasas. Darlene siente ascender en su interior un inadvertido grito. Pero, ¿captará esta rata el mensaje? El grito de sirena de la Policía de Darlene puede vaciar de inmigrantes ilegales una habitación en un segundo, pero ¿percibiría una rata la amenaza real que subyace al mensaje? ¿Conocería la rata la diferencia entre la sirena del DPD y un grito de sirena? «Las cosas parecen estar poniéndose peliagudas otra vez», piensa Darlene, llenándose los pulmones. Pero, antes de lanzar su grito, *Chico* regresa cojeando al almacén abandonado. Y la rata se escabulle rápidamente.

—¡Darlene!

—*Chico*.

Chico le quita las esposas.

—¡Mi pobre nena!

La abraza tiernamente. Pero ella no quiere ser abrazada tiernamente por nadie más que *Big John*, y ni siquiera por éste en su actual situación.

—He sido violada, *Chico*. Por los tres. Dos veces. Es decir, dos veces por cada uno.

—¿Qué tienes en el pelo? —*Chico* olfatea los dorados rizos que tanto admira.

—Adivina.

—¡Ugh! —*Chico* hace una mueca; luego, frunce el ceño—. Como le ponga las manos encima al que lo hizo, le rompo...

—El tercer violador fue quien lo hizo. Por error. El jefe se llama Pablo. Creían que yo no sabía nada de español.

Darlene se ha levantado los *shorts*. Hace ahora todo lo que puede por recomponer su rasgado pero todavía elegante uniforme Mainbocher.

—Debo de tener un aspecto horrible —dice.

—Estás como para comerte —comenta *Chico*.

Todavía lleva una linterna para Darlene.

—¿Cómo me habéis encontrado?

—Pura suerte. Quiero decir que te he oído. Pero ha sido sólo cuestión de suerte que mi compañero y yo estuviésemos por esta parte de la ciudad.

—Vámonos de aquí —dice Darlene—. Necesito un buen baño caliente y quizás una inyección antitetánica. Iban a cortarme las tetas.

—¡No se atreverían! —*Chico* está horrorizado.

—Sí, se habrían atrevido —asegura lentamente Darlene—. He percibido mucha hostilidad. Especialmente en el jefe, Pablo. Tengo un vago recuerdo de haberle registrado. Pero han sido tantos... En el cumplimiento del deber, ya sabes.

—¿Crees que ha sido un complot? —*Chico* tiene las esposas en las manos. Hay en sus ojos un destello que Darlene reconoce, y no le gusta.

—Sí, creo que llevaban algún tiempo acechando para cogerme sola, y, desde luego, la culpa es mía por abandonar ese caso de homicidio que el capitán Eddie me asignó. Pero no estaba de humor. Así que... Bueno, vámonos, *Chico*.

Darlene está inquieta. Aunque no se halla particularmente lastimada, ciertamente no está muy presentable.

—No podemos irnos hasta que vuelva mi compañero.

—Nunca los encontrará en los *barrios*. ¿Por qué no cogemos el coche? Quiero decir que se imaginará que nos hemos ido y... Por amor de Dios, *Chico*, estoy conmocionada. He sido violada. Casi mutilada...

—Hemos destrozado el coche.

—¿Cómo?

Los ojos de Darlene se convierten en dos estrechas hendiduras. No es momento para que la propensión de *Chico* a los accidentes levante su horrible cabeza. Infortunadamente, esa horrible cabeza está mucho más levantada que de costumbre. El coche está inutilizado, y el compañero de *Chico* ha desaparecido en ardiente persecución de los violadores, y Darlene, después de todo lo que ha pasado, debe permanecer sentada sobre una caja, en un almacén abandonado lleno de ratas, con el uniforme hecho trizas, mientras *Chico* suplica:

—Por favor, pónmelas —y alarga las muñecas.

—¡No! —rehúsa Darlene.

Chico suplica en tono lastimero. Por último, Darlene, sombría y fatigadamente, al límite casi de sus fuerzas, le cierra las esposas en torno a las muñecas.

—Insúltame —susurra *Chico*.

Con absoluta sinceridad por una vez, Darlene le dice a *Chico* lo que piensa de él por estrellar el coche, torcerse el tobillo, forzarla a permanecer en el lugar en que casi ha estado a punto de morir.

Chico se retuerce en éxtasis durante este ultraje verbal. Pero la llegada de su compañero pone fin a estas efusiones. El otro policía está sudando y respira con dificultad.

—Han escapado —anuncia.

—¡Claro! —grita Darlene—. ¿Para qué sirve el DPD?

—¿Qué haces con las esposas puestas? —pregunta el compañero, que no sabe nada de los ritos de esclavitud.

—Estaba intentando ver si podía...

Como no hay explicación plausible alguna, *Chico* se vuelve hacia Darlene.

—¿Quieres abrirlas, cariño?

—No tengo la llave.

Chico se la queda mirando, boquiabierto.

—Pero yo te di la llave después de haberte quitado las esposas.

—No. No me diste la llave. —Darlene le replica con sequedad—. *Te la guardaste tú.*

—Miraré en tus bolsillos —ofrece su compañero.

Pero la llave se ha desvanecido, y dos miembros de lo mejor de Duluth se ven obligados a ayudar a su cojeante y esposado colega a salir del almacén abandonado y llevarlo hasta la parada de autobús más próxima, en la Kennedy Avenue.

Mientras esperan al autobús, Darlene lanza un gritito.

—¿Qué pasa, cariño? —pregunta *Chico*.

—No llevaba puesto el diafragma.

—¿No tomas la píldora? —pregunta el otro.

—Detesto la píldora. ¡Oh, Cristo!

Darlene está aturdida. Primero, *Big John*. Ahora, tres inmigrantes ilegales. Si tiene un hijo, ¿de quién será? Quedamente, Darlene empieza a llorar, y no hay nada que *Chico*, esposado como está, pueda hacer o decir para consolarla.

XXXVII

En el «Bistro Garden», el almuerzo se está ahora convirtiendo en cena. Edna se ha encontrado demasiado indispuesta como para

levantarse de la mesa y volver al Montecito. Afortunadamente, el propietario, Kurt, por pura bondad de corazón, ha permitido a las dos señoras que ocupen la misma mesa mientras la servidumbre limpia la sala tras la concurrencia del almuerzo y la prepara para la concurrencia de la noche.

—¿Te sientes mejor?

Rosemary está bastante preocupada. Después de la boda de la cuarta sección, puede prescindir de Edna. Pero perder a Edna en cualquier momento anterior a la boda alteraría gravemente el tono de la serie..., que *Variety* ha calificado ya de «estupenda». Edna sonríe animosamente.

—Sí. Me encuentro perfectamente ahora. Estaba de pronto en dos lugares a la vez, era dos personas a la vez...

—Conozco la sensación —dice Rosemary, mintiendo como siempre.

Cada identidad Klein Kantor —y son legión, literal y simultáneamente— es por completo distinta de toda otra identidad Klein Kantor. No obstante, presentan ciertas características comunes. En primer lugar, unos meses antes, la Rosemary de Hollywood estuvo a punto de elegir *Duque bribón* para una serie a realizar en Inglaterra con Lew Grade. Pero, en el último momento, no se consiguió llegar a un acuerdo, por lo que nunca se vio obligada, gracias a la ley ficticia de la unicidad, a enfrentarse a la Klein Kantor de *Duluth*. Sólo la pobre Edna ha quedado totalmente prendida en la ley ficticia, y será un gran alivio para ella —y para todos los demás— cuando choque con la furgoneta «Santini» a la salida del Barham Boulevard y abandone para siempre «Duluth», además de *Duluth*.

—Tomaré ahora la sopa de cebolla —dice Edna al camarero.

Cuando llega la sopa de cebolla, Edna coge su cuchara y rompe con cuidado la tostada corteza de pan francés, generosamente espolvoreada de queso picante, y, luego, empieza a revolver la humeante sopa con su cuchara, lentamente, primero de derecha a izquierda y luego de izquierda a derecha. Continúa haciéndolo hasta que la sopa se queda helada; luego, se interrumpe y deja la cuchara sobre la mesa. Ha hecho lo que más le gusta hacer con una rica sopa de cebolla. Luego, el camarero se lleva la sopa que Edna no ha probado. Rosemary se pregunta distraídamente si Edna tendrá también anorexia. Rosemary comprende el talento; y también lo admira.

XXXVIII

Pablo y sus dos cómplices se han desvanecido en los *barrios*. Están protegidos por todas partes por un millón de inmigrantes ilegales, con sus viejos ojos aztecas y su inquebrantable código de *omertá*. Pablo es como un dios en los *barrios*, donde todos sus deseos son satisfechos por ojinegras señoritas. Siempre que entra en una cantina a tomarse una cerveza, jóvenes y viejas le rodean y le abrazan. Ha establecido su cuartel general en el club social ítalo-americano «Daridere», que en otro tiempo fue el blanco de la acción de los expertos en demolición italianos de Duluth, trasladados ahora todos a los suburbios, por lo que los inmigrantes ilegales pueden llenar con su Pequeño Yucatán lo que antes fue Pequeña Italia.

Pero Pablo se siente frustrado. Mientras permanece sentado con Calderón, viendo a jóvenes y alegres parejas bailar la colorista tarantella, medita sombríamente ante su vaso de cerveza.

—¿Qué ocurre, jefe? Pareces haberte quedado triste después de tu feliz violación de nuestra Némesis.

—*Estoy triste*, Calderón.

—¿Querías más?

—Mucho, mucho más.

—¿Querías de veras mutilarla con tu cuchillo?

—Sí.

—Como dicen en las Antillas, «siempre habrá otra ocasión».

—Estará estrechamente custodiada.

—Entonces, esperaremos una oportunidad. Destrozaremos a los gringos. He vertido tres galones de agua de Ciudad de México en los depósitos del Gran Duluth.

—Eres un hombre, Calderón —Pablo concede a su amigo el espaldarazo supremo.

—Y tú también, Pablo.

—Sí —responde Pablo, en inglés. Luego, vuelve al español—. Debemos iniciar un reinado del terror. Pero hay entre nosotros muy pocos que estén dispuestos a perder toda esperanza de obtener tarjetas verdes no falsificadas y Seguridad Social.

Pablo dirige una fría mirada a sus compatriotas, que bailan a los sones de un mariachi bajo farolillos de colores.

—No piensan más que en vivir al día. No tienen en el vientre este fuego que tengo yo.

—Yo también lo tengo, Pablo —asegura Calderón—. Cuando pienso en la cultura de pesadilla que esos protestantes gringos...,

no, ni siquiera son protestantes. Son..., son...

—Humanistas seculares —remacha Pablo, que, a diferencia de Calderón, se mantiene adicto a Tomás de Aquino.

—Sí, humanistas seculares, conocidos a veces como... ¡ateos! — Calderón escupe con disgusto sobre el serrín del suelo—. Cuando paseo la vista por Duluth y veo lo que han creado... Salones de masaje, librerías para adultos, una orquesta sinfónica..., me repugna, Pablo, me *repugna* una cultura que no está asentada sólidamente en la fe. Oh, no sólo fe religiosa...

Calderón sabe que, si lleva a Pablo al terreno de la religión, Pablo empezará con Agustín y no parará hasta tener los estigmas en su mano izquierda, la primera señal, en su niñez, de que estaba destinado a ser algo muy especial.

—Por tu forma de pensar, tú eres, en realidad, más tomista de lo que sospechas —dice Pablo, con aire ausente. Mientras piensa en la alegría que le daría mutilar a Darlene, la serpiente emplumada se crispa en sus pantalones.

—No creas. Yo me considero más bien un cristiano primitivo. En aquellos benditos tiempos, en que los valores morales eran realmente absolutos. Aquí no existe tal cosa... —Calderón vuelve a escupir en el serrín para mostrar su desprecio a Duluth—, y, a decir verdad, no somos mucho mejores al sur de la frontera, en México.

—Lo que necesitamos —manifiesta Pablo, empezando finalmente a *no* pensar en Darlene hecha pedacitos susceptibles de ser enviados por paquete postal a sus colegas del DPD— es un programa. Un vano terrorismo no es solución.

—Hemos hecho poco de eso, jefe —replica Calderón—. Vano o no. Después de todo, una sola violación en grupo no es una acción desestabilizadora.

—Tú has hecho tu trabajo en los depósitos. No lo olvides. Pero lo que necesitamos es una verdadera organización... y una estrategia.

—¿Para qué?

—Para tomar el Ayuntamiento y la Comisaría de Policía. Para ocupar las palaciegas casas de Garfield Heights.

—¿Y luego?

—Tomaremos como rehenes a los gringos ricos y poderosos.

—¿Y luego, jefe?

—¿Luego..., luego...? —Pablo empieza a irritarse. No ve nada malo en su plan maestro. Pero Calderón suele ser un poco cargante—Oh

—Pablo frunce el ceño. Lo suyo ha sido siempre la acción, no la teoría—. ¿Igualdad?

—¿En qué sentido?

—Salarios iguales.

—Eso significa hacernos ciudadanos de los Estados Unidos.

—Sí.

—Pero tú odias este país y todo lo que representa. Entonces, ¿por qué obtener la ciudadanía? ¿Por qué conseguir un número de Seguridad Social, cuando es un secreto a voces que, para cuando tú y yo cumplamos los requisitos, a los sesenta y dos años...

—Sesenta y cinco —le corrige Pablo—, si queremos todos los derechos.

—Sesenta y dos o sesenta y cinco, este Gobierno no le pagará nada a nadie cuando tú y yo seamos viejos, y nuestras cotizaciones durante toda la vida a la Seguridad Social hará tiempo que habrán quedado erosionadas por la inflación y el derroche burocrático.

—En Washington hablan con lengua bífida —asiente Pablo, consciente de que su amigo no está hablando por hablar.

—Yo sugeriría —articula cuidadosamente Calderón—, y sé que esto va contra la espiritualidad básica de tu naturaleza, que diéramos una nota materialista. Que apresáramos y pidiéramos rescate por el alcalde Herridge, el capitán Eddie Thurow, los Bellamy Craig II, el magnate del petróleo de Oklahoma recién llegado a Duluth, Clive Hoover...

—Un marica.

No hay nada que no se sepa en los *barrios*. Del más mínimo suceso que tenga lugar en Garfield Heights se tiene en seguida conocimiento en el vital y bullicioso distrito que se extiende entre las avenidas McKinley y Kennedy.

—En realidad, no lo es. El caftán de seda fue un error. Mi Carmencita, que estaba sirviendo los canapés, le oyó decir a su amante Chloris Craig que sólo había querido hacer una manifestación.

—¿Cuánto pedimos por ellos?

—Un millón por cabeza. —Calderón piensa a lo grande. También piensa mucho.

—¿Cuántas cabezas?

—Tantas como podamos coger. Ahí es donde tu estrategia resulta de máxima importancia, jefe.

—Debe ser pronto —medita Pablo—. Los *barrios* son una caja de yesca. Una cerilla, y... ¡fssst!

—Así que, antes de encender la cerilla, damos el golpe.

—Entonces cogemos el dinero y luego... ¿Qué?

Pablo es realmente muy limitado por lo que se refiere a la teoría. El es toda acción.

—Volveremos a México. A mí me gustaría abrir una cadena de salones de masaje. Unos salones buenos como los que tienen

aquí...

—Creía que eras un cristiano primitivo.

—En ausencia de un consenso moral general, el imperativo categórico es el propio interés. —No en vano el padre de Calderón es sacerdote jesuita en Guadalajara.

—Tenemos que trazar un plan —dice Pablo.

XXXIX

Beryl, marquesa de Skye, descorre la cortina de terciopelo púrpura ribeteado de armiño. Sobre una mesa de malaquita está el cofrecillo de marfil incrustado en que el príncipe regente guarda sus documentos más importantes, así como el Gran Sello de Inglaterra. Beryl pasea la vista por la suntuosa habitación. De pronto, tiene miedo. ¿Por qué? El príncipe regente está inconsciente. Ella le había vertido un narcótico en el coñac que acaba de beber. Reggie, como le llaman ella y sus otros íntimos, está ahora derrumbado en un sillón junto a la chimenea. Le cuelgan a ambos lados las gordinflonas mejillas, y ronca pesadamente.

Venciendo su irracional miedo, Beryl coge la diminuta llave que ha sacado del bolsillo de Reggie y la hace girar sigilosamente en la diminuta cerradura. Luego, abre el cofrecillo. Dentro, encuentra millones de billetes de una libra, joyas, cartas de amor, principalmente de ella a él, aunque parece haber algunas de él a ella que nunca llegaron a ser cursadas. Le gustaría tener tiempo para leerlas. Pero *la France* antes que *le plaisir*. Metiéndose con una mano un millón de libras o cosa así en el escote, rebusca con la otra en el cofrecillo hasta que encuentra —debajo del Gran Sello— la hoja de papel que lleva el título de «Plan secreto para la invasión de Francia». Rápidamente, introduce el valioso documento en su escote, que está quedando ya un poco atestado.

Un leño produce en la chimenea un chasquido semejante a un pistoletazo. Beryl contiene una exclamación. Con manos temblorosas, cierra el cofrecillo, vuelve a poner la llave en el bolsillo de Reggie, sale de la habitación y, luego, abandona el castillo de Windsor y sube a un carruaje que le está esperando para llevarla a Dover y al barco que la transportará a Francia y a su eterno amor, Napoleón Bonaparte. Todo se desarrolla sin tropiezos, excepto una

cosa. Es vista al salir de los aposentos del príncipe regente con una pechuga antinaturalmente grande. Como Beryl tiene enemigos, se difunde la noticia.

Beryl, marquesa de Skye, es detenida en la aduana de Dover.

—Señora —dice el comandante del puerto—, tenemos razones para creer que sois espía de Francia.

Beryl consigue convencerle, pero el peligro que corre es enorme. Afortunadamente, conserva su encanto de seductora, e, incluso durante sus momentos más íntimos con el comandante del puerto, consigue mantener intacto su pecho, la hazaña de la semana, desde luego, pero Beryl es *sans pareil*.

El procesador de palabras de Rosemary no funciona adecuadamente, y ella no está obteniendo la clase de escenas que necesita *Duque bribón*. Pero *Redbook* le apremia con insistencia. Así pues, Rosemary intenta conseguir un trasbordador de Georgette Heyer.

En lugar de ello, Rosemary obtiene, por error, un trirreme de Bulwe-Lytton.

—¡Exasperante! —exclama, con mortificación.

Pero *Redbook* no espera que ninguna autora sea tan mala como para que Beryl sea transportada en ese trirreme. Por suerte, las filas de asteriscos funcionan perfectamente.

—Eso la hará llegar a Francia —dice Rosemary, estampando tres filas de asteriscos.

«Los contratiempos del escritor», piensa.

XL

Clive y Chloris han tomado la costumbre de entrevistarse en secreto en el club «El Eucalipto». Es decir, todo el mundo sabe que se ven allí, pero todo el mundo piensa que acuden allí para el torneo anual de backgammon, en el que participan.

Hace un caluroso día de julio. Clive lleva un traje beige claro con solapas plegadas de «Carlo Paluzzi», mientras que Chloris luce un veraniego vestido de seda diseñado para ella por la princesa Galitzine.

—¿Qué tal va la casa? —pregunta Chloris, como si no hubiera estado allí una docena de veces con Clive.

—Mr. Jackson está en África. Está tratando de encontrarme algún pórvido nubio, que, según dicen, son más bonitos que los sudaneses.

—Me encanta el pórvido. —Chloris es siempre directa.

Un sirviente negro le lleva un «Doctor Pepper».

Los amantes se hallan sentados uno junto a otro en uno de los confortables sofás de cuero situados ante los amplios ventanales, a través de los cuales pueden verse las palmeras que flanquean la concurrida orilla del agua. La nave espacial continúa allí, en el lago, sin hacer nada.

—¿Sabes algo de Rosemary? —pregunta Clive.

—No he vuelto a tener noticias de ella desde la fiesta. —Chloris frunce el ceño—. No sé qué le pasó.

—Me ha mandado un ejemplar del último número de *Redbook*, con su capítulo de *Duque bribón*.

—¿Aparece tu madre Beryl en él?

—Sí.

—¿Qué tal está?

—Perfectamente.

Clive ha seguido a Beryl hasta Dover y está dispuesto a cerrar el libro allí mismo, porque, si ella tiene un mensaje para él, ciertamente se está tomando tiempo para transmitírselo.

—Rosemary salió finalmente de tu fiesta con Wayne Alexander —dice Clive—. Mi doncella mexicana es amiga de tu doncella Carmencita, y me lo dijo.

—Sí.

Chloris ha estado a punto de decir «buen viaje». Está harta de Wayne. Pero sigue pendiente de Betty Grable. Así que tendrá que hacer las paces con él. La noche anterior, ella y Clive habían contemplado una cassette de *Mamá usaba mallas*, y Clive ve ahora lo que ella ve en Betty y siente la misma curiosidad que ella por averiguar quién mató a esa maravillosa muchacha.

—Se rumorea —declara Clive— que Wayne está haciendo un gran reportaje para el *Blade* sobre los primeros tiempos de Rosemary como corresponsal de guerra.

—No lo creo.

—Ojalá hiciese un reportaje sobre mí —manifiesta pensativamente Clive.

—Pero, querido, tienes que hacer algo primero.

—Lo sé. Lo sé. No insistas. Creo que por eso es por lo que tenía los nervios de punta en la fiesta. En parte, era el caftán...

—Un error.

—Sí. Creaba una falsa impresión.

—Por no hablar de las perlas.

—Oh, ¡pero eran auténticas!

—Dios mío. ¡Creía que eran «Teclas»! —Chloris está tremendamente impresionada.

—No, encanto, esas perlas son las auténticas «McCoy» de la abuela Hoover.

«Ese nombre», piensa Chloris.

—Bueno —dice, con una sonrisa—, si las tienes, lúcelas.

—Pero principalmente quería hacer una declaración. Decir... ¿qué? He conseguido todo lo que me había propuesto. El dinero. La casa..., cuando esté terminada. Los dos reactores «Lear». La posición social...

—Estás en la misma cumbre aquí, en Duluth —asegura Chloris, que es quien le ha llevado allí—. Me siento como Juana de Arco con el Delfín.

—¿Pero es suficiente?

Clive está atravesando una crisis de identidad. Por lo menos, es lo que quiere que ella crea. En realidad, Clive está dedicado a ampliar el imperio que le dejó su madre. El ascenso en la escala social es, simplemente, la fachada que muestra al mundo. Aunque Chloris quiere ayudar a Clive, ella es, después de todo, sólo una mujer. Mientras Clive le habla de su último medio para evadir impuestos, ella bosteza, con la boca cerrada, pero dilatadas las aletas de la nariz.

Con aire ausente, Chloris mira por la ventana. Contempla distraídamente la nave espacial situada más allá de las palmeras. De pronto, a un costado de la nave, justo a la altura del agua, se abre una puerta redonda.

—Clive...

—Yo quería una vida de esplendor. Ropas preciosas. Gentes excitantes. Exitos devastadores. ¿Y qué tengo?

La pregunta es meramente retórica, pero Chloris responde de inmediato.

—Bueno, para empezar tienes un asiento de primera fila para el espectáculo de la nave espacial, cuya puerta acaba de abrirse.

—¿Cuándo?

Clive fija su mirada en la nave espacial. La puerta abierta semeja un agujero redondo y negro en el costado de la nave.

—Aproximadamente en el momento en que me hablabas de ese truco para evadir impuestos que ha salido mal.

—En realidad, creo que va a resultar perfecto.

—¿Concesiones petrolíferas en Michigan? —exclama Chloris, con desprecio—. Todo lo bueno que hay por allí ha sido comprado dos

veces. Lo que tú compraste no eran más que pozos secos.

Clive está empezando a irritarse.

—Un pozo ha comenzado ya a manar. Los otros, si los prorrateas durante los dos próximos años fiscales...

XLI

El capitán Eddie y *Chico* Jones están junto a la orilla del agua, donde los negros locales se hallan sentados bajo las palmeras que flanquean el lago Erie, mirando a la nave espacial y esperando a que salga algo de ella. Hasta el momento, nada ha salido. Mientras tanto, todos los jóvenes negros tienen encendidas sus radios de transistores, y la música hace estremecerse las frondas de las palmeras.

El capitán Eddie levanta sus prismáticos y los dirige hacia el negro y redondo agujero.

—¿Qué ve, jefe? —pregunta *Chico*.

—Nada. Sólo un... un agujero negro. Eso es todo.

—¿Ha habido algún aviso? —Es Wayne Alexander, aliado ahora del capitán Eddie en la lucha contra el alcalde Herridge por conquistar los corazones y las cabezas de Duluth el próximo mes de noviembre.

—Ninguno que el DPD pueda revelar —responde cautelosamente el capitán Eddie. Debe mostrarse cauto, porque quizás el FBI sepa lo que está pasando y no se lo dice para hacerle parecer estúpido.

Se oye un gran estruendo de sirenas mientras el alcalde Herridge y el equipo de los noticiarios —en directo— de «KDLM-TV» llegan a la orilla.

Los negros se ríen entre ellos por lo bajo ante toda esta actividad por parte de El Hombre. Los negros se conforman con estar sentados en la playa, pescando al sol del atardecer. Les trae sin cuidado lo que pueda haber dentro de la nave espacial, por la buena razón de que, haya lo que haya, será blanco, lo que significará más contratiempos para los hermanos. Cuando corrió la noticia de que había ciempiés dentro de la nave espacial, parece ser que *Big John* dijo a ciertos miembros de la comunidad de color: «¡Podéis apostar vuestro negro cuello a que son ciempiés *blancos*!» Esto fue muy apreciado en su momento.

Mientras son emplazadas las cámaras —son las cinco, casi la hora punta—, el alcalde Herridge se acerca a grandes zancadas al capitán Eddie.

—Bien, jefe. ¿Qué ha hecho usted ahora?

—No he hecho nada hasta el momento. ¿Qué ha hecho usted, señoría?

—Lo he notificado al Pentágono. Al FBI. A la CIA. Y a uno de los presidentes.

—¿A cuál?

—Al gordo. Ya sabe... ¿Cómo se llama?

—¿Y...?

—La Fuerza Aérea debe llegar de un momento a otro. Dijeron que primero querrán establecer contacto.

—Me temo que, como jefe de Policía, eso es trabajo mío. Tráeme una lancha, *Chico*. Una motora. Aquel..., aquel cacharro de allí estará bien.

—Sí, jefe.

Chico se apresura a dirigirse hacia la motora. El alcalde se irrita. Grita a uno de sus ayudantes que él también quiere una canoa.

Luego, casi al mismo tiempo, el alcalde y el jefe de Policía montan cada uno en su lancha y se dirigen velozmente hacia la nave espacial.

La canoa del capitán Eddie es la primera en llegar a la nave espacial. Una vez parado su motor, la canoa se bambolea en el agua junto a la redonda puerta, cuyo umbral está a unos treinta centímetros por encima de la superficie del lago.

—¡Hola! —dice el capitán Eddie, un poco nervioso, aunque sabe que *Chico* está detrás de él con una metralleta preparada para el caso de que estos inmigrantes realmente ilegales se pongan peligrosos.

Pero el silencio es absoluto dentro de la nave.

El capitán Eddie escruta en la oscuridad.

—¿Puede ver algo, jefe? —pregunta *Chico*.

—Nada. ¿Has traído una linterna, *Chico*?

—No. Pensé que tendrían sus propias luces. Dentro, ya sabe.

—Quizá su generador esté averiado. —El capitán Eddie se está poniendo nervioso. ¿Qué hay allí dentro? Y es, o son, peligrosos.

La canoa del alcalde está ahora junto a la del capitán Eddie.

—Bueno, ¿qué ha hecho ahora jefe?

El alcalde siempre se comporta a la ofensiva con el capitán Eddie, culpándole de todo lo malo que pasa en la ciudad, desde las pequeñas raterías hasta los incendios provocados y la vagancia.

—Estoy tratando de establecer contacto —replica el jefe—. Sólo

que no contesta nadie.

—¡Idiota! —El alcalde Herridge apoya cautelosamente un pie en el umbral de la redonda puerta, cuidando de no mancharse demasiado el zapato con la roja viscosidad—. ¡Bien venidos a Duluth! —grita—.

¡La Venecia de Minnesota!

Silencio.

—¿Qué va a hacer ahora? —pregunta el capitán Eddie, disfrutando con el desconcierto de su rival.

—Ya pensaré algo. No se preocupe, jefe.

El alcalde retira su pie del umbral de la puerta.

En la orilla, Darlene y otra policía se están presentando en su turno de servicio. Se han retrasado un poco porque Darlene ha tenido una falta en su regla, y eso le llena de presagios. Durante su camino hacia el lago, se ha detenido en una clínica, donde sus peores temores se han visto confirmados. Está embarazada.

El hombre clave de «KDLM-TV», Leo Lookaloney, queda encantado al ver a Darlene, permanente favorita de los medios de comunicación locales.

—Aquí viene la teniente Darlene Ecks, de Homicidios. ¡Cuánto tiempo sin verte, Darlene!

—Hola, Leo. Hola, todo el mundo. —Darlene fuerza una débil sonrisa para la audiencia de Televisión.

—¿Qué crees que hay en la nave espacial?

—¿Qué creo que hay en qué?

Darlene está pensando en una cosa y solamente en una cosa, en la criatura que ahora se está formando dentro de ella y en qué color tendrá.

—La nave espacial —dice Wayne Alexander, introduciéndose en el campo visual de la cámara, para irritación de Leo, ya que la Televisión hace todo lo posible por ignorar a la Prensa, y viceversa. Pero Wayne es ambicioso, pese a faltarle la oreja derecha.

—Oh, eso —dice Darlene, reconociendo a Wayne—. ¡Hola, Mr. Alexander!

—El jefe y el alcalde están ahora en esas dos canoas —dice Wayne, cuyas frases son leídas como modelo en las escuelas de periodismo de todo el país.

—Bueno, supongo que si alguien lo sabe, *ellos* lo sabrán muy pronto.

Darlene desearía poder sentirse interesada en la nave espacial, pero siempre ha sido como un espacio en blanco para ella. Y hoy —sobre todo— es una nada absoluta.

Leo está empezando a irritarse, y a desesperarse un poco. De ordinario, estas dos personas son unos auténticos filones para la

Televisión, ya que pueden estarse hablando y hablando sin parar. Pero ahora —precisamente hoy—, tiene un par de muñecos mudos en sus manos mecánicas.

—¿Cuál es —pregunta— la postura editorial del *Duluth Blade* sobre... ?

Pero Leo ha cometido un error.

—En las próximas elecciones, el *Blade* apoya totalmente como alcalde al jefe de la Policía, el capitán Eddie Thurow —declara Wayne, en tono triunfal.

Leo parece como si le hubieran dado un garrotazo.

—¡Sí! —exclama Darlene, empezando a llorar. Aunque devota católica, ya ha tenido un aborto. No puede soportar la idea de traicionar a Dios por segunda vez.

—Debo decir también —continúa Wayne, inexorablemente, hablando ante la cámara— que mi reportaje en tres partes sobre la famosa escritora de Ciudad del Creciente, Rosemary Klein Kantor, empezará a publicarse en el *Blade* este domingo...

—¿Escribió ella *Duque bribón*? —pregunta Darlene por entre sus lágrimas. Incapaz de recordar el nombre de ningún autor, es igualmente incapaz de olvidar ningún título.

—Sí, y otros doscientos relatos de alto romance, así como numerosos artículos de periodismo creativo que le han reportado el premio Wurlitzer.

Leo está fuera de sí.

—¡Aquí están ustedes, hablando de alguien perteneciente a la Prensa, cuando el más excitante acontecimiento imaginable está teniendo lugar aquí mismo, a orillas del lago Erie!

—Pero todavía no ha sucedido nada, Leo —replica Wayne, acaparando la toma de Televisión—. Así que creo que podría ser interesante para los telespectadores saber que Rosemary Klein Kantor nunca fue corresponsal de guerra en Japón, que es donde se labró su reputación al día siguiente de estallar la bomba atómica sobre Hiroshima. En realidad, estaba en el «Mark Hopkins Hotel» de San Francisco, donde falsificó un relato presencial del bombardeo de Hiroshima y, luego, lo cursó por telégrafo a través de... —En este momento, Wayne se interrumpe con una risita—. Bueno, no quiero revelar demasiados detalles de mi reportaje, pero es explosivo.

«No tan explosivo como vas a resultar tú», se dice Rosemary para sus adentros. Se halla sentada en su lujosa sala del procesador de palabras, desde la que se divisa Audubon Park, en la Ciudad del Creciente.

Coge el teléfono de su mesa estilo Regencia y marca el número de

la casa de Louis Nizer, el famoso abogado.

—¡Voy a hacerme propietaria del *Duluth Blade*! —grita Rosemary a la pantalla de la Televisión, que está dando ahora un anuncio—. Ya lo veréis.

Para entonces, el director del programa de noticias, situado en lo alto de la «Torre del Centro de Comunicaciones McKinley», ha dicho ya a Leo que se deshaga de esos dos tipos y vuelva a la nave espacial, donde están discutiendo el capitán Eddie y el alcalde Herridge.

—Usted es el alcalde. Usted es el que ha venido aquí para dar la bienvenida a Duluth a esos..., esas cosas. Así que entre usted.

—Pero usted es quien tiene a su cargo la seguridad y... ¡Diablos! ¿Quién sabe qué clase de droga están tratando de introducir en Duluth esos tipos? Así que entre ahí y detenga a unos cuantos, ¿de acuerdo?

Las dos canoas se están balanceando tanto que el alcalde Herridge, que no tiene nada de marinero, está empezando a marearse. Se vuelve hacia su ayudante.

—Llama a Bill Toomey. Dile que venga zumbando. Y dile que traiga la llave de la ciudad, que se me ha olvidado.

El ayudante intenta, en vano, establecer contacto, por el *walkie-talkie*, con Bill Toomey.

—No está en su despacho, señoría.

—Claro que está. Tiene que estar. El...

De pronto, como si una mano helada se cerrase en torno a su ya agitado estómago, el alcalde Herridge recuerda algo.

—¿Qué... qué día es hoy? —pregunta, sabiendo ya la respuesta.

—Lunes —contesta servicialmente el ayudante.

—No. No. El día y el mes.

—Es Cuatro de Julio, señoría. ¿Recuerda? En estos momentos tenía usted que estar en el estadio de béisbol, saludando a la bandera. Pero llegó la noticia de que se había abierto esa puerta y... El alcalde Herridge se sienta encima del *walkie-talkie*, y lo rompe. Se encuentra muy mal. Hoy, precisamente hoy, ha dado carta blanca a Bill Toomey.

Para el anochecer, los *barrios* estarán en llamas. ¿Qué impresión causará eso en la Televisión mundial? ¿Por no hablar de los seres procedentes del espacio exterior? Aunque a la larga la culpa recaerá sobre el capitán Eddie y su Departamento, por el momento es él quien se ve enfrentado a la situación.

El alcalde Herridge tiene que hacer algo. Y de prisa. Como ya es demasiado tarde para detener la operación «Chile con carne», debe realizar un movimiento de diversión..., cualquier cosa. Mira al

oscuro agujero redondo que se abre en el costado de la nave espacial. Se estremece, porque es, sencillamente un cobarde. Pero ahora... *¡ya está!* ¡Arriba!

El alcalde Herridge se pone vacilantemente en pie. Por un momento, piensa que va a renunciar.

Pero luego recuerda que, pase lo que pase, la nave espacial no se balanceará como se está balanceando esta canoa... Toma una decisión.

—Caballeros. —Puede garantizarse que el meloso tono oficial del alcalde Herridge hará correr un hormigueo por toda espina dorsal conectada a un par de oídos que acierte a estar a su alcance. Incluso el capitán Eddie siente, aun a su pesar, un hormigueo en su espina dorsal—. El alcalde de Duluth va a entrar ahí para dar a estos forasteros la bienvenida a la Venecia de Minnesota.

Dicho esto, el alcalde Herridge salta al umbral de la nave. Luego, avanza un paso hacia el oscuro interior.

—¿Hay alguien dentro? —pregunta, en tono jovial.

Se produce un silencio. Luego, el redondo agujero negro se desvanece. La puerta de la nave espacial se cierra tan rápidamente que no es posible captar a simple vista cómo funciona. Donde un instante antes había una abertura redonda ahora sólo hay una curvada superficie roja.

—Bueno —dice *Chico* al jefe, en un susurro—, si no sale, tiene usted la elección en el bolsillo.

—Cierto —pero el capitán Eddie es mucho más sutil y perspicaz que su fiel ayudante—. Pero si *sale*, tras haber llegado a alguna clase de acuerdo con esos forasteros, puedo darme por derrotado en noviembre.

—No había pensado en eso —comenta *Chico*.

El capitán Eddie se vuelve hacia el piloto de la canoa.

—Vamos a tierra.

Ignorante del peligro en que se encuentra, el capitán Eddie regresa a la Comisaría para esperar instrucciones del presidente que esté de servicio a la sazón.

Es posible, naturalmente, ya que es el Cuatro de Julio, el día de nuestra independencia nacional y día de fiesta, que no haya ningún presidente en la Casa Blanca, lo cual le vendría muy bien al capitán Eddie, ya que no tiene ninguna prisa por salvar al alcalde Herridge.

XLII

El puesto de mando de Bill Toomey está en el distrito del Pequeño Yucatán, donde ha ocupado el salón de baile «Daridere». Aquí preside el centro de comunicaciones por radio que conecta a cada uno de los veinticuatro agentes con el puesto de mando de Bill. Mientras Bill ladra sus órdenes, un hombre de aspecto idéntico a Darlene, con uniforme del DPD, tiene alineadas contra la pared de la sala de baile a media docena de muchachas de ojos oscuros y completamente desnudas. El hombre parecido a Darlene se lo está pasando evidentemente en grande mientras pellizca y explora con regordetes e insensibles dedos.

—¡Estamos buscando drogas, señoritas! —declara, en un español de Berlitz—. Y —añade sonriendo— yo estoy buscando una virgen para llevarla al Baile de la Policía.

Este chico deberla haber estudiado ginecología, piensa admirativamente Bill Toomey, mientras las muchachas lanzan gritos de horror al continuar el falso policía su búsqueda de drogas y de hímenes intactos.

«Esta es la forma de crearle enemigos al DPD..., por no hablar del capitán Eddie», piensa Bill Toomey, con satisfacción. Ahora está seguro de que el alcalde Herridge obtendrá un gran éxito en noviembre. Pero Bill Toomey no sabe que el alcalde Herridge ha desaparecido. Quizá para siempre. Bill Toomey adora hasta el mismo suelo que pisa el alcalde Herridge.

Entretanto, Pablo y Calderón están siendo capturados en su puesto de mando, en el sótano débilmente iluminado de una tienda de mocasines indios. Mientras la muchacha parecida a Darlene abre de golpe la puerta de su escondite, apunta con su pistola a los asombrados jóvenes. Naturalmente, ella no sabe que ha capturado a los jefes de la «Sociedad de Terroristas Aztecas». Pero es que es nueva en la ciudad, una estudiante de enfermera de la cercana Fond du Lac.

En su deseo de crear una ira total en los *barrios*, Bill Toomey se ha pasado varias semanas sosteniendo una serie de conversaciones con un equipo de psicólogos del FBI cuyo trabajo en las cárceles de América y otros lugares es la envidia de sus colegas del KGB. Como los casuales e improvisados registros de Darlene han proporcionado la chispa inicial, por así decirlo, para la operación «Chile con carne», el grupo ha tomado el relevo.

Después de numerosos estudios y pruebas, el equipo pudo

encontrar a doce hombres de aspecto similar al de Darlene cuya pasión por la carne femenina oscura no conoce límites. Pero, más importante aún que esta impronta sexual que la Madre Naturaleza ha enroscado como hiedra venenosa en torno a sus dobles hélices, cada uno de los hombres es un chovinista macho que se jacta de no permitir jamás que su compañera alcance el orgasmo.

Con el fin de eliminar a los embusteros y los simplemente presuntuosos —y siempre hay unos cuantos—, se aplicó el detector de mentiras y las manzanas podridas fueron pronto separadas de las sanas. Bill Toomey está ahora satisfecho con sus doce rubios —algunos teñidos, naturalmente— componentes de sus fuerzas de asalto. Si ellos no pueden ultrajar decisivamente el innato pudor de las ojinegras señoritas, nadie puede hacerlo.

Bill Toomey —antiguo estudiante de la Universidad Fairleigh Dickinson— espera que, para el anochecer, las calles de los *barrios* estén llenas de furiosas bacantes, mujeres de piel oscura resueltas a la mutilación y el asesinato de todos los blancos de Duluth, especialmente los que lleven el uniforme del DPD.

Las doce mujeres elegidas presentaron más de un problema. Las lesbianas declaradas fueron rechazadas. Afortunadamente, el movimiento de liberación de la mujer no sabía nada de ello, ya que la operación se desarrollaba en absoluto secreto, y no se formaron piquetes ni se profirieron insultos. Huyendo de toda publicidad, Bill Toomey recalcó a los veinticuatro dobles de Darlene que estaban luchando contra el terrorismo y que en la batalla contra el terrorismo *todo vale*. Veinticuatro lenguas lamieron ávidamente cuarenta y ocho labios cuando les fue comunicada esta buena noticia.

Las doce mujeres no son entusiastas del principio masculino. Muchas de ellas son altamente competitivas y se sienten resentidas por el hecho de que, cuando eran pequeñas, los chicos podían correr más de prisa y gritar más fuerte que ellas. El resentimiento, más que la lascivia, gobierna sus mentes.

Midge —el nombre de la doble de Darlene que captura a Pablo y Calderón— es una estudiante de enfermera conocida en el Hospital General de Fond du Lac como «una falsa madre». No hay nada que ella no haga para socavar el espíritu masculino.

Midge está encantada con su misión actual. En primer lugar, supone una agradable interrupción de la rutina del hospital. En segundo, nunca ha tenido ocasión de contemplar a placer al llamado amante latino, ya que su propia vida amorosa está atendida por un adinerado viudo suecoamericano con quien se niega a casarse porque le gusta su independencia. Pero se pasan todos los sábados por la noche en casa de él, viendo la Televisión, y todos

los domingos durante el día, descansando y comiendo galletas. Midge se halla frente a sus dos primeros amantes latinos. Está encantada..., aunque levemente sorprendida por su evidente terror. ¿Qué ha sido del macho latino?

Ignora Midge que *Pablo y Calderón creen que ella es realmente Darlene*, y que ha vuelto para vengarse. Aunque Midge, con su rubia peluca estilo princesa de Gales, se parece sólo ligeramente a Darlene, para los dos inmigrantes ilegales es la verdadera Darlene. Pero es que todas las gringas rubias tienden a parecerle iguales al inescrutable violador azteca medio.

—¡Muy bien, violadores! ¡Contra la pared!

La palabra «violadores» casi le provoca un ataque cardíaco a Pablo. «Voy a morir», piensa, mientras se apoya en la pared para no caer al suelo y las rodillas parecen volvérselo agua. No sabe que todas las dobles de Darlene han sido instruidas para denunciar como violadores a los inmigrantes ilegales, a fin de ponerles a la defensiva. Pablo y Calderón están convencidos de que ha llegado su última hora.

Como Midge no ha sido adiestrada en el trabajo de la Policía, ignora que tiene ante sí muchos de los reveladores signos que delatan a los terroristas. No presta atención —para sorpresa de Pablo— a las bombas que han estado acumulando, ni al verdadero arsenal de rifles y latas de «Mace». «Quizás espera a que estemos muertos —piensa Pablo—. Entonces dirá que nos mató en el corazón mismo de nuestro círculo terrorista.»

A Midge le gusta el aspecto de Pablo. Las córneas de sus ojos relucen de miedo. Calderón, observa, es más musculoso, pero sus facciones son menos atractivas.

Midge se aproxima, apuntando con su revólver al corazón de Pablo. Luego —siguiendo las instrucciones de Bill Toomey—, da un fuerte pisotón con el tacón de su zapato justo donde sabe que están los callos. Pablo lanza un grito. Midge se vuelve hacia Calderón..., otro grito al ser aplastados sus callos bajo el recio tacón. Los muchachos se doblan a consecuencia del dolor hasta que un leve movimiento del revólver les hace erguirse de nuevo.

Midge aparta un montón de rifles de una silla..., ni siquiera empieza a preguntarse qué hacen allí esos rifles, no es ésa su misión. Luego, coloca la silla delante de los dos muchachos y pasa a la acción.

—¡Empezad a desnudaros, violadores!

—Fue un accidente —dice Pablo, empezando a desabrocharse con dedos temblorosos su camisa revolucionaria estilo Fidel Castro—. Quiero decir que no sabíamos que era usted. Se lo juro. En el

almacén abandonado...

—Creíamos que era esa amiga suya —se excusa Calderón, servicialmente—. Fingiendo ser policía.

Midge no sabe de qué están hablando..., ni le importa.

—¡Aprisa! —grita—. Tengo muchas más visitas que hacer hoy.

XLIII

Edna está sentada en un coche en el escenario de *Duluth*. Es el cuarto episodio. Se dispone a interpretar una escena en la que el coche que conduce se precipita desde lo alto de un puente porque ella está borracha, pero será salvada en el último minuto porque Rosemary quiere que asista a la boda en el próximo episodio.

Hay una dificultad técnica. El proyector que da la impresión de que el coche en que se halla sentada está realmente moviéndose por una carretera y luego cruzando un puente, se ha estropeado, así que Edna no tiene nada que hacer por el momento, más que permanecer sentada en el coche y esperar la señal para empezar a fingir que está conduciendo, borracha, el coche. No hay diálogo. Sólo muchos gritos. Un primer plano. Y eso es todo.

Rosemary se ha estado mostrando insólitamente amable desde la alucinación del «Bistro Garden». Las frases de Edna son ahora mucho más largas que «quieres decir punto punto signo de interrogación». Rosemary ha introducido numerosas e interesantes variaciones, como «por amor de Dios, Silas, no querrás decir que punto punto signo de interrogación». Al igual que todas las actrices de primera categoría, Edna quiere poder usar con la mayor frecuencia posible el nombre del personaje con el que está interpretando una escena, porque ello da una sensación de proximidad, además de mantener en su lugar al otro actor.

Edna disfruta con su trabajo en un plato de Televisión en «Universal». El coste no es obstáculo. Tiene por lo menos un cambio de vestido cada hora. Edna vuelve a sentarse en el asiento del coche. A través del parabrisas, ve la cámara, esperando fotografiar su primer grito. Para su sorpresa, la luz roja está encendida. Eso significa que la cámara está en funcionamiento, aunque no ha empezado la grabación.

Automáticamente, Edna vuelve hacia el objetivo de la cámara su

atractivo perfil en escorzo. Al hacerlo, aparece en la lente una figura familiar.

—¡Jefe Thurow! —exclama Edna.

Pese a sus esfuerzos —esfuerzos que han tenido éxito desde el «Bistro Garden»— para exorcizar su vida anterior en *Duluth*, ésta sigue aflorando como las frases de una obra anterior de Sumner Locke Elliott, por ejemplo, borrarán de pronto toda una sección del guión de Tad Mosel en que ella está trabajando, poniéndola en dos dramas a la vez, para irritación del director y de sus compañeros de reparto. Gajes del oficio teatral.

XLIV

El capitán Eddie está dormitando en su despacho, con el receptor de televisión conectado. Ha tenido un día ajetreado y, en conjunto, satisfactorio. Como es el Cuatro de Julio, aún no ha empezado a molestarse nadie del Ejército ni del Gobierno, El alcalde Herridge está encerrado en el interior de la nave espacial, y todo marcha perfectamente. El capitán Eddie está profundamente dormido cuando aparece en pantalla *Duluth*.

Aunque la ley ficticia de la simultaneidad requiere que el tiempo que un personaje de otro plano necesita para hablar con un personaje del campo de fuerza inmediato sea siempre el mismo, una pausa en el rodaje de ese fragmento de *Duluth* en que Edna precipita su coche desde el puente puede ser oportunamente utilizada si cada personaje se halla en exacta conjunción con el otro. Cuando, de pronto, abre los ojos, el capitán Eddie se hace visible para Edna, que, a su vez, se hace visible para él.

—¡Edna Herridge! ¿Qué haces en la Televisión?

—Trabajo en esta serie, *Duluth*.

—¡Vaya, enhorabuena! Mejor que de agente de fincas aquí, en Duluth, supongo.

—Bueno, es diferente.

Edna mira nerviosamente a su alrededor para ver si es el momento de su intervención. Afortunadamente, el proyector continúa estropeado. Dispone de un momento para hablar con el capitán Eddie... y le alegra. Siempre le ha apreciado. Crecieron juntos. Fueron a las mismas escuelas y a los mismos bailes; fumaron

juntos su primer porro, allá en los buenos tiempos de Eisenhower.

—Escucha, Eddie.

—¿Sí, Edna?

El capitán Eddie está todavía un poco amodorrado a consecuencia de su siesta y de todas las actividades del día. Sabe que *algo* no marcha del todo bien. Después de todo, la gente que sale en la Televisión no puede verle y hablarle a uno, aunque uno pueda verles y hablarles a ellos, pero no *con* ellos.

—Debo de estar soñando —declara plácidamente el capitán Eddie. Ha olvidado por completo que el invierno pasado asistió al funeral de Edna.

—No tengo mucho tiempo. Esta escena va a empezar en cualquier momento...

—¿Qué sucede en ella?

—Yo estoy borracha y me precipito en coche desde un puente... — Edna está empezando a irritarse por tanta palabrería.

—¿Coche? —El capitán Eddie frunce el ceño, empezando a recordar algo acerca de un ventisquero.

—Ya sabes que el alcalde y yo nunca nos hemos llevado bien.

El capitán Eddie asiente con la cabeza.

—Eso es de dominio público aquí, en *Duluth*.

—En parte es por esa zorra con la que se casó. En parte, por esos insoportables chiquillos...

—Uno de ellos se ha dado a la metadona.

—Esperemos que continúe.

A Edna nunca le han gustado los niños de *Duluth*. Por el contrario, en «Duluth» tiene verdadera chifladura por su hijo, mientras, en su calidad de Joanna Witt, sostiene buenas relaciones con cada uno de sus dos hijos, que están en el Este, en Nueva York.

—He visto hace poco al alcalde. Está decidido a destruirle.

—Puedes decirlo otra vez. Pero tengo uno o dos trucos...

—Calla, Eddie. Me va a tocar ya intervenir. Ha contratado a un puñado de matones. Disfrazados de policías, se lanzarán sobre los *barrios*.

La voz de Edna cambia súbitamente: se dirige con tono meloso al director de escena.

—Estoy lista, querido. Cuando quieras.

Edna vuelve a mirar a la lente de la cámara.

—Van a hostigar a los mexicanos. Van a crear un baño de sangre. Y culparán de todo ello a ti y al Departamento de Policía de Duluth.

Edna está ahora de nuevo en *Duluth*. El capitán Eddie mira en silencio a la pantalla, mientras el coche de Edna parece ir cada vez a mayor velocidad. Hay un primer plano de su cara. Está

evidentemente borracha.

—¡Oh, Edna! —El capitán Eddie siente que va a suceder algo terrible.

Los ojos de Edna se dilatan, como huevos recién escalfados. Lanza un grito. El capitán Eddie exclama:

—¡Cuidado!

Pero el coche de Edna ha chocado contra la barandilla de un puente. Se ve luego la imagen del coche cayendo lentamente, seguida de un anuncio, que el capitán Eddie apaga. Permanece unos momentos reflexionando. Luego, suena el teléfono de su mesa. Coge el auricular. Una voz dice:

—Aquí Wayne Alexander.

—¿Dónde es aquí, Wayne?

—Se está desatando el infierno en los *barrios*. Tus hombres y mujeres están registrando a todo inmigrante ilegal y legal con que se topan.

—No son mis hombres...

—Los he visto con mis propios ojos en Pequeño Yucatán, jefe. ¡Van de uniforme!

El capitán Eddie cuelga. La advertencia de Edna es cierta. Pero ha llegado demasiado tarde. El capitán Eddie mira su reloj de pulsera. Medianoche. Llama por su línea privada.

—Llama a *Chico* Jones. Rápido.

Luego, el capitán Eddie se acerca al mapa del Gran Duluth. Se queda mirando la chincheta roja hincada justo a la orilla del lago.

—¡Hijo de puta! —grita al alcalde, que, vivo o muerto, está dentro de aquella chincheta-nave espacial.

De pronto, se enciende una lucecita en la cabeza del capitán Eddie. «¿Por qué enfurecerse cuando puede uno conservar la serenidad?», piensa.

El capitán Eddie desclava la chincheta. Durante unos instantes, la mantiene suspendida sobre el desierto pantano que se extiende al extremo de los bosques de Duluth. Nadie se acerca jamás a menos de un kilómetro de ese pantano, y, para cuando haya prohibido su acceso a él debido a... ¿la radiactividad de la Central Nuclear de Duluth?, nadie volverá a ver más a la nave espacial ni al alcalde Herridge. Con gusto maligno, clava la chincheta en el pantano lo más profundamente que puede. Espera haberse deshecho de los visitantes y del alcalde Herridge.

Chico Jones se presenta en el despacho.

—¿Qué ocurre, jefe?

—Trae mi coche. Vamos a los *barrios*.

—¿A medianoche, jefe? ¿Desarmados?

—Cuatro coches-patrulla. Gases lacrimógenos. Porras. Gases paralizantes...

—Bueno, eso está mejor —dice *Chico*, sonriendo.

XLV

Midge frunce el ceño mientras examina al desnudo Pablo. Ve ahora lo que Darlene vio... o no vio. En cuanto a Calderón, aunque los signos distintivos del sexo son perceptibles a simple vista, se hallan en un estado de total retracción.

Tanto Pablo como Calderón se encuentran ahora algo más que azorados. Esposados e indefensos, saben que Darlene se dispone a vengarse de la violación en grupo. Comprenden sus sentimientos. Ojo por ojo. Picha por coño. Es el código conforme al cual han vivido. Ahora es el código por el que van a morir.

—Espero —dice Pablo— que nuestro sufrimiento sea breve.

Su intento de pronunciar unas últimas palabras bien elegidas y llenas de dignidad, se ve frustrado por el convulsivo temblor de sus piernas, que se convierte en baile de San Vito cuando Midge saca de su bolso un afilado cuchillo, y se acerca al centro viril de Pablo..., o donde piensa que debe de estar agazapado el centro.

Midge hunde la mano en la ríspida mata de vello y encuentra los objetos que busca. Agarra con una mano los minúsculos genitales..., apenas si le llenan la palma. Con la otra, dirige el cuchillo hacia el desprotegido pubis. El espontáneo grito de Pablo habría sido música para los oídos de Darlene, aunque ella habría señalado, con cierto orgullo, que su propio grito de sirena cuando se vio enfrentada a la mutilación a manos de Pablo había logrado, por lo menos, atraer a la Policía, mientras que el grito de Pablo apenas si sobresalta a Midge, que, con destreza, corta en tres rápidos gestos todo el vello pubiano de Pablo, dejando al descubierto lo que Midge describe despreciativamente como «más pequeño que un feto masculino normal al principio de su segundo trimestre».

Pablo está ahora balbuceando en español, suplicando piedad. Pero Midge se ha vuelto hacia Calderón. Mientras despeja con su cuchillo la zona pubiana, decide que, como amante latino, Calderón es casi interesante. Agarra el extremo de la vaina de quimbombó.

—¿Qué es esto? ¿Puede ser lo que en la profesión médica

conocemos como psilantropismo?

Calderón jadea una afirmación, desorbitados los ojos bajo su estrecha frente maya. Ella tiene ahora en su mano todo lo que él adora..., la serpiente emplumada, los oscuros dioses de la sangre.

—Yo tengo el remedio.

De un tirón, Midge echa hacia atrás el recalcitrante prepucio, que se parte como un labio agrietado en invierno. Brota un chorro de sangre. Calderón se desploma, desmayado, en el suelo.

Midge está encantada. Pero aún no ha terminado. Aunque más de una vez ha actuado a sus anchas en la sala de hombres del Hospital General de Fond du Lac, existen ciertos perímetros y parámetros que se ve obligada a observar. Pero aquí, en esta misión especial, todo vale.

Midge abre su bolso y, mientras Pablo mira, sabiendo que Darlene se propone matarle lentamente, con diez mil tajos, saca su instrumento favorito.

—¡No! —grita Pablo—. Estoy dispuesto a morir como un hombre. ¡Pero eso, no! ¡No!

Los gritos y las súplicas de Pablo caen en oídos sordos mientras Midge se prepara.

XLVI

Poco después de medianoche, los *barrios* están realmente en llamas. El distrito que se extiende a lo largo de la Kennedy Avenue ha prendido como yesca seca al aplicársele una cerilla, que es exactamente lo que ha ocurrido. Uno de los dobles masculinos de Darlene, a las órdenes de Bill Toomey en el «Daridere», ha provocado el incendio.

—Asegúrese de que es en el lado del desierto —ladra Bill por la radio—. No queremos que se extienda a la McKinley Avenue.

Huelga decir que Leo y el equipo de «KDLM-TV» se hallan en el lugar. Están extasiados. Aunque casi cualquier incendio ganará un premio en Televisión, no hay duda de que una conflagración ganará nuevos anunciantes. Si la conflagración se mantiene durante más de una semana se convierte en un auténtico holocausto..., con el consiguiente beneficio económico.

—¡Esto es una conflagración! —grita Leo al micrófono que sostiene

en la mano.

Entretanto, el capitán Eddie y sus hombres se han desplegado por los *barrios*. Hasta el momento sólo han cogido a uno de los hombres de Bill Toomey, que no se inmuta. Toomey ha adiestrado bien a sus tropas.

—FBI —dice el cautivo, mostrando una placa del FBI y una tarjeta de identidad.

—Detenedle —ordena el capitán Eddie—. Ese documento de identidad podría ser una falsificación. Como el uniforme —añade.

El capitán Eddie, como todos los jefes de Policía de la nación, odia y teme al FBI más aún de lo que odia y teme a los comunistas.

Sobre la Kennedy Avenue, el cielo está iluminado por el resplandor de las llamas.

—Bueno, lo han hecho —dice el capitán Eddie, medio para sus adentros, medio para *Chico*.

—Hecho, ¿qué, jefe? —pregunta *Chico*.

—Todavía me quedan una o dos cartas que jugar.

El capitán Eddie está ceñudo. Dice a sus hombres de los coches-patrulla que detengan a todo falso policía, hombre o mujer, que puedan encontrar en los *barrios*.

Mientras el capitán Eddie habla a sus tropas a un tiro de piedra del «Daridere», no una piedra, sino un cóctel Molotov es lanzado contra él. Afortunadamente para el capitán Eddie, el cóctel no le alcanza, aunque por muy poco. A la brillante luz de la llamarada producida por el cóctel, que le chamusca las pestañas al capitán Eddie, puede verse a dos jóvenes y delgados mexicanos, corriendo por las tortuosas calles en las que ningún gringo se atreve a entrar desarmado.

—Y atentos a los inmigrantes ilegales. Han sido deliberadamente inflamados contra el DPD por esos falsos policías que los han estado hostigando.

—¿Por qué? —pregunta ingenuamente *Chico*.

—No hay tiempo para explicarlo —replica el capitán Eddie, al tiempo que salta a su coche e imparte órdenes a diestro y siniestro.

Mientras los coches de la Policía se ponen en marcha, los dos jóvenes mexicanos que tiraron el cóctel Molotov permanecen en las sombras, observando atentamente la escena. Uno es Pablo. El otro es Calderón. Para su asombro, la espectacular rubia a quien habían tomado por Darlene no les ha mutilado y dado muerte en el sótano de la tienda de mocasines.

—No más de lo que realmente merecíamos —masculla Pablo.

La trémula luz de un cercano almacén en llamas ilumina por unos instantes el ahora impasible rostro. Pablo siempre es imparcial en

estas cuestiones.

—Quizá la gringa vive con arreglo a un código diferente —reflexiona Calderón. Con la mano metida en el bolsillo, se agarra su torturado *membrum virile*, todavía húmedo de sangre. La serpiente emplumada ha quedado implume para siempre.

—O quizá vuelva una *segunda* vez para matarnos —opina Pablo, que gusta siempre de considerar todos los ángulos—. Pero estoy dispuesto a morir antes de pasar por lo que he pasado.

—¿Qué te hizo a ti?

Calderón siente verdadera curiosidad. Cuando recobró el conocimiento, tras permanecer treinta minutos desmayado, encontró a Pablo en el suelo, acurrucado en la postura fetal, sollozando incontinentemente y balbuceando palabras sin sentido.

—Nunca lo sabrás. Nadie sabrá jamás lo que ella me hizo. Pero —añade Pablo, y lanza un terrible juramento— ¡moriré o seré vengado!

Poco sabe Midge —que continúa su ronda— lo que le ha hecho al caudillo de un millón de inmigrantes ilegales. Observa que parece haber muchos incendios en esta parte de la ciudad, pero no es peor, piensa, que cualquier sábado por la noche en Fond du Lac.

XLVII

En lo alto del «Centro de Comunicaciones McKinley», el presidente de «KDLM-TV» y una docena de las figuras más poderosas de la ciudad se hallan reunidos en la sala de juntas. Paredes empaneladas en madera enmarcan ventanas a través de las cuales puede verse arder los *barrios* bajo una luna gibosa.

Los gobernantes de Duluth contemplan pensativamente su ciudad, y cada uno de ellos se pregunta (a su manera): ¿Qué significa todo esto?

Bellamy Craig II, tras pedirle un whisky a Rastus, el fiel sirviente negro, ocupa su puesto a la cabeza de la mesa. La docena de importantes personas se sientan a derecha e izquierda de él, cada una con un bloque y un «Doctor Pepper», sin abrir, delante. Sólo Bellamy bebe el whisky. Pero es que él es el propietario, a través de una serie de complicados trusts, de «KDLM-TV», así como del *Duluth Blade*. Hasta esta noche, ni siquiera Chloris —que se halla

presente— ha comprendido toda la extensión de sus propiedades. Bellamy ejerce un control absoluto sobre todos los medios de comunicación del Gran Duluth.

Chloris está impresionada. Chloris lleva su traje «Givenchy Mao», adecuado, le dijo la *vendeuse* cuando Chloris lo compró, para la más desenfadada clase de revolución cultural o larga marcha. Junto a ella, en el sofá situado tras la silla de Bellamy, semejante a un trono, está Clive, vestido con ropa de montar y espuelas. Por muy dedicada a Clive que Chloris esté, ésta es la noche de Bellamy. Nunca había visto a su marido exudar tan desnudo poder. Hasta ahora, nunca ha estado muy segura de qué hace Bellamy aparte de dirigir la sociedad de Duluth —tarea que, en realidad, le deja a ella— y jugar al polo. Ahora lo sabe. Y se siente desmesuradamente orgullosa de ser su humilde compañera.

Cuando el whisky es depositado ante él sobre la mesa, Bellamy dice:

—Debemos conservar nuestra fuerza. Esta noche va a ser larga. Puedes irte, Rastus.

El sirviente negro abandona la sala.

Bellamy oprime un botón en la consola que tiene delante. Una curvada pantalla de televisión desciende del techo, provocando exclamaciones de admiración entre los importantes personajes.

Bellamy toma un sorbo de whisky. Luego, dice, señalando la pantalla:

—Podremos estar al corriente de los acontecimientos que se produzcan en Duluth a lo largo de la noche. Mis equipos de «KDLM-TV» se hallan situados en puntos estratégicos por toda la ciudad. Según vaya pulsando los diferentes botones de esta consola, podremos ir viendo cualquier sector de la ciudad. ¿Cuál miramos primero?

—Garfield Heights —dice Chloris—. Para asegurarnos de que no han entrado saqueadores en nuestro acomodado enclave.

Se oye un murmullo de satisfacción de los otros. Bellamy, siempre complaciente con Chloris pese a —o quizás a causa de— su matrimonio abierto, dice:

—Muy bien —y oprime un botón.

La pantalla se llena con un plano largo de Garfield Heights, sereno bajo la luz de la luna. Luego, debido a la magia de «KDLM-TV», por no hablar del costoso servicio privado de observación, se ven varios planos de las diferentes calles y mansiones, así como de las casas de este selecto distrito. Todo está en calma. Como de costumbre, dos tanques de la Guardia Nacional se hallan apostados a la entrada de Garfield Heights, con los cañones preparados. Sólo una

cosa resulta extraña. Parece haber demasiadas criadas mexicanas llevando atareadamente recados de un lado a otro. Van con premura de casa en casa. Antes de que Chloris pueda preguntar *por qué* andan merodeando sus criadas, Bellamy dice:

—No se preocupen. Sólo *parecen* criadas mexicanas. En realidad, son policías de paisano de la escuadra especial del capitán Bellamy, cuya única tarea es proteger Garfield Heights.

Sus palabras son recibidas con aplausos.

—Bellamy piensa en todo —dice Chloris en voz baja a Clive, que frunce el ceño.

«Me está tratando como a un juguete, como a un gigoló. Si supiera... —piensa—. Pero no sabe. No puede saber.» Clive está enfurruñado.

—Bien —dice Bellamy—. Creo que es el momento de contemplar la escena de la conflagración.

La pantalla resplandece de pronto con llamas rojas, amarillas y anaranjadas, así como con magníficos efectos de humo. Nada hay tan bello como un *barrio* ardiendo. Los dirigentes de Duluth presentes en la sala de juntas prorrumpen en entusiásticos aplausos. Aunque todos son propietarios de los edificios —excluidas las chabolas— de esa parte de la ciudad, todos están, como propietarios, asegurados hasta las cejas. De hecho, uno de ellos lo pone de manifiesto cuando dice:

—No me gustaría ser el «Lloyd's» de Londres esta noche.

La frase es acogida con risitas.

El capitán Eddie, que ha estado en último término, dirigiendo la lucha contra el fuego, para irritación del jefe de bomberos, rival tradicional suyo, avanza hacia la cámara, donde le dan un casco de auriculares y un micrófono para que pueda oír a Bellamy, en lo alto de la «Torre McKinley», y hablar con él.

—Buenas noches, jefe.

Bellamy siempre habla a los sirvientes como si fuesen sirvientes. Eso significa que se muestra muy cortés en la forma de hablar, pero descortés en cuanto que nunca escucha una sola palabra de lo que dicen, pues sabe que mentirán sobre todas las cosas que han roto y toda la comida que han sisado.

—¿Cómo va la conflagración?

—Bastante mal, Mr. Craig. Pero la estamos dominando.

—Comprendo —Bellamy no está escuchando—. ¿Quién inició el incendio?

—Provocadores del Federal Bureau of Investigation, disfrazados de agentes del DPD. Han venido para crear el caos y una conflagración a fin de reelegir al alcalde Herridge, que es quien los

ha instigado.

—Comprendo —dice Bellamy, asintiendo con la cabeza; no ha oído nada—. Continúe con su excelente trabajo, jefe. Y recuerde. Cualquier cosa que necesite, la tendrá. El cielo es el límite.

—Gracias, señor.

El capitán Eddie tiembla respetuosamente, mientras Bellamy cambia a otro canal.

—Quisiera un whisky —dice Chloris a Rastus, el sirviente negro, que ha reaparecido, sólo para desaparecer en seguida.

—¿Y yo? —pregunta Clive, que está sediento.

—Esto es muy serio —replica Chloris, en tono admonitorio.

En la pantalla se ve ahora la orilla flanqueada de palmeras, completamente iluminada por las luces especiales que el capitán Eddie ha ordenado instalar para cerciorarse de que la población negra no seguirá a los chicanos en su abierta rebelión contra sus amos blancos. Pero los negros no hacen nada que hagan los chicanos. Si un grupo se amotina, el otro se limita a ocuparse de sus propios asuntos.

Desde debajo de las palmeras al borde del lago, *Chico* Jones habla a la lente de la cámara.

—Teniente Jones. Homicidios.

—¿Cómo van las cosas con los negros por ahí? —pregunta Bellamy, yendo directamente al grano.

—Todo está tranquilo aquí, en el distrito de color.

Chico utiliza la expresión «de color» con la mayor frecuencia posible, aunque sabe que irrita a los hermanos que —ahora que les está siendo suprimida la Seguridad Social— se sienten más orgullosos que nunca de la negritud. Un día de éstos, estallará la ciudad negra. Todo el mundo lo sabe. Pero todo el mundo sabe también que eso nunca ocurrirá el mismo día en que los *barrios* estén en llamas. De ninguna de las maneras, como dicen bajo las palmeras. Esta noche, en que los negros hubieran debido hacer causa común con sus hermanos morenos contra el enemigo común blanco, se hallan todos reunidos en el «Martin King Holy Grace Mortuary Auditorium», escuchando una conferencia sobre el amor total a cargo de la amarilla Yoko Ono, firmando Frisbees y ofreciendo su mensaje de amor total a todos los habitantes de la Tierra y de Duluth.

—Me alegra saberlo, teniente...

—Jones, Mr. Craig.

—Bien, continúe con su excelente trabajo y...

—Un minuto, señor —dice *Chico*, interrumpiendo al hombre más poderoso de Duluth.

—¿Qué tal treinta segundos? —bromea Bellamy—. El tiempo es oro.

—Seré breve. Creo que debe usted saber, señor, que la nave espacial se ha ido.

Un sentimiento de consternación se extiende por la sala de juntas.

—¿Ido? —pregunta Bellamy, escuchando por una vez—. ¿Qué quiere decir con eso?

—A eso de las once, desapareció, simplemente. No sabemos adonde. Quizás ha vuelto al espacio exterior o a alguna parte.

—¿Con el alcalde Herridge dentro?

—Sí, señor. Que nosotros sepamos, señor, su señoría estaba todavía dentro.

Bellamy apaga la imagen, que es un primer plano de *Chico* Jones sonriendo beatíficamente ante la limpia eliminación del rival de su jefe. *Chico* ignora aún que la nave espacial está sólo a un kilómetro de distancia, en medio del pantano de los bosques de Duluth.

XLVIII

En los incendiados *barrios*, Pablo y Calderón se deslizan —como rápidas sombras— de un cuartel general ilegal a otro. Los muchachos están todos en sus puestos, esperando la señal de Pablo para ocupar Garfield Heights. Pero la señal no llega. El súbito ataque de los dobles de Darlene ha desbaratado el plan maestro de Pablo para apoderarse del distrito. Además, los *barrios* no necesitan ser inflamados más, puesto que ya están incendiados.

Pablo reúne a treinta hombres. La flor y nata de su «Sociedad de Terroristas Aztecas». Son valientes. Van armados. Tienen cojones de sobra. Pablo los conduce al almacén abandonado adonde las llamas —y la Policía— no han llegado aún.

—¡Debemos convertir en victoria lo que podría ser un desastre! Pablo está subido a una caja, a sólo un metro de donde violó a Darlene en el suelo. Por un instante, se siente excitado al pensar en aquel extático momento. Luego, frunce el ceño. Más que en violaciones, en lo que piensa ahora es en mutilaciones. Pero esta vez no será por placer. Esta vez será por México y por todo lo que México ha sufrido a manos de los gringos desde la guerra de 1847 hasta los momentos actuales de retirada de las tarjetas verdes.

Pablo inflama a los muchachos con un largo discurso en el que hace hincapié en sus pasados sufrimientos, que, según los propios muchachos, no pueden compararse con el sufrimiento que se les ha infligido esta misma noche, en que diecisiete de los treinta han sido desnudados y humillados por las dobles de Darlene, a menudo en presencia de sus mujeres, que, a su vez, han sido humilladas por los gruesos dedos exploratorios de los Darlenes masculinos. Pablo enfurece hábilmente a los ya inflamados hombres.

—Lo único que necesitamos ahora —grita Calderón, ardiente y palpitante su *membrum virile*, probablemente infectado también, piensa con inquietud— es un plan.

En ese momento, Carmencita, la mujer de Calderón —cómo va a explicarle la pérdida del vello pubiano y de la pluma de la serpiente emplumada es un puente que se niega a cruzar hasta que haya llegado a él—, entra en la estancia, con la mantilla incendiada.

Diestramente, Calderón envuelve a Carmencita en un saco y la hace rodar por el suelo hasta que se apagan las llamas.

—¿Estás herida, paloma mía? —pregunta mientras ella se pone en pie.

—No, toro mío —responde ella—, sólo desarreglada. Debo advertirte que el fuego se está acercando a marchas forzadas a este almacén abandonado. Pero, antes de que huyamos, tengo noticias.

—¿De qué se trata? —pregunta Pablo, asumiendo de nuevo su papel de jefe.

—Todos los personajes importantes de Duluth..., encabezados por esa inmundicia, mi patrono Bellamy Craig II —Carmencita escupe al suelo para demostrar su repugnancia; los demás escupen también— han huido de Garfield Heights, asustados.

—¿Del fuego? —pregunta maliciosamente Calderón.

—¡No, de nosotros!

Carmencita echa hacia atrás la cabeza, orgullosamente, y lanza el grito de guerra azteca. Los otros se estremecen, conscientes de que la mujer mexicana excitada es como diez hombres o, incluso, una Darlene.

—¿A dónde han huido? —pregunta Pablo.

—A la sala de juntas de «KDLM-TV», en lo alto del edificio del «Centro de Comunicaciones McKinley». Caudillo mío —dice significativamente a Pablo—, por una vez, están todos juntos.

Pablo sonríe.

—Ha llegado nuestro momento. Ha sonado la hora. El enemigo es nuestro. Comienza la «Operación Moctezuma».

XLIX

Ignorantes del peligro que se avecina, los importantes personajes congregados en la sala de juntas mordisquean canapés y discuten qué es lo que deben hacer.

Bellamy está tratando, infructuosamente, de establecer contacto con el capitán Eddie, que se encuentra en plena acción, disparando por igual contra saqueadores y vagabundos, sin establecer la menor distinción entre ellos, ya que los muertos no van con historias a la «Unión de Libertades Cívicas Americanas», ni aun al *Duluth Blade*.

—Es extraño, Yoko Ono no me ha comunicado que estaba en la ciudad —dice Chloris a Clive, enojada.

—Pero no la conoces —responde malignamente Clive.

—Aun así... —Chloris no necesita decir que ella es la Duluth social—. Imagínatela dando una conferencia a los negros junto al lago.

Bellamy, con un whisky en la mano, se reúne con su mujer y su amante. Les sonríe afablemente a los dos.

—¿Lo estáis pasando bien? —pregunta.

—Es muy excitante, ¿verdad? —pregunta Chloris—. Eres tan imperioso, Bellamy... De verdad.

Clive siente ganas de vomitar. En lugar de hacerlo, se precipita al cuarto de baño, donde se lleva a sus enormes narices una pulgarada de cocaína paquistaní. Inmediatamente, se siente mejor. Pero es que «nariz fría, nariz feliz» no es sólo un proverbio limitado a los habitantes del mundo canino.

En la sala de juntas hay un recién llegado, Wayne Alexander. Saluda a Bellamy, que sonríe, siempre de buen humor, y a Chloris, que frunce el ceño, en absoluto bienhumorada siempre. Nunca le perdonará lo de G-A-T-O. Pero tendrá que disimular, recuerda, si quiere averiguar quién mató a Betty Grable. Chloris fuerza una sonrisa.

Wayne está nervioso.

—No me había enterado hasta ahora, señor, de que es usted el propietario del *Blade*.

—¡Espero que no publiques eso, Wayne! —ríe Bellamy, que sabe que no puede publicarse en el periódico nada que no tenga su conformidad.

—Oh, ni se me ocurriría siquiera, señor...

—SEC y la FCC y todos los demás comunistas de Washington dirían que yo tenía el monopolio de los medios de comunicación de

Duluth si supieran que tanto el periódico como la Televisión son míos, así que tenemos que fingir que no lo son.

Bellamy ríe bonachonamente.

—Oye —dice—, no nos hemos visto mucho en nuestra casa últimamente. ¿Por qué es eso, Wayne?

—Bueno, he tenido mucho trabajo en el periódico y...

—Vamos, vamos, muchacho —Bellamy se muestra comprensivo. Después de todo, en cierta ocasión casi estuvo a punto de besar a Wayne, al confundirle por detrás con Evelyn Stellaborger—. Chloris tiene sus accesos de mal humor. Pero pasan como nubes de verano ¿verdad, Chloris?

—En efecto, Bellamy.

Chloris está tratando de recordar cuándo fue la última vez que se acostó con Bellamy. Ciertamente, no desde que su matrimonio fue declarado abierto, y de eso hace por lo menos diez años. Se pregunta distraídamente si habrá mejorado. Se siente impresionada por su poder de esta noche... y por su dominio. Está por encima de la situación.

—Tengo algo que informar, señor —anuncia Wayne a Bellamy, humildemente.

Pero no puede informar de ese algo porque se ha encendido de pronto la pantalla del televisor. Aparece una amplia imagen de lo que parece ser un nervioso pollo mirando por encima del hombro. En torno a la imagen hay un letrero que nadie puede leer. Luego, una voz anuncia:

—Señoras y caballeros de Duluth, el presidente de los Estados Unidos.

Se produce una expectante pausa, durante la que surgen en la sala murmullos de «¿cuál?».

No tardan en saberlo, aunque, como de costumbre, nadie puede recordar su nombre. De los muchos presidentes, éste es el viejo que utilizan en televisión para leer a través de relucientes lentes de contacto.

—¡Hola, Duluth!

El viejo presidente muestra en una sonrisa sus empastados dientes.

—Uno pensaría que nuestra importancia como centro industrial y puerto lacustre nos permitiría imponer al gordo... ¿cómo se llama?

—dice Bellamy, irritado.

—Pero, señor, Duluth votó contra este lote de presidentes. — Wayne se mantiene al tanto de esta clase de minucias.

—¿Crees que esto podría ser en venganza?

—Sí, señor.

—...recuerdo una anécdota de cuando estaba retransmitiendo ese

partido de baloncesto por la Radio. ¿Os acordáis de la Radio? ¿Aquella curiosa caja que no tenía ninguna imagen? Bueno, pues estaba yo en el estadio, y era en el descanso...

Bellamy apaga el televisor, con lo cual hace desaparecer el rostro del viejo presidente que nunca abandona sus reminiscencias. Se vuelve a uno de sus ayudantes.

—Llame a la Casa Blanca. Diga que queremos el gordo. *O ninguno. ¡Esto es Duluth!*

—Sí, señor, Mr. Craig, señor.

«Qué imperioso», piensa de nuevo Chloris.

—Estabas diciendo, Wayne —le anima suavemente Bellamy—, antes de que nos interrumpiese ese tío...

—Se ha producido una novedad en el asunto de la nave espacial.

—¿La han encontrado, Wayne?

—No, señor. Pero creen haber identificado al hombre que estaba saludando al alcalde Herridge.

—¿Qué hombre?

Bellamy indica con un gesto a Rastus que le traiga otro whisky... el cuarto. Chloris lleva la cuenta, y no sin orgullo, a decir verdad.

—¿Recuerda aquella fugaz imagen que vimos durante la repetición a cámara lenta?

—Oh, sí. Eso.

Wayne oprime un botón. La enorme y curvada pantalla muestra el laboratorio emplazado a un extremo del cavernoso estudio existente en otra parte de la «Torre McKinley». Un técnico, enterado de que está siendo visto por el propietario de la emisora, hace una profunda reverencia en dirección a la cámara.

—Mr. Craig, señor, soy el jefe del laboratorio técnico, señor.

—Encantado de verle —dice Bellamy—. Me han dicho que sabe usted quién es el hombre que estaba saludando al alcalde Herridge en el interior de la nave espacial.

—Bueno, señor. Sí y no. Vea, señor.

El técnico jefe pulsa un botón, y en la pantalla que hay detrás de él —claramente visible en la pantalla de la sala de juntas— aparece la escena, en movimiento muy lento, del alcalde Herridge entrando en el oscuro interior de la nave espacial. Luego, se adelanta de entre las sombras un hombre corpulento y de cabeza muy grande que alarga la mano. Al hacerlo, se cierra el costado de la nave.

El técnico jefe mira a la lente de la cámara.

—Bien, señor, hemos realizado análisis muy detenidos de lo que acaba usted de ver. Permítame mostrárselos, señor.

En la pantalla situada en el interior de la pantalla de la sala de juntas se ha inmovilizado la cabeza del hombre corpulento. La

cabeza se va aproximando a un primer plano más cercano aún, y todos tienen ocasión de examinar sus facciones. La gran cabeza les parece familiar a todos. La frente es bulbosa. Tiene amplias entradas. La sonrisa es agradable y simpática. Las arrugas de los ojos indican buen humor y campechanía. Las mejillas son, quizá, demasiado grandes para el ajustado cuello de su camisa, pero el rostro es el de un hombre muy agradable.

—Me alivia —declara Chloris a Clive— el hecho de que no sea alguna especie de monstruo.

—Y ahora —dice el técnico—, algunos otros estudios.

Aparece el rostro tomado desde diferentes ángulos y en diferentes condiciones de iluminación. Hay una creciente excitación en la sala de juntas.

—Hemos llegado a la unánime conclusión —dice el técnico jefe— de que el hombre que se puede ver saludando a nuestro alcalde, en el interior de la nave espacial, el Cuatro de Julio, no es otro que nuestro antiguo senador de los Estados Unidos por Minnesota...

—¡Dios mío! —exclama Bellamy—. ¡Es Hubert Horatio Humphrey!

L

Pablo, al frente de sus terroristas aztecas, se mueve como una sombra en la noche a través del desierto complejo de rascacielos que constituye el «Centro McKinley», en el corazón del cual se halla el más elevado de todos los rascacielos, la «Torre del Centro de Comunicaciones», poseída en su totalidad, a través de una serie de trusts y sociedades interpuestas, por Bellamy Craig II.

Los guardias apostados ante la puerta principal del Centro son fácilmente reducidos. Cuando Pablo toca el timbre, el vigilante nocturno acude a la puerta y pregunta por el interfono de seguridad qué es lo que desea. Los treinta y un inmigrantes ilegales armados de Pablo se hallan escondidos tras la gigantesca estatua de Henry Moore que Chloris donó a Duluth a fin de lograr una deducción de impuestos.

—Vengo al *Rod Spencer Show* —contesta Pablo.

Se trata de un popular programa nocturno en el que Rod habla con asesinos que han escrito libros, con suicidas en potencia e, incluso, con arribistas sociales. Los espectadores pueden entonces llamar

por teléfono y tomar parte en el juego.

—Está bien —dice el vigilante nocturno, que ha visto llegar a invitados mucho más extraños que Pablo para participar en el *Rod Spencer Show*, que él y varios otros cristianos renacidos están tratando de eliminar de antena.

Cuando abre la puerta, Pablo le apunta con una pistola. El vigilante nocturno levanta las manos. Como Pablo, lo ha visto hacer en un millón de programas de Televisión. También sabe que una cámara instalada en el techo está registrando todo lo que sucede. Pablo no irá muy lejos. Si no llevara dentadura postiza nueva, el vigilante nocturno podría haber sonreído.

—Tiene que firmar ahí. Son las normas —dice el vigilante, indicando un libro abierto sobre una mesa.

Con un bufido, Pablo escribe «Benito Juárez», ignorante que nadie en el edificio ni en toda Duluth averiguará jamás quién es o era este Benito Juárez, ya que el FBI no tiene ninguna ficha de él.

—Y la hora —añade el vigilante, que observa escrupulosamente siempre todos los detalles.

Con una mirada que podría matarle, Pablo apunta la hora y, después, ata al vigilante. A continuación, lanza un silbido, poniéndose dos dedos en la boca, y los treinta y un fieles muchachos y Carmencita salen de detrás de la estatua de Henry Moore y entran corriendo en el vestíbulo, que proceden a ocupar. Haciendo caso omiso de las frenéticas órdenes del escrupuloso vigilante para que firmen, siguen desordenadamente a Pablo hasta los ascensores.

Durante una hora, suben y bajan a la ventura, saliendo primero en un piso y luego en otro. No saben cómo encontrar el ascensor especial que lleva a la sala de juntas. Al fin, exasperado, Pablo dice: —Tendremos que apoderarnos de la emisora de Televisión y preguntar dónde está la sala de juntas.

Inmediatamente, ponen manos a la obra.

Rod Spencer está en antena, discutiendo los pros y los contras de la masturbación con tres onanistas y tres freudianos disidentes, cuando Pablo, pistola en mano, se une al grupo sentado en torno a la mesa redonda, que es el emblema distintivo de Rod Spencer.

—¡Manos arriba! —amenaza Pablo. Y todas las manos se elevan... aunque los onanistas se muestran lentos en hacerlo por causa de su «primigenia aflicción», como lo llama Freud.

—Buenas noches —saluda alegremente Rod—. Supongo que es usted un terrorista de los *barrios*.

—Sí. Soy Pablo. «Jefe de la Sociedad de Terroristas Aztecas».

Pablo no había estado nunca ante una cámara de Televisión y se

encuentra con que le gusta. Mucho. También nota que le cae bien a Rod. Un azteca siempre se da cuenta.

—Es magnífico tenerle en el programa. ¿Es también onanista?

—¿Qué? —exclama Pablo, volviendo a su primera palabra inglesa.

—Quiere decir —aclara uno de los freudianos disidentes— que si se la menea.

—¡Carajo, no!

Pablo se siente herido en su orgullo de macho. En los *barrios* no hay peor insulto que acusar a un hombre de masturbación. Un hombre de verdad, con los huevos bien puestos, no obtiene satisfacción de sí mismo, sino sólo de los demás.

Los freudianos están encantados. Los onanistas, de nuevo con las manos en el regazo, parecen abatidos.

—Eso es muy interesante, Pablo —dice Rod.

—Escuche —le interpela Pablo, advirtiendo las apremiantes señas que le hace Calderón desde detrás del atado cameraman—. ¿Dónde está el ascensor privado que lleva a la sala de juntas?

—No sé... —empieza Rod, pero la pistola apuntada súbitamente entre sus ojos le hace recordar de pronto—. Está en el armario de las escobas, al final y a la izquierda de la fila de ascensores en el vestíbulo exterior de «KDLM-TV», en el corazón de Duluth. ¿Por qué —pregunta Rod, preguntón inveterado— quiere saber dónde está el ascensor secreto?

—Porque, y esto no es ningún secreto, ya que estamos en la Televisión nacional...

—Local —le rectifica tristemente Rod—. Hay una *posibilidad* de sindicación. Pero yo, en su lugar, no contaría con ello. «Irv Kupcinet» de Chicago está subiendo en las clasificaciones y...

Todo esto le resbala a Pablo. Mira fijamente a la cámara y dice:

—Vamos a hacer prisioneros a los dirigentes cívicos de Duluth que están en la sala de juntas. Pediremos un millón de dólares por cada uno. Y un avión que nos lleve a..., a...

Como a Pablo no se les ocurre a cuál de los numerosos enemigos de los Estados Unidos dirigirse, se pone en pie de un salto y grita:

—¡Seguidme, muchachos!

El estudio queda al instante vacío de terroristas.

—Creo —comenta suavemente Rod— que vamos a recibir ahora unas cuantas llamadas. Pero...

Inclina malévolamente la cabeza.

—¿Es un vibrador lo que oigo bajo la mesa, Glenda?

La pecadora onanista se ruboriza, culpablemente.

—El doctor Freud —dice uno de los freudianos— consideraba la masturbación peor que el onanismo. Pero es que consideraba

cualquier forma de actividad sexual que no conduzca a la procreación como..., y utilizo *su* palabra, perversión.

—Eso suena a Moisés —clama uno de los onanistas.

—Creo —añade significativamente Rod— que Freud es mucho más importante que Moisés en el Gran Duluth actualmente.

LI

Darlene apaga al mismo tiempo su aparato de televisión y su vibrador... cada uno de ellos está conectado al mismo enchufe, junto a su cama.

Darlene está pensativa. Nunca había creído que hubiera nada malo en la masturbación. *Cosmopolitan*, *Marters* y *Johnson*, *Good Housekeeping*, siempre la han estimulado, incitado, de hecho, pero ahora, en el *Rod Spencer Show*, su programa de opinión favorito, los psicólogos le dicen que es completamente mala... y una perversión además.

En cuanto a Pablo, supone que su aparición ha sido simplemente un recurso publicitario de alguna clase. Por otra parte, le sorprende que un violador y asesino en potencia —le ha reconocido inmediatamente, aun vestido, porque tiene la adiestrada vista del policía— no encuentre dificultades para aparecer en el programa de Rod Spencer. Claro que, probablemente, Rod no sabe lo que ocurrió en el almacén abandonado.

Darlene decide llamar por teléfono a Rod. Ya antes ha hablado muchas veces con él en su programa. Marca su número. Pero la línea está ocupada. Cuelga. Luego, suena *su* teléfono.

—¡Diablos! —exclama, mirando al reloj.

Es la una de la madrugada. Descuelga el aparato.

—¡Darlene! —Es *Chico*.

—¿Sí, *Chico*?

—¿Has oído?

—¿El qué?

—La «Sociedad de Terroristas Aztecas» se ha apoderado de la sala de juntas de «KDLM-TV» en la «Torre del Centro de Comunicaciones». Tienen en su poder a todos los dirigentes de la ciudad.

—¡Santo cielo! —Desde que quedó embarazada, Darlene ha estado

refinando su lenguaje. En primer lugar, se siente afectuosa y maternal. Además, debe dar buen ejemplo a la criatura—. ¿Dónde estás?

—En el vestíbulo de la «Torre McKinley». Con el capitán Eddie.

—Voy en seguida.

Darlene cuelga y se viste rápidamente, preguntándose qué demonios podría querer decir ese doctor..., ¿cómo se llama...?, Freud, con «primigenia aflicción».

LII

Una profunda consternación y un griterío ensordecedor invaden la sala de juntas cuando entran Pablo y su banda empuñando pistolas y navajas.

Desgraciadamente para los importantes personajes, Bellamy Craig II nunca ha podido soportar a su propio empleado Rod Spencer, así que, en lugar de sintonizar su propia emisora, Bellamy ha conectado con la «Petroleum Broadcasting System» local en la que, por cortesía de «Exxon», se está ofreciendo un programa retrospectivo de películas de Robert Aldrich.

Robert Aldrich está emparentado con la familia Rockefeller, como se apresuró a señalar Chloris cuando empezó el segundo rollo de *El último destello del crepúsculo*, con Joseph Cotten, soberbio como siempre, en el papel de secretario de Estado.

—Así que —había dicho— es muy lógico que su primo David Rockefeller indique a la firma familiar, «Exxon», que patrocine este programa retrospectivo.

—Vamos, Chloris —había reído Bellamy—, no es así como se hacen las programaciones. Recuerda que Mr. Aldrich es uno de los grandes del cine de todos los tiempos...

En ese preciso instante, aparece Pablo en el umbral. En el transcurso del griterío y la consternación subsiguientes, Clive decide que no es su clase de escena. Como un fantasma, se escabulle rápidamente de la sala. El hecho de llevar ropa de montar le resulta útil. «Tiene todo el aire de un oprimido obrero», piensa Calderón, mientras Clive sale de la estancia con un cortés «buenas noches» y se dirige hacia la escalera de emergencia, seguido por Wayne, con su solitaria oreja, hacia quien Calderón, habiendo

perdido tan recientemente su pluma, experimenta cierta compasión. Entretanto, Pablo está extrayendo orden del caos. Los treinta y un terroristas se instalan cómodamente sobre sus posaderas a un lado de la sala, con los sombreros echados sobre los ojos. Al otro lado, trece importantes personajes permanecen paralizados de terror y asombro mientras Pablo expresa lo que quiere. Ya ha subido la puesta.

—Por las vidas de vosotros catorce gringos, quiero cien millones de dólares. En metálico. Luego, quiero un avión que nos transporte a todos a..., al punto de destino que elijamos. Luego, seréis puestos en libertad.

—Pero —dice Bellamy, que ya ha visto *El último destello del crepúsculo* en el canal Z y sabe el terrible destino que espera al ficticio, aunque maravillosamente interpretado, presidente de los Estados Unidos que se convierte en rehén—, ¿y si no cumplís vuestra parte del trato?

—Ese —dice Pablo— es un riesgo que *usted*, no yo, tendrá que correr.

Pablo no ha visto *El último destello del crepúsculo*. En otro caso, no estaría tan seguro, porque, si alguna lección se desprende de esa increíble película es que nadie —¡pero nadie!, incluido cualquiera de los presidentes— tiene la menor probabilidad contra quienes controlan las salas de juntas de la nación.

—Pónganse cómodos —indica Pablo a los rehenes, a quienes permite sentarse al fondo de la sala, con una buena vista de la pantalla del televisor.

Luego, se vuelve hacia Rastus, el tembloroso sirviente negro.

—Ven aquí.

El sirviente negro obedece despacio.

—¿Sí, señor?

—Aunque eres negro y llevas un transistor y sólo vives para los placeres del acceso sexual, eres también un oprimido hermano nuestro.

—Sí, señor. ¿Le preparo un whisky? ¿O quizás un «Campari» con soda? ¿Un sabroso daiquiri? ¿Acaso un «Pink Lady»?

—Margaritas para todos mis hombres... ¡y para Carmencita, que es la mujer de Calderón!

Todos los aztecas prorrumpen en olés cuando el inglés de Pablo es traducido laboriosamente al español por Calderón.

Rastus sale para preparar las margaritas, esperando, contra toda esperanza, que «estos pardillos», como él los llama mentalmente, no conozcan la diferencia entre sal de apio, de la que tiene abundante provisión, y sal gema, que casi se le ha acabado, para

embadurnar el borde de los vasos.

Pablo está mirando a Chloris, que está mirando a Pablo. Bellamy mira por la ventana. Recuerda, un poco tarde, que el matrimonio abierto no fue idea suya, sino de ella.

Pablo experimenta una leve excitación en lo que Darlene había denominado tan despectivamente su quimbombó y sus ciruelas. Podría poseer a esta hermosa gringa, exquisitamente ataviada con lo que al instante reconoce como el más caro modelo Mao de Givenchy. Pablo piensa en el placer que obtendrá desgarrando el Givenchy mientras ella grita. Luego, la violación, seguida por la lenta mutilación con un cuchillo..., empezando, como siempre, por la teta izquierda. Pero al pensar en cuchillos se acuerda del de Darlene y enrojece. ¿Cómo puede violar a esta gringa —ni a ninguna— sin vello pubiano? ¿Cómo puede hacerle nada a una mujer después de lo que le hizo Darlene? Todavía ignora que su torturadora fue Midge, no Darlene. Se desvanece todo deseo. La cresta de la serpiente emplumada se abate.

«Es guapo —está pensando Chloris—, decididamente guapo. Tan viril. Tan dominante.» Se siente un poco decepcionada cuando él se vuelve hacia Bellamy.

—Será mejor que tratemos el asunto, gringo.

—Muy bien. Sus demandas serán satisfechas. Hablaré con el presidente.

—Excelente. ¿Con cuál?

Hasta Pablo está enterado de la confusión que reina en la capital de los gringos.

Bellamy pulsa un botón de la consola. Para horror de todos, el viejo presidente está hablando todavía. Lleva así más de una hora.

—Justo después de eso..., no quizás *antes* de que sucediera. Sí. No quiero hacerles perder el hilo. —El viejo presidente parpadea—. Me fui al despacho de Jack L. Warner, en Burbank, y dije: Mr. Warner... No me atrevía a llamarle Jack...

Bellamy apaga la pantalla.

—¿El malo? —Pablo experimenta un momento de compasión.

—Sí —responde Bellamy, con un cierto sentimiento de terror—. Y no sé cómo establecer contacto con el gordo.

—Margaritas, caballeros —anuncia Rastus.

Los inmigrantes ilegales —diecisiete de ellos están ahora descalzos porque sus callos, aplastados por las dobles de Darlene, les han estado doliendo— se apresuran a coger las margaritas. Para alivio de Rastus, les gusta la sal de apio que ribetea los vasos.

—En realidad —dice Calderón a Carmencita—, la sal de apio tiene menos sodio, y por eso es más sana.

En respuesta, ella le abraza apasionadamente, haciéndole dar un respingo.

—¡Qué hombre! —susurra ella—. Te siento como un toro aun a través de esos gruesos pantalones. ¿Tanto te caliento, toro mío?

—Sí —gime Calderón; flácido, su *membrum virile* tiene ahora el doble de su tamaño habitual y le duele mucho.

LIII

En el vestíbulo de la «Torre del Centro de Comunicaciones McKinley», el capitán Eddie está examinando el libro registro.

—«Benito Juárez» —murmura pensativamente—. No me suena.

—Probablemente, se trata de un seudónimo —dice *Chico*.

El vestíbulo está lleno de policías. Van provistos de material antidisturbios. Gases asfixiantes. Incluso una bomba de neutrones. Afortunadamente, nadie sabe hacerla estallar.

Darlene se abre paso por entre sus colegas.

—Se presenta la teniente Ecks —dice con viveza.

—Hola, cariño.

El capitán Eddie está desconcertado. No sabe qué hacer. Afortunadamente, Darlene ha visto el *Rod Spencer Show*. Rápidamente, informa a su jefe.

El capitán Eddie asimila la información con su habitual agilidad mental.

—O sea que no es Benito, es Pablo.

—Sí. Y actúa en serio, jefe.

—Eso está claro. De todos modos, debemos ponernos en contacto con él. Conocer sus condiciones exactas para liberar a los rehenes. Pero, ¿cómo?

El capitán Eddie y *Chico* están completamente desorientados. Es Darlene quien salva la situación.

—Yo conozco una forma —dice lentamente, dando vueltas a la idea en su cabeza—, y podría resultar.

—¿Qué? —El capitán Eddie está con los nervios de punta. Intentará cualquier cosa.

—Podemos telefonar a la sala de juntas y pedir hablar con Pablo.

—¿Cómo no se me había ocurrido? —*Chico* siente admiración por su colega.

Pero el capitán Eddie arroja un cubo de agua fría sobre el proyecto. —El número —dice el jefe— no figura en la guía. Lo sé. Una vez intenté llamar allí a Mr. Craig. Y la telefonista dijo que no me daría, a *mí*, el jefe de Policía, el número. Sólo el FBI puede obtenerlo sin un mandamiento judicial, y, evidentemente, no estamos en buenas relaciones.

LIV

Cuando el alcalde Herridge penetra en la nave espacial un hombre —gracias a Dios, un hombre, no un monstruo— se adelanta a saludarle.

—¡Hola, Alcalde, me alegra verte!

En la penumbra, el alcalde Herridge no puede distinguir las facciones del hombre. Pero deja que le estreche vigorosamente la mano. Evidentemente, ha estado ya en algún lugar con esta criatura del espacio exterior. ¿En la convención de alcaldes, quizás, el año pasado en Tacoma?

—Bien venido a Duluth —grazna el alcalde—. ¡Qué oscuro está esto!

De pronto, la puerta se cierra tras él, dejando fuera a Duluth y la luz del día, y se encuentra a bordo de un «Boeing 707», estrechando la mano a su difunto amigo Hubert H. Humphrey.

—¡Hubert!

—¡Alcalde!

Humphrey conoció al alcalde Herridge antes de que éste fuese alcalde de Duluth —lo que ocurrió después de la muerte de Humphrey—, por lo que cuando Hubert llama Alcalde al alcalde está utilizando su viejo nombre de pila, y no el de su cargo actual.

—Ven a mi compartimiento. El aeropuerto dice que el comité de recepción no está preparado aún y que vamos media hora adelantados. Para cambiar. Me sorprende que te hayan dejado entrar.

El avión está lleno de aburridos periodistas, así como de numerosos ayudantes de Humphrey.

—Eh, muchachos —dice Hubert—. Este es mi viejo amigo Alcalde Herridge, que es de aquí, de Duluth, donde desempeña el cargo de juez. Los dos crecimos juntos.

Esto no es cierto, ya que Hubert vivió en Dakota del Sur, mientras que Alcalde Herridge es realmente de Minnesota, adonde Hubert se trasladó más tarde para hacerse senador e ir a Washington.

Se oyen aplausos de los cínicos periodistas. Mientras Hubert conduce al alcalde a la parte delantera del avión, donde tiene su compartimiento privado, Alcalde experimenta no sólo una sensación de *deja vu*, sino también un recuerdo de haber estado a bordo del avión de Hubert en el aeropuerto de Duluth, en setiembre de 1968, cuando Hubert —a la sazón vicepresidente de los Estados Unidos— presentaba su candidatura a presidente de esos mismos Estados contra Richard M. Nixon, que derrotó a Hubert. Eso era en los viejos tiempos en que sólo había un presidente cada vez.

El alcalde Herridge está realmente sorprendido. Ha vivido ya esta escena antes y se niega a revivirla, habida cuenta de todas las cosas que han sucedido en esos años..., como la lamentable muerte de Hubert a causa del cáncer. ¿Debe mencionarle esto a Hubert?

Pero el alcalde Herridge no tiene muchas posibilidades de hacerlo, porque Hubert, vivo o muerto, es un verdadero parlanchín. Se hallan ahora sentados en el compartimiento personal del vicepresidente, en la parte delantera del avión. Por las ventanillas, el alcalde Herridge puede ver el viejo aeropuerto de Duluth, tal como era aquel día de 1968 en que Hubert llegó a la ciudad. El alcalde Herridge experimenta una sensación de nostalgia al ver el viejo Duluth que ya no existe, habiendo dejado paso, como deben hacer todas las cosas en una comunidad floreciente, al progreso.

Hubert está leyendo las últimas encuestas.

—He alcanzado a Dick *el Tramposo* en todas partes menos en el Sur, donde le sigo a un tres por ciento de distancia. No está mal, considerando el desastre que sufrimos en Chicago.

Evidentemente, se está refiriendo a la Convención Nacional Demócrata, piensa el alcalde Herridge, donde la Policía se amotinó. «Cuánto tiempo ha pasado», piensa, mirando a Hubert, que le parece ahora muy joven, ya que él, que era entonces más joven que Hubert, es ahora más viejo que Hubert ahora.

—Estoy seguro de que le derrotarás.

—Tengo que hacerlo —afirma Hubert, con gran seriedad—. Por el bien del país. Nixon es un fullero.

—¿Cómo lo sabías entonces? —pregunta el alcalde Herridge, mezclando los tiempos.

—¿Cómo lo sé ahora? —le corrige Hubert—. Lyndon y yo no nos limitamos a quedarnos en la Casa Blanca cantándonos uno a otro «Llor al Jefe». Hemos lanzado a la CÍA tras de Nixon.

Naturalmente, él ha lanzado al FBI tras de nosotros. J. Edgar Hoover es hombre de Nixon. A propósito, está sosteniendo relaciones con Betty Grable. Me refiero a Hoover.

—Creía que Hoover era marica.

—Lo es —confirma Hubert, irritado—, pero eso no significa que no pueda ponerse barba de vez en cuando. Clyde Tolson, su amiguito, está que se sube por las paredes. ¿Sabes una cosa? Voy a poner fin a la guerra de Vietnam —añade Hubert—. Tarde o temprano, lo haré. Es una promesa.

—Magnífico —le alaba el alcalde Herridge que, en realidad, en 1968 era ardiente partidario de la guerra, ya que era demasiado viejo para combatir en ella.

Ahora, naturalmente, la ve como la tragedia que fue, la causa de toda la inflación y el paro, por no hablar de las tasas de interés más altas desde la guerra civil. La ciudad de Duluth no ha podido lanzar una emisión de bonos desde hace cinco años.

A continuación, el alcalde Herridge coge el toro por los cuernos.

—Bueno, vayamos al grano, Hubert. ¿Qué hay de la nave espacial?

—¿De qué estás hablando? —pregunta Hubert, dejando sobre la mesa la última encuesta Gallup, pero no antes de que el alcalde Herridge perciba una taimada expresión en el habitualmente cándido rostro.

—Ya sabes a qué me refiero.

—¿Me estás tomando el pelo? Por unos momentos parecías igual que Lyndon. Está chiflado, ya sabes. Lyndon cree que está siendo envenenado secretamente, y por eso es por lo que le crecen los pies.

«Quizá —piensa el alcalde Herridge—, sea una buena idea, después de todo, tener toda una tanda de presidentes como tenemos ahora, en lugar de sólo uno cada vez, que podría resultar ser un granuja o un chiflado, o, incluso, ambas cosas al mismo tiempo.»

—¿Le están creciendo realmente los pies?

—Bueno, él cree que sí. Y ese zapatero de Austin dice que Lyndon necesita un número mayor que antes. Diablos, quizás está siendo envenenado por los comunistas. O por J. Edgar Hoover. Después de todo, se cargaron a Kennedy.

—¿Quién mató a Kennedy?

—¿A cuál? —Hubert trata de despistar al alcalde Herridge.

—A cualquiera de los dos.

—Un asesino loco y solitario. En ambos casos —se apresura a responder Hubert—. Bueno, ¿y qué hay de la nave espacial?

—¿O sea que admites que estamos dentro de una nave espacial?

Esto constituye un avance para el alcalde Herridge.

—Estoy en el avión de mi campaña electoral, como puedes ver perfectamente. Pero tengo una oferta que hacerte...

En ese momento, el avión entero empieza a retemblar y a tambalearse de un lado a otro. Hubert Humphrey y el alcalde Herridge se ven zarandeados por el compartimiento como dados dentro de un cubilete, porque éste es el momento exacto en que el capitán Eddie levanta la nave espacial de la orilla del lago para llevarla al pantano de los bosques de Duluth. Pero ni Hubert ni el alcalde Herridge pueden saberlo. Sólo saben que se ha desatado el infierno sobre ellos.

LV

Beryl, marquesa de Skye, coge el cargado mosquete y apunta con él al salteador de caminos que galopa a la izquierda de su carruaje, lanzado a toda velocidad hacia París. El cochero quiere rendirse, pero Beryl se niega.

—Antes, morir —dice—. ¡Por el emperador!

El cochero murmura un juramento en francés y continúa dando latigazos a sus caballos mientras dos salteadores de caminos galopan a ambos lados del carruaje, sin dejar de gritar:

—¡Alto, o disparamos!

Pero poco conocen el temple de la espía y amante del emperador. Aunque el traqueteo del carruaje le sacude violentamente el brazo, Beryl es una excelente tiradora. Apunta. Dispara. Suena un grito, y uno de los dos salteadores muerde el polvo. Beryl se vuelve rápidamente al otro lado del carruaje, al tiempo que recarga su mosquete, empuja la bala con una larga baqueta y coloca la pólvora blanca en la cazoleta. Rosemary es una piojosa novelista, piensa Beryl, irritada por tener que hacer todo esto con un mosquete del siglo XVIII, habiendo revólveres perfectamente utilizables en el período de la Regencia, pero Rosemary es demasiado perezosa para pulsar de nuevo el viejo procesador de palabras y extraer una de las gemas de Georgette Heyer a fin de obtener la necesaria verosimilitud. Afortunadamente, Beryl no es la clase de personaje que se deje confundir por un simple salteador de caminos, y mucho menos por un argumento de Klein Kantor. Beryl es ahora

plenamente consciente de que es —o era— Beryl Hoover, porque Rosemary escribió esta entrega de *Duque bribón* después de la muerte de Beryl en *Duluth*. Aunque Rosemary sabe que la que tomó como Beryl en *Condesa Mara* era otra persona distinta, no se da cuenta todavía de que Beryl Hoover acaba de emerger en medio de *Duque bribón*. En primer lugar, Rosemary está manejando demasiado de prisa el viejo procesador de palabras como para prestar atención a esa clase de detalles. En segundo, a Rosemary le desagrada el hecho de que Clive haya decidido vivir, no en la Ciudad del Creciente, sino en Duluth, con Chloris Craig. Aunque es probable que Beryl acabe encontrándose en un montón de basura a manos de Rosemary, se siente agradecida por esta última oportunidad de ayudar a su hijo Clive, que se halla en mortal peligro. «La cuestión es —piensa, apuntando con su mosquete por la ventanilla—, cómo conseguir llegar hasta él, en *Duluth*.»

Beryl dispara por segunda vez.

—¡Toma eso! —grita.

El segundo salteador cae al suelo, al par que lanza un terrible grito. El cochero exclama:

—¡Sois una gran tiradora, Milady!

—¡Cierra el pico y sigue conduciendo! —Beryl no admite alabanzas de ningún criado, sea o no de la Regencia.

Amanece ya cuando llegan a las Tullerías. Las nubes son sonrosadas. La hierba es verde. En el aire falta un delicioso aroma de *croissants*, señal infalible, piensa Beryl mientras se dirige a la puerta principal del palacio, de que Rosemary, que está a régimen, se halla hambrienta. El chambelán recibe a Beryl con una profunda reverencia. La conoce desde tiempo atrás.

—Bienvenida al palacio del emperador de todos los franceses, Milady.

—Llévame hasta él.

—No está aquí, Milady. Acaba de salir para Moscú.

—¿Cuánto tiempo estará ausente?

—No lo dijo, Milady.

—¿Un fin de semana de trabajo?

—Eso creo, Milady.

—Comprendo.

Beryl está reflexionando. Luego, escribe en clave —para Clive— el siguiente número: 757-804-936.

—Entrega esto a Monsieur Talleyrand, el ministro de Asuntos Exteriores, a veces llamado *el Zorro de Europa*. El sabrá lo que significa.

—Sus deseos son órdenes para mí, Milady.

LVI

Pensativamente, Clive deja a un lado el ejemplar de *Redbook* en que ha estado leyendo, sin mucho placer, la última entrega de *Duque bribón*, de Rosemary Klein Kantor. Sabe que Beryl, marquesa de Skye, es su difunta madre. Pero hasta ahora había estado completamente seguro de que ella no tenía ni idea de que él la estaba leyendo. Ahora comprende que ella está enterada, porque le envía un mensaje. ¿Pruebas? El prefijo telefónico para el distrito de Duluth es el 757.

Clive marca el número que Beryl le ha dado al chambelán para que se lo entregue a Talleyrand, el *Zorro de Europa*. Contesta Pablo al teléfono, desde la sala de juntas situada en lo alto de la Torre McKinley.

—¿Quién es?

La voz de Pablo suena un poco borrosa, a consecuencia de todas las margaritas que ha estado bebiendo.

—Soy Clive Hoover. ¿Quién es usted?

—¿El marica? —Pablo ríe.

—Perdone —replica altivamente Clive—. Por el acento, debe usted de ser mexicano.

—Eh, ¿no estaba usted aquí cuando tomamos la sala de juntas? —Pablo se está serenando rápidamente.

—Sí. Pero escapé. Que es más de lo que usted va ha hacer. Diga a Mr. Craig que se ponga al aparato. ¡Y de prisa!

—¡Clive! Cielos, muchacho, es un placer oír tu voz.

Bellamy, en efecto, parece alegrarse de oír la voz de su rival.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Bueno, todo el mundo está viendo *El último destello del crepúsculo*, excepto yo. Yo la vi en el canal Z.

—Yo también. No podía creer que un presidente soltara semejantes tacos delante de altos funcionarios gubernamentales.

Clive trata de ganar tiempo. ¿*Por qué* quiere Beryl que hable con Bellamy?

—Bueno, las cintas de Nixon sugieren que a veces algunos de los presidentes pueden decir cosas así.

—De todas maneras, a mí me pareció de muy mal gusto. ¿Le gusta a Chloris la película?

—Creo que sí. La razón de que me alegre tu llamada es que no hemos conseguido establecer contacto con nadie. En la Comisaría de Policía no hay nadie dotado de autoridad, mientras que mi línea

audiovisual especial con la Casa Blanca está ocupada. El presidente viejo lleva más de dos horas hablando acerca de cómo eran las cosas cuando él trabajaba de actor en Hollywood.

—¿Ha contado ya la historia de Ida Lupino?

—Nos negamos a escuchar. De todos modos, ahora que tienes el número secreto de la sala de juntas, ponte, por favor, en contacto con el jefe de Policía y dile que me llame para poder llegar a un acuerdo con nuestros secuestradores.

—Está bien, Bellamy. Lo haré. Un beso muy fuerte a Chloris.

—Eres un encanto, Clive.

Un poco desconcertado, Clive cuelga el teléfono. Luego, llama a la Comisaría de Policía, pero no hay allí nadie que sepa dónde está el capitán Eddie. Así que, vestido todavía con ropa de montar, Clive sale de su elegante apartamento, sube a su «Porsche» y se dirige a Garfield Heights, al vestíbulo de la «Torre McKinley», donde, sin duda, el capitán Eddie se halla todavía al frente de las operaciones. El capitán Eddie queda encantado al recibir de Clive el número secreto del teléfono de la sala de juntas.

—Pero, ¿cómo has conseguido el número telefónico más secreto de Duluth, que sólo conocen un puñado de iniciados?

—Mi madre, Beryl —contesta Clive, con un centelleo en los ojos— me lo dejó. En su testamento, podríamos decir.

LVII

Las negociaciones han estado desarrollándose a lo largo de cinco días. El dinero no es problema. El gran problema es la marcha de Pablo y los rehenes hacia un destino todavía no especificado. El presidente de los Estados Unidos que tiene a su cargo el terrorismo —no el encargado de la televisión ni el gordo, sino el calvo— se muestra inflexible. En el programa matutino ha dicho ya a David Hartman: «Nunca permitiremos que una banda de terroristas internacionales, dirigida por el Kremlin, abandone la nación más grande del mundo con trece de los más destacados ciudadanos de Duluth, la Venecia de Minnesota.»

—Pero —dice Mr. Hartman— los terroristas aztecas, como se llaman a sí mismos, son mexicanos, no rusos...

—Son instrumentos de Moscú, Dave. Están siendo utilizados. Pero

no dejaremos que nos utilicen a nosotros.

—¿Y si matan a los rehenes, señor presidente encargado del terrorismo?

—Naturalmente, revisaremos nuestras opciones cuando eso suceda.

La línea adoptada era realmente dura y no cayó nada bien en la sala de juntas.

Con sólo un pequeño cuarto de baño, los cuarenta y seis ocupantes no son precisamente un modelo de aseo. Por supuesto, se les ha estado enviando comida con regularidad. Tacos y judías negras para los terroristas, *foie gras des Landes*, *terrinerie de canard*, *chien mange chien* para los muy importantes personajes. Rastus está agotado de atender las peticiones de bebidas.

Pablo está fuera de sí a consecuencia de los nervios. Se encuentra en una posición difícil, y lo sabe.

—¿Qué podemos hacer ahora, gringo? —pregunta a Bellamy mientras ven en el *Noticiero de las seis* la repetición de lo que el presidente ha dicho en el programa matutino.

Bellamy frunce el ceño. Tampoco su situación es nada fácil. Pero es Chloris la que, literalmente, anda de cabeza, haciendo yoga.

—Sólo podemos hacer una cosa. Ejercer presión sobre ese presidente concreto.

—¿Cómo?

Pablo ha oído antes todo esto.

—Sería largo de explicar. Póngame con el jefe de Policía.

—Sí, señor —replica Pablo, súbitamente cortés.

Cuando el capitán Eddie se pone al otro lado del teléfono, Bellamy dice:

—¡Debe usted establecer contacto con el *Dandy*!

—¡El *Dandy*! ¿Está bromeando? —exclama el capitán Eddie—. Nadie establece contacto con el *Dandy*. Nadie sabe siquiera quién es. Es una leyenda. Un mito. Un fantasma. Un fuego fatuo.

—Lo sé —dice Bellamy—. No se sulfure. Pero es el único hombre que puede forzar a este presidente a cambiar de opinión. Porque es el único hombre que conoce todos los detalles de Onice.

—¿De qué?

—Onice. O-n-i-c-e. Eso es todo lo que necesita saber, capitán Eddie. Y es todo lo que necesita decirle al *Dandy*, quienquiera que sea. Diga sólo la palabra «ónice». Y, luego, añada que Bellamy Craig II quiere que ese avión salga en el plazo de veinticuatro horas.

—Haré lo que pueda, señor —responde el capitán Eddie.

Wayne Alexander está sentado en la silla que se encuentra junto a

la mesa del capitán Eddie. Mientras el capitán Eddie habla con Bellamy, Wayne se fija en que la chincheta roja está clavada en los bosques de Duluth. Frunciendo el ceño, el capitán Eddie cuelga.

—Oiga, jefe, ¿es ésa la nave espacial desaparecida? —Wayne señala la chincheta roja.

—¿Qué? Oh, no. Sólo coloqué ahí la chincheta roja por ponerla en alguna parte. La nave espacial ha desaparecido realmente.

—¿Tiene alguna declaración que hacer sobre el alcalde Herridge?

—Era mi adversario. Pero era un digno adversario. Era un estadista de los que sólo surgen una o dos veces en el transcurso de una década...

—No tan de prisa.

Wayne nunca ha aprendido taquigrafía. El capitán Eddie descuelga el teléfono.

—Llame a la teniente Darlene Ecks. Homicidios.

—¿Qué cree que hacía en la nave espacial el difunto Hubert H. Humphrey?

—Como el senador Humphrey..., Dios lo tenga en su gloria, lleva ya varios años muerto, lo que vimos era alguien que se *parece* a él. No tengo otras especulaciones que hacer.

Chico Jones entra en el despacho.

—Darlene viene hacia aquí, jefe.

—Muy bien. ¿Cómo están los *barrios*?

—Todavía en llamas, jefe. De hecho, ahora es más un holocausto que una conflagración.

—¿Es confidencial eso? —pregunta Wayne.

—No. Puede publicarlo —le autoriza el capitán Eddie—. ¿Ha confesado ya?

—No, jefe. Pero se está derrumbando.

—Se refieren a Bill Toomey, ¿verdad?

Wayne es astuto. También él ha sido objeto de una demanda por diez millones de dólares por parte de Rosemary Klein Kantor. Afortunadamente para él, cuando Rosemary demandó por plagio a los autores de *Hiroshima mon amour*, se descubrió en el curso de sus declaraciones previas al juicio que nunca había estado en Japón, y mucho menos en Hiroshima cuando fue lanzada la bomba atómica. Cuando su pretensión fue desestimada por el tribunal, Rosemary aseguró haber obtenido una victoria moral, porque «existe el Japón de la Mente, y ésa es la única verdad». Rosemary salió del paso con eso. Pero luego, a lo largo de los años, cuantas más mentiras cuenta Rosemary, más sube su cotización en la Bolsa de la celebridad. No en vano es el modelo vivo de todos los escritores americanos, así como la procesadora distinguida en el

anuario de los procesadores de palabras.

—Sí, hemos cogido a Bill Toomey. El dirigía toda la operación, con el fin de destruir al DPD.

—Pero, ¿por qué?

—Para...

Pero el capitán Eddie sabe que la primera regla de la política es no atacar nunca a un adversario si resulta que está en el interior de una nave espacial.... sobre todo en una nave espacial que uno mismo ha cambiado de sitio.

—No estamos seguros. Pero sabemos que ha estado trabajando estrechamente con el FBI, la CIA, la DIA, el DEA y todos los demás. El capitán Eddie tiene una súbita inspiración.

—También es posible que el presidente..., ¿cómo se llama?, el encargado del terrorismo..., haya querido desestabilizar Duluth. Si eso es lo que quería, ha fracasado. Los *barrios* están ardiendo, pero se hallan bajo control. Mientras tanto, el jefe de los terroristas aztecas se halla atrapado en la «Torre McKinley».

Darlene aparece ahora en la puerta. Lleva peluca pelirroja y gafas oscuras. Como los dobles de Darlene han inflamado los *barrios*, todo el mundo ha convenido en que Darlene no debe parecer Darlene hasta que las cosas se hayan calmado un poco.

—Caballeros, discúlpennos, por favor.

Wayne y *Chico* salen. Wayne está excitado. Por fin tiene un buen reportaje.

Darlene se sienta en la silla que hay junto a la mesa del capitán Eddie. Rompe a llorar. Siempre llora hacia esta hora. El capitán Eddie la consuela. Luego, dice:

—Tengo una misión para ti, Darlene. Pero es una misión que requiere arrestos. E imaginación. Y valentía.

Darlene se enjuga los ojos.

—Yo soy tu hombre, jefe.

—Buena chica. ¿Has oído hablar del *Dandy*?

Darlene abre los ojos de par en par.

—¿Quién no?

—Vas a actuar secretamente, Darlene. Vas a desvanecerte. Quiero que lleves una peluca negra y ahuecada. Eso significa que tendrás que aplicarte una base de maquillaje más oscura. Vestido de De la Renta. Lunar Ilona Massey.

Pero Darlene no parece tan complacida como debiera.

—Nadie que haya intentado detener al *Dandy* ha vuelto jamás con vida —dice.

Básicamente, Darlene desea ser madre primero, y cadáver después. Esta temporada, la muerte ocupa un lugar muy bajo en su

lista de prioridades.

—Por eso es por lo que te envío a *ti*. No nos proponemos prenderle, ni mucho menos. Tenemos que hacerle llegar un mensaje. Dicen que le gustan las mujeres hermosas. Bueno, pues ésa es Darlene Ecks.

LVIII

Al final de Gilder Road, flanqueada de burdeles, cerca de Lincoln Groves y en una mansión seudovictoriana diez veces mayor del tamaño normal, se halla uno de los más grandes casinos de juego del mundo. Los jugadores del mundo entero lo conocen como «Rancho *El Dandy*». Pero nadie sabe quién ni *qué* es el anónimo *Dandy*. El primitivo socio comanditario del *Dandy*, Bellamy Craig II, aportó el dinero inicial para la empresa durante los años de Nixon, cuando todo valía en Duluth, pero Bellamy jamás ha estado con el *Dandy*. Bellamy siempre trataba con él a través de un intermediario, generalmente el servicio contestador del *Dandy*.

Poco después de Año Nuevo, Beryl Hoover compró la participación de Bellamy en el casino. Aunque Bellamy no quería vender, el *Dandy* le dijo que no tenía más opción que cumplir las condiciones de Beryl. Cuando el *Dandy* quiere que se haga algo, se hace. En Duluth, ésa es una ley que nadie sueña en quebrantar. Así que Bellamy Craig II vendió a Beryl su participación, sin conocer siquiera su identidad. El servicio contestador se encargó de toda la transacción.

Se dice que el *Dandy* remunera generosamente al alcalde Herridge, al capitán Eddie y al jefe de bomberos. Aunque todo el mundo sabe que el casino es una trampa mortal en caso de incendio, los inspectores del servicio de bomberos otorgan una vez al año su visto bueno al edificio. El *Dandy* está implicado también en la política nacional. En época de elecciones, se envían aquí, allá y a todas partes grandes cajas de dinero del Comité de Acción Política. Es un autentico poder, no hay duda, piensa Darlene, mientras cruza el vestíbulo principal del Rancho.

A derecha e izquierda, mujeres de edad madura, muchas de ellas Hijas de la Revolución Americana de visita en la ciudad, juegan en las dos filas de máquinas tragaperras. Los empleados del Rancho

visten ropas de cowboy, un recuerdo de la primitiva importancia de Duluth como avanzadilla fronteriza y centro ganadero. Darlene — increíblemente hermosa como morena— avanza lánguidamente a través del vestíbulo en dirección a la sala de ferrocarril. Aquí, adinerados jugadores del mundo entero llevan trajes de etiqueta y vestidos de noche. Centellean fabulosas joyas. Filas de condecoraciones en miniatura adornan la solapa de este o aquel noble extranjero. Cuando Darlene entra, todos los ojos se posan en ella. El vestido de baile de De la Renta es la envidia de todas las mujeres, mientras que su contenido despierta las pasiones de todos los auténticos hombres presentes en la sala, de los que hay unos cuantos ejemplares. Darlene ha recordado también, por una vez, ponerse su diafragma, aunque apenas si importa ya.

Darlene se acerca a la mesa. Un vaquero le lleva el obligado vaso de «Dom Perignon». Bebiendo con delicadeza —y cuidadosamente, porque las burbujas siempre le cosquillean en la nariz—, Darlene hace su apuesta.

Darlene ignora que el espejo de dorado marco rococó situado delante de ella no es —para quien esté al otro lado del cristal— un espejo, sino una ventana a través de la cual un par de fríos ojos observan con atención todos sus movimientos.

Darlene gana unos centavos. Luego, pasa a la sala interior, donde se juega a lo grande. Se hacen apuestas sobre la población de Hong-Kong. La hora exacta de llegada del tren de Nueva Orleans. El resultado de un lanzamiento de varillas chinas. Darlene irradia belleza y misterio. Produce una gran impresión en la sala, que está diseñada de modo que semeje el interior de una carreta, salvo que todas las sillas están tapizadas de terciopelo rojo.

Un cowboy de cierta edad —un importante empleado, quizás incluso el gerente— se acerca a ella.

—Buenas noches, señorita.

En el «*Rancho El Dandy*» es norma de la casa no pronunciar nombres hasta que llega el momento de firmar un cheque o transferir una hipoteca.

—Buenas noches. —Darlene sonríe misteriosamente.

—¿Desea algo especial?

—Sí.

—¿Qué?

El maduro cowboy se sobresalta.

—El *Dandy* —susurra ella en voz baja.

—¿Habla en serio?

—Sí.

—Nadie ve al *Dandy*.

—Yo debo verle. Tengo un mensaje para él. De Bellamy Craig II.

El maduro cowboy se está poniendo nervioso.

—Ni siquiera sé si está en el establecimiento. Va y viene..., como una sombra, dicen. Nunca le he visto. Pero comprobaré si está disponible el socio comanditario.

—¿El que compró la participación de Mr. Craig?

—Ya he hablado demasiado, señorita. Espere aquí.

El maduro cowboy sale de la dorada carreta. Darlene toma un sorbo de su champaña. Hasta el momento, está disfrutando con esta misión.

Momentos después, se aproximan a Darlene dos cowboys negros de aspecto vulgar. Está empezando ahora a disfrutar con esta misión más de lo que había esperado. Por lo pronto, no piensa en otra violación, ya que ello podría resultar malo para el niño.

Pero, en la medida en que esté en las mentes de los dos cowboys negros, la violación ha sido sublimada. Aun así, Darlene no puede por menos de advertir que ambos se sienten en extremo atraídos por su espléndida belleza rubia..., morena en este caso.

—Por aquí —dice uno.

Con un cowboy negro a cada lado, Darlene se dirige hacia el fondo de la carreta, erguida la cabeza, como si caminara al patíbulo. «¿Es éste el último metro?», se pregunta, un poco frenética. Como, siguiendo las órdenes del capitán Eddie, no lleva ningún arma, se siente desnuda, indefensa.

Uno de los cowboys negros abre una puerta y le hace seña de que entre. Con el corazón palpitándole con fuerza, Darlene penetra en una amplia estancia débilmente iluminada, amueblada en Art Decó con numerosos obras de arte en cristal de Lalique sobre pedestales y mesitas de café. Los cowboys negros cierran la puerta tras ella... y echan la llave. Está sola. No hay ni rastro del *Dandy* ni del socio comanditario.

Al ir acostumbrándose sus ojos a la penumbra de la estancia Art Decó, Darlene se fija en el lado posterior del espejo rococó. Se dirige hacia él y mira a la sala de ferrocarril. Ya había oído hablar de esta clase de espejos. En la escuela superior de Duluth, el director de la sección de gimnasia —un hombre— había hecho instalar uno en las duchas de las chicas. Había sido detenido y acusado de degeneración.

—Buenas noches —dice a su espalda una educada voz masculina.

Darlene levanta un pie. Luego, se vuelve. Un joven vestido con una curiosa especie de atuendo militar se halla en pie ante una mesa de laca negra sobre la que reposa una amplia taza de Lalique, en el interior de la cual flota una solitaria camelia roja. Tiene un gusto

exquisito, no puede por menos de pensar, aunque su propia vida quizá corra peligro.

—¿A quién tengo el honor de saludar en mi *sanctasanctórum*?

—Soy... Oh, ¿qué importa? Señor..., no he oído bien el nombre.

—No lo he dicho. ¿Señorita...?

—Darlene Ecks. Usted debe de ser... ¿el socio comanditario?

—¿Champaña? —pregunta el socio comanditario, reconociendo, en cierto modo, que es quien ella piensa que es.

—No tengo inconveniente. —Si se lo propone, Darlene puede ser tan refinada como la dama más importante de Garfield Heights.

El socio comanditario sirve dos copas del burbujeante líquido. Brindan en silencio. El se siente impresionado por su fingida despreocupación.

—Y ahora —dice él—, al grano. Ha dicho usted al gerente que desea ver al *Dandy*. ¿Por qué?

—Se trata de los rehenes que se encuentran en la sala de juntas de «KDLM-TV». Ya conoce su difícil situación.

El elegante socio comanditario asiente con la cabeza.

—Según el *Noticiario de las seis*, uno de los presidentes se ha negado a permitir que ningún avión los lleve fuera de los Estados Unidos. A ese presidente le gusta jugar al tira y afloja.

—Mr. Craig... ¿Conoce a Bellamy...?

—Sí. Sí. Le conozco. Es uno de los cautivos.

—En otro tiempo, fue el socio comanditario del *Dandy*.

—Hasta que se vio obligado a venderme a mí su participación. Como consecuencia, el «Rancho *El Dandy*» es ahora un conglomerado. Oh, no tan grande como la «ITT»..., todavía. Pero nuestra actividad se desarrolla en un ámbito *mundial*, Miss Ecks. ¿Puedo llamarle Darlene?

—Se lo ruego. ¿Y cómo debo llamarle yo?

Pero el socio comanditario está demasiado ocupado hablando de sí mismo como para dar su nombre.

—¿Sabe? El *Dandy* y yo hemos empezado a diversificar nuestra actividad. Poseemos minas de carbón. Lechos marinos. Establecimientos de limpieza. Acabamos de formular una oferta para comprar la «Fiat», en Italia. Tenemos grandes ideas. Somos grandes. Darlene, yo veo todo un mundo..., el Globo entero, en realidad, en mis manos..., en nuestras manos, debería decir.

—¿Las mías también? —Darlene sonrío para demostrar que habla en serio.

—No, las suyas, no. Las del *Dandy* y las mías. —Se le forman unas arruguitas en las comisuras de los ojos.

—Bueno, le deseo que tenga suerte, se lo deseo de veras, en sus...

aventuras. Y, ahora, respecto a la ayuda del *Dandy* a los rehenes...

—¿Por qué habría de ayudarles ?

Darlene decide lanzarse.

—Ónice —dice, con voz fuerte.

—¿Y eso qué significa? —pregunta el socio comanditario.

—El *Dandy* lo sabrá. Mr. Craig dice que, si el *Dandy* oye esa palabra, signifique lo que signifique, alguna especie de nombre en clave, supongo, el presidente en cuestión dejará que el avión salga de los Estados Unidos.

—Comprendo.

Durante un largo momento, ambos se estudian mutuamente. Luego, Darlene dice:

—¿Es alguna clase de uniforme lo que lleva usted? Es terriblemente atractivo. Como los que lleva la Policía Montada del Canadá, sólo que no es rojo.

—No, no. Es sólo mi traje de montar. Lo siento. No he tenido tiempo de cambiarme.

—Es curioso. Nunca había visto un traje de montar. Había oído hablar, naturalmente.

«Es dominante», piensa ella. Rostro bronceado. Ojos azules e intensos. Manos pequeñas y débiles.

—Dios, es usted una hermosa mujer, Darlene —dice Clive..., sí, Clive Hoover es el socio comanditario del *Dandy*, y lo ha sido desde que Beryl pasó a *Duque bribón*.

Durante los años de Nixon, Beryl hizo una fortuna —la historia de la herencia de Mr. Hoover no era más que una tapadera— en una cadena de salones de masaje, tiendas de libros para adultos y dispensarios de drogas duras de Oklahoma.

Desde que le cambió la voz —a los veintiún años, un poco tarde—, Clive había trabajado para su madre, un genio de los negocios. Pero cuando, un día, Beryl anunció de pronto, en su suntuosa casa de Tulsa, que era el momento de que se trasladasen a Duluth, Clive se sintió atemorizado.

—Duluth es la gran ocasión, madre —le recordó.

—Estamos preparados —contestó ella.

Luego, le habló del *Dandy*. Su sueño era aliarse con este fuego fatuo. Sabía que el *Dandy* no estaba satisfecho con la asociación de Bellamy Craig II. Estaba ahora dispuesta no sólo a comprar la participación de Craig, sino también a hacer intervenir al *Dandy* en algunas de sus propias operaciones, a fin de endulzar la fusión. Fue así como Beryl Hoover, disfrazada de acomodada arribista social, llegó a Duluth, visitó el «*Rancho El Dandy*» y compró la participación de Bellamy a través del servicio contestador. Luego,

poco después de su primera y única entrevista con el propio *Dandy*, murió con Edna Herridge en un ventisquero. Clive le sucedió entonces como socio comanditario.

El día siguiente al funeral de Beryl, Clive juró hacer realidad el sueño de su madre. Presentándose como un ocioso *playboy*, Clive se introdujo en el círculo más íntimo del círculo interior de Duluth, que es, literalmente, la cama circular de Chloris. En el proceso, Clive ha conseguido engañar a Bellamy, que en cien páginas jamás sospecharía que esta mariposa social con la que juguetea su mujer es el implacable hijo de la implacable mujer que le reemplazó como socio comanditario del *Dandy*. Clive es ahora uno de los criminales más importantes de los Estados Unidos, lo que quiere decir del mundo. Sin embargo, ni siquiera Clive sabe quién es el *Dandy*.

El vestido de baile de De la Renta se halla ahora revuelto en el suelo con las viriles ropas de montar, mientras en el sofá dos espléndidos cuerpos juveniles se unen en varios puntos húmedos y ardientes. Darlene se siente impresionada por la impetuosidad y el ardor de Clive. Este se siente tan anonadado por su lustrosa carne que se prosterna, reverente, ante el altar del sonrosado triángulo. «En conjunto —piensa Darlene—, esto es mucho más satisfactorio que el estupro, exceptuando siempre aquellas dos horas —fuera del tiempo ya, fuera de la vista— en el "Lunar Bar".»

Mientras yacen el uno en brazos del otro, aplacadas por un momento las saciadas pasiones, Clive murmura al oído de Darlene:

—Te adoro.

—Yo también te adoro. Quienquiera que seas.

Aun en el acceso de la pasión, Darlene sigue siendo la policía siempre alerta. Debe descubrir su nombre.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —insinúa Clive—. ¿Una cosa muy, *muy* personal?

—Lo que quieras, amado mío.

Darlene se desliza de pronto a la entrega de *Duque bribón* que ha estado leyendo en el penúltimo *Redbook*. Por un momento, está de nuevo en la villa campestre del príncipe regente. Está haciendo el amor con Lord O'Berners, cuando su implacable enemiga Beryl, marquesa de Skye, abre de pronto la puerta del dormitorio. ¡Si al menos pudiera saber Darlene que su Némesis en *Duque bribón* fue en otro tiempo la madre de Clive en *Duluth*...

—¿Por qué llevas peluca? —pregunta Clive—. No estás calva, ¿verdad?

—¡Oh, eres un... estúpido! —de ordinario, el lenguaje de Darlene habría sido más duro—. Sólo quería ser morena. Para ti. Y Darlene se quita de un tirón la peluca.

—¡Rubia! —exclama Clive, con satisfacción.

En realidad, el disfraz de Darlene es característico del capitán Eddie, a quien le encanta la complicación de detalles por sí misma. Si el capitán Eddie hubiera reflexionado un poco en el asunto, habría comprendido que el socio comanditario no podía haber visto nunca antes a Darlene, ni Darlene podía haberle visto antes a él, quienquiera que fuese. En cuanto al *Dandy*, es sumamente improbable que conociera a una oscura teniente de Homicidios, rubia o morena, ya que los círculos sociales de Duluth son concéntricos, no contiguos.

—Ahora, querido —dice Darlene, empezando a arreglarse—, tienes que llevarme hasta el *Dandy*. Porque debo salvar a esos rehenes.

Clive experimenta sentimientos contradictorios con respecto a los rehenes. Naturalmente, no quiere que Chloris sufra ningún daño, pero los demás —incluido Bellamy— son, en la opinión un tanto puritana de Clive, meros parásitos sociales. A veces, después de una actuación realmente brillante como el gastado *playboy* que es, Clive Hoover se siente literalmente enfermo, y sólo la aspiración de media docena de gramos de cocaína puede sacarle de su depresión.

El *Dandy*, a quien Clive no ha visto nunca, suele llamarle jocosamente a sus espaldas *el hombre de la nariz de cristal*. En realidad, a Clive ha empezado a preocuparle el hecho de que la enorme nariz, semejante a una patata aplastada, con que la Madre Naturaleza le ha obsequiado, como si sospechara desde el principio los usos a que habría de aplicarla, está comenzando a mostrar signos interiores de deterioro. «Necesitará usted una reestructuración interna total —diagnosticó el doctor Mengers, destacado otorrinolaringólogo y confidente de la *crème de la crème* de Duluth— si continúa aspirando a su actual ritmo.»

Clive se dirige, desnudo, al teléfono. Darlene admira sus sonrosadas nalgas. Clive marca un número en su sistema de teclas, ignorante de que, por la música de las cifras que va pulsando, Darlene puede saber el número al que llama. Darlene tiene una memoria auditiva perfecta. Darlene es lo mejor, dice siempre el capitán Eddie, de lo mejor de Duluth.

—Soy yo —murmura Clive—. Escucha, hay un problema. ¿Qué significa «ónice»? —Clive frunce el ceño—. ¿El servicio contestador? Bueno, ¿dónde está? Comprendo. ¿Qué? ¿Tú sabes lo que significa «ónice»? Bueno, dímelo. Después de todo, soy el socio comanditario.

Darlene no puede oír lo que el servicio contestador está diciendo al otro extremo del hilo telefónico, pero, sea lo que fuere, los ojos se le

van desorbitando a Clive. Finalmente, lanza un silbido.

—¿El *Dandy* pagó realmente a ese presidente? ¿Pero tiene pruebas? El presidente ¿qué? ¿Firmó un recibo?

Clive está encantado. Darlene está extasiada. ¡Misión cumplida! La única nota discordante en lo que, por lo demás, ha sido una sinfonía nocturna perfecta, es el desgarrón producido en el hombro de su vestido de baile de De la Renta. «La pasión —piensa—, suele ser incompatible con la tela.»

LIX

A la mañana siguiente, al amanecer, Pablo y sus terroristas aztecas suben a un gran autobús escolar con los rehenes y con un baúl lleno de dinero y, luego, escoltados por la patrulla motociclista del capitán Eddie, se lanzan a ciento sesenta kilómetros por hora a lo largo de la McKinley Avenue.

Pablo dice a Calderón:

—¡Esto es viajar, muchacho!

Calderón asiente, con gusto sombrío. Ha decidido que tendrá que prescindir definitivamente de su *membrum virile*. Aún no se ha atrevido a decírselo a Carmencita. En las películas, las mujeres siempre se muestran compasivas cuando un hombre pierde los cojones o el *membrum*, pero esto no es una película y, las mujeres de las películas son gringas que no pueden apreciar debidamente los oscuros dioses cuyo emblema es la serpiente emplumada. Calderón está ahora pensando seriamente en reunirse con su padre en el sacerdocio, en Guadalajara.

Chloris se va sintiendo mejor. Le han llevado una maleta de hermosos vestidos y tiene un aspecto seductor, piensa Bellamy. Se pregunta si habrá en el avión algún rincón apartado en que pueda ver cómo resulta hacerlo después de todos estos años de matrimonio abierto.

El avión les está esperando en el aeropuerto internacional de Duluth. Secuestradores y secuestrados se apresuran a subir a bordo. Pablo concede una última entrevista al equipo de «KDLM-TV».

—Vamos a la libertad —manifiesta Pablo a Leo Lookaloney—. Vamos a un lugar en que es respetada la revolución del Tercer

Mundo. Vamos adonde es enaltecida y glorificada la verdadera revolución mexicana, que yo represento.

—Supongo, señor —dice respetuosamente Leo—, que la ciudad a la que se dirigen estará en un país que es hostil a los Estados Unidos.

—En efecto. Ya hemos tomado las disposiciones necesarias.

—Bien, señor, ahora la pregunta de los 64.000 pesos. ¿Cuál es? ¿La Habana o Moscú?

—Bonn, Alemania Occidental.

Pablo se escabulle escaleras arriba hasta la puerta del aparato, donde se detiene, levanta un puño y grita a los periodistas que permanecen abajo.

—*Auf Wiedersehen, Amerika!*

LX

Cuando el avión de la campaña presidencial de Hubert H. Humphrey deja finalmente de retemblar y bambolearse, Hubert está muy pálido y el alcalde Herridge se siente de nuevo mareado. Se hallan tendidos, uno al lado del otro, en el suelo del compartimiento privado de Hubert, cubierto de ejemplares de la encuesta Gallup.

—Ha debido de ser una bomba —opina Hubert, poniéndose trabajosamente en pie.

—¿Quién? —El alcalde Herridge apenas si puede hablar.

—Nixon. ¿Quién, si no? Estoy alcanzándole en las encuestas. Hubert rebusca en el revoltijo de papeles que hay a sus pies y coge un informe de la Central de Gallup.

—¡California! —Hubert vuelve a ser el feliz guerrero del folklore americano—. Voy a arrebatárselo California. ¿Qué puede hacer ya para detenerme? Nada. Excepto...

Los agentes del Servicio Secreto han entrado en el compartimiento para ver si el candidato se encuentra bien... y para sacarle del avión. *Pero* Hubert es ahora el feliz guerrero, y ésa es la forma en que se comporta cuando el Servicio Secreto les acompaña a él y al alcalde Herridge a la parte central del avión, que parece como si hubiera sufrido los efectos de un tornado.

Hubert saca el borrador de un discurso del bolsillo y dice:

—Será mejor que salga y haga mi número.

Saluda por la ventanilla a una numerosa multitud de duluthianos, la mayoría de ellos muertos ya, piensa sombríamente el alcalde Herridge.

Se abre la puerta. Una banda interpreta *Han vuelto los días felices*. Luego, Hubert dice:

—La política de alegría... Eso es todo.

El interior del avión se llena de lo que parece una nube de humo gris.

—¡Fuego! —grita el alcalde Herridge, lanzándose hacia la puerta.

Pero no hay puerta. De hecho, no hay nada contra lo que lanzarse. Ni siquiera hay humo..., sólo un omnipresente color gris. Hubert, y los agentes del Servicio Secreto, y los periodistas, y el interior del avión, y el exterior del viejo aeropuerto de Duluth, han desaparecido.

El alcalde Herridge se halla ahora en el centro de... un espacio. Esa es la única palabra que se le ocurre para designar el lugar en que está. No ve ni paredes, ni techo, ni suelo..., sólo color gris, débilmente luminoso. Luego, se le acerca una pequeña figura. Suena, fantasmalmente, una música electrónica.

La figura es humanoide... con una calva cabeza, cuyo tamaño es la tercera parte de todo el cuerpo. El alcalde Herridge no ha visto *Encuentros en la tercera fase*, pero ha visto suficiente publicidad de esa película seminal como para saber que este visitante del espacio exterior semeja el más espectacular de todos los efectos especiales de un excelente filme *auteur*.

—Bien venido a nuestra nave espacial, alcalde Herridge.

La voz es suave e increíblemente sesuda.

—¿Dónde está el..., el senador Humphrey? Somos..., bueno, éramos, viejos amigos.

—Temo que esa proyección no era enteramente satisfactoria. Así que la hemos disuelto.

—¿Quiere decir que todo era un... ?

El vocabulario del alcalde Herridge no es, en el mejor de los momentos, rico en nombres, ni mucho menos conceptos, abstractos. Ahora, naturalmente, es el peor de los momentos para él.

—Todo ha sido una reconstrucción. En realidad, la encontramos en su cabeza. Por eso, pensamos que se sentiría más a gusto con un viejo amigo en una situación familiar. Hasta que era demasiado tarde, no hemos descubierto que su encantador y viejo amigo no es ya lo que era.

—¿Dónde está?

El alcalde Herridge es luterano, pero se muestra abierto a casi

cualquier noticia sobre la otra vida, cualquiera que sea su fuente.

—En otra parte. Pero siempre igual. —El hombrecillo dirige una sonrisa al alcalde Herridge.

—Bien venido a Duluth, la Venecia de Minnesota —empieza el alcalde Herridge.

—Sí, sí. Ya lo ha dicho antes. Le hemos oído.

—¿Dónde estaban?

—Eramos todas esas personas que estaban a bordo del avión del senador Humphrey.

Por un instante, se hace de nuevo visible el interior del «707», y el alcalde Herridge está hablando con el joven y famoso periodista Murray Kempton. Luego, todas las cosas familiares y humanas se desvanecen, y se ve sumergido otra vez en la niebla gris con el pequeño humanoide extraterrestre.

—Es un truco estupendo.

—¿Sí?

—¿Qué podemos hacer para que su estancia en Duluth sea más agradable? Tenemos un campeonato de béisbol. Está luego la sinfonía. Y en el Centro Municipal, José Ferrer protagoniza una reposición de *El hombre de La Mancha*. Tenemos también el teatro-restaurante más antiguo de los Estados Unidos, creación de Mrs. Bellamy Craig I, ahora totalmente paralizada. Y, si les gusta el juego, que es un poco ilegal, pero probablemente podré arreglarles la entrada en el «Rancho Casino *El Dandy*»...

—Por favor. Por favor. —La pequeña criatura levanta una garra—. El caso es que no podemos abandonar la nave sin llevar incómodos trajes espaciales. No somos de esta tierra —ríe «terrenalmente».

—¿Les gustaría que les pusiera en contacto con el obispo O'Malley? Es muy espiritual. En lo que va de año ha recaudado veinte millones de dólares sólo con el bingo.

—¿Para qué?

—¿Para qué?

—¿En qué gastará esos... *dólares*?

—Oh, en buenas obras, ya sabe.

En realidad, es la primera vez que el alcalde Herridge se ha detenido a pensar a dónde va todo el dinero que constantemente está recaudando O'Malley. No es como si el obispo estuviera casado y tuviese una ristra de chiquillos como el cardenal como se llame.

—Amigo mío, sólo le deseamos cosas buenas a usted y a su planeta.

—Gracias. Muchas gracias. No. Lo digo en serio.

—Pero —y una suave y espectral música suena como en un

segundo plano— hemos visto las llamas en los *barrios*.

—Oh, sólo son inmigrantes ilegales. No hay por qué preocuparse. De veras. Duluth sigue siendo un lugar estupendo en el que invertir. En el que vivir. En el que hacer lo que a uno le guste.

—Es lamentable que no puedan ustedes vivir en paz entre sí, como nosotros.

—Supongo que ustedes pertenecen a una civilización superior.

—Ah, sí. Después de todo, nosotros estamos aquí. Y, ciertamente, ustedes no están allí.

—¿Y dónde está ese allí?

—Eso no le importa a usted un carajo, maldito soplaculos —declara suavemente el hombrecillo.

—Comprendo —replica el alcalde Herridge, un poco sorprendido ante este brusco cambio de tono.

—Pueden ustedes vivir en paz, con sólo que lo intenten. —El hombrecillo se muestra ahora muy sensato y comedido—. Vuelvan la vista hacia lo más íntimo de su ser. Ahí encontrarán la verdadera paz. Encontrarán compasión hacia todos los seres vivos. Encontrarán esa armonía final que es el Universo.

—Bueno, ciertamente, lo intentaré. Y es una promesa. Ahora, será mejor que me dé prisa en volver a Duluth para difundir su... su mensaje.

—Sí. Hágalo.

—Supongo que sabrá cómo se abre la puerta.

—Sí. Pero, desgraciadamente, hemos sido desplazados de la orilla del lago por un tal capitán Eddie.

—¿Cómo?

—Es un oscuro principio local, incluso parroquial, llamado falso corolario de Pynchon. Rara vez funciona fuera de un laboratorio literario universitario, en el que quizás estemos. El caso es que nos encontramos parcialmente sumergidos en un encantador pantano en el corazón de los bosques de Duluth.

—¡Yo me ocuparé de ese bastardo! —El alcalde Herridge está realmente furioso.

—Siempre podemos movernos a otro lugar, pero, por el momento, estamos completamente a gusto en este pantano. Es casi como estar en casa.

El hombrecillo emite un curioso sonido —todo aliento—, se oye un entrechocar de metales y un confuso rebullir, y luego, se abre el costado de la nave espacial, que se llena de unos dos palmos de agua fangosa.

—¡Vaya! —exclama el alcalde Herridge, mirando al pantano, que ofrece un aspecto bastante repugnante, como casi todos los

pantanos, con puntiagudos juncos, mocasines acuáticos, ranas y Dios sabe qué más en el amarillo fango de lo que, después de todo, es un extraordinario macrocosmos de vida insectil, o, al menos, eso aseguran los entomófilos—. Voy a tener que pasar vadeando.

Cucarachas, arañas, ciempiés —y cosas peores— empiezan a converger sobre la nave espacial.

—Recuerde mis palabras —recomienda el extraterrestre.

—Paz interior. Sí. Armonía final. Sí. —Al alcalde Herridge no le agrada el aspecto de los insectos.

—Esa es la clave. Luego, una vez que, con la ayuda de las vibraciones de nuestra nave, haya alcanzado usted esta armonía, una vez que se extingan los incendios de los *barrios*, volveremos a hablar con usted y le expondremos nuestro Plan de Inversión Total.

—Su ¿qué? —El alcalde Herridge teme que no ha oído algo o que ha entendido mal algo.

—Amaos unos a otros —aconseja el hombrecillo, y ahora, justo detrás de él, en la niebla gris del interior, el alcalde Herridge puede ver varias docenas de hombrecillos, idénticos todos al que ha estado hablando con él.

—Amaos unos a otros —cantan al unísono, agitando en el aire sus diminutas manos a los sonidos de una música ultraterrena—. Ayudaos unos a otros —canturrean.

—Relacionaos —dice el único a quien ha llegado a conocer.

—Lo haré. Lo haré. Muchas gracias. Eso es realmente importante. Y se lo dire al obispo O' Malley...

El alcalde Herridge sale de la nave espacial y se hunde en el fango hasta la barbilla. Por suerte, los insectos se alejan apresuradamente de él.

—¡Mierda! —exclama Su Señoría, mientras la puerta de la nave espacial se cierra con el mismo sonido que hacen los anillos de Saturno.

LXI

Agosto es el mes de las fiestas de regreso al hogar de Duluth, las más importantes, socialmente, a las cuales pertenece la agradable recepción que se está celebrando en el club «El Eucalipto» en honor de los Bellamy Craig II.

Consideradas todas las cosas, tanto Bellamy como Chloris han

disfrutado con su secuestro, al tiempo que su matrimonio, aunque en absoluto completamente cerrado, es ahora mucho menos abierto, como consecuencia de la felicidad que ambos experimentaron durante una semana en Roma —precedida por una única noche incómoda en Bonn—, donde pudieron asistir a la exhibición de la nueva línea de vestidos de noche de Valentino.

En la recepción del club «El Eucalipto», Clive es como un héroe para los ex rehenes, porque fue él quien, como por arte de magia, encontró el número de teléfono secreto de la sala de juntas.

—Fuiste maravilloso —dice Chloris, una personificación de la perfecta felicidad en su vestido de tarde de La Standa.

—Tienes razón, Chloris.

Clive es modesto. Y se siente desconcertado. Está enamorado de Darlene, que se ha desvanecido de su vida. Después de aquel único encuentro en el «Rancho *El Dandy*», nada. No puede encontrarla en ninguna parte. Va vestido de pies a cabeza por Armani.

—Sí —dice Bellamy—, hiciste un gran trabajo. No creo que estuviésemos aquí hoy si no me hubieras puesto en contacto con el capitán Eddie.

—Era lo más que podía hacer —replica Clive, con la nariz como un glaciar. Le regocija el hecho de saber lo de «ónice» delante del confiado Bellamy, que aún cree que él es sólo un *playboy* en traje de Armani con accesorios Dunhill.

—A propósito —dice Chloris—, tengo entendido que ese viejo presidente que no quería dejarnos el avión para ir a Bonn ha acabado dimitiendo.

—No estoy al tanto de la política —responde Clive—. A mí me atraen las cosas palpables. Telas raras. Joyas. Piedras semipreciosas. Jaspe. Adularía. Ónice.

Bellamy frunce el ceño cuando oye la palabra «ónice», pero luego piensa que se trata de una mera coincidencia. En su libro, Clive sigue siendo un botarate.

LXII

La reunión del alcalde de Duluth con los suyos tuvo lugar, naturalmente, en el *Noticiario de las seis*, el espacio entero de

setenta y dos segundos; luego, a medianoche, Su Señoría dispuso de las cuatro horas completas en el *Rod Spencer Show*.

—Creo que deberíamos estarles agradecidos a estos... seres superiores procedentes de alguna otra parte por mostrarnos la forma de amarnos unos a otros. Cómo, mirando en el interior de nosotros mismos, podemos ver la armonía básica existente en todas las cosas. Es un gran mensaje, amigos.

—¿Pero son católicos? —pregunta el obispo O' Malley...; esto ocurre en el *Rod Spencer Show*, en el que el obispo es participante habitual.

—Bueno, no sabría decirle, Eminencia.

El alcalde Herridge se muestra cauteloso. Como es luterano, el grueso de su apoyo en Duluth procede de los trabajadores manuales católicos.

—Deberías habérselo preguntado, hijo.

—Bueno, lo haré en mi próxima visita a su nave espacial.

—¿Cuándo será eso, Señoría? —pregunta Rod Spencer, que aún sigue recolectando fama por su entrevista con Pablo momentos antes de la captura de rehenes.

—Dijeron que me llamarán cuando la paz sea restaurada en los *barrios* y haya amor en los corazones de todos los hombres.

—¿Estás seguro de que no son mormones o algo raro?

El obispo O' Malley no puede soportar otras religiones, y su abierto fanatismo llena todos los domingos hasta los topes la catedral de Duluth.

—Bueno, es posible. Ninguno de ellos fumaba ni bebía, por lo que pude ver. Eso es propio de mormones.

—Bien, siempre podemos enviarlos a Salt Lake City —termina el obispo O' Malley, con una carcajada.

La fiesta de esa noche para dar la bienvenida al alcalde era exactamente lo que el médico recomendaba para un político que buscaba la reelección. Algo deslucida por la llegada del capitán Eddie y la mitad de la patrulla antidisturbios del DPD al cuartelillo de bomberos, que han tomado los seguidores del alcalde Herridge.

—Me alegra que esté sano y salvo. —El capitán Eddie estrecha la mano del alcalde para el omnipresente equipo de «KDLM-TV».

—A duras penas conseguí cruzar ese pantano en el que usted nos puso.

—¿Cómo es eso? —ríe el capitán Eddie, sin soltar prenda.

Comienza luego el baile, y el alcalde Herridge sostiene en sus brazos a Mrs. Alcalde Herridge, y, mientras bailan a los sonos de *Tus ojos son los ojos de una mujer enamorada*, la canción a cuyos sonos la cortejó, hay lágrimas en todos los ojos. Todo el mundo

conoce el ardor y la madurez de su relación, la salud esencial de esta familia modelo, incluidos los tres pequeños, de los cuales sólo uno, toda una marca en Duluth, se ha aficionado a la metadona.

LXIII

La fiesta de bienvenida en honor de Pablo y Calderón es clandestina, pero no por eso menos alegre. Los *barrios* están casi por completo reducidos a brasas y cenizas, pero han sido levantadas nuevas chabolas y el salón de baile «Daridere» funciona de nuevo, pese al intenso olor a humo.

Pablo es el héroe de los *barrios*. Muchachas de ojos oscuros coquetean con él desde detrás de sus abanicos. Experimenta una gran sensación de poder. Los oscuros dioses de la sangre rebullen de nuevo en su interior, y su serpiente emplumada se está reavivando, aunque el vello pubiano parece tardar una eternidad en volver a crecer.

Calderón se ha recuperado también, pero no anima a Carmencita a que mire demasiado de cerca su desplumada serpiente. No obstante, se siente aliviado por el hecho de no tener que irse con su padre al seminario jesuita.

Mientras las castañuelas hacen taconear todos los pies, Pablo contempla, pensativamente, las ruinas de los *barrios*.

—¿Qué piensas? —pregunta Calderón.

—Estoy pensando en que, ahora que tenemos dinero, puedo comprarles a bajo precio los *barrios* a los gringos. Como ya han cobrado el seguro, venderán barato.

—¿Y luego?

—Los reconstruimos. Una comunidad modelo. Con una explanada. Luces de colores. Una Virgen que se ilumine.

—Eres un soñador, jefe.

Aunque se ha contagiado de la pasión de Pablo por ayudar a su pueblo, Calderón se siente obligado a señalar que todo esto va contra su propio sentido del tomismo-darvinismo.

—No puedes hacer por otros lo que ellos no quieren hacer por sí mismos.

—Pero lo harán, Calderón, conmigo para guiarles. Antes no teníamos dinero. Ahora, sí. Y lo repartiré. Todo.

—*Mi parte*, no —replica ásperamente Calderón—, ni hablar.

—¿Todavía quieres volver a México para introducir allí la decadencia? —Pablo se siente decepcionado por la defección de Calderón.

—Eso —dice irritadamente Calderón— es como llevar niños a Yucatán.

—Tú tienes tu sueño. Yo tengo el mío —dice Pablo, reflexionando en el cálido aire de agosto, un líder solitario, a solas con sus pensamientos..., sus sueños de un mundo mejor en el que podrá mutilar a placer a la teniente Darlene Ecks. Al pensar en ello, la serpiente emplumada despierta y rebulle. Los oscuros dioses están de nuevo a los mandos.

Aunque disfrutó enormemente en su sesión con el socio comanditario, Darlene no está dispuesta a repetir. Después de todo, se encuentra en el sexto mes de embarazo y cada día se está sintiendo más maternal. No sólo tiene accesos diarios de llanto, sino que, cuando empieza a preguntarse quién podrá ser el padre del pequeño desconocido que lleva en su interior, rompe en violentos sollozos.

En las ajetreadas semanas siguientes al regreso de los rehenes y a la simultánea reaparición del alcalde Herridge de la nave espacial, Darlene no ha tenido mucho tiempo para sí misma. En primer lugar, se vio obligada a pasarse cuatro días en el tribunal, comparándose con las dobles de Darlene del FBI. Al principio, no hizo ningún progreso, hasta que el capitán Eddie, perdiendo su habitual calma, exclamó:

—¡Por amor de Dios, quítate esa peluca negra!

Ha tomado la costumbre de llevar la peluca casi a todas partes.

Cuando se quita la peluca en el tribunal, se extiende un murmullo. Verdaderamente, ella es la auténtica Darlene, y queda claro que las otras han sido maquilladas para parecerse a ella, a fin de inflamar a los *barrios contra* el DPD.

—¿Por qué? —pregunta el juez.

Pero Bill Toomey se limita a reír entre dientes.

Cuando, el cuarto día, el juez le amenaza con procesarle por desobediencia al tribunal, así como por incitación a disturbios y violación, el abogado de Bill Toomey se levanta y entrega un sobre al juez. Cuando lee el contenido del sobre, el juez enrojece.

—Caso desestimado —sentencia.

Bill Toomey y los veinticuatro agentes gubernamentales parecidos a Darlene salen en triunfo del tribunal.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta Darlene, volviéndose hacia el capitán Eddie.

El jefe está de muy mal humor.

—¿Te acuerdas del presidente encargado de terrorismo, el que dimitió? Bien, pues les dio a Bill Toomey y a los otros agentes una amnistía general antes de pasar a la penitenciaría federal de Lewisburg, donde está próximo a ser amnistiado por uno de los otros presidentes, el delgado.

—Pero eso es... ilegal —masculla Darlene.

No obstante, es una verdadera policía y sabe que la palabra ilegal no significa nada en Duluth, donde sólo reinan la ley y el orden.

LXIV

En la Sala Camelia del «Duluth Hyatt», se está celebrando la comida anual de homenaje al libro y al autor. Preside Wayne Alexander. A su izquierda se halla sentada Rosemary Klein Kantor..., se trata de una situación muy delicada a causa del proceso por difamación, pero hasta el momento ambos se han desenvuelto airoosamente. Wayne trató de retirarle la invitación, pero Rosemary no ha faltado jamás a este tipo de comidas celebradas en un radio de mil quinientos kilómetros de la Ciudad del Creciente, y jamás faltara a ellas hasta que los años y la enfermedad se cobren su inevitable presa.

A la izquierda de Craig se sienta Chloris, no en su calidad de Mrs. Bellamy Craig II, sino como «Chloris Craig». Se está comportando muy bien con Wayne porque quiere que le siga escribiendo su vida de Betty Grable. También se muere por saber quién mató realmente a Betty, cosa que él sabe, pero que no le quiere decir... «¡El muy cerdo!», piensa, sonriéndole por encima de la tarta de cerezas.

Las mujeres presentes en la comida se sienten, como siempre, excitadas por el hecho de ver a Rosemary en carne y hueso, y sienten también curiosidad por ver lo que lleva Mrs. Craig, su líder social. Quedan deslumbradas ante su falda plisada de organdí, cuyos ochocientos pliegues habían dejado a Carmencita exhausta y revolucionaria.

—La inspiración —anuncia Rosemary en el curso de sus extensas consideraciones sobre el arte de la verdadera ficción— está por entero en la mente. Yo misma no tengo ni idea de lo que hay aquí —se da unos golpeitos en la frente con una larga uña esmaltada

en rojo— hasta que fluye sobre la página. Ahora estoy trabajando con la próxima entrega de *Duque bribón* para su serialización en *Redbook*, que será seguida por su edición en libro y, luego, los derechos de publicación como *Romance Jumbo*.

Suenan aplausos femeninos en la concurrencia. Todas, como una sola mujer, han estado leyendo con deleite las aventuras de Beryl, marquesa de Skye, en la Inglaterra de la Regencia y en la Francia napoleónica, y se sienten tan frustradas como Beryl al encontrarse con que su amante Napoleón Bonaparte ha partido para Moscú en lo que parecen unas prolongadas vacaciones de trabajo.

—¿Seguirá Beryl a su amado hasta Moscú, en el gélido invierno, con los lobos aullando mientras su samovar se bambolea a través de las heladas extensiones de... la Rusia interior? A decir verdad, no lo sé —continúa Rosemary con un ronco y misterioso susurro—. Pero sé que, cuando finalmente Napoleón y ella vuelvan a estar el uno en brazos del otro, éste será un Napoleón jamás revelado hasta ahora en una ficción verdadera. Imaginen un hombre alto y musculoso, de fulgurantes ojos grisazulados bajo negras cejas...

Sigue mucho más en este estilo, y las mujeres se sienten encantadas —y privilegiadas, al oír por adelantado lo que les espera a ellas y a Beryl en las páginas del próximo número de *Redbook*, cuyos editores se sentirán también aliviados, ya que Rosemary suele entregar muy tarde sus originales, lo cual no facilita su paso a la imprenta por su ignorancia de la ortografía y la gramática. Los argumentos de Rosemary, naturalmente, no surgen de su mente, sino del banco de memoria del procesador de palabras, en el que tiene diez mil novelas a su disposición, al tiempo que rebusca en el viejo procesador, tomando una emocionante escena judicial de Daphne du Maurier o un personaje cómico de las páginas de Edgar Rice o William Burroughs.

—Y, ahora, unos cuantos recuerdos de los primeros tiempos de mi carrera —anuncia Rosemary, con una desafiante mirada a Wayne— Como ya saben, yo estaba en Hiroshima, de agente secreto, cuando cayó la bomba atómica. Quizás algunos de ustedes hayan visto la maravillosa película, en francés, me temo, de mi relación amorosa con aquel japonés. Se titula *Hiroshima mon amour*. De todos modos, gané el Wurlitzer con *Hiroshima línea cero*.

Rosemary lanza una mirada desafiante a Wayne. No importa cómo se pronuncie la palabra Wurlitzer, siempre sale Premio Nobel. No se puede ganar con Klein Kantor, piensa sombríamente Wayne.

Luego, comienza a hablar de Chloris. Habla con una cierta vacilación, pero sinceramente.

—No puedo decirles lo que Betty Grable significa para mí. En la

muerte, está más viva aún de lo que estuvo en vida. Al menos, para los que amamos su imagen en la pantalla. En cuanto a la mujer *fuera* de la pantalla, me propongo contar todo, absolutamente todo, sobre su apasionada relación amorosa con... ¡Herbert Hoover!

Hay una oleada de murmullos entre las mujeres. Esta es realmente información confidencial, de la clase que raramente obtienen los meros lectores.

—No tiene ninguna relación, me apresuro a aclarar, con uno de nuestros líderes sociales procedentes de Tulsa, Mr. Clive Hoover.

«Este nombre —piensa Chloris, perdiendo el hilo—. No ha estado en la cama con Clive desde que volvió de su secuestro. Hay algo en el hecho de ser rehén que cambia a una mujer. Se desarrolla una —piensa reflexivamente Chloris—. Ve el mundo desde una perspectiva diferente. Mira una a lo más íntimo de su corazón...»

De pronto, Chloris se da cuenta de que Wayne le está siseando.

—Di algo, Chloris. Están esperando.

—Oh, lo siento, señoras y caballeros —Chloris despliega su más fascinante sonrisa—. Estaba reviviendo en mi mente lo que era ser lo que yo he sido hasta hace muy poco, algo que muy pocas mujeres, por privilegiada posición social que ocupen, han llegado a ser jamás, un rehén.

Las mujeres escuchan, absortas, mientras Chloris les habla de *El último destello del crepúsculo*, de Pablo, del vuelo a Bonn. De Roma. Las mujeres muestran especial interés por su descripción de la más grande colección de Valentino.

Mientras se sienta, retumbando los aplausos en sus oídos y clavándose en ella las dagas de las miradas de Rosemary, Chloris murmura a Wayne:

—Esta noche despachamos a Betty Grable.

LXV

Pablo está haciendo seguir la acción a las palabras. Envía a visitar a Bellamy Craig II a un cómplice de confianza, Jesús González. Jesús ha sido bien aleccionado por Pablo.

Bellamy Craig II recibe a Jesús en el borde del campo de polo de Garfield Heights. Bellamy acaba de marcar varios tantos y está de un humor excelente mientras, acompañado por Jesús, se dirige a

grandes zancadas hacia el edificio del club de polo. Hay una sensación de frío en el aire otoñal, y Doña Escarcha ha empezado a utilizar su bote de pintura sobre las hojas de los árboles.

Jesús González es un hombre alto vestido con un traje color helado de vainilla. No parece encontrarse cómodo en el bar del club, aunque los aficionados al polo, como gusta de decir Bellamy, no conocen clases ni ocasiones.

—Mr. Craig, soy Jesús González. Mi tarjeta.

Entrega a Bellamy una tarjeta, que Bellamy le devuelve, sin mirarla.

—¿En qué puedo servirle?

Bellamy siempre se muestra cortés con los inferiores. Luego, Bellamy se sienta en una silla de respaldo recto y levanta una bota.

—¡Estira! —ordena.

Jesús intenta sacar la bota, pero Bellamy le indica cómo hacerlo correctamente. Jesús es obligado a volverse de espaldas a Bellamy y ponerse a horcajadas sobre la bota, que agarra firmemente con las dos manos, mientras Bellamy le empuja con fuerza en las nalgas con la otra bota, enviando a Jesús —y a la bota— hasta la mitad de la estancia.

—¡Muy bien!

Bellamy se siente sinceramente complacido con Jesús, que tiene ahora una gran huella de barro, dejada por la bota, en el fondillo de sus pantalones color vainilla.

—Buen chico, Jesús. Quítame ahora la otra...

Y de nuevo Jesús y una bota vuelan a través del bar para regocijo de los demás jugadores de polo.

—Bien, oigamos lo que me tienes que decir. Siéntate, muchacho. Mano a mano.

A Jesús le duelen las nalgas por las dos patadas recibidas, pero sabe que algún día los *barrios* se levantarán de nuevo y él personalmente le cortará los cojones a este bastardo gringo. Por ahora, debe sonreír y aguantarse.

Jesús habla en nombre de Pablo, sólo que Bellamy no sabe que es Pablo, el terrorista azteca, quien ahora quiere comprar lo que queda de los *barrios* con el dinero del rescate del propio Bellamy.

—Cien millones, dices. Eso supone muchos frijoles para vosotros, muchachos.

—Tenemos el dinero, Mr. Craig. Lo que queremos es comprar la mayor extensión que podamos de la zona quemada entre McKinley y Kennedy Avenue, y luego reconstruirla.

—Comprendo. Bien, yo poseo unas cuantas parcelas. Unas ochenta o noventa manzanas. Podría interesarme. Consultaré a mis abogados.

—¿Y los otros propietarios? ¿Venderán?

—¿Por qué no?

Bellamy se siente impresionado por esa cifra, cien millones de dólares. La ha oído antes. Afortunadamente, no suma dos y dos.

—Sugiero que fumes un calumet con el alcalde Herridge. Tiene mucho dinero puesto en los *barrios* —Bellamy mira su reloj—. Estará en su *tipi* ahora. Y está luego el *Dandy*...

—Pero a ése nunca se le puede encontrar —dice Jesús, inadvertidamente tembloroso—. Es un enigma. Un fantasma. Un fuego fatuo...

—Pero le gusta un buen trato. Mantente en contacto, Jesús.

Bellamy despidе con un gesto a Jesús. Cuando él y los otros jugadores de polo ven las marcas de las botas en los pantalones color vainilla de Jesús, comienzan a reír a carcajadas. Jesús jura vengarse de todos ellos.

Pablo felicita a Jesús por el trabajo bien hecho. Están en el sótano del «Daridere», donde Pablo gobierna los *barrios* como un caudillo de antaño.

—Creo que trataré yo mismo con el alcalde Herridge —declara Pablo, abrazando a una ojinegra muchacha sentada en sus rodillas.

—¡Tú! —Jesús está asombrado—. Han puesto precio a tu cabeza. Todo el mundo en Duluth conoce tu cara, por la aparición que hiciste en el *Rod Spencer Show*...

—Y en el *Noticiero de las seis*. En el aeropuerto, ¿recuerdas? —Pablo tiene grabadas todas sus apariciones en televisión. A menudo se las pone a la ojinegra muchacha de su elección—. «*Auf Wiedersehen, Amerika!*» —se cita Pablo a sí mismo con satisfacción—. No, ahora tengo un espeso bigote. Voy peinado de otra manera. Llevo gafas. Nadie me reconocerá. Al fin y al cabo, si ellos nos parecen todos iguales a nosotros, ¿qué crees que les parecemos nosotros a ellos?

—¡Mierda! —exclama Jesús.

—Exactamente —responde Pablo.

LXVI

El alcalde Herridge está teniendo una mala mañana en el Ayuntamiento. Bill Toomey le ha llevado las últimas encuestas, y, aun después de la publicidad que ha encontrado en todos los

medios de comunicación como consecuencia de su regreso de la nave espacial, el capitán Eddie todavía le lleva un once por ciento de ventaja..., y ya es el uno de octubre. Sólo le queda un mes para invertir la situación.

—Si no, ya no tengo nada que hacer en Duluth.

—¡Y después de todo lo que usted ha hecho por esta ciudad!

Bill Toomey adora hasta el mismo suelo que pisa el alcalde Herridge. Nadie sabe por qué, ni siquiera Bill. Es sólo que algunos hombres necesitan alguien cuyo suelo puedan adorar, y el alcalde Herridge le ha proporcionado a Bill ese trozo de tierra especial.

—¿Y si contáramos los votos negros? —medita el alcalde Herridge.

—Nadie lo ha hecho nunca. Así que no sabemos.

—Cierto. Pero si hay una cosa que un negro odia es un jefe de Policía...

—Y si hay otra cosa que un negro odia es un alcalde racista blanco.

—¿Estás tratando de decirme, Bill, que el capitán Eddie y yo vamos a repartirnos el voto negro?

—Más o menos.

—Comprendo.

Suena el interfono de la mesa del alcalde y anuncia:

—Un mexicano quiere verle, Señoría.

—¡No le he dicho...! —empieza el alcalde, presa de una ardiente cólera que ilumina su rostro como si fuera neón.

—Quiere comprar los *barrios*.

—¡Hágalo entrar, cariño!

El tono cálido y afectuoso ha vuelto a la voz del alcalde Herridge. Ni siquiera el obispo O' Malley puede superar el encanto al alcalde Herridge.

Pablo tenía razón. Ni el alcalde Herridge ni Bill Toomey empiezan siquiera a reconocerle, ni aun a mirarle. Mientras Pablo se aproxima a la enorme mesa de madera de teca situada junto a la estatua en mármol, de tamaño doble que el natural, del antepasado de Chloris, el fundador de Duluth, Jean-Pierre Duluth, el famoso *coureur de bois* de Francia, el alcalde Herridge sale de detrás de la mesa para saludar a Pablo.

—Buenos días, señor —dice en español el alcalde Herridge, estrechando la mano de Pablo.

—Mi tarjeta —ofrece Pablo, dándole la tarjeta que Jesús dio a Bellamy, que se la devolvió a Jesús, que se la entregó a Pablo, que la recibe de nuevo del alcalde Herridge, que le conduce a un cómodo sillón de cuero.

Entre la bandera americana y la bandera municipal de Duluth, un amplio ventanal da sobre Lincoln Groves, kilómetros y kilómetros de

cementerio bellamente ornamentado. Mi hermana Edna está ahí, piensa el alcalde Herridge cada vez que mira por la ventana o la ve en *Duluth*, una serie que cada vez le gusta más. Ultimamente, Edna ha estado tan metida en su personaje que no ha tenido mucho contacto con él. Se pregunta distraídamente si habrá tenido alguna aventura con el capitán Eddie. Mrs. Herridge está segura de que sí, años atrás, cuando estaban en la escuela superior. Pero el alcalde Herridge cree que no, sabedor de la trágica tendencia lesbiana de Edna.

Pablo comienza a hablar. Está inspirado. Pasea de un lado a otro del despacho, gesticulando apasionadamente. Describe unos nuevos *barrios*, emergiendo como un ave fénix de las cenizas de los viejos, pero sin chabolas. Los *barrios* estarían hechos de la mejor madera, con tejados de chapa ondulada, de modo que, cuando soplen los monzones de Minnesota, el sonido de la lluvia en los tejados será como millones de castañuelas. Luego, Pablo muestra al alcalde Herridge el balance bancario de la «Luxembourg Holding Company». El alcalde examina las cifras con experta mirada.

—Creo que el chico, quiero decir, el señor González, tiene algo ahí —indica el alcalde a Bill Toomey, que ha estado observando atentamente a Pablo.

El alcalde se vuelve hacia Pablo.

—Creo que quizá podamos llegar a un acuerdo —le dice—. Yo poseo una o dos parcelas. No mucho. Soy un hombre pobre. Pero mi mujer tiene algo más..., como un kilómetro cuadrado o así, justamente frente a Kennedy. ¿Sabe? Cuando le tocó aquella lotería de la iglesia, no vaciló. Es un águila para los negocios. Inmuebles. Radio. La Bolsa.

Es un secreto a voces que el alcalde Herridge ha puesto a nombre de su mujer todo el dinero que ha robado o recibido como soborno. Son ahora una familia muy rica, así como muy cariñosa, más rica —y, ciertamente, más cariñosa— que muchos de los miembros del club «El Eucalipto», que los desprecian por su origen nada distinguido.

—¿Cuándo empezamos? —pregunta Pablo: ¡el sueño, siempre el sueño ante él!

—Cuando hayan pasado estas malditas elecciones.

El alcalde Herridge frunce el ceño. Sabe que dentro de un mes quizá tenga que renunciar a su enorme despacho circular, con el suelo de baldosas y la mesa de teca, las banderas y la estatua del francés Duluth... «¡Oh, los recuerdos!», piensa, mientras se le humedecen los ojos.

Pablo está de nuevo sentado. Bill Toomey está ahora de pie. Se

dirige de puntillas hacia el sillón de Pablo. Aunque sabe que Bill está junto a él, Pablo no lo toma en cuenta, porque tiene los ojos fijos en el alcalde Herridge, el único hombre que puede hacer realidad su sueño.

El alcalde está reflexionando sobre los últimos informes acerca de la elección. De los dos millones de inmigrantes legales e ilegales de los *barrios*, cuarenta y dos mil votaron a su adversario, y mil cien le votaron a él. A diferencia del voto negro, que nadie se ha molestado nunca en contar, el voto mexicano es contado siempre, y es muy pequeño y, generalmente, susceptible a la orientación divina del obispo O' Malley. Como el obispo y el alcalde rara vez coinciden en sus criterios, el voto siempre ha sido contrario al alcalde. Pero ahora...

—Si usted, y sus amigos, pueden atraer los votos de los *barrios*, su sueño se convertirá en realidad. Tendrá el terreno. Incluso le fijaré un precio especial cuando prepare las leyes de compartimentación para usted y los demás. ¿Trato hecho?

—¡Hecho, Señoría!

Bill Toomey está ahora balanceando un reloj de oro, al extremo de una cadena, ante los ojos de Pablo. Este se siente al principio un poco irritado. ¿Le está tentando para que robe el reloj? ¿Por quién le toman estos gringos? Luego, súbitamente, queda hipnotizado.

—¡De pie! —ordena Bill Toomey.

Pablo se levanta, con la boca abierta, desenfocados sus ojos de lustroso amante latino.

—¿Qué diablos...? —empieza Su Señoría.

—Baila la animada tarantella de tu pueblo —ordena Bill Toomey.

Pablo baila como un poseso. Chasqueando los dedos. Balanceándose a un lado y otro.

—Le he hipnotizado —Bill está satisfecho de sí mismo—. En cuanto entré en el despacho, me di cuenta de que era un sujeto natural.

—¿Dónde aprendiste esto, Bill? —El alcalde siempre se sorprende de todas las cosas que Bill Toomey sabe.

—Cuando estuve de permiso en Langley.

—La «Central Intelligence Agency»?

Bill asiente con la cabeza.

—Tienen un curso de hipnotismo, y, si lo supera, puede uno pasar a estudios superiores de autosugestión y asesinato político, que es lo que yo hice.

—¡Vaya, eres un tío extraordinario!

El alcalde está mirando a Pablo, que se mueve por la estancia como un derviche.

—Haz que se pare, ¿quieres? Me está revolviendo el estómago.

—Siéntate, Pablo —dice Bill Toomey, con voz suave. Pablo se sienta, con la camisa empapada de sudor—. Ahora eres un niño de un año.

Pablo se mete el pulgar en la boca y se duerme.

—Ese es un truco estupendo, Bill.

—Bueno, alcalde, sé que la operación de los dobles de Darlene no fue todo lo que habíamos esperado...

—No, Bill, no lo fue.

El alcalde ha intentado apartar de su mente todo el asunto. Ha contado con las informaciones de los medios de comunicación sobre su valentía al entrar en la nave espacial para hacer que los habitantes de Duluth olviden el plan de Bill para desacreditar al DPD, pero no lo han olvidado, porque el capitán Eddie no les deja. Aunque el alcalde no ha sido nunca relacionado directamente con los sucesos —Bill Toomey y el FBI son los culpables oficiales—, se sabe que el alcalde sería el único beneficiado si, debido a la brutalidad policial, los *barrios* se hubieran inflamado, como realmente ocurrió, por lo que él era el único beneficiado a los ojos de todo Duluth.

—Bien, creo que tengo algo que podría dar resultado esta vez, Señoría.

—Soy todo oídos, Bill.

LXVII

Ignorantes de las maquinaciones del alcalde Herridge, el capitán Eddie, *Chico* y Darlene están dedicados a estudiar las últimas encuestas con enorme satisfacción, mientras que el abatimiento parece presidir a quienes lo hacen en el Ayuntamiento.

—Ciertamente, estoy deseando tener ya esa *limusina* —dice el capitán Eddie.

—Pero, seguramente —replica *Chico*, que tiene algo de idealista—, tendrás alguna idea acerca de cuál debe ser el futuro de la zona del Gran Duluth una vez que ocupes tú la Alcaldía.

—¿Qué?

Nadie ha sugerido jamás semejante cosa al capitán Eddie.

Darlene se pone de parte del jefe.

—¡Vamos, *Chico*! —exclama—. Cada cosa a su tiempo. ¿No es ése

nuestro lema en el DPD?

Pasa suavemente los dedos por la oscura pátina color berenjena de la silla de los testigos y añade:

—Cuando el jefe esté en el despacho circular del Ayuntamiento, *entonces* verás zumbar realmente las cosas.

—Exactamente, Darlene.

El capitán Eddie le gusta la forma en que ella siempre saca la cara por él. Abre una carpeta que tiene sobre la mesa.

—Ese teléfono que te aprendiste de memoria..., ya sabes, el lugar desde donde el servicio contestador del *Dandy* hablaba con el socio comanditario aquella noche, en el «Rancho *El Dandy*». Bueno, pues hemos detectado el servicio. «Acme Cleaners».

—¿Cuál? —pregunta Darlene.

El jefe estudia la carpeta.

—El que está situado frente a la McKinley Avenue...

—¡Ese es el que yo utilizo! *Big John* posee esa cadena. ¿No pensarás que él...?

El capitán Eddie asiente con la cabeza.

—Creo que está trabajando con el *Dandy*. Al fin y al cabo, después del juego, el alquiler de coches y lo demás, las drogas son el capítulo más importante en el imperio del *Dandy*. Bien, pues, ¿que mejor socio, o empleado, más bien, se puede tener que *Big John*?

—Detesto la idea de un hombre de color introduciendo droga en los patios de recreo.

Chico no puede soportar el mundo tal como es. Aun así, el capitán Eddie siente verdadera debilidad por *Chico*.

—No te lo tomes tan a pecho, *Chico*. De todas maneras, Darlene, sé que estás interesada en este caso. Así que te voy a trasladar de Homicidios, donde seguro que te echarán terriblemente de menos, a Narcóticos.

—¡Estupendo, jefe!

Darlene está realmente excitada.

LXVIII

Chloris y Wayne no han recommenzado desde el punto en que se interrumpieron, porque, «una vez que una mujer ha sido rehén, no puede, simplemente —piensa Chloris, mientras yacen tendidos uno

al lado del otro en su cama redonda, entre las desordenadas sábanas "Porthault"—, mantener inmodificadas sus relaciones, por profundas... o incluso superficiales que pudieran haber sido».

Por parte de Wayne, ahora que sabe que ha estado poniendo los cuernos al que resulta ser su patrono, el asunto ha perdido mucho de su aliciente. Pero sabe también que en cualquier momento podría perder su empleo por su incapacidad para aprender a usar el procesador de palabras con el que actualmente están siendo escritos todos los relatos del *Blade*, excepto el suyo. Ha decidido que su única esperanza es obtener un gran éxito con el nuevo libro de «Chloris Craig», y luego marcharse de Duluth.

—He oído que *Duque bribón* no le está ganando tantos lectores a *Redbook* como habían esperado.

Chloris se ha vuelto contra Rosemary, que antes fue su ídolo literario, no tanto por el proceso contra Wayne como por su comportamiento en la fiesta que Chloris había dado en honor de Rosemary la primavera anterior.

—No me sorprendería —dice Wayne— que Rosemary no tuviese ya nada que hacer en *Redbook*. La gente está cansada de su vieja fórmula. Sólo sabe hurgar en su procesador de palabras.

Wayne está obsesionado por esta máquina infernal y lo que significará para los «Amigos de Gutenberg».

—Necesita una vieja fórmula *nueva* —dice Chloris, agarrando con aire ausente los túrgidos poderes de Wayne, y comparándolos mentalmente con los de Clive, cuya turgencia no ha tenido en la casa, ni mucho menos en la cama redonda, desde su renacimiento espiritual como rehén.

—He terminado la penúltima parte de tu libro de Betty Grable.

Esto es lo que Chloris desea oír. Se muestra radiante.

—¡Qué alegría! ¿Cuándo lo sabremos?

—¿Quién mató a Betty?

—Sí.

Pero, sin que lo sepan nuestra aristocrática autora y su fiel fantasma, Rosemary Klein Kantor, sentada a su mesa de palo de rosa en el elegante Audubon Park, se halla trabajando en lo que promete ser su más audaz ficción verdadera: *Mis conversaciones secretas con Betty Grable*. «Cosmopolitan» ha hecho una oferta irresistible. Además, para satisfacer la verdadera pasión de Rosemary, aparte del dinero, una composición fotográfica de Betty Grable y Rosemary adornará la portada, dando a todo el mundo la impresión de que las dos mujeres están conversando confidencialmente.

Aunque Rosemary nunca ha hablado realmente con Betty Grable,

estuvo con frecuencia en Hollywood, exactamente en la misma época en que Betty estaba también allí, haciendo sus películas. Lo mejor de todo, en el banco de memoria del procesador de palabras de Rosemary hay colecciones completas de *Silver Screen* y *Photoplay*, así como la *Recopilación de las columnas de Louella Parsons*.

Rosemary puede echar mano de todo ello en su sueño. Finalmente, Rosemary sabe que sólo ella posee la audacia —o el arte— necesaria para recrear una Betty Grable mucho más excitante y plausible que la que podría recrear cualquiera que realmente hubiera llegado a conocer a la pobre y asustada chiquilla, porque *el secreto amor de Betty —y ahora puede decirse, busca Rosemary, y, luego, extrae con una triunfal sonrisa— fue el general Douglas MacArthur, el ex marido de la mujer de Lionel Atwill.*

—Rosemary —me dice Betty, con su voz suave y susurrante. *Estamos sentadas en el elegante restaurante «Romanoff» de Beverly Hills, y el propio príncipe Michael ha tomado nota de nuestro pedido, carne picada para dos. Con un huevo encima para mí, y sin huevo para ella—. ¡Doug actúa como si el mañana no existiera!* |

Poco sospechaba yo que ese día, a muchos kilómetros de distancia a través del Atlántico, estaba teniendo lugar el desembarco de Inchon...

Rosemary nunca ha estado tan excitada como ahora, inventando lo que real y verdaderamente sucedió..., con un poco de Parsons aquí y un párrafo de *Photoplay* allá. Sabe también que derrotará totalmente a «Chloris Craig» y a su fiel fantasma Wayne Alexander.

LXIX

Pablo ha alquilado un despacho en la «Torre McKinley». Jesús trabaja en estrecho contacto con él. Juntos, están comprando trozo a trozo los *barrios*, pero el trozo más grande de todos, el del alcalde Herridge, no será suyo hasta que Pablo haya entregado el voto chicano en favor del alcalde el primer martes de noviembre.

Después del ataque de los dobles de Darlene vestidos con uniformes del DPD, la entrega del voto de los *barrios* no constituye ningún problema. A Pablo le sorprende lo fácil que es. Aunque los

inmigrantes ilegales saben que el alcalde Herridge tuvo algo que ver con el asalto, lo que recuerdan, con rabia, son los uniformes de Policía, los exploratorios dedos rojos, el aplastamiento brutal de callos masculinos. Los clubs del alcalde Herridge están floreciendo como cactus en el Pequeño Yucatán.

En el despacho contiguo al de Pablo, Bill Toomey trabaja en su propio plan para reelegir al alcalde Herridge. Ha desarrollado unas excelentes relaciones con Pablo, quien ha decidido que quizás haya encontrado un gringo en el que se puede confiar. Trabajan juntos, inscribiendo como votantes a los inmigrantes ilegales, lo cual, naturalmente, es ilegal, pero fácil de hacer en Duluth, donde da la casualidad de que el comisario electoral es la anciana madre del alcalde Herridge.

Al final de cada día, Bill Toomey invita a Pablo a pasar a su despacho, los dos solos. «Apoya los pies en alto y relájate, hijo. Aflójate la corbata. Buen chico.» Luego, mientras Pablo reposa, el reloj de oro empieza a oscilar lentamente de un lado a otro. Pablo está ya tan acostumbrado a este truco de Bill, que apenas si repara en él. Pero sí advierte que hay veces en que el tiempo pasa mucho más de prisa de lo que recuerda que debía haber pasado..., especialmente cuando alguna muchacha de ojos negros se queja de que la ha tenido esperando durante más de una hora. «Está claro que has encontrado alguien más interesante que yo», dice, enfurruñada. Por fortuna, el desenroscamiento de la serpiente emplumada apacigua temporalmente la ira. Nunca ha sido Pablo tan potente, nunca ha estado más en contacto con los oscuros dioses de la sangre.

Lo que Pablo no sabe es que, mientras permanece en el despacho de Bill Toomey, completamente hipnotizado, está anotando en un cuaderno de redacción de escuela superior lo que Bill le va dictando.

Bill Toomey se siente complacido de la forma en que se están desarrollando las cosas. Pero es que no en vano obtuvo la puntuación más alta en la clase sobre el efecto comunal de Kozinski en Langley, Virginia, donde la mitad de los clásicos modernos que ahora se enseñan fueron recopilados por un equipo de procesadores de palabras con acceso al banco de memoria más grande formado en la historia literaria —ahora puede decirse la verdad— por Roland Barthes, un topo francés de la CIA ya fallecido... en lo que pareció ser un accidente de tráfico. Otra pluma en el tocado de guerra de jefe indio de Bill Toomey.

LXX

Debido al resentimiento contra Darlene latente en los *barrios*, ella lleva su peluca negra incluso en el distrito de la orilla del lago, cuyos establecimientos públicos frecuenta ahora en busca de *Big John*.

Como siempre, Darlene viste elegantemente —el vestido negro de Hattie Carnegie ha sido remozado para ella—, pero con discreción. No quiere pasar por más violaciones ahora que está en su octavo mes de embarazo. Nunca ha estado tan gorda. Pero a Darlene no le importa. Mientras siente rebullir la nueva vida en su interior, ruega por que pueda encontrar al padre de esa nueva vida, suponiendo que el padre sea quien ella espera.

Pero *Big John* no aparece por parte alguna. Ocasionales preguntas formuladas en el distrito negro —o de color, como lo llama *Chico*— sólo obtienen como respuesta inexpresivas miradas. Nadie sabe nada. Nadie habla con esta misteriosa y un poco gorda mujer blanca, de peluca negra y vestido de Hattie Carnegie.

Esbeltas negras de elegantes vestidos ríen entre dientes mientras Darlene recorre el distrito buscando a su hombre.

—Está buscando a su hombre —dice una a otra.

—Se la ha dado buena —dice la otra.

—¡Sí, hace unos ocho meses que se la dio! —ríen ambas, regocijadas por lo que uno de los suyos le ha hecho a Darlene.

La mujer es mujer, cualquiera que sea su color o su *status* económico. La mujer siempre sabe.

Darlene baja a la sedosa arena de la playa. Aunque están a mediados de octubre, la noche es cálida y brilla una enorme luna dorada sobre las palmeras. De las numerosas estaciones de Duluth, la que más le gusta a Darlene es el veranillo indio. «Hay incluso —le dice su sensitiva nariz—, un olor a pimienta en el aire. ¡Qué alegres y naturales son estas gentes!», piensa Darlene, escuchando el golpeteo de tambores que difunden los transistores, las risas de las parejas enlazadas entre las dunas, el cascabeleo mortal en las adelfas.

Darlene camina, descalza, por la arena, exultante en el cálido terciopelo de la noche y con la pistola preparada, ya que ésta es una parte peligrosa de la ciudad.

Delante de ella, hay un yate amarrado a un muelle de madera. Es la clase de yate frecuentemente utilizada para transportar heroína desde la Ciudad del Creciente, a lo largo del río Colorado hasta el lago Erie y, luego, a Canadá. Con lánguido veranillo indio o no,

Darlene continúa siendo policía, destinada ahora en Narcóticos, la patrulla de élite del DPD.

Con sus pequeños zapatos en la mano y de puntillas, Darlene se sitúa tras una palmera que está apenas a un metro de la proa del yate. Dos hombres se hallan sentados en él en unas sillas de cubierta. Pese a la dorada luna que brilla en el cielo, está bastante oscuro.

Darlene se esfuerza por oír su conversación.

Uno dice:

—El mercado está bien para la nieve.

El otro replica:

—Luego, introducimos el residuo de ángeles. Haremos un lanzamiento especial para niños.

Darlene empieza a temblar. «Nieve» es la palabra de los aficionados para designar a la cocaína, mientras que el «residuo de ángeles» sólo puede ser «polvo de ángel», la más terrible, la más adictiva de todas las drogas, y la más popular entre los niños de Duluth.

Darlene saca su revólver. Cogerá a estas dos ratas vivas o muertas. Desearía haberse acordado de traer su *walkie-talkie*, así como el coche de Policía camuflado, con su compañero. Darlene siempre ha mostrado tendencia a olvidarse de las cosas, como efecto de su afición a soñar despierta. Aun así, puede entendérselas perfectamente con un par de confiados traficantes de drogas, suponiendo que sólo sean ellos dos.

Cuando Darlene asoma la cabeza por un lado del tronco de la palmera, un poderoso brazo se enrosca en torno a su garganta como una boa constrictor de acero. Se le corta el aliento. Intenta pedir socorro. Está muda. Intenta respirar. Se asfixia. Empieza a desmayarse. Luego, una pistola se hunde en su espalda y es empujada, descalza, a bordo del yate. Por fortuna la peluca no se le ha torcido, y el vestido negro está sólo ligeramente arrugado. Un fornido rufián mulato la ha capturado.

—Mirad lo que he encontrado escuchando detrás de esa palmera — dice el rufián mulato.

Los dos hombres permanecen sentados. Ahora que está cerca de ellos, puede distinguir sus facciones a la luz de la luna.

—¡Dios mío!

Se le doblan las rodillas a Darlene.

—¡Darlene!

Clive se pone en pie de un salto y la coge antes de que caiga.

—Ven —dice a su compañero—. Echame una mano, *Big John*.

LXXI

El alcalde Herridge está también a bordo de una embarcación, no un yate, sino un simple bote de remos. Ha recibido una llamada urgente de la nave espacial. Su rostro permanece sombrío mientras dos policías impulsan el bote a través del pantano, infestado de insectos, hacia la nave espacial, cuya redonda puerta se halla abierta. «Si no fuese por las malditas elecciones—piensa el alcalde—, haría que el Departamento de Defensa se hiciera cargo de esto, porque desde el primer momento ha sido problema federal, no municipal.» Pero, cuando el alcalde probó con aquel número de Washington, el viejo presidente de la Televisión salió inmediatamente en antena y dijo: «Como saben, estamos devolviendo todo a los Estados y las capitales y las pequeñas ciudades como..., bueno, como ésa en la que yo crecí. Y bien agradable que era, ya lo creo. Oh, éramos ricos, desde luego. Pero no lo sabíamos. Que es lo que hizo grande a América. Y eso es lo que volverá a hacer grande a América. Porque os estamos quitando de encima el Gobierno. Eso significa que, a partir de ahora, cada ciudad puede acuñar su propia moneda y tener su propio ejército, marina, aduanas..., incluso programa espacial, si quiere. Como tienen en Duluth. ¡El cielo es el límite! Porque de un momento a otro vamos a cerrar Washington. Oh, y a propósito, ahora puedo revelar que Disney nos ha hecho una oferta muy atractiva por toda la ciudad de Washington. De hecho, nos encontramos actualmente en negociaciones para venderla. ¡Imaginen! Otra Disneylandia aquí mismo, a orillas del Merrimac... o como se llame ese río. Recuerdo que Walt me decía..., hace años, claro, antes de que muriese ese gran americano, que las diversiones para la *familia* son fuente de enormes ganancias. Era un soñador, creíamos. Pero tenía razón. Miren *Un sabio en las nubes*. El sabía que la familia es el secreto de la grandeza de nuestra sociedad judeocristiana..., musulmana... y cienciológica también, amenazada por el monolítico comunismo ateo. Bueno, le dije a Walt, entonces ¿cómo explicas las enormes ganancias de *El último tango en París*? Yo no la he visto, naturalmente. Pero no necesito ver una película pornográfica para poder definir una. Y Walt dijo...» Y así sucesivamente.

«El viejo presidente tiene que largarse», dice para sus adentros el alcalde Herridge. Acto seguido, salta del bote y se mete en el interior de la nave espacial, que, gracias a Dios, está ahora por encima del nivel de la marisma, por lo que no se ve obligado a

vadear entre el amarillento fango.

Dentro de la nave espacial, todo es gris e intimidante. «¿Ha cambiado algo? —se pregunta—. Y, si ha cambiado, ¿cómo puede darse cuenta un alcalde?» Luego, el humanoide de la cabeza descomunal se adelanta a saludarle.

—Bien venido. Bien venido, querido amigo.

—Bien venido a Duluth —replica automáticamente el alcalde Herridge.

—¿Ha escrutado dentro de sí mismo? ¿Ha encontrado esa armonía básica que está en todas las cosas?

Comienza la fantasmal música.

—Bueno, he estado trabajando sobre ello, sí. Pero, ¿sabe?, el mes que viene hay elecciones, y...

—Nosotros le daremos aliento.

—Oh, gracias. Pero creía que ya se habrían ido para entonces.

La pequeña criatura le mira, tristemente.

—Me temo que no. Ha ocurrido... un accidente.

—¿De qué clase?

—No lo sabemos aún. Como ve, hemos podido elevar la nave espacial al mismo nivel que el pantano..., un pantano muy atractivo, por cierto. Nos gusta una barbaridad.

—Pues a nosotros no. ¿Y qué ha ocurrido realmente?

—La nave espacial... se ha estropeado, supongo que diría usted.

—¿Quiere decir que se han quedado atascados aquí? ¿En un año de *elecciones*?

El alcalde Herridge se habría desplomado en una silla, pero ocurre que no hay ni un solo mueble en todo lo que puede ver de la nave a través de la niebla gris.

—Bueno, no de manera permanente. Hemos llamado a casa, y nos mandan una nave de reparaciones...

—¿O sea que dentro de una o dos semanas se marcharán?

—Bueno, sí. Es decir, una de nuestras semanas. Aunque para ustedes una de nuestras semanas será... —su interlocutor parpadea dos veces—. Mil doce años. En números redondos.

—¡Cristo!

—Sé que es un fastidio para ustedes tenernos aquí, echando a perder el panorama de su maravilloso pantano, que es un macrocosmos de formas de vida superior...

—No, no. Es un placer, naturalmente...

—Por eso —le interrumpe el extraterrestre—, pensé que podríamos convertir la nave en una especie de parque de atracciones.

—¿Quiere decir hacer que la gente *pague* por venir aquí y echar un vistazo alrededor?

—Sí. Naturalmente, nosotros venderíamos los boletos y expediríamos las licencias, pero la ciudad también se beneficiaría con los turistas que acudirían aquí de todas partes de su planeta. Se llenaría todo de hoteles, moteles, cafeterías...

—Parece buena idea —reflexiona cautelosamente el alcalde—. Desde luego, tendré que llevar a cabo una reordenación del pantano, pero eso no costará demasiado. Por otra parte —el alcalde pasea la vista por la nada gris que le rodea—, no tienen ustedes mucho que ofrecer realmente. Quiero decir que no hay mucho que ver... o hacer aquí. Con toda esta niebla. No me interprete mal. No voy contra la niebla. Ni contra su mensaje, que es reconfortante, sólo que...

El extraterrestre da unas palmadas con sus diminutas manos. El alcalde Herridge no puede dar crédito a sus ojos. La película *2001 Una odisea del espacio*, más *La guerra de las galaxias*, más todas las otras versiones de Hollywood del interior de una nave espacial, no son nada en comparación con lo que tiene delante. Luces parpadeantes. Sonidos maravillosos. Simpáticos robots emitiendo cloqueantes sonidos. Hermosas muchachas con trajes de cuero. Asombrosos monstruos de ciclos vitales verdaderamente extraterrestres. Enormes ventanas de cristal con perspectivas de galaxias jamás vistas por el hombre.

—¿Cómo ha hecho eso?

—¿Cree que su gente pagaría por ver esto?

—¡Pagar! Duluth va a hacer más negocio que las dos Disneylandias juntas. Construiremos nuevos hoteles. Un centro de convenciones...

El alcalde Herridge está fuera de sí a consecuencia de la excitación.

—Naturalmente, nos constituiremos en corporación legal conforme a las leyes del Estado...

—¡No se preocupe! —El alcalde Herridge está hirviendo de codicia— Pero creo que se nos debía permitir a los nativos instalar unos cuantos puestos de tacos, sobre una base de concesión, naturalmente. Y yo mismo le alquilaré a bajo precio los retretes químicos portátiles de la ciudad...

—Discutiremos eso más tarde.

El extraterrestre invita con un gesto al alcalde Herridge a que se siente en lo que parece ser la sala de control de la nave espacial. A través de un curvado cristal, se ven las galaxias describir sus blancas espirales sobre la negra intensidad del multiverso.

—¿Es..., es así realmente como se ven las cosas allá afuera? —El alcalde Herridge está empezando a sentirse mareado. No le va la ciencia-ficción.

—Claro que no. Pero no queremos decepcionar a los clientes. Así

que hemos preparado todo esto especialmente para ustedes.

—Pero, ¿cómo? Quiero decir, ¿cómo hacen todo esto?

—De la misma forma que produjimos y dirigimos al senador Hubert H. Humphrey a bordo del avión de su campaña electoral de 1968.

—Comprendo.

—No. No comprende. Y tampoco importa. Quiero ahora que conozca a algunos de mis colegas.

El asombrado y desconcertado alcalde Herridge es conducido al interior de un exótico invernadero, lleno de plantas que ningún ojo humano ha visto jamás fuera del cine.

Media docena de hombres y mujeres, que semejan dioses y portan extrañas vestiduras, se inclinan en una profunda reverencia ante el alcalde. Este les es presentado por el pequeño extraterrestre, que, de pronto, en un abrir y cerrar de ojos, se convierte en una espléndida belleza de reluciente pelo negro.

—¡Es una mujer! —exclama el alcalde, atónito.

—Para *tí*, sí —replica la fascinante criatura—. Llámame Tricia.

—¡Tricia! ¡Mi nombre favorito de mujer!

El alcalde Herridge se siente ahora seguro de estar soñando. No tiene el menor deseo de despertar. Tricia hace un gesto con la mano: brotan del suelo una mesa de conferencias y varias sillas.

—Tomad asiento —invita Tricia.

Se sientan todos. El alcalde Herridge no ha visto jamás hombres y mujeres de tan extraordinaria belleza, ni siquiera en la televisión.

—Como, probablemente, vamos a permanecer aquí más tiempo que la misma ciudad de Duluth, deseamos invertir sobre todo en bonos a corto plazo —Tricia va derecha al grano—. Igualmente, a los actuales tipos de interés, los certificados mensuales de depósito son atractivos para nosotros, así como los títulos del Tesoro..., a corto plazo, claro. Naturalmente, la cuarta parte de nuestra cartera total será en oro. Un valor tradicional. Las entregas futuras de plata son interesantes, así como las concesiones petrolíferas de Louisiana. Y, por supuesto, la especulación en moneda extranjera será la clave de mi magia financiera. Bien —Tricia frunce el ceño. «Es sencillamente espléndida», piensa el alcalde Herridge—. Como los bienes raíces serán de excepcional valor durante casi todo el primer siglo de nuestra actividad...

—¡Yo puedo venderle todos los *barrios*!. —grita el alcalde Herridge, abandonando a Pablo.

—Trato hecho, Señoría —contesta Tricia. Toma nota en un cuaderno de tapas amarillas—. Comprados todos los *barrios*.

—¿Qué tal un par de Compañías de Préstamos y Ahorros?

—¡Herridge! —exclama Tricia con súbita severidad—. Trate de

hacernos una jugada así, y no habrá más que un enorme agujero en el suelo donde estaba Duluth.

—Sólo estaba bromeando, Tricia. De veras. Quiero decir que esto es un viejo chiste por aquí. ¿Quieres algo tan seguro como la tumba? Invierte en Préstamos y Ahorro. Mira, mi hermana Edna se dedicaba al negocio de fincas...

Pero Tricia está ahora hablando por teléfono con el presidente del «First National Bank» de Duluth, donde se dispone a abrir una cuenta.

—A nombre de... «Visitantes de los Cielos Amigos» —dice.

El alcalde Herridge aplaude este inspirado nombre para el «Parque de Atracciones de la Nave Espacial».

LXXII

Edna ha terminado la secuencia de la boda, que le llevó dos días enteros de rodaje sin horas extraordinarias, ya que en «Universal» no hay horas extraordinarias.

La escena final de Edna ha provocado una salva de aplausos. Incluso Rosemary estaba tan emocionada que bajó al escenario desde la sala de control para darle un fuerte beso a Edna.

—¡Eso es para ganar otra vez el «Emmy»!

—Oh, lo dices sólo para consolarme porque me he dejado ocho puntos en tres frases.

—¡Al diablo con los puntos!

Es muy raro que la estricta Rosemary diga esto: nadie introduce improvisaciones ni paráfrasis en una serie de Klein Kantor.

Edna está ahora en su remolque, quitándose el maquillaje y poniéndose su propia ropa. La mesita del tocador está cubierta de telegramas. La mayoría de ellos son mensajes de actrices sin trabajo deseándole buena suerte.

Edna experimenta una sensación de triunfo. El papel era difícil. El director, desastroso. Los demás actores eran todos de la Televisión, lo que significa que nunca le miran a una en sus grandes escenas. Aun así, ha vuelto a realizar una actuación merecedora de un premio.

Canturreando por lo bajo, Edna se quita ella sola el maquillaje. No le gusta molestar al maquillador, que generalmente está apostando

a esta hora. El monitor del remolque continúa encendido. Como están desmontando el escenario, no hay mucho que ver. Pero, por la fuerza de la costumbre, Edna sigue, no obstante, mirando al monitor, por si acaso.

Lo que Edna ve en el monitor le produce una súbita jaqueca. Cuando trabaja en *Duluth*, o está en el «Montecito» o habla por teléfono con sus hijos, es enteramente ella misma, esta persona concreta que es Joanna Witt, ganadora del premio «Emmy». Pero, siempre que la lente de la cámara conecta, de alguna manera, con *Duluth*, vuelve a ser Edna Herridge.

Con las pestañas postizas en una mano, pasa a ser de nuevo Edna, mientras una escena de *Duluth* reemplaza al escenario de la boda de «Duluth».

Bill Toomey —de quien siempre ha desconfiado, tiene los ojos demasiado separados— está en un campo de tiro que Edna reconoce como parte de un parque de atracciones, próximo a Lincoln Groves, donde ella está enterrada en el mausoleo de los Herridge.

Es un frío día de otoño. Se da cuenta de ello por las oscuras hojas que caen de los árboles. Bill y un joven mexicano están tirando al blanco.

—Buen disparo —alaba Bill.

El joven mexicano parece adicto a las drogas. No presta atención a Bill. Continúa disparando y haciendo diana tras diana. Es mucho mejor tirador que Bill Toomey.

Edna deja sobre la mesita las pestañas postizas. La jaqueca es ahora terrible. Apaga el monitor. Inmediatamente, se siente mejor. «¿Qué es todo esto?», se pregunta.

Mientras se dirige al aparcamiento de Universal City, Edna se esfuerza por apartar a *Duluth* de su mente... o apartarse ella de la mente de *Duluth*, porque está siendo lentamente desgarrada por una ley ficticia que no puede comprender. Pero es que nunca ha interpretado ninguno de los clásicos, aparte de *J. B.*, de Archibald MacLeish. Una temporada de Esquilo, y quizás hubiera podido habérselas con las demandas de dioses enfrentados, de otra manera conocidos como contrapuestas leyes ficticias de la clase que en otro tiempo estrellaron contra el muro a un griego llamado Orestes.

Edna ajusta sus lentes bifocales y pone en marcha su coche alquilado «Budget». Luego, sale para Barham. Al llegar al primer semáforo rojo, se enciende una luz en su cabeza. Comprende lo que acaba de ver. Se siente horrorizada. Debe pasar a *Duluth* una vez más. El receptor de televisión de su habitación en el

«Montecito» está estropeado, pero sabe que puede parar en la casa de Rosemary en Mulholland Drive y pedir al ama de llaves que le deje usar el receptor de Rosemary.

«¡Le detendré!», se dice sombríamente Edna, enfilando por Mulholland Drive, donde choca de frente con la camioneta de mudanzas «Santini» que da la vuelta a la montaña.

Suena un violento estruendo. Luego, se acabó Joanna Witt. Se acabó Hilda Ransome. Se acabó Edna Herridge. Se halla ahora misericordiosamente libre de las cinco identidades ficticias pasadas, y capaz por ello de aparecer, una y otra vez, en innumerables ficciones, tanto verdaderas como falsas, de miniseries y películas de Televisión. Dondequiera que se necesite un personaje que sea cálido y generoso, maduro y amoroso, allí la encontraremos mientras la mimesis recorra los vastos espacios del corazón humano.

LXXIII

Las cosas no le están yendo nada bien a Darlene a bordo del yate. Su brazo izquierdo se halla esposado a una silla en el salón del barco. El rufián mulato monta guardia en cubierta. Clive le ofrece una copa de champaña, que ella bebe sedientamente.

Big John no puede apartar los ojos de ella. Sabe que la conoce de alguna parte, pero la peluca negra le ha engañado... y también la gordura.

Clive está encantado y preocupado a la vez. Encantado de encontrar de nuevo a Darlene, pero, preocupado por su comportamiento. ¿Qué está haciendo la diosa del vestido de baile de De la Renta acechando por la orilla del lago y con exceso de peso?

—Esperé —dice Clive—, pero no me llamaste. Me has tratado como a un capricho de una sola noche.

Se vuelve hacia *Big John*.

—Creo que estoy enamorado de ella. Hemos estado juntos solamente una vez, pero aquellos minutos cargados de pasión cambiaron mi vida.

—¿Cómo es eso? —pregunta *Big John*.

—¿No has tenido tú nunca esa experiencia? —Clive se vuelve de

nuevo hacia *Big John*.

—¿Yo? No, lo mío es tirármelas y abandonarlas.

Darlene empieza a llorar suavemente.

Ninguno de los dos hombres le presta la más mínima atención.

—Yo no puedo ser tan indiferente —dice Clive—. Para mí, una mujer es siempre algo más que un... receptáculo para mi lascivia. Yo necesito la relación *entera*.

—Pues yo, no. Oh, tengo tres tías y los críos. Pago los gastos de los críos. Quiero decir que un hombre tiene que hacer eso. ¿Comprendes lo que quiero decir? Pero las tías..., bueno, no me preocupan en absoluto.

Con los ojos llenos de lágrimas, Darlene piensa que, si no interrumpen esa conversación entre hombres y le prestan atención a ella —aunque sea para violarla, mutilarla—, soltará su grito de sirena.

—Yo nunca he podido considerar a las mujeres más que, en primer lugar, como personas. Y, en segundo, como madres. Fíjate —dice pensativamente Clive—, me he hecho la vasectomía.

Big John se estremece.

—Yo no dejaría que me trastearan junto a la picha con un bisturí.

Mientras Darlene empieza a pensar en la enorme fuente de vida que tan abundantemente hizo ella manar en el «Lunar Bar», sus lágrimas empiezan a secarse. «¡*Tiene* que ser él el padre!», se dice.

—Con una vasectomía..., y no podría ser más fácil la cosa, *Big John*, no hay absolutamente ningún cambio, puedes tener una verdadera relación personal con una mujer, lo que no es posible cuando en el fondo de la mente te acecha ese constante miedo a un embarazo no deseado y horror de horrores, a un aborto. Naturalmente —Clive se sirve más champaña—, como converso católico, estoy por completo en contra del aborto.

—Mi madre ganó una fortuna con el aborto —recuerda soñadoramente *Big John*. Fuma una marihuana excelente; Darlene se da cuenta por el olor—. Me acuerdo de cómo aquellas tías solían hacer cola por Bourbon Street..., somos de la Ciudad del Creciente, ya sabes, y allí estaba mamá con su gancho para la ropa. Meter, retorcer y sacar. Todo en un periquete. Y nunca perdió una clienta —añade—. Siempre limpiaba el gancho con lejía.

—Yo sentía algo diferente con Darlene. No sé exactamente qué.

A Darlene no le gusta que hable en pasado. Bueno, si las cosas empeoran más todavía, su grito-sirena atraerá a toda la patrulla del DPD en el distrito.

—En cierto modo, fue como si fuese mi primera vez. Ella era tan... auténtica. No como esas anfitrionas de la sociedad de Duluth con

las que he tenido que apañarme desde que salí de Tulsa. ¿Por qué —Clive se vuelve finalmente hacia Darlene, y ya era hora, piensa ella— no has vuelto a entrar en mi vida, después de lo que sucedió entre nosotros?

—Porque —responde Darlene, con su voz más dulce y delicada— estoy embarazada.

Clive casi tira su copa de champaña.

—¡No puede ser! Mi vasectomía...

—No fuiste tú, Clive. ¿Puedo llamarte Clive?

—Oh, sí. Desde luego. ¿Quién es el padre?

—Me odiarás si te lo digo —Darlene está empezando a sudar. Las cosas podrían comenzar a torcerse ahora—. *Los dos* me odiaréis.

—¿Hum? —*Big John* la mira, un tanto soñoliento. Está cargado, y ella está evidentemente embarazada. A él le gustan más las tías delgadas.

Lenta, dramáticamente, Darlene se quita la peluca.

—¡Oh, sí! Recuerdo —dice Clive—. Temía que estuvieses calva. Hay muchas mujeres así en Duluth a consecuencia de los vertidos químicos en el agua potable. Me gustas rubia. Pero también me gustas morena.

Pero Darlene no mira a Clive, ni mucho menos escucha lo que dice. Mira a *Big John*, con los húmedos labios invitadoramente entreabiertos y lágrimas que pronto serán maternales resplandeciendo en sus grandes ojos azules. *Big John* le sostiene la mirada, con un principio de deseo y, luego, de reconocimiento.

—*Tú* —exclama finalmente.

—Yo —replica ella.

—¿La zorra que intentó detenerme en la despensa del «Lunar Bar»?

—La zorra que *tú* violaste en la despensa del «Lunar Bar».

—La zorra que tuvo dos horas de lo mejor de *Big John*.

—La zorra que ahora, ocho meses después, está a punto de parir tu hijo.

Se habría producido un largo y casi reverente silencio en el salón del yate de no haber sido por el chapoteo de las olas contra el muelle.

Es Clive quien habla primero. Darlene advierte al instante el cambio de su tono.

—¿Policías?

—Sí —dice Darlene—. Teniente Ecks, antes en Homicidios. Ahora en Narcóticos.

—Prepara el pijama de cemento —indica fríamente Clive a *Big John*.

Se vuelve hacia Darlene.

—Vas a ir a parar al fondo del lago Erie, donde acaban todos los enemigos del *Dandy* y su socio comanditario. Y pensar que creía que te amaba...

—Un momento, no tan de prisa —interviene *Big John*, empezando a emerger de su letargo provocado por la droga—. Es verdad que esta tía se disponía a enchiquerarme, pero, cuando me hubo obligado a desnudarme y vio lo que tengo...

—¡Basta! —exclama Clive, con helada ira—. No quiero más de ese chovinismo negro. Mantén tu herramienta fuera de esto.

—Bueno, la verdad es que no puedo, porque eso es lo que le estuve metiendo, con aquella pistola junto a mi cabeza, durante dos horas enteras, moviéndome como...

—¡Basta! —Clive se tapa los oídos con las manos.

—Está bien, está bien —dice afablemente *Big John*—. De todas formas, cuando acabo va ella y dice, ninguna cárcel te encerrará a ti si yo puedo evitarlo, y me deja que la ate y me largue. ¡Diablillo!

Big John le da un fuerte beso a Darlene, que casi se muere de felicidad. Quizás él la ama. Piensa que ojalá la tenga entre sus brazos durante seis o siete horas. Es todo lo que desea en este mundo. Pero es que eso es todo lo que cualquier mujer desea.

Clive está paseando de un lado a otro del salón, reflexionando lenta y cuidadosamente.

—Dices que te dejó ir, aunque te había cogido...

—Vendiendo coca en el bar.

—¿Por qué haces eso? —estalla Clive—. Eres el negro más rico de Duluth, propietario de «Acme Cleaners» y no sé cuántas cosas más, ¿y, sin embargo, lo arriesgas todo fingiendo ser un camarero, un buscavidas de baja estofa, un mercachifle de tres al cuarto?

Big John se encoge de hombros.

—*Nostalgie de la boue* —dice en francés..., al fin y al cabo es de la cercana Nueva Orleáns.

Darlene se estremece de placer; ama el francés más que cualquiera de los otros idiomas que no conoce.

—Y por esa pasión de revolearte en el fango te pones en peligro tú mismo y nos pones en peligro a mí y al propio *Dandy*.

—Ya no lo hago —asegura *Big John*, con aire contrito. Está ahora mirando a Darlene con algo que parece verdadero interés—. Cariño, ¿cómo sé que es mío el crío que tienes ahí dentro?

—Lo sabrás por el color —contesta Darlene, rogando porque cuando la criatura salga no parezca un taco.

—¿Y cómo sé que no te dedicas a nosotros, los sementales negros? Con nuestro grande, largo y poderoso...

—¡Calla! —grita Clive.

—Está bien, jefe. No te sulfures. Sólo quiero asegurarme de que el crío es mío.

—Es tuyo —afirma solemnemente Darlene— porque nunca antes me he unido a un negro.

Los dos hombres guardan un avergonzado silencio ante esta declaración. Darlene se aprovecha de su sentimiento de culpabilidad.

—Por eso es por lo que le pedí al capitán Eddie que me destinara a Narcóticos. Por eso es por lo que he venido esta noche al lago. Sola. Quería que supieses lo de nuestro hijo, *Big John*, porque —Darlene hace una profunda inspiración— quiero ser tu legítima esposa y la madre de todos tus futuros hijos.

Big John está estupefacto. Clive tiene los ojos húmedos..., ha amado y ha perdido frente a un hombre más grande, aunque no mejor.

—¿Cómo puedo casarme con una teniente de la Policía, cuando me dedico a esta clase de negocio?

Big John nunca ha sentido deseos de casarse. Amante, sí. Padre, sí. Marido, no. Darlene es algo especial, desde luego, pero aun así...

—Hay dos formas de manejar ese asunto —declara Darlene—. Pero, primero, quitadme las esposas.

Los dos hombres se precipitan a liberarla. *Big John* es el afortunado, el primero con la llave.

—Más champaña —pide Darlene a Clive, que llena su copa hasta el borde.

Ambos la contemplan, fascinados, mientras bebe, arruga la nariz, estornuda.

—Siempre me pasa lo mismo —anuncia alegremente. Luego, se centra en el asunto—. Como sabéis, el DPD está lleno de corrupción. Yo podría continuar en la Policía y protegerte en tus actividades ilegales. Eso no es problema. Y, si es lo que... —hace una pausa y traga saliva— quiere el hombre que yo amo, eso es lo que haré.

—¡Estupendo! —exclama Clive.

—No —dice *Big John*, prudentemente—, hay algo más.

—Sí —replica Darlene—, lo hay. Quiero que te enmiendes. Eres el dueño de «Acme Cleaners»..., a propósito, la que está frente a la McKinley Avenue me echó a perder mi vestido de seda «Pucci» y se niega ahora a resarcirme...

—Alguien se la cargará —afirma solemnemente *Big John*—. Sigue.

—Si te enmiendas, si renuncias a tu vida de crimen, podríamos ser

la pareja de Duluth.

—¿Yo? ¿Un negro?

—Confía en mí, *Big John*. Podemos recorrer todo el camino tú y yo. ¡Hasta la cumbre!

—¿Y yo qué? —intervino Clive, sintiéndose excluido—. ¿Y el *Dandy* y el «*Rancho El Dandy*»?

—Bueno, lo estabas haciendo muy bien antes de que yo apareciese... —*Big John* está vacilando.

—A propósito, ¿quién es el *Dandy*? —pregunta Darlene, que, aún enamorada, sigue siendo policía.

—No te lo diría, aunque lo supiera —replica Clive—. Y no lo sé.

—Tiene una llave de todos los establecimientos de «*Acme Cleaners*», y todas las noches entra a recibir llamadas —informa *Big John*—, pero nunca le vemos ni sabemos si es él o sólo su servicio contestador.

—Un hombre misterioso —murmura Darlene.

—Sólo una persona ha conocido su identidad, y ésa fue mi madre, *Beryl Hoover*, que se llevó el secreto a la tumba.

LXXIV

Beryl, marquesa de *Skye*, vestida con un grueso abrigo de marta cebellina, atraviesa en su carroza las estepas de Asia. En su joyero —que nunca pierde de vista— está oculto el plan del príncipe regente para la invasión de Francia. Debe entregárselo a su amado emperador Napoleón, que las está pasando negras en Moscú.

Beryl mira por la ventanilla las monótonas estepas cubiertas de nieve que ascienden hacia Moscú. De pronto, dos jinetes cosacos ordenan que la carroza se detenga. *Beryl* grita:

—¡Continúa!

De mala gana, el cochero hace destallar su látigo. Un cosaco se sitúa a su derecha, y el otro, a la izquierda. Mientras carga sombríamente su mosquete, *Beryl* no puede por menos de maldecir —esa parte de ella que, de vez en cuando, es todavía *Beryl Hoover*, reina del crimen— a la inepta *Rosemary Klein Kantor*, que, como trabaja en entregas mensuales para *Redbook*, da por supuesto que los lectores olvidan de una entrega a otra lo que ha escrito, permitiéndole, así, repetirse a sí misma y echar mano

incesantemente de los mismos viejos fragmentos de la obra de la Baronesa de Orczy.

—¡Toma eso!

Beryl dispara contra la boca abierta del cosaco, que se desploma sobre la helada estepa. Beryl vuelve a cargar su mosquete, llena de hastío, y mata al otro cosaco. Gracias a Dios, sólo queda una entrega más, Moscú y, luego, un desenlace que sólo puede conjeturar, ya que nunca ha estado antes en un serial femenino..., que ella recuerde al menos, lo que no puede ser mucho, puesto que todo lo anterior a *Duluth* es como un espacio en blanco; una buena cosa, en conjunto, habida cuenta de que Beryl ha interpretado en sus tiempos un millón de papeles, incluyendo a Tess de los D' Uberville..., la película de Polanski, no el libro original.

«Me pregunto —piensa Beryl Hoover—, cómo le irá a Clive en el "Rancho *El Dandy*".

LXXV

Las negociaciones a bordo de la nave espacial han tenido sus altibajos, pero, finalmente, el alcalde Herridge y Tricia han solventado casi todas las diferencias. Mientras tanto, Tricia ha ejercido un considerable efecto sobre los mercados monetarios mundiales. Como quien no quiere la cosa, ha duplicado el valor de los bonos gubernamentales de México. Como ha invertido tan fuertemente en ellos, el sistema bancario mundial ha seguido su ejemplo, conocedor de su magia financiera como «Visitante de los Cielos Amigos».

—Haré que los abogados vengan mañana con el contrato definitivo. Yo mismo puedo autorizarlo como notario.

El alcalde Herridge muestra orgullosamente su sello de notario público que siempre lleva consigo.

—Es un placer concluir negocios con usted, Señoría.

«Tricia no podría ser más agradable —piensa él, mientras atraviesan juntos la deslumbrante nave espacial, con sus vistas de galaxias que nacen y mueren, de agujeros negros abriéndose y cerrándose, de fantásticas criaturas reptando y volando, apareciendo y desapareciendo—. Esto supera a todo cuanto jamás soñó en Anaheim —piensa—, o incluso en Orlando, Florida.»

—El lunes mismo empezaremos a construir la carretera sobre el pantano. Sacaré el contrato a subasta, como siempre hago.

—¡Seguro que la oferta más baja consigue el contrato! —Tricia le guiña un ojo.

—¡Pillina!

Al alcalde Herridge le cae simpática Tricia, pero es que ella es extraterrestre. El secreto del éxito político del alcalde Herridge estriba en que —aparte del afecto que siente hacia su propia familia— nunca ha conocido un solo hombre o mujer que le haya inspirado simpatía. Como consecuencia de ello, es el más grande captador de votos de toda Minnesota... o lo era. Recuerda de pronto, con abatimiento, los últimos sondeos. Bueno, esto invertirá el signo de la votación. Está seguro de ello. Será un héroe local..., no, nacional..., no, internacional..., no, ¡intergaláctico!

En la puerta de la nave espacial, el alcalde Herridge pregunta:

—¿Cuál es realmente vuestro aspecto? Quiero decir, cuando estáis aquí solos.

—¡Oh, no te gustaría ver eso! —Tricia menea la cabeza.

—¡Oh, sí, claro que sí! Anda. No se lo dire a nadie.

—Bueno —dice Tricia—, tú lo has pedido.

Tricia da una palmada. El brillante interior de nave espacial de 2007 se desvanece. En su lugar, hay un débil resplandor, semejante al de demasiadas luciérnagas encerradas en una botella de leche. Hay también un penetrante olor a insectos en la nave espacial, porque... Donde estaba Tricia, se alza ahora, sostenida sobre sus patas traseras, una criatura semejante a un ciempiés y de un metro ochenta de altura. Al fondo, el alcalde Herridge ve lo que parecen ser mil gigantescos insectos, agitando todos sus mandíbulas hacia él. Lanza un grito. No lo puede remediar. Detesta a los insectos.

—Bien —dice la Tricia-insecto, con una voz que semeja un asmático acordeón—, has pedido ver cómo somos realmente.

Entonces, en ese momento exacto, desde la superficie y desde las profundidades del viscoso pantano, millones de insectos de todas clases empiezan a converger sobre la nave espacial. Antes de que el alcalde Herridge pueda gritar por segunda vez —le horroriza la vida insectil—, Tricia, la hermosa mujer, se encuentra a su lado y todo vuelve a ser como antes en el interior de *2001*.

—¡Vaya, qué embarazoso! —exclama Tricia, en son de excusa—. Me refiero a todos esos insectos de ahí afuera. Tienen tales deseos de trabar conocimiento con nosotros que, siempre que abrimos la puerta, con nuestro verdadero aspecto, acuden desde kilómetros y kilómetros a la redonda, a causa de esa antigua leyenda que tienen las cucarachas —la forma de vida más antigua en este planeta, por

cierto— de que algún día sus dioses reaparecerán y destruirán a la especie humana con alguna clase de radiación a la que las cucarachas son inmunes, y entonces empezará la Edad de Oro del Insecto.

Tricia ríe musicalmente.

—Qué historia tan estúpida, ¿verdad?

El alcalde Herridge sólo puede asentir con la cabeza, sobrecogido, mientras el bote se aproxima para recogerle por entre un mar de decepcionados insectos.

LXXVI

La conferencia de Prensa del alcalde Herridge domina no sólo el *Noticiario de las seis*, sino también la primera plana del *Duluth Blade*. Para cuando las agencias se hacen eco de la noticia, gentes del mundo entero están ya haciendo reservas en el «Hyatt» y en todos los demás hoteles y moteles de la zona del Gran Duluth. Todo el mundo quiere ver el interior de la nave espacial.

El viejo presidente de la Televisión da la bienvenida a los Estados Unidos a los visitantes de otro mundo, diciéndoles que «la cuerda del pestillo siempre cuelga hacia fuera», frase que nadie ha sido capaz de descifrar. Por lo menos un erudito piensa que se trata de un mensaje en clave a los rusos, que siguen siendo el enemigo de toda persona amante de la paz de los Estados Unidos.

El día siguiente al anuncio del parque de atracciones de la nave espacial, Pablo está en el Ayuntamiento esperando ser recibido por el alcalde Herridge para ultimar el trato por el que comprará el kilómetro cuadrado de Mrs. Herridge en los *barrios*. Pablo se ve obligado a esperar durante más de una hora mientras toda clase de contratistas, constructores y arquitectos entran y salen del despacho circular.

Mientras espera, Pablo flirtea con la recepcionista rubia. Desde que se convirtió en un hombre poderoso en los *barrios*, ha vencido su miedo a las rubias..., consecuencia de lo que le hicieron Darlene y las dobles de Darlene. Además, le ha vuelto a crecer finalmente el vello pubiano, espeso y lustroso, y la serpiente emplumada nunca ha sido tan potente... ni estado tan ocupada. La atractiva rubia dice, por fin:

—Puede pasar ahora, Mr. González.

Le dirige una ardiente mirada con sus ojos de amante latino y entra en el despacho circular. El alcalde Herridge no se levanta para saludarle. «Mala señal», piensa Pablo.

—Tengo los papeles —declara Pablo, abriendo su cartera.

—Mr. González —manifiesta el alcalde Herridge, con su voz más empalagosa—. Me temo que el trato queda anulado. Mrs. Herridge les ha tomado mucho afecto a esas parcelas de tierra, y, por mucho que lo he intentado, no puedo convencerla para que se las venda a usted.

Pablo está atónito.

—Alcalde Herridge, nosotros acordamos...

—Usted y yo acordamos, hijo. Es cierto. Y yo soy un hombre de palabra. Pero el trato siempre ha dependido de que Mrs. Herridge quisiera vender. Y ella se niega.

—Pero mi sueño...

Pablo no puede continuar.

—Habrá otros sueños, muchacho.

Entra en el despacho Bill Toomey, llevando un montón de encuestas.

—Hola, muchacho —saluda a Pablo.

—¿Qué? —Pablo está volviendo a su anterior inarticulación.

—Mr. González comprende —informa el alcalde Herridge a Bill Toomey—. Se ha mostrado muy generoso en todo este asunto. Hasta la vista, hijo. Y recuerde, la cuerda del pestillo siempre cuelga hacia fuera.

El alcalde Herridge siente debilidad por las historias y las locuciones del viejo presidente, aunque no sabe qué significan exactamente. Malhumorado, Pablo se va. Está destrozado. Si hubiera sabido que aquella misma mañana Mrs. Herridge ha vendido su kilómetro cuadrado a un constructor por la suma más grande de la historia inmobiliaria de Duluth, el furor de Pablo habría vuelto a pegar fuego a los *barrios...*, lo que queda de ellos. Pero Pablo no puede saber que el alcalde Herridge le ha engañado echándose atrás de un trato en el que ambos habían convenido.

—Bueno, ¿cuál es la mala noticia? —pregunta el alcalde Herridge, con una amplia sonrisa. Está rebosante de júbilo desde su aparición ante los medios de comunicación, por no hablar de la fortuna que acaba de ganar esa mañana con la venta de la mejor parte de los *barrios*.

—No es buena —dice Bill Toomey—. Va usted por detrás del capitán Eddie en todas partes de la ciudad, excepto en los *barrios*, donde el muchacho le ha hecho tomar la delantera.

—¡Cristo!

El alcalde Herridge está consternado.

—Y supongo que, ahora que se ha negado a venderle a él las parcelas, resultará completamente derrotado en los *barrios* el primer martes de noviembre, que es la semana que viene.

—Muy bien.

El alcalde Herridge pasa a la acción. Descuelga el interfono.

—Póngame con mi madre, el comisario electoral.

—¿Qué va a hacer?

Bill Toomey simpatiza realmente con el alcalde Herridge. Pero es que no puede dejar de adorar el suelo que el alcalde pisa.

—¡Vas a verlo!

Suena un zumbido en el interfono.

—¿Oye? ¿Madre? Soy tu hijo, Alcalde Herridge. Sí, claro que estoy bien. Bueno, *yo* no creo que tuviese mala cara en el *Noticiero de las seis*. Bien. El próximo martes *no* contamos los votos de los *barrios*... ¿Qué? Ya sé que te dije que los contarás, pero ahora te digo que no los cuentes. Quémalos... ¿Qué? No me importa lo que diga el obispo O' Malley. Estoy ya harto de él. Bueno, escucha bien. ¿Tienes puesto el otófono? Vamos a contar el voto negro por primera vez. Sí, lo sé, es romper con una tradición, pero, qué diablos, madre, ¡estamos en una democracia! No puede uno andar eligiendo a quién le deja votar. Así que se contará todo el distrito del lago, las seis secciones. ¿Entendido? De acuerdo.

El alcalde Herridge cuelga de golpe el aparato.

—¿Por qué? —pregunta Bill Toomey.

—Es la última oportunidad que tengo. Están conmigo la mayoría de los clérigos y también ya sabes quién.

—¿*Big John*?

El alcalde asiente con la cabeza.

—El solo puede conseguir tres secciones.

—¿A cambio de qué?

—Mi colaboración en el futuro —responde el alcalde en tono suave.

—Piensa en todo —dice Bill, realmente impresionado—. Dicen que ha estado trabajando últimamente con el *Dandy*.

—¿Quién sabe? —El alcalde Herridge está estudiando de nuevo las encuestas—. ¿A quién le importa?

—A veces, creo que el *Dandy* no existe —declara pensativamente Bill.

—¡Oh, vaya si existe! Un día de éstos lo atraparemos.

Suena el interfono.

—Un tal Mr. *Big John* quiere verle, Señoría.

—Que pase.

El alcalde Herridge se vuelve hacia Bill Toomey.

—Será mejor que maneje esto yo solo.

—Está bien, jefe. ¿Y sobre el proyecto Tamal Caliente...?

—¡Adelante!

—Sí, jefe.

Bill Toomey sale antes de que *Big John*, resplandeciente en un traje de terciopelo malva y camisa con chorreras, penetre en el despacho circular.

Con gesto indolente, *Big John* tiende su enorme mano de caoba hacia la roja y regordete del alcalde.

—¿Qué ocurre?

Big John se sienta en el sillón más grande del despacho, como corresponde al negro más grande del distrito.

—Oh, poca cosa.

El alcalde empuja la cigarrera hacia *Big John*, que se sirve liberalmente.

—¿Qué tal la vida en la clandestinidad?

—Perezosa. He pasado mucho tiempo en mi yate.

—En aguas canadienses, claro.

Se echan los dos a reír de esta hipérbole.

—Bueno, *Big John*, supongo que sabes por qué te he mandado llamar.

—¿Elecciones?

—¡Diana! *Big John*, quiero que me agencies el voto negro y el de color.

—Pero nunca contáis nuestros votos.

—Le he dicho a mi madre..., acabo de hablar con ella, puedes llamarla si no me crees, le he dicho: «Madre, este año vamos a contar todos los votos negros.»

—¿Cómo es eso?

—Porque en ese distrito mandas tú. Harán lo que tú les digas.

—¿Y por qué voy a decirles que te voten a ti?

Big John está disfrutando al ver sudar al Hombre.

—Se retirarán las acusaciones de tráfico de drogas, y tu cabeza dejará de estar puesta a precio.

—¡Vaya! —exclama *Big John*—. Eso es muy tentador. Sí, señor. ¿Me harías legal?

—Hasta que tú volvieras a hacer algo ilegal, naturalmente, que lo harás.

—Podría —murmura *Big John*— empezar un nuevo programa.

—Un nuevo, ¿qué?

—Eso es lo que dice Darlene.

—Darlene, ¿qué?

—No sé lo que quiere decir con eso, salvo, supongo, comenzar una nueva vida. ¿Comprendes? Limpio.

Big John está ahora absorto en sus pensamientos. El y Darlene se han estado viendo regularmente desde aquella noche en el yate. El siente que ha madurado en muchos aspectos desde que ella entró en su vida. Ha renunciado a las otras mujeres. Incluso ha estado considerando la posibilidad de hacerse honrado, si eso es factible. Y ahora, de pronto, parece sumamente factible, ya que el alcalde, a cambio de una o dos toneladas de votos, está dispuesto a cancelar sus antecedentes.

—No tenemos mucho tiempo —dice, nervioso, el alcalde.

—De acuerdo —*Big John* estrecha firmemente la mano del alcalde—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho. ¡Adelante, *Big John*! ¡Consígueme los votos!

LXXVII

Mientras *Big John* recorre las secciones del distrito exhortando, suplicando, ordenando a los suyos que voten al alcalde Herridge, el capitán Eddie hace su propaganda de un extremo a otro del Gran Duluth. Aunque las encuestas le sitúan por delante, está empezando a asustarse. Como Bellamy Craig II le está apoyando en secreto, el *Noticiario de las seis* ha cambiado por completo..., tanto que ya no se le permite a Leo hacerle preguntas en la hora punta.

—Creo que vamos a conseguirlo, jefe —opina *Chico*, que va a todas partes adonde va el capitán Eddie en el gran remolque lleno de carteles de «Vota al capitán Eddie» y un equipo de megafonía.

—No sé.

Están ahora junto al lago. El capitán Eddie se dispone a hablar, cuando ve otro camión bajo las palmeras. Una gran multitud de morenos aplaude a un negro alto y elegante que les está diciendo que voten al alcalde Herridge.

—¿Quién diablos es ése? —truenan el capitán Eddie por el sistema de megafonía, que *Chico* se apresura a desconectar.

—Es *Big John*.

—¿Qué diablos está haciendo aquí? Creía que había pasado a la clandestinidad.

—Bueno, está en la clandestinidad ahora. Capitán Eddie, he estado tratando de decirle que *Big John* ha llegado a un acuerdo con el alcalde. Le serán retiradas todas las acusaciones que pesan sobre él si consigue el voto de este distrito.

—Pero el alcalde *no puede* retirar esas acusaciones. Sólo el Tribunal de la ciudad...

—El juez las ha retirado todas.

—¿Quieres decir que no puedo detener a ese bastardo negro y hacerle ver las estrellas en la silla de sospechosos de mi despacho?

—Me temo que no, jefe.

El capitán Eddie está reflexionando.

—El trato está cerrado, supongo. Así que...

—¿Qué hacemos, jefe?

—¿Por qué quiere el alcalde el voto negro..., perdona, *Chico*, el voto *de color*, cuando nunca lo contamos?

—Su madre va a contarlo este año. Es lo único que sé.

—Hasta este momento —masculla el capitán Eddie, lenta y lastimeramente—, nunca me había dado cuenta de hasta qué punto la ciudad en que yo nací y me hice hombre se ha vuelto tan completa e irreversiblemente... amoral.

—Bueno, jefe, eso no ha sucedido de repente.

—También es cierto. Ponme con Bellamy Craig II. Quiero verle. Y pronto.

LXXVIII

Bellamy y Chloris se hallan sentados el uno al lado del otro en el sofá de piel de Suecia de su espaciosa sala de estar, cogidos de la mano y escuchando a Wayne Alexander, que lee las últimas páginas de la vida de Betty Grable, de «Chloris Craig».

Los hermosos momentos tocaban a su fin, Betty percibía que algo marchaba mal. En su última entrevista con Herbert Hoover, había dicho: «Nuestro amor platónico debe terminar. No puedo volver a verte más.» Mientras lloraba, Betty se culpaba a sí misma por haber perdido su amor platónico.

Chloris siente formársele una lágrima en la comisura del ojo

izquierdo. Se siente conmovida. Se siente también excitada. Pronto sabrá quién mató a Betty.

Poco sospechaba Betty que el hombre que durante tantos años había amado platónicamente no era el ex presidente Herbert Hoover, sino J. Edgar Hoover, el director del «Federal Bureau of Investigation». Al parecer, Betty no había prestado realmente atención cuando fueron presentados en el escenario de Mamá usaba mallas. Sólo sabía que el hombre famoso se llamaba Hoover, un nombre que era pura magia para ella, como mágico era todo lo relacionado con este enérgico hombre de cara de perro de presa. J. Edgar, a su vez, comprendiendo que ella creía que era Herbert Hoover, mantuvo deliberadamente la impostura. La fascinó, como fascinaba a todas las mujeres. Y ella se enamoró tan intensamente de él que aceptó el carácter platónico de ese amor en que él insistía. Jamás imaginó que el hombre a quien veía clandestinamente —e, incluso, abiertamente y sin rebozo en los lugares en que podían ser fotografiados juntos, algo que él parecía desear de manera misteriosa— fuese J. Edgar Hoover, cuyo amante estable Clyde Tolson, en un ataque de celos, sacó finalmente aquel contrato sobre su vida que...

—¡Lo sabía! —exclama Chloris—. ¡Fue Clide!

—Betty Grable murió —dice Wayne en tono grave— porque sabía demasiado poco.

En ese momento, el capitán Eddie entra a grandes zancadas en la sala.

—Mr. Craig, voy a perder la elección. Buenas tardes, Mrs. Craig. Mr. Alexander —añade, recordando sus buenos modales.

—No se preocupe, capitán Eddie —Bellamy le sirve un whisky al jefe de Policía—. Sé que le inquieta la decisión de contar los votos negros por primera vez...

—¡Algo jamás oído en Duluth! —farfulla el capitán Eddie.

—Cierto. Pero ya he puesto a trabajar a la vieja computadora en el problema. Sin ningún voto de inmigrantes ilegales y con *todos* los votos negros..., una imposibilidad estadística, ganará usted por 11.412 votos.

—¿Está seguro, Mr. Craig?

—Sí, estoy seguro. Creo que me conoce lo suficiente como para saber que, si hay algo que me gusta, son precisamente las cosas difíciles.

LXXIX

Clive Hoover se halla sentado en su despacho del «Rancho *El Dandy*», echando un vistazo a la última entrega de *Redbook*.

Beryl, marquesa de Skye, espera, impaciente, en el palacio del Kremlin, a su amante, el emperador Napoleón.

—No tardará en venir, Milady —dice uno de los fieles guardias que viajan con Napoleón adondequiera que él va.

—Huele a humo —contesta Beryl.

—La chimenea no tira bien, como nada en este país dejado de la mano de Dios.

—Es una pena que mi difunto marido, el marqués de Skye, no esté aquí. El podía arreglar una chimenea en un santiamén.

El fiel guardia se excusa y sale.

«¿Dónde he guardado —se pregunta Beryl—, el plan de invasión del príncipe regente?» Naturalmente, Beryl sabe dónde está, pero ésta es una de las formas que tiene Rosemary de crear suspense. Al pensar en Rosemary, Beryl recuerda *Duluth*. Mientras tiende la vista sobre las doradas cúpulas de cebolla del Kremlin, recuerda que siempre ha querido que Clive sepa quién es el *Dandy*, a fin de que, en su calidad de socio comanditario, sepa el lugar en que se encuentra con relación a ese supuesto fantasma o fuego fatuo. «Pero ¿cómo —se pregunta Beryl, advirtiendo que Moscú arde por los cuatro costados—, voy a ayudar a Clive a encontrar el mensaje que le dejé en mi despacho en el "Rancho *El Dandy*"?»

Entonces, Beryl siente una inspiración.

—Estoy segura —declara, en el más clásico estilo de Rosemary— de que dejé la información que Clive necesitará en un ejemplar de *Cabala*, de Thornton Bloom, sobre la consola que hay bajo el espejo del despacho del socio comanditario en el «Rancho *El Dandy*».

Esto no sale en *Redbook* exactamente como Beryl hubiera querido, pero conserva suficientemente su significado cuando Rosemary y su ajetreado director entregan las instrucciones de Beryl a Clive, lo que le hace a éste levantarse de un salto y precipitarse hacia el espejo, a cuyo través puede ver —pero no ser visto—, a los jugadores de ferrocarril. Sobre la consola hay un ejemplar de *Cabala*, de Bloom, medio oculto bajo un manoseado ejemplar de la *Guía social de Duluth*. ¡Cuánto había amado Beryl a la sociedad!

Clive abre el libro con manos temblorosas. De entre sus páginas cae una hoja de papel. En su parte superior se lee: «Plan del príncipe regente para la invasión de Francia.» Pero Beryl ha

tachado estas palabras con una raya. Debajo de la raya, ha escrito: *Queridísimo hijo: Tengo el presentimiento de que voy a ser apartada de este turbulento drama humano en el que me he esforzado por representar un papel —principalmente entre bastidores, lo confieso, en Tulsa, salvo el interludio del ventisquero— que, en muchos aspectos, ha sido un soporte para Duluth. Sin el imperio que yo, Beryl Hoover, creé en Oklahoma, yo no sería ahora el socio comanditario del Dandy, instalada en mi despacho estilo Art Decó en el «Rancho El Dandy», tan recientemente —y de forma tan desairada, según se rumorea— desalojado por Bellamy Craig II. No te aburriré con los detalles de cómo logré comprar su participación sin siquiera haber estado jamás con él, pero lo hice. Hoy es el día en que aún no sabe que fui yo, Beryl Hoover, quien le obligó a vender. Ahora me propongo comprar una mansión en Garfield Heights, a un tiro de piedra de la mansión Craig, y he decidido que, antes de que finalice el verano, seré íntima de Chloris y Bellamy, con mi propio —nuestro propio, mi querido hijo— palco en la ópera, donde seremos el blanco de todos los ojos en la Noche de los Socios.*

Siempre, desde que eras un niño de nariz enorme, he procurado inculcarte la idea de que, aunque hay mucho más sitio y se está más cómodo abajo, la vista es mucho mejor aquí arriba, en la cumbre.

«Madre es —o era— terriblemente ambiciosa —piensa Clive—. Espera que esté disfrutando con su nueva situación como amante de Napoleón. Naturalmente, Moscú está ardiendo, pero aun así.»

He pasado una semana en el despacho del socio comanditario —mi despacho— examinando los libros. El Rancho va viento en popa. La ganancia del Casino es de un noventa y nueve por ciento..., algo que yo no habría creído posible. El Dandy es un personaje fascinante. Por cierto, que yo soy la única persona en todo el mundo que conoce su identidad. Esta es una de las razones, a efectos de seguridad, por las que te escribo esta nota, ya que mi presentimiento podría muy bien presagiar una rápida salida de nuestra actual narración..., por no hablar de mi vida, enteramente feliz una vez que me deshice de tu padre, primo de J. Edgar Hoover, por cierto, que era, y te lo digo en el más estricto secreto, parcialmente negro, lo que explica de alguna manera tu nariz, que debe ser reestructurada una vez que nos hayamos instalado en Garfield Heights.

¡Parcialmente negro! Clive se halla estupefacto. En cierto modo, su vida entera ha sido, inadvertidamente, una mentira. Enrojece al recordar la rudeza de su comportamiento con los sirvientes negros

en el club «El Eucalipto»..., «mis hermanos —piensa sentimentalmente—. De otro lado, no ha habido deferencia alguna por su parte en los diversos negocios y relaciones sociales que he sostenido con *Big John*, el cual amenaza volverse honrado..., cortándome con ello el brazo derecho», medita Clive, que vuelve a la misiva de Beryl.

Las operaciones de juego de nuestro dilatado imperio se encuentran en una situación excelente y no precisan ninguna modificación.

Pero me preocupa nuestro tráfico de drogas. Los buenos «camellos» son difíciles de encontrar, ya que, al final, acaban introduciéndose ellos mismos, en vez de la droga. El Dandy dice que vale la pena cultivar a un negro llamado Big John, ya que tiene su propia red. Te lo recomiendo. Los salones de masaje están obteniendo unos resultados nada más que mediocres, debido a nuestras cuentas de lavandería y limpieza en seco. Estoy intentando, sin mucho éxito, reducir el uso de toallas y sábanas, ya que creo que «Acme Cleaners» nos está estafando. Tal vez valiera la pena adquirir un establecimiento de limpieza propio. Las librerías para adultos están perdiendo dinero, ya que nadie sabe leer hoy día. Así que prescinde de todos los libros, excepto los de pomo infantil, y recuerda: las cassettes y los programas son la ola del futuro.

No sé por qué te estoy diciendo todo esto, pero, como ya he indicado, tengo un presentimiento. A propósito, mi colección de armas —incluyendo los mosquetes prestados al Norton Simon Museum— debe ser reasegurada en el «Lloyd's». Entretanto, mañana por la mañana tengo una cita para ir con una agente de fincas lesbiana, llamada Edna Herridge, a visitar varias mansiones palaciegas de Garfield Heights.

«Ve al grano de una maldita vez, madre», gruñe Clive a la carta. Y Beryl lo hace.

En previsión de que debas ocupar súbitamente mi puesto como socio comanditario, creo que debes conocer la identidad del Dandy. Es...

Clive contiene una exclamación cuando lee el nombre. ¡No lo habría adivinado ni en un millón de años! Y tampoco se ha sentido Clive Hoover en toda su vida tan asustado..., ¡ni se ha visto en tanto peligro!

LXXX

El sábado anterior a la elección hace un fresco y despejado día de otoño. Toda la ciudad se ha congregado en el Palacio de los Deportes para ver al equipo de rugby de Duluth jugar contra los «Vengadores de Manitoba». En Duluth hay verdadera pasión por el rugby.

En el centro de uno de los lados está la tribuna de los visitantes distinguidos. Enfrente de los visitantes distinguidos, la banda de la Escuela Superior del Gran Duluth interpreta *Puedes ganar a Winsockie*, título que no significa nada para nadie, pero cuyas notas hacen vibrar todas las gargantas.

En la primera fila de la tribuna de visitantes distinguidos, se hallan sentados Mr. y Mrs. Bellamy Craig II y Clive Hoover. Como sólo es periodista, Wayne Alexander no puede tomar asiento allí, pero se le permite pasear por el recinto, con un cuaderno de notas en una mano y una tarjeta que dice «Prensa» en la cinta de su fedora de Borsalino que se inclina airoosamente a la derecha, donde no hay una oreja que la sostenga.

Justamente al lado de la tribuna de visitantes distinguidos, Darlene y *Big John* están sentados una al lado del otro. El enlaza con su brazo el voluminoso cuerpo de ella.

—Sólo quiero ser sostenida —susurra—. Eso es lo único que desea toda mujer.

—Es también lo único que desea un hombre maduro —dice *Big John*.

En realidad, está ya harto de tanto sostener, pero siente un profundo afecto hacia Darlene, y, tan pronto como nazca el niño —tácitamente, ambos quieren cerciorarse de que es negro—, se casarán, y ella abandonará la Policía y él dejará de traficar con drogas para establecerse como el único y acaudalado propietario de «Acme Cleaners».

Luego, la banda interpreta *Aquí vengo, California*, y el capitán Eddie hace solemnemente su entrada. Estalla un enorme griterío. Suenan también algunos aplausos. El capitán Eddie es el favorito para la elección, y, como dice Leo Lookaloney, que retransmite en directo el partido: «Aquí viene nuestro popular jefe de Policía, el favorito en la lucha por la Alcaldía de Duluth este año. Se desata el entusiasmo de la multitud por el capitán Eddie Thurow.» Se toman planos largos de los graderíos. Y, luego, un primer plano del capitán Eddie, cuando ocupa su asiento en el centro de la primera fila de la tribuna de visitantes distinguidos. El capitán Eddie saluda con la mano a la

multitud. «Tres días más —piensa—, y yo seré el alcalde.»

Luego, el alcalde titular, Alcalde Herridge, hace *su* entrada a los sonos de *Pompa y circunstancia*, de Edgar. Todo el mundo se pone en pie. Hay lágrimas en muchos ojos. Se hacen mil nudos en mil gargantas. Este es *su* alcalde. Este es *el* alcalde. Este es, para bien o para mal, la personificación de Duluth.

En el silencio —roto tan sólo por algún ocasional sollozo—, el alcalde Herridge se sienta en el trono que ha sido preparado para él. Inmediatamente detrás, Mrs. Herridge y los tres chiquillos irradian entusiasmo y ansia de colaboración.

De pronto, se oye el disparo de un rifle. Una vez. Dos veces. Tres veces es disparado el rifle.

El capitán Eddie salta de su asiento. Luego, cae hacia delante y va a parar al campo de rugby, donde queda tendido, muerto, en medio de un charco de sangre.

Estalla de nuevo un griterío ensordecedor.

Leo Lookaloney está loco de excitación. Recuerda cómo Dan Rather se convirtió en una estrella de la Televisión por *su* reportaje de lo que se precipitó sobre toda una nación aquel fatídico día en Dallas.

—¡Han matado al capitán Eddie! Se ve a la gente correr en todas direcciones como enloquecida. El alcalde Herridge está ahora escondido detrás de su trono. ¿Contra quién disparará luego el asesino? ¿Se trata de una conspiración de inmigrantes ilegales para destruir a la autoridad de Duluth?

Con esa afortunada pregunta retórica —o tiro al azar— Leo Lookaloney satisface su secreto deseo. La próxima temporada, estará en la Televisión nacional, porque, en el momento exacto en que Leo dice «inmigrante ilegal», Pablo está siendo detenido, con un humeante rifle en la mano.

Pablo parece aturdido. Mientras está siendo apaleado, modo de proceder habitual del Departamento de Policía de Duluth cuando practica una detención, el sonriente Bill Toomey se escabulle anónimamente, como un fantasma o un espectro, por entre la arremolinada multitud. La «Operación Tamal Caliente» ha sido ejecutada.

Finalmente, comienza el partido de rugby, y ganan los «Vengadores de Manitoba». Durante el clamor y la excitación general que se producen al término de este excitante partido, Darlene grita al empezarle los dolores de parto. Luego, se pone en cuclillas y rompe aguas.

En un abrir y cerrar de ojos, allí y entonces, *Big John* recibe en sus manos un robusto niño... negro como el as de picas, su hijo.

—¡Mi hijo! —dice a Darlene, entregándole la encantadora y berreante criatura.

—Sostenme —murmura débilmente Darlene.

LXXXI

El sábado por la noche y el domingo por la mañana resultan tan memorables en los anales de Duluth como cualquier fin de semana desde la última de las guerras.

Pablo es interrogado durante seis horas por *Chico* Jones, el FBI y el alcalde Herridge. Jura que no puede recordar nada. Piensa que ha debido de ser hipnotizado. Pero nadie se traga eso. Luego, al amanecer, el FBI encuentra en el despacho de Pablo, en la «Torre McKinley», el cuaderno escolar en que Pablo ha estado escribiendo durante las últimas semanas, pero, y esto es para él lo más condenatorio de todo, la puntilla, en realidad, en un cajón secreto de su mesa hay una fotografía de la joven actriz Jodie Foster.

El cuaderno demuestra de forma concluyente que Pablo es un loco asesino solitario que primero desea matar al alcalde Herridge porque es el símbolo de la opresión blanca anglosajona en Duluth, pero luego decide matar en su lugar al capitán Eddie para que Jodie Foster le ame en New Haven o dondequiera que vaya a la escuela. Todas y cada una de las palabras de este trágico y extravagante documento le fueron dictadas a Pablo, en estado de hipnosis, por Bill Toomey, que ha realizado tan bien su trabajo que Pablo no relaciona ni por lo más remoto a Bill con lo que ha sucedido. Para Pablo, todo está confuso. Piensa que debe de haberse vuelto loco, simplemente.

Huelga decir que el mundo cree a pies juntillas que él es lo que Bill Toomey le ha hecho aparentar. El mundo sabe que cualquiera que guarde un diario y una fotografía de Jodie Foster es un asesino solitario y demente, ansioso de matar a un presidente, o a un alcalde o, incluso, a un jefe de Policía ante la Televisión.

Cuando el sol comienza a teñir de rosadas tonalidades las negras torres de la «Torre McKinley», se le permite a Pablo ser visitado por un abogado.

Pablo apenas si puede mantener abiertos los ojos, ya que ambos están terriblemente hinchados a consecuencia de los golpes del

DPD. También ha perdido unos cuantos dientes. No se siente nada bien.

El abogado es el mejor de la profesión. Se hace cargo del caso por la publicidad de que va a ser objeto.

—¡Se va a hablar mucho de nosotros, muchacho! Toma. Cómete esto.

El abogado le da a Pablo una barra de chocolate.

—Yo no como cosas dulces —murmura Pablo, por entre sus rotos dientes—. Estropean la dentadura.

—Empieza a comer, muchacho, porque ésa es tu defensa.

—¿Qué?

Pablo se está aturdiendo de nuevo. Pero mastica obediente el chocolate.

—La defensa *Twinkie* nunca falla. Es sabido que una ingestión demasiado grande de azúcar en forma de *Twinkies*, pasteles esquimales, bombones y bebidas de cola puede trastornar a una persona en un grado tal que ya no sabe ni dónde tiene el culo. Además, el síndrome *Twinkie* hace a la víctima..., y tú eres una víctima, si alguna vez he visto una, hiperactiva, al mismo tiempo que hostil y paranoide. Toma, empieza ahora con éstos.

El abogado da a Pablo una bolsa de «Hershey Kisses». Pablo se está sintiendo ya realmente mal.

—Cuando el alcalde de la cercana San Francisco fue asesinado, el ex policía que lo hizo pudo demostrar que estaba tan atestado de *Twinkies* y otros productos azucarados que no pudo por menos de disparar, repetidamente, contra el alcalde y el supervisor. Pero, como el tribunal se mostró comprensivo con el trágico hecho de su disminuido sentido moral, así como con su obesidad debida a los *Twinkies*, saldrá muy pronto en libertad condicional y podrá comer todas las rosquillas y caramelos que quiera. ¡Los *Twinkies* salvarán la tuya!

Pablo vomita encima del abogado. Pero el abogado tiene razón. Pablo obtendrá una condena de nueve años en la penitenciaría de Fond du Lac, lo que significa que, con buena conducta, no tardará en quedar completamente libre.

Duluth se sentirá indignado por la suavidad de la condena, pero en América la ley es la ley, no como en Rusia.

LXXXII

Clive está celebrando una sesión plenaria en el despacho del socio comanditario en el «Rancho *El Dandy*». *Big John* se muestra pensativo. Clive, dinámico.

—Quieres volver a la vida honrada. Muy bien. Lo harás y llegarás hasta lo más alto de Duluth. Me encuentro en condiciones de decirte que el partido de los ciudadanos está dispuesto a nominarte para que ocupes el puesto del capitán Eddie. Eso significa que serás el próximo alcalde de Duluth.

—¡Qué coño, hombre! Duluth no votará a ningún negro —replica *Big John*, con el lánguido acento que a veces adopta cuando está indeciso o pensativo.

—Tú heredarás todos los votos del capitán Eddie...

—Clive, yo soy un traficante. —La voz de *Big John* es de nuevo fría y dura como el acero—. Cuando el alcalde Herridge airee mis antecedentes, no seré elegido para nada.

—No estés tan seguro. De hecho...

Clive se dirige, como una pantera o un armiño, hacia el interfono. Oprime un botón.

—Hágale pasar.

Pálido y aturdido, el alcalde Herridge entra en el opulento despacho Art Decó.

—¿Por qué he sido secuestrado, Mr. Hoover? ¿Qué significa todo esto, Mr. John?

Clive ríe con acritud.

—Está usted aquí, alcalde Herridge, porque los que amamos a Duluth... y, aunque yo soy de Tulsa, siento como si hubiera vivido en Garfield Heights toda mi vida, nos gustaría ver a John llevar la antorcha que acaba de escaparse de los dedos inertes del capitán Eddie...

—Que en paz descansen —murmuran los tres hombres al unísono.

LXXXIII

Pero el capitán Eddie no está ni siquiera empezando a descansar en paz. Se halla saludando a los suyos, y, de pronto, una bala le

golpea en la cara como un puño que llevara tras de sí una tonelada de sólido acero. El capitán Eddie ve las estrellas.

Luego, cuando las estrellas desaparecen, se encuentra en una extraña y hermosa habitación de suelo de mármol, enjorados iconos en las paredes y, a través de una ventana dividida verticalmente por un mainel, una vista de doradas cúpulas con forma de cebolla recortándose sobre un cielo iluminado por las llamas. «Los *barrios* han vuelto a levantarse», piensa, con un aturdimiento que se ve acrecentado por la bella mujer que se arroja a sus pies.

—Mi emperador. ¡Mi amado! ¡Mi Napoleón!

Se abraza a las rodillas del capitán Eddie, sumido en absoluta confusión.

—¿Quién eres? —pregunta, sorprendido de oírse a sí mismo hablar en español... o quizá sea francés. Nunca puede distinguirlas.

—Beryl, Sire, Beryl, marquesa de Skye...

Pero el capitán Eddie suelta una risita.

—No, tú eres Beryl Hoover, la reina del crimen de Tulsa que decidió trasladarse a Duluth hasta...

Huelga decir que Rosemary eliminará casi todo esto en su procesador de palabras. Tiene ahora mucha prisa por terminar *Duque bribón*, a fin de dedicarse a una gira publicitaria para promocionar las revelaciones de Betty Grable que *Cosmo* se ha comprometido a pagarle, echando a perder las posibilidades de éxito del libro de «Chloris Craig».

«Rosemary Klein Kantor ha vuelto a meter la pata», piensa la autora, mientras pone a Beryl y Napoleón en la incendiada ciudad de Moscú. Incluso hace una rápida incursión por *Guerra y paz*, que de alguna manera ha acabado llegando al banco de memoria.

—Sabía que esa basura sería útil algún día —murmura—. Particularmente, los efectos del incendio.

Aunque Rosemary ha de tener la última palabra, y por eso es por lo que dispone de tantas palabras en su banco, Beryl puede susurrar al capitán Eddie:

—¿Cómo le va a Clive?

Y el emperador Napoleón, un hombre semidivino y musculoso de uno ochenta de estatura, le susurra al oído:

—¡En la cumbre de Duluth! Un héroe...

—Digno hijo de su madre —responde orgullosamente Beryl.

—¿Qué carajo hacemos ahora? —pregunta el capitán Eddie, que es ahora dos personajes a la vez.

—Descansar. Estamos casi en el final.

Se abren las puertas de par en par. Cinco mariscales de Francia

entran en la habitación, y el capitán Eddie ya no está allí. En su lugar, es Napoleón Bonaparte quien anuncia, con la voz del que ha nacido para mandar:

—Saldremos de Moscú antes de que caiga la noche.

—¡Sí, Sire! —exclaman, al unísono.

—Tomad, Sire.

Beryl entrega a Napoleón la hoja de papel por la que ha arriesgado su vida para llevarla de un extremo a otro de Europa.

—¿La robaste?

—Sí. Por vos. Por Francia. Por amor.

Rosemary tiene la impresión de que quizás está alargando demasiado esta historia. Rebusca unos cuantos efectos más de incendio. Luego, se siente inspirada. Mientras Napoleón y Beryl huyen en su carroza de la ciudad en llamas, dos enloquecidos sacerdotes rusos —¿podría ser Rasputín uno de ellos?— atacan el vehículo con flameantes antorchas. Mientras Napoleón la mira con admiración y deseo, Beryl coge su fiel mosquete...

LXXXIV

—¡Váyase al infierno! —exclama el alcalde Herridge, con su habitual laconismo—. No puede presentar a este negro para alcalde. Una sola palabra mía, y las ocho acusaciones por tráfico de drogas o actividades relacionadas con las drogas saldrán de nuevo a la luz, y se pasará el resto de su vida en la penitenciaría federal de Fond du Lac.

—Te lo dije —exclama *Big John*—. Es una piojosa idea.

—Me voy a presentar yo —anuncia el alcalde Herridge—. Y voy a ganar porque ésta es mi ciudad, Mr. Hoover, y, si no le gusta, puede volverse a Tulsa, que es su sitio.

Clive se halla ahora sentado ante la suntuosa mesa estilo Art Decó Luis XVIII, sobre la que se extienden varios papeles.

—Acérquese, por favor. Señoría.

Con la torpeza de movimientos que le caracteriza, el alcalde Herridge se dirige a la mesa.

—¿Qué es todo eso? —pregunta.

—Mírelo —dice Clive, aspirando por su enorme nariz una pulgarada de cocaína.

Le agrada ser parcialmente negro. De hecho, hasta ahora nunca se ha atrevido a ir a un estudio de danza Arthur Murray por miedo a hacer un mal papel sobre la reluciente pista, pero ahora está más que dispuesto a dar unas vueltas con la esquivia, pero siempre excitante «Terpsícore», gracias al latido de la jungla que ha heredado.

El alcalde Herridge está produciendo una serie de leves ruidos, como si tuviera dificultades respiratorias de naturaleza asmática o psicósomática.

—¿Comprende? —dice Clive.

El alcalde Herridge asiente con la cabeza. Se vuelve hacia *Big John*.

—El lunes me retiraré de la campaña. En el *Noticiario de las seis*. La noticia central, naturalmente. Le sugiero que anuncie usted su candidatura en el matutino de las siete del mismo lunes. Hay menos audiencia a esa hora, pero copará los titulares de la segunda edición del *Blade*.

Con dignidad, el alcalde Herridge atraviesa el despacho y estrecha la mano del sorprendido *Big John*.

—Le deseo toda la suerte del mundo en el despacho circular. Pero recuerde una cosa. En Duluth es donde se detienen, y se quedan todos los negros. Caballeros, he hecho todo cuanto he podido según mis conocimientos. He servido a Duluth durante todos estos años. No me arrepiento de nada. Quiero hacerles una última petición.

—¿Sí, jefe?

«*Big John* muestra demasiada tendencia a utilizar el tono y la jerga de los negros», piensa Clive, con irritación. En cuanto celebren las elecciones, Clive se propone llevarle a un logoterapeuta.

—Me gustaría, como creo que les gustaría a mis amigos de la nave espacial, en particular a Tricia, un maravilloso ser humano... o insecto, supongo que es la terminología correcta, que rebautizaran el pantano de los bosques de Duluth con el nombre de pantano del Alcalde Herridge.

— Sí, *señó*, jefe.

—Gracias, caballeros. Buenas noches.

Con la dignidad que siempre ha caracterizado su larga y fructífera vida pública, el alcalde Herridge abandona el despacho del socio comanditario.

—Hasta la *viiiista* —dice *Big John*. Clive se vuelve, furioso, hacia él.

—Acabo de hacerte alcalde de Duluth y maldito si voy a permitir que hables en negro. ¿Me oyes?

—Sí, Clive. Y tienes razón. Hablo así sólo cuando quiero ocultar mis

verdaderas emociones.

—¿Cuáles son?

—Primero, una profunda emoción por el comportamiento de Su Señoría. Nunca imaginé que fuera tan... tan... ¿Cuál es la palabra blanca?

—*Mensch*¹.

—Exactamente. —*Big John* está ahora paseando de un lado a otro sobre la gruesa alfombra—. Me ha hecho ver que había otro aspecto en él, una insospechada profundidad y..., bueno, un básico patriotismo.

Big John se detiene ante el espejo. Mira a su través a los jugadores de ferrocarril.

—¿Cómo coño has conseguido que abandone?

—Porque, alcalde John...

—Para ti siempre seré simplemente *Big*.

—Porque el alcalde Herridge es el *Dandy*.

—¡Recaraaajo!

—¿Qué emoción tratas de ocultar ahora?

Clive coge la guía telefónica y vuelve las páginas amarillas, buscando la «L» de logoterapeuta.

—Supongo que me he dejado dominar por la emoción. Lo siento.

—Vas a ir a un logoterapeuta, *Big John*.

Clive anota los nombres y los teléfonos de varios especialistas.

—Lo que tú digas. Pero ¿cómo... ?

—Como sabes, el *Dandy* quería extender a Tulsa sus actividades, y mi madre quería introducirse aquí, en Duluth. Así que mi madre se convirtió en el socio comanditario aquí, y el *Dandy* se convirtió en el socio comanditario en Tulsa. Ahora bien, el alcalde Herridge actúa enteramente a través de Bill Toomey... A propósito, creo que fue Bill quien hizo que ese mexicano matara al capitán Eddie.

—¿Cómo?

—Hipnotismo. Y el Diario. Y ése fue el dato revelador. Bill Toomey es de la CIA. Y siempre puedes saber si la CIA está implicada en un asesinato político si la Policía encuentra un Diario que demuestra lo solitario y chiflado que es el pájaro elegido.

—Admito eso, Clive. Pero ¿y la foto de Jodie Foster?

—A Bill le gusta estar al tanto de las últimas novedades, eso es todo. Personalmente, yo creo que se ha excedido. Pero ha dado resultado. De todos modos, durante sus negociaciones con el *Dandy*, mi madre descubrió su verdadera identidad. Como tenía el

¹ Hombre, en yiddish. «Tan hombre...», como un término «fino», extraído de un habla judeoalemana. — (N. del T.)

presentimiento de que el alcalde la iba a liquidar porque sabía demasiado...

—¿La liquidó?

—Nunca lo sabremos —Clive frunce el ceño—. Mi madre murió en un ventisquero con Edna Herridge, agente de fincas, lesbiana y hermana del alcalde Herridge. ¿Comprendes?

—No sabía que Edna fuese de la acera de enfrente.

—Lo disimulaba, naturalmente. Pero Beryl, mi madre, siempre se daba cuenta. ¿Sabes? Dio una fortuna al movimiento «Salvad a Nuestros Hijos»...

—¿Salvarlos de qué?

—De degenerados en las escuelas, los campos de juegos, las estaciones de autobuses.

—Debió de ser toda una dama.

En conjunto, *Big John* se alegra de no haber llegado a conocer a la madre de Clive.

—Lo era. Pero ahora yo soy su heredero. Yo soy el *Dandy* de Duluth.

Clive se yergue, imperiosamente, junto a su mesa. *Big John* se siente profundamente impresionado.

—Supongo que eres el más grande señor del crimen de todo el país, aparte los de extracción italiana, claro.

—Sí —asegura Clive—. Lo soy.

LXXXV

El día de la toma de posesión del nuevo alcalde de Duluth es brillante y soleado. Delante del Ayuntamiento han levantado un estrado cubierto con colgaduras rojas, blancas y azules. El Departamento de Policía de Duluth, la Guardia Nacional y varias unidades de las cercanas rampas secretas de lanzamiento de misiles desfilan ante el estrado en que se sientan el alcalde y Mrs. Darlene Ecks John, contemplando orgullosamente a los habitantes de su ciudad.

El ex alcalde Alcalde Herridge se halla sentado, con cara de póquer, en la segunda fila, justamente detrás del nuevo alcalde. Mrs. Herridge y los tres retoños se muestran cooperativos, naturalmente, pero no pueden controlar las lágrimas.

Bellamy, Chloris y Clive están sentados a la derecha de Su Señoría, mientras Wayne Alexander, en la banda de cuyo borsalino lleva prendida la tarjeta en que figura la palabra «Prensa», toma abundantes notas; y el equipo de «KDLM-TV» registra para la posteridad cada momento de este histórico acontecimiento.

Aunque ni un solo inmigrante ha acudido para la ocasión, se encuentra allí presente toda la población negra, cantando una y otra vez *Venceremos*, para disgusto de *Big John*.

—Por lo menos —le susurra Darlene al oído—, han dejado en casa sus transistores.

—Dije que les partía el alma si los traían —replica Su Señoría, que acaba de despedir al logoterapeuta que Clive había contratado para él.

Tarde o temprano, el ahora totalmente reformado alcalde y el señor del crimen entrarán en conflicto para disputarse los corazones, las mentes y el dinero de Duluth. Pero, por el momento, todo está tranquilo entre estos dos poderes.

Clive se siente complacido con su creación. Sin que *Big John* lo sepa, Clive tiene un amplio expediente sobre el nuevo alcalde y, hasta que finalicen las diversas ordenanzas de limitaciones, puede enviar a *Big John* a la cárcel en cualquier momento. Entretanto, la elegante casa de Garfield Heights continúa elevándose en todo su multimarmóreo esplendor. Bajo el abrigo de marta cebellina que tiene en su regazo, Chloris acaricia la mano de Clive. El matrimonio Craig vuelve a ser completamente abierto.

Alcalde Herridge se halla sumido en sombríos pensamientos. Clive ha comprado todo su imperio por una fracción de lo que realmente vale. Pero Clive tiene todas las ventajas de su parte. La revelación de que Alcalde Herridge era el *Dandy* destruiría, simplemente, la imagen de Duluth para toda una generación. Además, Clive actuó con tanta rapidez que el alcalde no pudo llamar a Bill Toomey para que le ayudase a resolver el problema.

La obra maestra de Bill, por lo que a resolución de problemas se refiere, no fue el asesinato del capitán Eddie —pura rutina de la CIA—, sino la eliminación de Beryl Hoover y de su propia hermana Edna, con quien nunca se llevó bien. Respecto a cómo se las arregló Bill para que el coche perdiera la dirección delante del ventisquero de Garfield Heights, eso «es mi secreto», se limita a decir Bill, riendo entre dientes y guiñando un ojo. Bill se encuentra ahora de viaje por Alemania Occidental, y Alcalde Herridge, como buen americano, espera que Bill consiga que ese país opte por salirse del único mundo libre que tenemos.

De todas las personas presentes en la toma de posesión, la más

orgullosa y más feliz es Darlene. Es ahora esbelta, rubia y resplandeciente. Es esposa y madre. Se siente plenamente realizada... y llena también de esa calidez que sólo la madurez puede dar. Y, lo mejor de todo, como susurra a su hombre, su marido, su dueño y señor y, sin embargo, perfecto igual, mientras él le aprieta con fuerza la mano durante las cuatro horas de desfile: «¡Soy la Primera Dama de Duluth! » Esto significa que la luz que ahora brilla a su alrededor se mantendrá siempre resplandeciente.

LXXXVI

Al principio, Tricia se sintió consternada al saber que Alcalde Herridge ya no era alcalde, pero, como dijo a Wayne Alexander, «siempre podemos hacer negocios con el Ayuntamiento, por muchas pegas que pongan en el despacho circular». Así que, al menos para los insectos del espacio exterior, el cambio no parece tener demasiada importancia.

Pero las cosas no van bien en la nave espacial..., ni tampoco en el mundo. A consecuencia de las demenciales especulaciones de Tricia en los mercados monetarios internacionales, la corporación «Visitantes de los Cielos Amigos» está en bancarrota. Peor aún, el frágil sistema monetario mundial se está desmoronando, mientras que los ingresos por caja en la nave espacial apenas si bastan para cubrir gastos.

La noche de la dramática renuncia del alcalde Herridge se celebra una reunión de alto nivel en el recién bautizado pantano «Alcalde Herridge». Tricia está recibiendo muchos ataques de los otros insectos, que han vuelto ahora a su estado original, cosa que tienden a hacer cuando no hay seres humanos en las proximidades. Tricia trata de defender su política de inversiones.

—En conjunto —dice—, con sólo que se produzca una ligera reactivación en la economía mundial..., la construcción, por ejemplo, ha subido ya un 0,01 % en California, nuestra cartera tendrá sólo mil billones de dólares en rojo, la tercera parte del presupuesto del Pentágono.

—¡Basta! —Un anciano insecto levanta sus mandíbulas—. Tú sabes, y nosotros sabemos, y hasta los idiotas de este planeta saben que no habrá reactivación económica en este siglo. Dado

que esos carnosos imbéciles son postindustriales y preapocalípticos, eso significa...

—Reconozco que cometí un error cuando invertí la mitad de nuestra cartera en pesos mexicanos como resultado de los atractivos, incluso seductores, tipos de interés de sus emisiones de bonos a corto plazo, pero...

Tricia se ve obligada a callar ante un furioso repiqueteo de mandíbulas. El insecto anciano habla en nombre de todos.

—Nos has fallado. Has concluido a ciegas todos los tratos que te han ofrecido. Ahora, debemos cumplir, prematuramente, gracias a ti, nuestra misión.

—Dependéis realmente de mí —dice Tricia, con tristeza.

—No nos has dado opción. Lo que es debe ahora ser lo que *fue*.

—Sea —murmura Tricia, abatida.

LXXXVII

Mientras Duluth arde en fiestas, a pocos kilómetros de distancia, en el «Hospital General» de Fond du Lac, Pablo está siendo sometido a una serie de estudios psiquiátricos para determinar el grado en que su sistema ha sido devastado por el azúcar.

Al volver, custodiado por unos guardias, a su celda tras su hora diaria con el psicólogo residente, Pablo ve a una enfermera que se acerca por el corredor hacia él.

Es Midge. Pero no la reconoce, ya que la única vez que la vio ella era una doble de Darlene que le hizo algo que nadie jamás le había hecho ni le volvería a hacer. Así lo había jurado entonces a los oscuros dioses de su sangre.

Midge reconoce a Pablo. Midge ha hablado con frecuencia a las otras enfermeras acerca de su encuentro con Pablo. A muchas, ese encuentro les parece más regocijante aún que la circuncisión de Calderón.

Cuando Midge ve a Pablo en el corredor, se va derecha a entrevistarse con el director de las estudiantes de enfermería. Midge es ahora una flamante enfermera, así como profesora a tiempo parcial en la Escuela de Enfermeras de Fond du Lac. Tras muchas conversaciones telefónicas con el psiquiatra residente, así como con el alcaide de la penitenciaría federal, Midge obtiene luz

verde.

A la mañana siguiente, Pablo es conducido por sus guardianes a una pequeña habitación en la que está no su aburrido psiquiatra, sino una mujer joven y atractiva.

—Hola, Pablo —dice, sonriendo dulcemente.

—Hola —contesta él, sintiendo, por primera vez en varias semanas, un rebullir de la serpiente emplumada. ¡Cómo le gustaría tirarla al suelo! Fantasías de violación y mutilación cruzan por su mente.

—Como tal vez sepas, Pablo, estamos formando enfermeras aquí, en el «General» de Fond du Lac. Futuros ruiseñores de Florencia para aliviar el dolor humano.

Pablo no entiende nada de todo esto. Está mirando los pechos de la mujer, oprimidos por el blanco y almidonado uniforme. Ella continúa hablando locuazmente. El continúa mirando. Está de nuevo en contacto con los oscuros dioses de la sangre.

Luego, la oye decir:

—Así que pon tu ropa en ese armario.

—¿Qué?

—He dicho que metas tu ropa ahí. Para el reconocimiento.

—¿Qué reconocimiento?

—Este —replica ella, con irritación—. Date prisa.

—Ni hablar.

Pablo abre la puerta del corredor. El guardián se encuentra allí, de pie.

—No quiere cooperar —le anuncia Midge al guardián.

Pablo es arrojado varias veces contra la pared, hasta que promete cooperar. Luego, el guardián se va.

Desconcertado y nervioso, Pablo se desnuda. ¿Es posible que ella desee a la serpiente emplumada tanto como ésta la desea a ella?

Mientras se quita los calcetines, ella suelta una cantarina risa.

—¡Mira esos callos! Zapatos prietos, amante latino —dice.

Esto hace sonar en su mente una leve señal de alarma. Pero nada más. Sigue siendo el terrorista azteca, el símbolo machista de los *barrios*, más admirado que nunca por su asesinato del capitán Eddie, a quien se sigue atribuyendo la responsabilidad del ataque de las dobles de Darlene. En los *barrios* se ven ahora por todas partes camisetas con la efigie de Pablo.

Pablo está en calzoncillos. No le agrada en absoluto lo que está ocurriendo. Sabe —se lo hizo saber por primera vez la Darlene original— que la serpiente emplumada acostumbraba desvanecerse cuando está nervioso. Se detiene.

—Vamos, muchacho, sigue —le anima Midge, con un destello en los ojos que a Pablo no le gusta.

Lentamente, a regañadientes, se quita los calzoncillos.

Midge está encantada. Al principio, algunas de las enfermeras pusieron en tela de juicio su veracidad. ¿Cómo podía ser tan pequeño que no se viese entre el vello pubiano? Pero Pablo no la decepciona. No se ve nada más que el espeso y lustroso triángulo invertido de vello pubiano. Pablo enrojece al ver que ella está mirando..., o no mirando.

—Buen chico —dice Midge, cogiéndole de la muñeca—. Ven conmigo.

—¿Qué? —Pablo está a punto de que le dé un ataque.

Midge abre una puerta y conduce a Pablo a un pequeño auditorio, con un estrado en el que hay una mesa de reconocimientos. En la sala esperan una docena de estudiantes de enfermeras.

Cuando ve a las muchachas, Pablo intenta escapar. Pero Midge le sujeta por la muñeca con mano experta. No en vano ha trabajado en las salas de violentos. Mientras lleva hacia el estrado al desnudo Pablo, éste trata desesperadamente de taparse su virilidad con su mano libre.

Las muchachas están fascinadas. En primer lugar, le encuentran atractivo... ¡y tan joven! La mayor parte de las demostraciones suelen realizarse sobre tipos mayores y feos.

—Midge lo ha vuelto a hacer —dice una estudiante a otra.

—Ojos de amante latino, decididamente —exclama otra.

—Buenos músculos, buenos muslos —alaba otra.

—¿Qué está intentando tapar? —pregunta la más predatoria.

Pablo, a quien Midge ha soltado, se encuentra ahora frente a las muchachas, con las dos manos sobre el bajo vientre, la cabeza baja y los ojos cerrados.

—Bien, chicas, éste es Pablo. Un asesino. De la penitenciaría federal. El alcaide ha accedido a prestárnoslo tres veces a la semana, indefinidamente.

—¡Hurra! —gritan las chicas.

Midge coge una navaja de afeitar de una bandeja de instrumentos contigua a la mesa de reconocimientos.

—Bien, voy a haceros una demostración de eliminación en seco del vello. Es algo que requiere mucha práctica. Y, naturalmente, una navaja muy afilada.

Las muchachas se inclinan hacia delante. Pablo no ha entendido nada.

—Bueno, Pablo —ordena Midge—, ponte las manos encima de la cabeza.

—¿Qué?

Midge no admite «qué» como una respuesta. Separa las manos de

Pablo de su bajo vientre y se las pone sobre la cabeza.

Estalla una carcajada general. Y se manifiesta una cierta preocupación. «¿Dónde está?» «¿Dónde están?» «¿Es... completo?» Pablo está rojo como la grana de vergüenza.

—Oh, está escondido por ahí —dice Midge—. Observadme ahora atentamente. Mirad cómo, con la mano izquierda, cojo los genitales. Pablo levanta un pie en el aire cuando la helada y poderosa mano agarra su oculta virilidad.

—Ved cómo, con la navaja en la mano derecha..., naturalmente, si alguna de vosotras es zurda, habrá que invertir la posición de la navaja y los genitales..., corto el vello pubiano.

Se oye una entrecortada exclamación general de deleite y admiración mientras Midge, con tres rápidos gestos, elimina la tupida mata de Pablo, que había tardado seis meses en crecer de nuevo tras su anterior deforestación. Luego, retrocede un paso para que las muchachas puedan ver bien. Brotan bienhumoradas risas.

—Equipo miniatura —concede Midge—. Pero en perfecto funcionamiento.

Luego, empuja la punta *del membrum virile* de Pablo hasta introducirse a éste en el cuerpo. Pablo lanza un grito. Las muchachas no han visto nunca nada igual. Pablo está próximo al colapso.

—Y, ahora, la demostración.

Medio levanta, medio empuja a Pablo hacia la mesa de reconocimientos, hasta que sus rodillas quedan apoyadas en el borde, de tal modo que las morenas nalgas se sitúan frente a las chicas.

Mientras Midge lubrica a Pablo, éste comprende con horror que lo que los dobles de Darlene le hicieron en los *barrios* va a repetirse de nuevo. Pero ha jurado morir antes que someterse a este destino, peor que cualquier vida o, incluso, muerte, conocida en los *barrios*. Al final, se necesitan cuatro guardianes y media hora para atar al aullante y forcejeante Pablo. Una vez que los guardianes han salido del auditorio, Midge dice:

—Temía que pudiera tener esta reacción, porque yo soy la enfermera que, la primavera pasada, se vio obligada a darle algo que él no había recibido nunca, pero a lo que tendrá que acostumbrarse si he de daros una instrucción adecuada. Esto significa que, durante las próximas semanas, todas y cada una de vosotras tendréis oportunidad de practicar con él.

Fascinadas, las muchachas observan cómo Midge aplica a Pablo el segundo enema de su vida.

Pablo solloza débilmente mientras la tibia agua jabonosa penetra

lentamente en su interior, ahogando para siempre a los oscuros dioses de la sangre y destrozando la serpiente emplumada. El que en otro tiempo fuera el héroe de los *barrios* es ahora simplemente un receptáculo destinado a ser llenado de agua por risueñas estudiantes de enfermería... y vaciado luego, una docena de veces, tres días a la semana.

Así pues, el sueño termina para Pablo. Duluth ha vencido..., una vez más.

LXXXVIII

Pese al boicot declarado por los Bellamy Craig II y la subsiguiente supresión de noticias, Rosemary Klein Kantor está pronunciando una conferencia ante el club de escritores de Duluth en el club «El Eucalipto». Como siempre, ha atraído a una gran concurrencia. La última entrega de *Duque bribón* ha sido muy admirada, mientras las revelaciones sobre Betty Grable están en todos los labios. *Cosmo* se ha agotado en todos los quioscos de Duluth.

Activamente, Rosemary empieza con unos cuantos de esos bulos sobre literatura que siempre son bien acogidos en Duluth.

—Yo quiero que nos pensemos y busquemos de nuevo a nosotros mismos. Quiero ciudadanos instruidos que empiecen a leer lo que les gusta, en vez de lo que se les dice que debe gustarles.

Suenan apagados aplausos.

—¡Dales fuerte, Rosemary! —exclama una voz.

Es exactamente lo que Rosemary hace.

—Yo quiero ver el esplendor moral, espiritual, estético e intelectual entronizado como el criterio conforme al cual identificamos el verdadero arte...

Un «¡Aleluya!» resuena como un trompetazo en la sala. Hay una oleada de aplausos. Rosemary ha vuelto a hacerse con su auditorio.

—Yo quiero ver que el incremento en el total de felicidad, bondad y compasión humanas...

Rosemary hace una pausa; sabe que ella es la encarnación de estas cualidades. Y lo sabe también su público, como demuestran los cada vez más amortiguados aplausos.

—...queda erigido como el objetivo de la diversión popular.

«¿Cómo se consigue eso?», se pregunta, un tanto intimidada, Rosemary, consciente de que, si cayese al suelo un alfiler en aquella abarrotada sala, ensordecían todos los oídos, como si Gabriel hubiera hecho sonar su trompeta.

—Una civilización que no puede identificar y cumplir sus fines a través de su arte y su filosofía es una civilización que ha olvidado por qué existe.

Por desgracia, Rosemary ha olvidado qué principio se disponía a enunciar... o recordar cuál era el principio enunciado por algún otro. Todo es grano para su molino. Pero esto no importa realmente en Duluth, donde el Tono lo es todo. De cualquier manera, ha tomado todo esto de un gran crítico.

—No puede esperarse que una civilización que ha extraviado su propia justificación sea capaz de reunir la energía moral necesaria para aprehender, científica, intelectual o espiritualmente... —la tríada le hace sentirse segura a Rosemary. Pero es que siempre se siente excitada, preorgásmica, cuando se dispone a repetir una metáfora...—. Aprehender las múltiples noches qué tan rápidamente están descendiendo.

Una cerrada salva de aplausos. A nadie le importa el hecho de que, incluso en Duluth, las noches a aprehender sólo pueden descender de una en una.

Tras unas cuantas revelaciones sobre sus prolongadas relaciones con Albert Einstein, el genio, Rosemary dice a los escritores:

—¿Saben? Fui yo quien dio a Bert la idea de la «teoría del campo unificado», que, naturalmente, nunca pudo demostrar matemáticamente porque el estúpido viejo no aprendió nunca a hacer divisiones largas..., secreto que conseguimos impedir que se difundiese durante su vida y que se está intentando desesperadamente que llegue a conocimiento de ustedes.

Rosemary hace una pausa para recrearse en el aire de excitado temor que se refleja en los rostros de sus oyentes. No existe mentira tan grande que no pueda ser aceptada en Duluth.

Luego, Rosemary se pone filosófica.

—La razón por la que Bert no pudo demostrarla no consistía, como él pensaba, en su incapacidad como matemático. No, se debía a su incapacidad para aprehender esas leyes ficticias que controlan nuestras palabras y nuestros actos.

Se cruzan varias miradas de desconcierto. Rosemary sabe que este momento es crucial. Debe explicarles, de una vez por todas, qué es qué y por qué es lo que es.

—Nosotros somos simples formulaciones de palabras. No vivimos. Somos intercambiables. Seguimos y seguimos. De narración en

narración, sea en forma de serial o en esas construcciones verbales abstractas tan admiradas por los franceses y por la gente de Yale. Es igual. Eso es lo que le dije a Bert, pero no pude demostrarlo entonces porque en aquellos tiempos no se había inventado aún el procesador de palabras, con su banco de memoria. Ahora, en cambio, puedo demostrarlo, picoteando, como si dijéramos, con mi dedo.

Rosemary levanta el brazo derecho, apuntando con el índice hacia las ventanas meridionales, a través de las cuales puede verse Garfield Heights.

—Borraré ahora Garfield Heights, donde están tantos de mis enemigos.

Rosemary da un golpecito con el dedo en el aire.

Varios escritores se precipitan a las ventanas meridionales de «El Eucalipto». Surgen varias exclamaciones horrorizadas. Garfield Heights —con todas sus mansiones, sus casas y sus jardines— ha desaparecido. Donde antes estuvieron las Heights no hay nada en absoluto.

—He borrado de *Duluth* las Heights —declara Rosemary—. Tal es el poder de la ley ficticia cuando es totalmente ejecutada por un experto procesador de palabras. Pero, naturalmente, Chloris, Bellamy, Clive y el resto de mis enemigos forman para siempre parte de ese arte mimético que, entre tantas otras maravillas, ha producido esta raza que se llama a sí misma humana y que existe solamente porque yo sueño que existe.

«Pero, si alguna vez *despierto*... Bien, observen cómo, uno a uno, el gran borrador que es mi dedo cruza mi imaginaria consola. ¡Fuera los bosques, el río, el desierto, el lago! Fuera Darlene, *Big John*, *Chico*. Fuera el pobre Pablo, sus sufrimientos han terminado. Pero, sin esos sufrimientos, nunca podría haber florecido *Duluth*. Ahora, todos han desaparecido. Excepto ustedes, escritores reunidos en el club «El Eucalipto...»

Con un movimiento de la mano, Rosemary elimina el último vestigio de *Duluth*. Escritores y club quedan sustituidos por una nada absoluta... por lo que se refiere a Rosemary.

Pero Rosemary no va más allá. Sólo ha eliminado un *Duluth*, el ficticio que *ella* conoce, una simple gota de agua en el cubo.

Darlene y *Big John* están en su mansión de Garfield Heights, mirando por la amplia ventana, cuando ven cruzar el cielo lo que parece ser una enorme garra con uñas color escarlata.

—Parece una mano —opina Darlene, cuyos expertos ojos de policía observan que el esmalte de las uñas es de Elizabeth Arden.

—¿Dónde está mi ciudad? —pregunta, inquieto, *Big John*, el

alcalde.

Por un instante, permanecen en el limbo, borrados por Rosemary. Pero luego su *Duluth* es tal como fue —y es— y será siempre, con uno o dos pequeños cambios, a medida que el tiempo varía de presente a pasado y a futuro, un aterrador futuro que está ya casi sobre ellos.

Darlene sonríe a *Big John*.

—Duluth —dice—. La ames o la aborrezcas, nunca puedes abandonarla ni perderla.

—Siempre me he preguntado qué significa eso, a qué puede referirse —comenta *Big John*, atrayendo hacia su musculoso cuerpo el cuerpo voluptuoso de ella.

—Se refiere, entre otras cosas, a nosotros —dice Darlene—. Es lo que es... para siempre —luego susurra—: Poséeme.

Y *Big John*, cálido y maduro al fin, dice, espontáneamente, con absoluta sinceridad y confianza, y sin que Darlene le apremie en absoluto a ello:

—Lo haré. Porque ahora sé que eso es todo lo que una mujer desea.

Enlazados el uno en los brazos del otro, ninguno de los dos repara en los millones y millones y millones de insectos que atraviesan ahora Garfield Heights, devorando todo cuanto encuentran a su paso.

El macrocosmos de vida insectil que se alberga en el corazón del pantano «Alcalde Herridge» ha experimentado una súbita metastatización. Secretamente instigados por los arruinados ciempiés procedentes del espacio exterior, los insectos se han adueñado de Duluth merced a un simple cambio de tiempo, remplazando a esos temporales intrusos que componen la especie humana.

Tricia se sienta ahora ante el procesador de palabras de la difunta Rosemary Klein Kantor y, con sus mandíbulas, procede a pulsar un Duluth totalmente diferente de *Duluth* e, incluso, de «Duluth». Haciendo repiquetear alegremente sus mandíbulas, Tricia describe la metamorfosis del actual *Duluth* humano al miriápodo, simultáneo con el otro, sí, pero igualmente inmutable y autónomo.

LXXXIX

¡Duluth!, va pulsando Tricia, la ames o la aborrezcas, nunca puedes abandonarla ni perderla porque, por embotadas de tiempo insectívoro que tus mandíbulas se tornen, esas miríadas de huevos que no puedes evitar poner no pueden por menos que incubar nuevas generaciones vermíforas y miriápodas, viviendo para siempre en *este* tiempo presente en que tú —todos vosotros— te encuentras, aunque, simultáneamente, te halles también arraigado en esa tiniebla centrípeta en que todo esto estuvo, y en que todo esto estará, una vez que la radiante inflorescencia que es, o —ahora, para ese cambio terminal, Tricia oprime la palanca— *era* el Duluth humano actual ha llegado a su fin predestinado, articulado y foliado. Sí. *¡Duluth!* Amado. Aborrecido. Abandonado. Perdido.

FIN